

G. GÓMEZ DE AVELLANEDA



OBRAS

COLECCION COMPLETA



TOMO II

PRESENTED
TO THE
SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
BY
John C. Gebrian

INTERNATIONAL CENTER

BOOK NO.
868 G5860 ²

ACCESSION
252721 ✓



FORM 16-15M-12-27

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY



3 1223 02038 3460

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY

Careful usage of books is expected, and any injury or loss is to be paid for by the borrower. A fine of five cents will be imposed for each day or fraction thereof that this book is kept overtime.

SEE DATE WHEN DUE BELOW

DEC 10 '29

Jan 26 '35

SFPL APR 15 '91

PUBLISHED IN SPAIN

OBRAS LITERARIAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

II.

OBRAS DRAMÁTICAS.

La mayoría de las obras dramáticas que se hallan en este volumen y el siguiente, pertenecen á los señores Editores de ellas, y nadie podrá reimprimirlas ni representarlas sin su permiso, con arreglo á las leyes sobre propiedad literaria. En cuanto al primer tomo de la coleccion, que sólo consta de poesías líricas, perteneciendo éstas exclusivamente á la Autora, ella permite su libre reproduccion á cualquiera á quien le plazca ; pues sólo desea que sus obras corregidas tengan la publicidad que obtuvieron al aparecer incorrectas.

OBRAS LITERARIAS

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ
DE AVELLANEDA.

COLECCION COMPLETA.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869

868

G5860 $\frac{2}{-}$

252721


3 1223 02038 3460

MUNIO ALFONSO,

DRAMA TRÁGICO ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

Fué estrenado en Madrid durante la primavera de 1844.



Digitized by the Internet Archive
in 2024

PREFACIO.

En 1844—es decir, hace veinte y cuatro años—escribí y di á la escena en Madrid el drama trágico titulado *Alfonso Munio*, que hoy encabeza la coleccion de mis obras teatrales con el nombre de *Munio Alfonso*, y quiero dedicar breves líneas á la explicacion de los motivos que me han decidido á alterarle el título, y á presentar completamente refundido el mencionado drama.

Fué éste el primero que me aventuré á someter al fallo del público, pero no tuve tal intencion al escribirlo; pues sólo me propuse satisfacer un deseo que me asaltó desde que en los archivos de mi familia paterna tuve ocasion de conocer y admirar la severa figura del décimo alcaide de Toledo, que me pareció muy propia para el coturno, probando una vez más que la edad media—desdeñada por la mayoría de los autores clásicos dramáticos—podia suministrar argumentos y caracteres no ménos dignos de la tragedia que los rebuscados todavía en las historias de los antiguos Griegos y Romanos.

Escribí, pues, en ménos de ocho dias mi incorrecto ensayo, que conocido poco despues casualmente por el gran actor D. Cárlos de Latorre, tuvo la buena suerte de agradarle, hasta el punto de instarme repetidas veces para que le permitiera ponerlo en escena en el teatro que por entónces dirigia, y en el que trabajaban la mayor parte de los artistas distinguidos que poseia entónces la capital de España. Cedió al cabo á tan lisonjeras invitaciones, animada por algunos amigos inteligentes, que se atrevian á pro-

nosticarme un éxito extraordinario, como felizmente se realizó sorprendiéndome, y superando con mucho á mi ambicion más alta. No me desvanecieron, sin embargo, los elogios y aplausos que la prensa y el público dispensaron tan generosamente á mi obra, desmintiendo la vulgar opinion de que la tragedia habia caido para no volver á levantarse: comprendí perfectamente, al presenciar sus representaciones primeras, que *Alfonso Munio* adolecia de todos los defectos consiguientes á la inexperiencia de la autora, á la precipitacion con que fué concebido y escrito, y á lo poco que me habia cuidado de las conveniencias escénicas, á causa de no destinarle á la ejecucion en el teatro. Resolví, por tanto, desde entónces mismo, refundir mi drama, y lo hubiera hecho en seguida, si compromisos con algunos actores y algunas empresas no me hubiesen obligado á ocuparme de nuevas producciones análogas, que precipitadamente fueron apareciendo en la escena, tan incorrectas como la primera, y aún algunas de ellas con pésimo plan y pésima ejecucion, porque puedo decir con verdad, como el *Fénix* de los ingenios,

que en horas veinte y cuatro
pasaron de mi mente hasta el teatro.

Miéntas tanto iba retardándose de año en año la refundicion de *Alfonso Munio*, porque bien conocia yo que no era ya sólo ese drama el que pedia imperiosamente un trabajo concienzudo para corresponder al favor con que me honraba el público, cerrando los ojos á los abultados defectos de mis casi improvisadas obras, por benevolencia al sexo, á la falta de estudios y á la juventud de la autora. Solamente cuando la madurez de la edad y los pesares de la vida hicieron declinar la actividad febril que me agujoneaba á producir incesantemente nuevas composiciones; cuando la severidad del público comenzó, ademas, á advertirme que habia cesado de merecerle aquella tolerancia de que abusé,

y que me exigia, con justicia, obras más dignas de la reputacion que debia á sus benévolos fallos; solamente entónces volví á pensar en la refundicion de las publicadas anteriormente; pero grandes disgustos, alteraciones de salud, y accesos de desaliento y de pereza—que siempre acompañan á las fatigas del corazon y del espíritu—han impreso tal lentitud á mis trabajos de correccion, que apénas algunos pocos de mis dramas han logrado mejoramiento digno de atencion; pero uno de ellos es indudablemente *Alfonso Munio*, que, á fuer de primogénito, merecia el cuidado especial de que ha sido objeto. No me lisonjea la esperanza de haber hecho desaparecer todos los lunares que le afeaban; pero creo que lo he purgado de los más capitales, todos ellos de forma; pues no he querido—ni en él ni en ninguna de mis obras—mudar el pensamiento ni el plan: eso hubiera sido hacer otras nuevas, y yo no he tratado sino de justificar cuanto me sea posible la sancion lisonjera concedida á las antiguas por el público, á quien ofrezco esta coleccion en despedida irrevocable; entrando por última vez en el palenque literario, no con ambiciosas aspiraciones de nuevos triunfos, sino con humilde anhelo de mostrar que he sabido agradecer los que antiguamente se me dispensaron (1).

Réstame decir por qué he trocado la colocacion del doble nombre de mi protagonista, y voy á hacerlo en pocas palabras.

Bien que en la historia general de España no haya visto mencion especial del héroe de mi drama, éste no es una creacion mia, pues existió realmente tal como lo presento.

Con el nombre de *Nuño Alfonso* lo hallará cualquiera que se tome la pena de buscarlo en las viejas memorias de Toledo (cuyo décimo alcaide fué), alcanzando en ellas el dictado de *vir*

(1) Las obras que he juzgado absolutamente indignas del trabajo de la correccion han sido suprimidas de esta coleccion, y deseo queden sepultadas en el profundo olvido que merecen.

bellicosissimus. Los grandes hechos de tan extraordinario varon se encuentran consignados, ademas, en la obra *Dignidades seculares* del Dr. Salazar de Mendoza; en la *Historia del Emperador Alfonso VII*, que escribió el obispo y cronista D. Prudencio de Sandoval; en el *Nobiliario* del jesuita Fr. Jerónimo Roman de la Higuera, sobre los *linajes de Toledo*; en la *Historia de Africa* de que es autor D. Luis de Mármol; y en la de los *Árabes de España*, en la que Conde lo compara con el Cid. Pero el libro de donde yo he sacado mayor número de materiales para mi drama, el que me ha suministrado casi la totalidad del argumento, es el que dió á la estampa, el año 1648, en Madrid, el cronista general de S. M. Católica, D. Rodrigo Mendez y Silva, con el título de *Ascendencia ilustre, gloriosos hechos y posteridad noble del famoso Nuño Alfonso, Alcayde de Toledo, Príncipe de su milicia y rico-home de Castilla*. En dicho libro—que se conserva con veneracion en el archivo de mi familia—se halla íntegro el testamento del héroe, del que no puedo ménos que copiar aquí algunas líneas.

El encabezamiento dice: *En el nombre de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Criador de todas las cosas, y de la bienaventurada Santa María nuestra Señora, Madre de Dios; Yo, Munio Alfonso (hijo de Alfonso Munio, y nieto del Conde Munio Alfonso), Alcayde y Príncipe de la milicia de Toledo (guárdela Dios y ensálcela), temiéndome de la muerte que á toda carne sobreviene, estando en mi entero juicio, cual Dios me lo dió, hago mi testamento y declaro mi última voluntad en la forma que sigue*. Despues de ofrecer su alma á Dios, el testador dispone el lugar de su enterramiento *con la su bandera y seña*, ordena sufragios por el eterno descanso del Emperador Alfonso VI (de quien dice haber recibido, siendo mozuelo, la torre de Cervatos y heredamiento de Figares), por su propia alma, y tambien por las de su difunta mujer y sus antepasados, añadiendo las siguientes palabras, que envuelven la catástrofe de mi drama:—

Item : mando se digan doscientas misas por la desdichada de mi hija Fronilde, que yo maté.

El cronista añade, detallando el trágico hecho, que cuatro años ántes de hacer este testamento, como *Munio Alfonso se ofendia hasta de los átomos del sol, si llegaban á cosas de su honra, hirió con ímpetu violento de ira á su propia hija, por haberla sorprendido en conversacion de amores*, y que cuantos de este caso tratan, *tienen por injusta aquella muerte*. El mismo Munio, añade el citado autor, lo reconoció así, pues quiso ir á Jerusalem pobremente, en penitencia de aquel pecado, y lo hubiera hecho si el Emperador, el Arzobispo de Toledo — su amigo — y otros respetables prelados no se lo estorbáran, juntando un concilio que determinó, — *visto ser el varon más importante que tenía España para defensa de la fe*, — se le conmutase aquella pena por la de pasar el resto de su vida en guerra contra los moros; y así lo cumplió el penitente, cuya muerte acaeció en encarnizada batalla algunos años despues, cuando contaba 53 de edad. Tan grande era el respeto que habia sabido imponer al enemigo, que recogiendo su cadáver del sangriento campo y envolviéndolo en riquísimas telas bordadas de oro, lo envió con decoroso acompañamiento á los cristianos, para que se le diese digna sepultura, lo cual se verificó por mandato del Emperador — segun palabras del cronista — *con majestuosa pompa y con lágrimas y profundo dolor de toda España*.

El precioso libro que me suministró — con estos y otros detalles, — no solamente la épica figura de *Munio Alfonso*, sino tambien el argumento del drama que lleva este *prefacio*, contiene versos pomposos en alabanza del héroe, y entresacaremos de ellos dos sonetos que se hallarán á continuacion de los presentes renglones, á los que doy fin diciendo que si al escribir por primera vez mi drama llamé *Alfonso Munio* al protagonista, y no Nuño Alfonso, que es como vulgarmente se le nombraba, ni tampoco *Munio Alfonso* — como se halla en su testamento, — fué

simplemente por las circunstancias de haberse llamado *Alfonso Munio* el padre del héroe, y *Alfonso Munio* también aquel de sus hijos, del segundo matrimonio, que mi familia cuenta entre sus progenitores. Ahora, en la refundición, le restituí su nombre tal cual él mismo se lo da en el testamento, no obstante ser *Nuño* el que se encuentra en la generalidad de las crónicas.

SONETO

DE DON JUAN DE MATA FRAGOSO,
A LA TUMBA DE NUÑO ALFONSO.

Sella, encubre esta piedra venerada
Otro nuevo Anibal, Marte cristiano,
Cuya memoria eterna el tiempo cano
Dejó en admiraciones vinculada;
Pues armado de cólera sagrada
Contra el bárbaro orgullo del pagano,
Cuanto fingió su idea obró su mano,
Siendo trueno la voz, rayo la espada.
Ofendes su esplendor si no te espantas
Del varón que, con fe y acero ardiente,
Supo á sus pies postrar régias gargantas.
¡Mira si es grande, pues heroicamente
Coronas que estuvieron á sus plantas,
Del monarca español ciñen la frente!

SONETO

DE LA SEÑORA DOÑA MARÍA NIETO DE ARAGON,
A LA MUERTE DEL GRAN NUÑO ALFONSO.

Grande, más que Pompeyo y que el Troyano
En heroica virtud, en esta admira,
Melancólica á par que hermosa pira,
Cómo duerme el valor del brazo hispano.
Aquí, pues, el asombro mauritano,
Desatado en cenizas, aún respira....
Al formidable trueno imitó en ira,
Siendo en la ejecución rayo su mano.
No cede al fatal sueño el varón fuerte,
Cayendo vencedor en la campaña,
Pues la fama le forma eterno templo....
Envidia dejó al mundo con su muerte,
Inmarcesible gloria á nuestra España,
Y á la posteridad triunfante ejemplo.

A MI QUERIDO HERMANO

SR. D. MANUEL GOMEZ DE AVELLANEDA.

Dedicando á la capital de la Isla de Cuba este primer drama que di al teatro y á la prensa, cumplí un deber sagrado para con mi patria hace veinte y cuatro años; pero hoy, que la consagro en su totalidad cuantas producciones han salido de mi pluma — como pequeño tributo de mi amor y del reconocimiento que la debo por la singular honra que me dispensó, coronándome solemnemente al regresar á su querido suelo en 1860,— miro como desempeño de otra grata obligacion, hermano mio, el poner tu nombre en esta página. En nuestra ya casi extinguida familia paterna, tú representas la rama de *Munio Alfonso* de que descendemos; tú, ademas, conservas y amas ese viejo archivo, donde hallé los materiales con que formé la presente obra; y tú tambien — con tus observaciones inteligentes y leales — has contribuido en gran manera á hacerme conocer y enmendar los defectos de que salió plagada cuando la lancé á la escena precipitadamente.

Recibe, pues, en el *Munio Alfonso* refundido, una prenda de fraternal cariño y una muestra de deferencia hácia el vástago masculino que puede considerarse jefe hoy dia de la antigua familia que tan justamente se gloriaba de contar por tronco al héroe castellano, á cuya gran figura debí mi primer triunfo dramático.

Tu amante hermana,

Gertrudis.

Sevilla, Junio de 1868.

INTERLOCUTORES.

LA EMPERATRIZ DOÑA BE-
RENGUELA, *esposa de Alfon-*
so VII.
FRONILDE, *hija de Munio Al-*
fonso.
DOÑA BLANCA, *infanta de Na-*
varra.
MUNIO ALFONSO, *rico home de*
Castilla.
DON SANCHE DE CASTILLA..
EL ARZOBISPO DE TOLEDO..
EL CONDE DON PEDRO GU-
TIERREZ DE TOLEDO. . .
UN PAJE.

ACTORES

que tomaron parte en sus pri-
meras representaciones.

D.^a BÁRBARA LAMADRID.
D.^a TEODORA LAMADRID.
SEÑORITA TABLARES.
D. CÁRLOS LATORRE.
D. FRANCISCO LUMBRERAS.
SR. LOPEZ.
SR. BARROSO.
SR.....

DAMAS.— CABALLEROS.— GUERREROS.

La escena pasa en Toledo, año de 1142.

MUNIO ALFONSO.

ACTO PRIMERO.

Cámara de la Emperatriz en el real alcázar de Toledo. Ventana y puertas laterales : otra más grande al fondo. A derecha é izquierda del proscenio sillones del gusto de la época, y una mesa al primero de dichos lados. Es de mañana. (Siempre que se nombre derecha ó izquierda es con referencia al actor).

ESCENA PRIMERA.

FRONILDE. — BLANCA.

BLANCA *aparece dormida, reclinada en un sillón cerca de la mesa, con traje que indica haberse acabado de levantar del lecho : un libro de oraciones, en el que se supone leía al sorprenderla el sueño, se halla caído en la mesa.*—FRONILDE *entra al levantarse el telón y se adelanta hácia la ventana.*

FRONIL. Bello en oriente resplandece el día
Que gozoso saluda todo un pueblo,
Mas ¡ay, cuál hiere con su luz mis ojos,
Tras largas horas de un insomnio acerbo!

(Acercándose á la Infanta.)

Tú, en tanto ¡oh Blanca! apenas perezosa
Te has apartado del mullido lecho,
Cuando en tus preces matinales vuelve
Grato á halagarte bienhechor beleño,
De la santa oración entre tus labios
Dulce apagando el religioso acento.

BLANCA. (*Entre sueños.*)

¡Cuán dulce libertad!..... ¡Calma apacible!

FRONIL. ¡Cómo se ve que el devorante incendio
Desconoces de amor! — Pero ¡ah Dios 'mio!
En ella fuera dicha el sentimiento
Que es para mí tremenda desventura.
¿Por qué no se lo das, y de este pecho
Lo arrancas para siempre?

BLANCA. (*Todavía dormida, pero agitada.*)

No..... ¡dejadme!

De aquella pompa el esplendor detesto.....

¡Dejadme! (*Despertando.*)

¿Dónde estoy?.....

FRONIL.

(*Áun no me ha visto.*)

BLANCA. (*Después de reconocer con la mirada el sitio en que se halla.*)

Soñaba..... mas ¡cuán pronto me despierto!

FRONIL. (*Acercándose.*)

Señora, tiempo es ya; pues en palacio
Todo es júbilo hoy.

BLANCA.

Sí..... lo recuerdo.....

Mas ¡oh Fronilde! júbilo más grande
Me daba, hace un instante, falaz sueño.

FRONIL. ¿Y era.....

BLANCA.

Me hallé en Navarra; vi sus montes
Las cumbres levantar al firmamento,
Y por doquier gozaron mis sentidos
De un aire puro, de un espacio inmenso.
No era yo allí princesa, condenada
A soportar de la etiqueta el tedio,
Sino feliz y libre pastorcilla,
Con otras mil trepando por los cerros,
Sin más corona que fragantes flores
Ni más cuidados que infantiles juegos.
Tras meses tanto de opresión y enojos,
¡Cómo mi corazón se ensanchó ledo!.....
¡Cómo al querido ambiente de la patria
Se abrieron con afán mis labios secos!
Así respira en ignorado asilo,
Cuando logra burlar tenaces perros,
Después de fuga peligrosa y larga,

El perseguido y fatigado ciervo.

FRONIL. ¿Es posible, Señora? Vuestra suerte
—Tan bella y envidiable—¿á tal extremo
Puede seros penosa?

BLANCA. Buena amiga,
Nací sin ambicion, te lo confieso.
Odio la régia pompa.

FRONIL. Mas si el trono
No alcanza á fascinar los ojos vuestros,
Pensé bastára á haceros venturosa
La dulce mágia del amor primero.

BLANCA. ¿El amor? Yo no sé si con tal nombre
Lo que Sancho me inspira llamar debo.
Dos reyes concertaron la alianza
Que era de paz apetecido sello,
Y que mi extrema juventud tan sólo
Les hizo retardar. Bajo este techo
Desde entónces viviendo, como á hermano
He visto de Castilla al heredero;
Y hoy, que se acerca presuroso el día
Del enlace que anhelan los dos reinos,
Si pavor no me infunde su llegada,
Sin ánsia ni placer venir le veo.

FRONIL. ¡No amais, Infanta, no!..... bien lo conozco.

BLANCA. Es muy gallardo el Príncipe..... le aprecio.....
Pero tan jóven soy, cara Fronilde,
Que ese amor, de que me hablas, no comprendo;
Y aun dudo que tú misma lo explicarás.

FRONIL. (*Turbada.*)

¡Yo!..... Señora.....

BLANCA. (*Levantándose.*) Tu amor lo absorbe entero
—Segura estoy— el héroe sin mancilla
Que por glorioso padre te dió el cielo;
Y alegrarme contigo deber juzgo
Hoy que, ceñido de laureles nuevos,
Volverás á abrazarle.

(*Se empiezan á oir, lejanos todavía, rumores de aplausos y vitores, los cuales se repiten á intervalos durante las siguientes escenas.*)

FRONIL. Mucho estimo.....

BLANCA. ¿Oyes?..... De aplauso jubilosos ecos

Resuenan por doquier : en tan gran día
 Fuerza es lanzar de mi fastidio el peso ,
 Para admirar al adalid bizarro
 Que renueva del Cid los altos hechos.
 A mi cámara voy. *(Se retira por la izquierda.)*

ESCENA II.

FRONILDE, — *y despues* D. SANCHO.

FRONIL. ¡Munio..... mi padre,
 Vencedor vuelve, y conturbada tiemblo,
 Pareciéndome oír una amenaza
 En cada vitor que me trae el viento !.....
 ¡ De la insana pasión que me devora
 Tal es el triste y vergonzoso efecto !.....
 Ella me representa juez terrible,
 Al que siempre encontré protector tierno.
 Se acercan..... *(Mirando dentro.)*
 Es don Sancho.

SANCHO. ¡ Con qué gozo,
 Bien de mi vida, á saludarte llego,
 Mientras aclama multitud ferviente
 De tu padre feliz el nombre egregio ! .
 Pero ¿qué miro?..... pálida, turbada,
 La luz me niegas de tus ojos bellos?

FRONIL. ¡ Ah Príncipe !.....

SANCHO. ¿ Qué tienes, mi Fronilde?
 Dilo presto, por Dios; ¿qué tienes?

FRONIL. Miedo.

¡ Miedo de que mi padre en mis miradas
 Del corazón descubra los secretos !

¡ Miedo de que mi falta sepa el hombre
 Que siempre ha sido de virtud modelo !

SANCHO. ¡ Tu falta !..... ¿ Qué pronuncias? ¿ No eres pura
 Como esa luz, Fronilde? ¿ Mi respeto
 No se iguala á mi amor? ¿ No sabes cuánto
 Tu honor, tu dicha, á mi existir prefiero?
 ¿ De qué te acusas, pues? ¿ De que conoces

De mi pasión fogosa los tormentos,
Y tras de larga resistencia, al cabo
Dulce y tierna piedad me das por premio?
FRONIL. ¡Ah, no, Príncipe, no! Buscar disculpas
Quereis en vano para mí; primero
Debí morir que confesar insana
Que era sensible á vuestro amor funesto.

SANCHO. ¿Qué dices?

FRONIL. Sí, señor; morir debía,
Y no olvidar en mi delirio ciego
La gran distancia que al destino plugo
Poner entre los dos.

SANCHO. Eso no es cierto.
¡Hija de Munio Alfonso! Si su frente
Sólo se adorna de laurel eterno,
Réguas coronas á sus plantas postra,
Y otras sostiene con su invicto acero.
¿Qué augusta estirpe desdeñar podría
A la del héroe que dilata imperios
Y abate pueblos, de su gloria al soplo?
¿Quién más digna que tú del sólio excelso?
FRONIL. No á tal grandeza mi ambición aspira;
Pues me pesa, don Sancho, que el derecho
De remontaros á suprema altura
No os hubiera negado el nacimiento.
Entónces, más dichoso, fuerais libre....
Fuerais, señor, de vuestra mano dueño.

SANCHO. (*Con pasión.*)

¡Idolo de mi amor!

FRONIL. Mas ¿qué esperanza
En la actual situación concebir puedo?
¿No estais ligado á Blanca por un pacto
Que ha de tener en breve cumplimiento?

SANCHO. ¿Y no pueden romper mil circunstancias
— Como se ha visto ya — tales empeños?

FRONIL. La fratricida guerra que ensañados
Dos católicos reyes sostuvieron
— Y que Navarra, cual Castilla, llora —
Término fausto tuvo en el convenio
Que, á las augustas casas enlazando,

- De ambas naciones cimentó el sosiego.
 ¿Cómo, sin promover grandes desastres,
 Desbaratar, Señor, un himeneo
 Por tan solemne pacto asegurado
 Y de esperanzas tantas fundamento?
- SANCHO. Otro infante tambien tiene Castilla,
 Del trono de Leon digno heredero,
 Y el grande Emperador, nuestro buen padre,
 Llenará de aquel pacto el noble objeto
 Si por esposo se lo ofrece á Blanca,
 De quien ninguna preferencia obtengo.
- FRONIL. (*Con súbita esperanza.*)
 Es verdad.....
- SANCHO. Pues desecha tus temores,
 Y acoge el bienhechor presentimiento
 Que hoy más que nunca fortalece mi alma.
- FRONIL. Si Dios escucha mis amantes ruegos.....
- SANCHO. (*Tomándola la mano.*)
 No lo dudes : Él te hizo tan hermosa
 Para inspirarme generoso aliento
 Que de Castilla labre la ventura,
 Con mayor lustre abrigando el cetro.
- FRONIL. (*Con ternura.*)
 ¡Sancho!.....
- SANCHO. Sabe, ademas, que Berenguela
 — Esa reina, esa madre, en cuyo seno
 Bondad, ternura y religion rebosan —
 Ya nuestro amor sospecha, por lo ménos.
- FRONIL. ¡Qué decis?.....
- SANCHO. No te asuste, vida mia,
 Lo que acaso es un bien; tal lo contemplo.
- FRONIL. ¿Presumis, pues?.....
- SANCHO. Que si mi pecho le abro
 Con franqueza filial; si á ella le entrego
 De nuestro amor el porvenir, segura
 Su poderosa proteccion tendríamos.
- FRONIL. Me trastorna entrever dicha tan grande.
- SANCHO. (*Mirando dentro.*)
 Mi madre con el conde.
- FRONIL. Yo me alejo,

Pues me vendiera la emocion ; mas gracias ,
 Gracias os doy , porque esperanzas llevo !
(Se va por la puerta por donde antes se retiró Doña Blanca.)

ESCENA III.

SANCHO. — EMPERATRIZ. — CONDE.

SANCHO. *(Saliedo al encuentro de su madre.)*

Señora.....

EMPER.

¡ Oh hijo ! la feliz noticia
 Que desde ayer regocijó á Toledo ,
 Nos viene á confirmar tan buen testigo.

(Indicando al conde.)

SANCHO.

Decid cuanto sepais , conde don Pedro.

CONDE.

De Alcántara la puerta atravesando ,
 Por entre olajes del alegre pueblo ,
 Ya el triunfador ejército penetra
 En la imperial ciudad : lo vi yo mesmo.

EMPER.

¡ Gloria al Omnipotente !

SANCHO.

¡ Fausto dia !

CONDE.

Delante numerosos prisioneros ,
 Con abatida faz , abren la marcha :
 La infantería , con bizarro arreo ,
 Viene en seguida : rotos estandartes ,
 Tomados al vencido sarraceno ,
 Ensangrentadas muestran en sus puntas
 Dos testas coronadas por trofeos.
 Flotando al aire , en undulantes rizos ,
 La bandera de Munio se alza en medio.....
 Bien cual en campo de cipreses tristes
 Descuella á veces majestuoso cedro.
 Mil acémilas marchan perezosas ,
 Del inmenso botin llevando el peso.....
 Y al fondo de aquel cuadro sorprendente ;
 De punta en blanco ; en el bruñido peto
 Reflejando del sol la viva lumbré ;
 Sobre los lomos de alazan soberbio ,
 Que — en mil corbetas — de nevada espuma

Cubre tascando el acerado freno,
 Se presenta, por fin, el gran caudillo,
 Cercado de sus bravos compañeros.
 Las anchas plumas de su rico casco,
 Del aura mueve el hálito ligero,
 Y la visera levantada deja
 Su varonil semblante descubierto.
 Con gritos de placer y alegres cantos
 Le saluda doquier gentío espeso,
 Y rosas y laureles las beldades,
 Desde cada balcón, lanzan al viento.
 Devuelve el héroe sus saludos gratos,
 Inclinando con gracia el limpio acero,
 Y envuelto en el tumulto se aproxima
 — Pisando flores — al alcázar régio.

EMPER. Toda la Córte á recibirle acuda;
 Que se sucedan públicos festejos,
 Y que esta noche espléndido sarao
 — Celebrado del héroe en digno obsequio —
 De este palacio alegre los salones.

CONDE. Todo cual lo ordenais será dispuesto.

(*Vase por donde vino.*)

EMPER. Y tú, hijo caro, manda sin demora
 Noticias de tan plácido suceso
 Al grande Emperador, tu augusto padre.

SANCHO. Saldrá al instante rápido correo.

(*Deja la escena por distinta puerta que el conde.*)

ESCENA IV.

EMPERATRIZ, — y luego el CONDE.

EMPER. (*Sentándose.*)

¡Cómo es verdad que en esta infausta vida
 Nunca logra el mortal gozo perfecto!
 Al que hoy mi corazón, cual reina, inunda,
 Se mezcla de la madre afán inquieto.
 Sancho á Fronilde con su amor persigue.....
 Sí; mis sospechas crecen por momento.

¿Será pasión que fuerte lo avasalla,
 O tan sólo lo agita un devaneo?
 Si es del primer amor fuerza invencible,
 ¡Cuántos motivos de alarmarme tengo!.....
 La palabra real, que está empeñada.....
 El interés de dos cristianos reinos.....
 Todo se opone á que consiga Sancho
 La ventura, que darle á cualquier precio
 Mi corazón quisiera. — Y si es capricho.....
 ¡Oh! sólo de pensarlo me avergüenzo. (*Se levanta.*)
 ¿Mi hijo intentára mancillar ingrato
 El gran nombre de Munio..... del guerrero
 Sosten del trono, de la patria gloria?.....
 No, no permita Dios baldon tan negro
 En la corona de Castilla..... Que ántes
 Venga el conflicto horrible que preveo.
 El conde. (*Mirando dentro.*)

CONDE. Perdonadme, gran Señora,
 Si presuroso á vuestras plantas vuelvo,
 Y á la Corte — que invade esos salones —
 Por un instante breve aquí precedo.
 De vuestra alteza el patrocinio augusto
 Necesito implorar, para un empeño
 En que mi gloria y mi ventura cifro.
 EMPER. Sabes que por tu suerte me intereso.
 Habla, conde.

CONDE. Señora, llamar padre
 Al héroe castellano, á quien venero,
 Es mi ardiente ambición.

EMPER. (*Con interés.*) ¡Cómo!..... ¿Fronilde.....

CONDE. Su hermosa mano merecer anhelo.

EMPER. ¿Y ella.....

CONDE. Aún no sé si me será propicia.

EMPER. (De esclarecer mis dudas toco un medio.)

(*Se oyen los sonos de la música, que acompaña un momento después el himno cantado por la Corte.*)

Esos sonos anuncian que el gran Munio
 Pisa nuestros umbrales: vé á su encuentro;
 Que favorable á tu amorosa instancia
 Hablarle hoy mismo, conde, te prometo.

CONDE. (*Besándole la mano.*)
 Gracias, señora, gracias. (*Vase.*)
 EMPER. (*Mis temores*
Quedarán confirmados ó deshechos.)

ESCENA V.

EMPERATRIZ. — DAMAS Y CABALLEROS DE LA CÔRTE,
que entonan al entrar el siguiente himno, durante el cual aparecen tam-
bien en la escena BLANCA y FRONILDE, sentándose la pri-
mera al lado de la Emperatriz, á una señal de ésta, y permaneciendo la
otra de pié junto á la Infanta.

HIMNO.

¡ Viva Munio Alfonso!
 ¡ Muchos años viva!
 ¡ Azote de infieles
 Y honor de Castilla!
 Dispersa su espada
 La turba enemiga,
 Cual viento impetuoso
 Las leves aristas.
 La patria gozosa
 Laureles le ciña,
 Las bellas le canten,
 Los nobles le sigan.
 ¡ Viva Munio Alfonso!
 ¡ Muchos años viva!
 ¡ Azote de infieles
 Y honor de Castilla!

ESCENA VI.

LOS MISMOS. — DON SANCHO.

SANCHO. Señora, permitid que olvide un tanto
 De mi sangre real los privilegios,

Y os presente yo mismo al héroe invicto,
Que, con el gran prelado de Toledo,
Vuestra vénia allí aguarda.

EMPER. Que éntre al punto.

(*Se va Don Sancho y la Emperatriz se pone en pié.*)

¡Y tú, Rey de los reyes, Juez supremo,
Que premias con mercedes tan sublimes
De mi querido esposo los desvelos,
Bendice siempre la bandera hispana,
Para que pronto, hasta el confin ibero,
Bajo la sombra de la Cruz tremole,
Los árabes lanzando á sus desiertos!

ESCENA VII.

LOS MISMOS. — MUNIO, *que aparece con* DON SANCHE, —
EL ARZOBISPO DE TOLEDO, — EL CONDE —
Y GUERREROS, *que traen los trofeos de la victoria.*

EMPER. Llegá, gran capitán, sostén del trono,
Llegá á besar la mano que te tiendo.

MUNIO. De vuestra alteza las bondades suplan
Por mi poco ó ningún merecimiento.

(*Pone la rodilla en tierra y besa la real mano.*)

Las invencibles armas del cristiano
Y heroico emperador Alfonso Séptimo,
Alcanzaron el triunfo de que he sido,
Por voluntad de Dios, flaco instrumento,
Y á vuestras régias plantas, con mi vida,
Pongo de la victoria los trofeos.

EMPER. ¡Rico hombre de Castilla! autorizada
Por mi consorte augusto los acepto,
Y pues de su milicia ya eres príncipe,
Te hago desde hoy Alcaide de Toledo.

MUNIO. ¡Ah! Las nuevas mercedes que recibo.....

EMPER. Son para hazañas tales corto premio.

MUNIO. Señora.....

EMPER. ¡Basta! — De la gran victoria

Te quisiera escuchar relato extenso.

(*Vuelve á sentarse.*)

MUNIO. Débil en fuerzas, mas pujante en ánimo,
Situéme en la eminencia de Montelo,
Y allí esperar dispuse al enemigo,
Que casi al punto apareció á lo léjos.
Los monarcas de Córdoba y Sevilla
Acaudillaban tan crecido ejército,
Que el polvo que elevaban sus bridones
Bastára á sepultar los pocos nuestros.
Con corazon tranquilo y confiado
Doblamos las rodillas en el suelo,
Para implorar del árbitro divino
Nos diese dicha, cual nos daba esfuerzo;
Y tremolando la sagrada insignia
Descendimos al llano, en gran silencio.
La ventaja del número, tan loca
Seguridad inspira al agareno,
Que, haciendo alarde de desden, prorumpe
En insolente grito. — Con sosiego,
Cual calma precursora de huracanes,
A su algazara necia respondemos.
Se nos acerca al cabo; nos provoca
Con insultos sin fin; mudo lo espero,
Y cual olas del mar en roca inmóvil,
Llega á estrellar sus ímpetus violentos.
Ensondecen los montes convecinos
De la batalla al pavoroso estruendo:
Preces, blasfémias, ayes, maldiciones,
Se alzan del campo fatigando al viento.
Las ricas armas — que entre joyas miles
Eran del sol purísimos espejos —
De polvo y sangre por doquier teñidas,
Crujen al golpe del templado acero:
Se matizan del prado los verdores
Con el rojo color que les da el riego,
Y del Adoro los cristales frios
Con hirviente licor corren revueltos.
Siembran despojos la llanura vasta,
Cascos y miembros por doquier dispersos:

Aquí se encuentra un tronco mutilado.....
 Allá una frente que áun sostiene el yelmo.....
 Acá una mano solitaria y fria,
 Que, de la vida en el afan postrero,
 Con crispatura tal asió la espada,
 Que áun clava en ella los sangrientos dedos!
 ¡Qué horror!

EMPER.

SANCHO.

MUNIO.

¡Prosigue!

¿Para qué fatigo
 Vuestra atencion réal? Todo lo expreso
 Con decir que por nuestro quedó el campo,
 De despojos riquísimos cubierto.....
 Y entre sus estandartes en jirones
 Las dos cabezas de los reyes, muertos
 Al filo de mi espada, uno tras otro,
 En singular combate, cuerpo á cuerpo.

EMPER.

(Levantándose.)

Corramos á rendir esas coronas
 A la suprema Emperatriz del cielo.
 Que el Arzobispo venerable guie
 Con digna pompa nuestra planta al templo,
 Y nos siga la Côte, el pueblo todo,
 Para dar gracias del favor inmenso.

(Vuelve á sonar la música, y mientras que la Emperatriz, con Munio, Sancho, el Arzobispo, la Infanta y Fronilde se dirige al foro por medio de la comitiva — que debe seguirla al templo — el telon va descendiendo lentamente.)

FIN DEL ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero, pero iluminada la escena y adornada con todo el brillo correspondiente al sarao que tiene lugar en los regios salones, viéndose atravesar de vez en cuando por el del fondo damas y caballeros.

ESCENA PRIMERA.

EMPERATRIZ Y MUNIO. (*Entrando.*)

EMPER. Miéntras la juventud risueña goza
La fiesta que hoy le brinda nuestro alcázar,
De más serios asuntos platiquemos,
Si lo tienes á bien, en esta estancia.

MUNIO. Mucho me honra con ello vuestra alteza.

EMPER. (*Sentándose.*)

Segun me comunica extensa carta,
Presto el emperador deja á Segovia.

MUNIO. Sé que Toledo con afan le aguarda,
Porque su vuelta apresurar parece
Muy plausible motivo.

EMPER. Sí; ya Blanca
Cumple la edad que prefijó el convenio
Para el enlace regio, que Navarra
Con grande anhelo espera.

MUNIO. Y en Castilla
No es, señora, menor la ardiente ánsia
Por ver llegar el plácido momento
Que cumpla tan risueñas esperanzas.

EMPER. Lo que ignoran quizás, aunque ya sea
Cosa ¡oh Munio! resuelta y decretada,
Es que Sancho, al tomar de esposo el nombre,

Recibirá tambien el de monarca.
 Quiere el Emperador que sus dos hijos,
 A quienes tanto considera y ama,
 En vida suya las coronas lleven
 Conforme sé las tiene destinadas.
 La del noble Leon tendrá Fernando;
 Sancho se ceñirá la castellana.

MUNIO. Y esta nación, señora, que en las sienes
 De tan ilustre príncipe al mirarla,
 Verá cumplidos sus fervientes votos
 — Pues hace tiempo que cual rey le acata, —
 Podrá exigir que la futura historia,
 De su reinado al escribir las páginas,
Don Sancho el Deseado le apellide,
 Magüer su posesion temprano alcanza.

EMPER. Sí; soy madre feliz, pues me da el cielo
 Prole de la que puedo estar ufana :
 Y á par me considero feliz reina,
 Pues súbditos cual tú tronos realzan.

MUNIO. Me confundis, señora.....

EMPER. No pretendo
 Mi afecto demostrar con alabanzas;
 Que más útiles muestras, más sencillas,
 Hoy me dictan quizás las circunstancias.

MUNIO. Vuestra bondad real....

EMPER. No : deber juzgo
 Lo que á decirte voy. Con toda el alma
 De tu Fronilde la ventura anhelo;
 Y pues nuestro servicio ausencias largas
 Te impone, noble Munio, con zozobra
 Sus pocos años, su belleza rara
 Contemplo, entre peligros de la córte
 De la custodia paternal privada.

MUNIO. A su lado la acoge vuestra alteza
 Cuando á los campos el deber me llama,
 Y su inocencia peligrar no puede
 Bajo la sombra de virtud tan santa.
 ¡Ni nunca, nunca con recelo injusto
 Este paterno corazon la ultraja.....
 Porque la sangre que en sus venas corre

- Es mi sangre, señora, y eso basta!
- EMPER. Lo sé; mas si el decoro no peligra
En quien virtudes cuenta hereditarias,
La ventura tambien corre sus riesgos
En esa edad, de inexperiencia incauta;
Y pienso, Munio, que pues yo á Fronilde
Privo de la paterna vigilancia,
De un digno esposo los cuidados tiernos
Me corresponde por justicia darla.
Tal es mi parecer.
- MUNIO. Que acato humilde.
- EMPER. Conoces cuán ilustre es la prosapia
De don Pedro Gutierrez de Toledo.
- MUNIO. Sé que no tiene en sus blasones mancha.
- EMPER. Y es galan, opulento, cual cumplido
Caballero doquier se le señala.
- MUNIO. Como á tal siempre lo estimé, señora.
- EMPER. Pues bien, de tu hija en el amor se inflama,
Tu vénia pide, y yo le patrocino.
- MUNIO. Honra habré de ganar con su alianza;
Y áun cuando no juzgase su valía
Tan verdadera y de grandeza tanta,
Para alcanzar mi aprobacion al punto,
Con merecer la vuestra le bastára.
- EMPER. La de Fronilde consultar debemos,
Pues de su suerte y porvenir se trata,
Y enlace que repugna el albedrío
Nunca, buen Munio, la ventura labra.
- MUNIO. Para súbditas nobles, de su reina
Es ley la voluntad.—¿Ni en qué fundára
De un enlace tan digno la repulsa
Fronilde, siempre dócil y sensata?
- EMPER. Si de otro amor su pecho sorprendido.....
- MUNIO. ¡No es posible, señora!
- EMPER. ¿Por qué causa?
- MUNIO. Nadie—del rey abajo—hay en Castilla
Que se contemple en posicion tan alta,
Para osar presumir que impunemente
A la hija mia alzára sus miradas
Sin impetrar primero mi permiso.

- EMPER. La pasion nace ciega, involuntaria,
Sabe comunicarse áun siendo muda,
Y cuanto más se oculta más se arraiga.
- MUNIO. Pero si por alguno preferencia
Sintiese ya Fronilde, noble y franca
Confesion nos hiciera; ¿qué motivo
Puede existir que exija el recatarla,
Como si fuese un crimen?
- EMPER. No aseguro.....
Mas ella aquí dirige sus pisadas. (*Levantándose.*)
Te dejo en libertad para decirla
Del noble conde la amorosa instancia,
Que con justicia ¡oh Munio! recomiendo.
Penetra tú su corazon..... indaga.....
Y si por dicha con placer la acoge,
Sepa por tí que á las nupciales aras
Su reina misma conducirla quiere,
Rogando al cielo que feliz la haga.
- MUNIO. Tal honra, gran señora.....
- EMPER. Pero entienda
Tambien que no queremos violentarla.
Si otro afecto la liga, si otro amante
Puede hacerla dichosa en union santa.....
Que venga á mí sin miedo..... que confie.....
Pues con gran voluntad todo se allana.

(*La Emperatriz se va por el foro ; y Munio, despues de acompañarla hasta la puerta y hacerla profunda reverencia, sale al encuentro de su hija, que entra en la escena por una de las puertas laterales.*)

ESCENA II.

MUNIO. — FRONILDE.

- MUNIO. (*Con ternura.*)
¡Fronilde!
- FRONIL. ¡Padre!..... Al fin os hallo solo,
Y puedo veces mil, como anhelaba,
Vuestra mano besar. (*Queriendo hacerlo.*)
- MUNIO. (*La abraza.*) Vén á mis brazos

¿Qué ventura ¡gran Dios! á ésta se iguala?

FRONIL. Es para mí tan grande, padre mio,
Que un sueño me parece. ¡Nos separa
Con tal frecuencia la enemiga suerte!.....

MUNIO. No; di, más bien, la obligacion sagrada.
Pero aunque en breve á abandonarte vuelva
Por interes augusto de la patria,
No ya otra vez me apenará, Fronilde,
Pensar que aquí te dejó desolada,
Sin un afecto protector y tierno
Que te consuele de mi ausencia amarga.
La gran princesa que en su sólio augusto
Con orgullo y placer contempla España,
Supliendo de la madre cariñosa
—Que el cielo te quitó— la triste falta,
Digno esposo te elige, y de su mano
Quiere que lo recibas sin tardanza.

FRONIL. (*Con agitacion.*)

¡Cómo!..... ¿La emperatriz.....

MUNIO. Con afan vivo

Parece desear verte casada,
Y ninguna objecion oponer puedo
Al pretendiente ilustre á quien ampara.

FRONIL. (*Con ansiedad de temor y de esperanza.*)

Pero..... ¿Sabeis quién es?.....

MUNIO. Don Pedro el conde.

FRONIL. (*Aterrada.*)

¡Don Pedro!.....

MUNIO. Sú cariño te consagra,
Y pues tan impaciente por tu dicha
Se muestra la benigna Soberana,
Puede tu boda hacerse al mismo tiempo
Que la de nuestro príncipe y la infanta.

FRONIL. (*¡Ah!!*)

MUNIO. Mas ¿qué es eso?... ¿Tiemblas?... ¿Palideces?
¡Fronilde!.....

FRONIL. (*¡Yo fallezco!.....*)

MUNIO. ¿Tan extraña,
Tan terrible impresion puede causarte
De un enlace feliz le nueva grata?

FRONIL. (*Con gran desconcierto.*)

Perdonadme, señor..... no presumia.....

MUNIO. Me quisiera explicar lo que te pasa.

¿Tendrá razon la emperatriz? ¿Tu pecho
Leyó, tal vez, su grande perspicacia?

FRONIL. (*Con espanto.*)

¡Ah!..... ¿Qué piensa? ¿Qué os dijo?....

MUNIO. Que los votos

Del noble conde acaso rechazáras,
Porque á otro amor tu voluntad rindieras.

FRONIL. Y por eso..... ¡lo entiendo!..... (*Ilusion vana,*
¡Cuán presto te deshaces!)

MUNIO. ¿Qué murmuras?

FRONIL. Señor..... pretendo, en balde, hallar palabras
Con que.....

MUNIO. ¡Fronilde, escucha! Soy guerrero

Que educado entre el ruido de las armas,

No supe nunca encarecer ternezas

Ni provocar amantes confianzas.

Pero jamas —lo sabes— jamas viste

Un padre en mí de condicion tirana.....

Del entrañable amor que te profeso

Juzgo que pruebas mil te tengo dadas.

Ábreme, pues, tu corazon, no temas.

Si el amor de don Pedro no te halaga,

Dime qué caballero hay en Castilla

Que, mereciendo tu ternura casta,

Pueda á tí unirse en lazo venturoso.

FRONIL. (*Más y más turbada.*)

¡Ah!..... ninguno, señor.....

MUNIO. Los ojos bajas

Llena de confusion, y se sonroja

De súbito tu frente.....

FRONIL. ¿Yo?.....

MUNIO. ¡Me engañas!

FRONIL. (¡Qué suplicio!.....)

MUNIO. (*Con autoridad.*) ¡Fronilde! sé sincera.

Lo exijo!.....

FRONIL. Pues rendida á vuestras plantas

Vedme, padre!.....

MUNIO. ¿Por qué? ¿Cuál es tu anhelo?
¿Qué pretendes de mí?..... ¡Responde!

FRONIL. Nada

Me puede dar, señor, tanta ventura
Como jamas abandonaros.

MUNIO. *(La levanta con cariño.)* ¡Alza! —
Me hiciste tener miedo. — ¿Con que todo
Significa, Fronilde, que te espantas
De dejar á tu padre?

FRONIL. Sí..... quisiera
Bajò aquel techo que abrigò mi infancia,
Mi vida terminar.

MUNIO. ¡Qué niña eres!.....
¿No sabes que el deber de tí me aparta
— Cual dijiste tú misma — con frecuencia?
¿Quieres pasar tu vida solitaria?
No olvides cuán ligera ¡oh hija mia!
Vuela la juventud, del tiempo en alas,
Y cómo es yerta, tenebrosa y triste,
En hondo desamor vejez cansada.

FRONIL. ¿Me negais, pues.....

MUNIO. Conmigo, y esta noche,
Quiero que vuelvas á adornar mi casa,
Y á ser encanto de las breves horas
En que dar puedo á los combates pausa.
Mas despues, mi Fronilde, ¡te lo ordeno!
Desecha los caprichos que te asaltan,
Y justa con don Pedro — que te adora —
Para ser digna esposa te prepara.
Busca á la emperatriz : rendirla debes
Por su nueva merced fervientes gracias;
Y de volver al paternal asilo
Pide licencia, pues la noche avanza,
Y mis cansados miembros necesitan
Pronto reposo tras fatigas tantas.

FRONIL. Seréis obedecido. *(Se va por el fondo.)*

ESCENA III.

MUNIO, —y despues CONDE.

MUNIO. (*Siguiendo á su hija con la vista.*)

¡Va llorando!.....

Su corazon purísimo se alarma

Sólo al oir el nombre de himeneo.....

CONDE. Buscándoos vengo : de decirme acaba

La buena emperatriz, que favorable

De mi amor escuchasteis la demanda,

Y es tal mi gratitud que en vano ansío

Términos encontrar con que expresarla.

MUNIO. Sí, conde, juzgaréme venturoso

Si cumplida mirais vuestra esperanza.

CONDE. ¿Y Fronilde?.....

MUNIO. Fronilde — lo confieso —

Del encanto de amor en la ignorancia,

Sintiéndose feliz junto á su padre,

Teme — y es natural — toda mudanza.

Yo su esquivéz combato con consejos,

Y os corresponde á vos el disiparla.

CONDE. Lo espero así, señor, pues pueden mucho

Rendimiento y amor, celo y constancia.

MUNIO. La villa de Ajofrin tendrá por dote.

CONDE. Dote no busca quien de véras ama.

MUNIO. Mas las crecidas rentas de esa villa,

Méno, don Pedro, su valor realzan,

Que el haber sido galardón honroso

Que mi padre ganó con sus hazañas,

El yugo quebrantando que á Toledo

Le impuso el musulman.

CONDE. Y no rebaja

De recuerdos tan nobles la valía

Mi corazon. La gloria que en su fama

Sus abuelos legaron á Fronilde,

Y que hoy la vuestra por el orbe ensancha,

No es la prenda menor que en ella admiro,

Ni lo que méno mi pasión exalta.

- Dadme, pues, vuestra mano. Yo la estrecho
 Cual la de un padre..... un héroe, que entusiasma
 Mi mente, casi á par que el amor mismo.
- MUNIO. Conde.....
- CONDE. No lo dudeis. — Que agora os plazca
 Permitirme rogaros, Munio ilustre,
 Venir conmigo á la vecina sala,
 Donde para rendiros sus respetos
 Os esperan personas de importancia.
- MUNIO. Vos disponeis de mí; pero querria
 Retirarme temprano á mi morada.
- CONDE. Sólo os pido un instante.
- MUNIO. Soy, pues, vuestro.
- CONDE. (¡Cuanto anheló mi corazon alcanza!)

(Se van juntos, enlazados los brazos, por donde ántes salió el Conde á la escena, y al mismo tiempo aparece Fronilde, seguida de don Sancho por el fondo.)

ESCENA IV.

FRONILDE. — DON SANCHO.

- FRONIL. ¡Dejádme!
- SANCHO. ¡No lo esperes! Cual tu sombra
 Quiero seguirte por doquiera, ¡ingrata!
 Para pedirte cuenta de mi vida.....
 Cuenta del corazon que me desgarras.
- FRONIL. Hablad más bajo, príncipe; mi padre
 Muy próximo de aquí tal vez se halla.
- SANCHO. Que venga, que me escuche, que conozca
 Mi inalterable amor y tu inconstancia.
 ¡Qué puedo ya temer?.....
- FRONIL. ¡Ah! ¡No advertisteis
 Que doña Blanca, con zozobra extraña,
 Al seguirme os miró?
- SANCHO. Sé solamente
 Que con el conde de casarte tratan,
 Y á mi presencia misma, á mis oidos
 Por ello rindes á mi madre gracias.

Sé que, esquivando mi dolor, la ruegas
Te permita dejar el régio alcázar.....
Sé que leyendo estoy en tu semblante
La decision cruel con que me matas.

FRONIL. Fuera, señor, delirio, fuera crimen
Pábulo dar á la pasion insana,
Cuando deshecha como el humo miro
La que soñasteis ¡ay! loca esperanza.
Sabe la reina, sí, nuestro secreto;
Mas sólo piensa en levantar muralla
Que para siempre nos separe.

SANCHO. ¡Cómo!

FRONIL. Ella un esposo recibir me manda.....
Tambien mi padre..... ¡Oh Dios! ¿qué resistencia
Les pudiera oponer, hija y vasalla?.....
Fuerza es doblar á la coyunda el cuello,
Si con la muerte el cielo no me salva.

SANCHO. Tú decidieras, sin piedad, la mia
Si al horrible consorcio te prestáras.....
Más pensarlo es demencia; nadie puede
Romper la eterna union de nuestras almas.
Júrame que jamas.....

FRONIL. No emprendais lucha
Que fuera criminal y temeraria.
¡Ceder nos toca, príncipe! Nos toca
Nuestra dulce ilusion borrar con lágrimas,
Prudentes consumando el sacrificio
Que la virtud severa nos reclama.

SANCHO. Si eso te dicta tu razon de hielo,
Yo sólo escucho el grito que levanta
Mi ardiente corazon, y ántes que acepte
La desventura atroz que le amenaza
Con la tranquila sumision del tuyo,
¡Vén, de este pecho sin piedad lo arranca,
Y del querido esposo por trofeo
Arrojale á los piés, si así te agrada!

FRONIL. ¡Ah! ¡Silencio, señor! Pueden oiros:
Gentes hay por doquier.

SANCHO. Si no retractas
Lo que has dicho, ¡Fronilde! ¿qué me importa

- Que sobre mi cabeza el cielo caiga?
 FRONIL. ¡Don Sancho!.....
 SANCHO. Mas no es cierto; tú no puedes
 Ser para mí tan dura é inhumana.
 Si mentira no fué tu amor primero,
 Si una chispa conservas de su llama,
 No desesperes con tenaz repulsa
 Al amante que implora una mirada,
 Que la vida le vuelva.
- FRONIL. Ved, don Sancho,
 El llanto acerbo que mi rostro baña.....
 Bien dice que desde hoy en vos no debo
 Contemplar al amante que adoraba,
 Sino al rey de quien soy súbdita humilde,
 Y es digna esposa la princesa Blanca.
- SANCHO. Tu compasion merece, si ese nombre
 Fuerza es que lleve, al fin, la desdichada,
 Pues sólo hiel, horror, ódio profundo
 Mi destrozado pecho puede darla.
- FRONIL. Terminemos, señor, una entrevista
 Terrible para entrambos. — Que Dios haga
 Dichosa vuestra vida, á pesar vuestro....
 No nos verémos más.....
- (Hace ademán de irse por donde ántes Munio, y don Sancho la detiene.)*
- SANCHO. ¡Detente, aguarda!
- FRONIL. ¡Dejadme por piedad!
- SANCHO. ¡Fronilde mia!
- (Doblando una rodilla. En el mismo momento aparece doña Blanca por el fondo.)*
- FRONIL. ¡Adios por siempre!..... ¡Adios! *(Se va.)*
- BLANCA. *(Se adelanta.)* ¡Cielos!.....
- SANCHO. *(Levantándose.)* ¡La Infanta!

ESCENA V.

DON SANCHO.—DOÑA BLANCA.

- BLANCA. ¡La Infanta, sí, que la conduce á tiempo
 De Dios aquí la providencia sábia,
 Para que evite el hórrido destino

Que iba á labrarse ciega en su ignorancia.
 Si fué vuestra cautela grande abuso
 De la inocencia de mi edad temprana,
 No os acuso por ello, ni su herida
 Quiere mostrar mi dignidad de dama.....
 Cargos no lanzo ni disculpas oigo.....
 Comprendo ya mi posicion..... y basta!

SANCHO. Lo que el acaso descubrió propicio,
 No pretendo negar con lengua falsa.
 Cual vos, señora, destinado á un yugo
 Que no eligió mi corazon, sellaba.
 El respeto filial los labios mios,
 Por más que á su poder recia batalla
 Una pasion profunda, irresistible,
 Diese sin tregua en lo interior del alma.
 Justo acaté vuestra inocencia hermosa,
 Homenaje rindiendo á vuestras gracias,
 Pero en vano mi esfuerzo pretendia
 Sofocar de mi amor la oculta llama.....
 Pues cuanto más la comprimí, más fuerte
 Rompe hoy el dique y con violencia estalla.
 Si á la beldad que en vuestro rostro admiro
 Este tirano sentimiento agravia,
 Pues que escuchasteis mis dolientes quejas,
 No crimen lo juzgueis, sino desgracia.

BLANCA. Desgracia fuera interminable, horrible,
 Si nuestra triste union la consumára.....
 Mas de oponerme con tenaz porfia
 Yo os empeño ¡don Sancho! mi palabra.

(Se va por donde vino á la escena.)

ESCENA VI.

DON SANCHE.

Hé aquí llegado el crítico momento
 Tan anhelado cual temido. — Blanca
 Romperá por sí misma el pacto odioso
 Que hace la suya cual mi vida infausta,

- Que ninguno cual yo será acogido,
Pues proteccion me asiste soberana.
- SANCHO. Pues yo, á mi vez, te digo que esta frente
Muy presto llevará diadema sacra,
Y que — cual rey á súbdito — repito
Que debes renunciar esa alianza.
- CONDE. (¡Qué misterio!.....) Señor, si la obediencia
De súbdito á su rey tanto me ata,
Que me fuerce á romper enlace digno
En que toda mi dicha está cifrada,
Considero tambien que los respetos
Que de mí exige mediacion tan alta
— Cual lo es aquella que apoyó mis votos —
No me permiten la renuncia extraña,
Sin exponer primero claramente
De mi conducta singular la causa.
- SANCHO. Haz lo que gustes.
- CONDE. Bien : por mis acentos
La augusta emperatriz sabrá mañana
Que vuestra alteza con rigor prohíbe
Lo que su autoridad patrocinaba;
Porque á Fronilde destinais esposo
Que — segun vuestro juicio — me aventaja.
- SANCHO. Te autorizo á decirlo.
- CONDE. Vuestra alteza
Dará despues explicacion más ámplia.
- SANCHO. Sí, conde, la prometo.
- CONDE. Y yo la ansío.
Dios os guarde, señor. (¡La ira me abrasa!)
(*Se va por el fondo.*)
- SANCHO. ¡Echada está la suerte! Ya no es tiempo
De miramientos y reservas vanas.....
¡Que es Fronilde mi amor, mi bien, mi esposa,
Sepa la emperatriz, sepa la España!
¡La corona real pondré en sus sienes,
O rota la verá bajo mis plantas!

ACTO TERCERO.

Gabinete de la casa de Munio. A la izquierda puerta que lleva á los aposentos de Fronilde. Á la derecha un balcon. Al fondo otra puerta que conduce á otra sala de comunicacion con lo exterior. Está anocheciendo.

ESCENA PRIMERA.

MUNIO *y el* ARZOBISPO, *entrando ambos por el fondo. Los precede un criado, que coloca luz sobre una mesa, y se retira.*

MUNIO. Pasad, digno Arzobispo; en esta estancia,
Como lo deseais, libres estamos
De cualquier importuno.

ARZOB. Lo celebro;
Porque en conflicto singular me hallo
Del que quiero tratemos, y pediros
Un consejo leal.

MUNIO. Bien; pues dignaos
Silla aceptar, Señor.

(Se sienta el Arzobispo, y á su lado Munio.)

ARZOB. Inútilmente
Por todas partes os busqué en palacio,
Cuando allá estuve hoy.

MUNIO. Como supuse
Fatigada á su alteza del sarao,
Recelé molestarla.—Ruboroso
Confesaré, ademas, que embelesado
Con el cariño de mi tierna hija,
De la mañana rápidas volaron
Las horas..... de tal modo, que de pronto
Vi, sorprendido, al sol tocar su ocaso.

ARZOB. Pues atended.— La infanta doña Blanca
Me llamó con urgencia, áun bien temprano,
Y en una larga conferencia ¡oh Munio!
Me declaró—y en términos muy claros—
Que la inspira pavora insuperable
Su enlace con el príncipe don Sancho.
MUNIO. ¡Qué decis!.....

ARZOB. Demandóme con empeño
Que la prestase proteccion y amparo,
Interponiendo toda mi influencia
Cerca de los augustos soberanos
De Castilla y Navarra; pues confia
Que han de prestarse á qué se anule el pacto,
Si yo les represento que es un crimen
Sacrificarla á la razon de Estado.

MUNIO. No encuentro voz para expresar mi asombro.

ARZOB. Y no menor que el vuestro fué mi pasmo.

MUNIO. Mas ¿no dijo la Infanta en qué se funda
Ese tan loco y repentino cambio?

ARZOB. Á todas mis preguntas respondia
Con frases vagas, con pueriles llantos.....
Que indicó, pienso, amor por el retiro
Y repugnancia por el régio fausto.....
Todos pretextos frívolos.— Misterio
Me quiso hacer de la verdad; mas franco
Debo, Munio, deciros mis sospechas.

MUNIO. (*Con interes.*)

¡Hablad, Señor!

ARZOB. Sin duda mal su grado
Dejó escapar á intervalos la jóven,
Quejas que indicio son—si no me engaño—
De que siente en el alma atroces celos
Brotar al golpe de secreto agravio.

MUNIO. ¡Celos, decis! ¿De qué? ¿Quién los motiva?

ARZOB. Quizás alguna dama de palacio.

MUNIO. Todas son nobles esas damas; todas
Habrán tenido de virtud dechados
En sus madres, Señor.—No, no es posible
Que digna se haga de tan grave cargo
Hembra que lleve en la heredada sangre

- El honor y el orgullo castellano.
- ARZOB. Tal incredulidad — que os honra mucho —
Prueba no conocéis cuántos y cuántos
Desórdenes y vicios, con sus pompas
Suelen las cortes disfrazar.
- MUNIO. ¡Prelado!
Si así pensais, si presumis que existe
Una mujer que audaz y sin recato,
Del régio jóven los caprichos locos
Fomentar osa, de la patria en daño,
Á doña Berenguela sin demora
Debeis decir el torpe desacato
Que deshonra el alcázar. Su decoro,
Su ventura tal vez, la del insano
Y seducido Príncipe, dos reinos
— Que aún gimen de la guerra los estragos —
Todo exige, á mi ver, que el crimen sea
Con severa justicia castigado.
- ARZOB. Bien quisiera seguir vuestro consejo;
Mas ¿qué mujer por criminal delato,
Si su nombre nos es desconocido
Y nos faltan los medios de indagarlo?
- MUNIO. No deben ser los régios devaneos
Para todos, Señor, profundo arcano.....
Ni el nombre de la infame que la ofende
Dejará doña Blanca de fiarlo
Á vuestra discrecion, cuando conozca
Que fuera indigno de su excelso rango
Favorecer con el silencio intrigas
De las que nacen ya frutos amargos.
- ARZOB. Pero y si la culpable pertenece
Á una noble familia, ¿cómo un fallo
Pronunciar riguroso, los blasones
De respetable casa mancillando?
- MUNIO. ¡Señor! si los merece esa familia,
Con sangre de la vil sabrá lavarlos!
- ARZOB. Al exceso llegais en puntos de honra,
Y no os debo seguir. — ¡Oh, bienhadado
El padre que, cual vos, en su hija mira
De su austera virtud remedo exacto!

MUNIO. Yo el bien que el cielo me otorgó propicio
 Con una inmensa gratitud le pago.....
 Porque—teneis razon,—de mi Fronilde
 —Que es de una santa esposa fiel retrato—
 Puedo estar orgulloso.—Cuando estrecho
 Á esa prenda de amor entre mis brazos,
 Y entre caricias tímidas, pronuncia
 De padre el nombre su inocente labio,
 Os confieso, Señor, que mi destino
 No quisiera trocar por el más alto
 De todos los monarcas de la tierra,
 Segun me siento de mi dicha ufano.
 Dispuso Dios que en líbico desierto
 Fresco raudal brotase del peñasco
 Para alivio del triste peregrino.....
 Y así á esa vírgen colocó en el campo
 De mi guerrera vida, porque en ella,
 Tras rudas lides, se restaure mi ánimo.

ARZOB. Esta mañana circuló en la córte
 La nueva de que al conde da su mano,
 Siendo madrina nuestra reina augusta.

MUNIO. Su alteza así lo quiere.

ARZOB. Y yo lo aplaudo.
 Pero —volviendo á nuestro asunto— anhelo
 Que ántes de recurrir á extremos arduos,
 Con el Príncipe hableis. Vos solamente
 —Pues le inspirais respeto y entusiasmo—
 Del terrible conflicto que provoca
 Podeis reconvenirle sin reparo.
 Quizás ¡oh Munio! sienta su extravío
 Al escuchar vuestros consejos sabios.....
 Quizás por la prudencia se consiga
 Más que con el rigor, con el escándalo.

MUNIO. Si vos me lo ordenais, aceptar debo
 —Magüer me pese—el espinoso encargo.

ARZOB. Pues bien, no perdais tiempo: á tales horas

(Levantándose.)

Suele precisamente estar don Sancho
 Sólo en su habitacion, en donde escribe
 Al buen emperador detalles largos

De todo lo que ocurre. Aprovechemos
La propicia ocasion : id sin retardo;
Mientras que yo de nuevo, á doña Blanca
Pretendiendo aplacar, veré si indago
Cuanto saber conviene.

MUNIO. *(Tambien de pié.)* Dios os guie.

ARZOB. Y á vos, puesto que iréis.....

MUNIO. Al punto marchó.

ESCENA II.

MUNIO, —y luego FRONILDE.

MUNIO. *(Mientras se ciñe la espada y toma el manto, preparándose á salir, algunos truenos, sordos todavía, empiezan á oirse, repitiéndose cada vez más fuertes, y acompañándolos los silbidos del viento.)*

Bien..... No sólo la espada al rey se debe;
Que un consejo leal sirve de algo.

FRONIL. *(Saliendo de sus habitaciones.)*

¿Vais á salir, señor, mientras los cielos
De horrible tempestad muestran amagos?

MUNIO. Te dediqué, Fronilde, todo el dia,
Y aprovechar la noche es necesario.

FRONIL. Mas ¿qué motivo urgente?.....

MUNIO. Tratar quiero
De muy graves asuntos con don Sancho.

FRONIL. ¿Con el Príncipe?.....

MUNIO. Sí : voy al alcázar.

FRONIL. *(Oh Dios!..... todo me infunde sobresalto.)*

MUNIO. Pero ¿de qué te alarmas? ¿Tienes miedo
De los truenos tal vez?

(Se acerca cariñosamente á su hija.)

FRONIL. Sí..... me acobardo

De quedar sola en noche tempestuosa,
Como ésta se presenta.

MUNIO. No tan flaco

Juzgué tu corazon, cara hija mia.

Pero sosiega; volveré á tu lado

Muy pronto.

FRONIL. Mas si son esos asuntos
De tanta gravedad.....

MUNIO. ¿Temes acaso
Que me retengan más de lo que indico?

FRONIL. En efecto.....

MUNIO. Pues quede, miéntras tanto,
Prestándote tu dueña compañía.

FRONIL. ¡Padre! sólo con vos valor alcanzo.

MUNIO. ¡Pusilánime!..... Bien : torno á ofrecerte
(Afectuosamente.)

De mi ausencia abreviar el corto plazo.

Adios, pues : hasta luégo.

(Se dirige Munio á la puerta del foro, y Fronilde corre de pronto hácia él,
al impulso de irresistible emocion, y le dice las palabras siguientes.)

FRONIL. ¡Padre mio!
(Munio se detiene.)

Concededme.....

MUNIO. ¿Qué quieres?

FRONIL. ¡Abrazaros!

(Se echa en brazos de su padre con visible enternecimiento, que parece irse
comunicando á Munio.)

MUNIO. ¡Hija del corazon! (Breve pausa.)

FRONIL. Segunda gracia

De vuestro afecto paternal reclamo.

¡Benedicidme!..... (Se arrodilla.)

MUNIO. (Cuya emocion se echa de ver, no obstante la calma que quiere
aparentar.) ¿Qué haces? (¡Rara cosa!

¡De su pueril pavor siento el contagio!)

FRONIL. Benedicidme por vos y por la madre

Que tan niña perdí.....

MUNIO. (Más y más conmovido, y poniendo una mano sobre la cabeza de
su hija.)

Bien que burlando

De tus locos terrores..... ¡te bendigo!

¡Sí!..... te bendigo, ¡oh hija!..... Que el pecado

Jamas su sello de vergüenza imprima

De este semblante en los hermosos rasgos.....

Y cuando emprendás al empuje el vuelo,

¡Pobre ángel en el mundo desterrado!

No altere de tus alas la pureza

Ni aún leve mancha del terrestre fango.

- FRONIL. (*Levantándose y enjugando sus lágrimas.*)
Ya no os detengo más, querido padre.
Con vuestra bendicion fuerte me hallo.
- MUNIO. (*¿Pero qué pasa en mí?*)
- FRONIL. Marchad tranquilo.
- MUNIO. (*Con esfuerzo.*)
¡Adios!
- FRONIL. (*Aparentando serenidad.*)
¡Adios!
- MUNIO. (*Después de llegar hasta el umbral de la puerta, vuelve, vencido por la emoción, á abrazar á su hija.*)
¡Fronilde!.....
- FRONIL. (*Abrazándole.*) ¡Padre amado!.....
- MUNIO. (*Vive Cristo, que lloro..... ¡qué locura!*)
(*Se desprende de los brazos de su hija con cierta violencia, y se marcha por el foro.*)

ESCENA III.

FRONILDE.

¡Ah!..... ¡partió!..... libremente puede el llanto
Brotar del pecho.

(*Se deja caer en una silla: hay una breve pausa, durante la cual se oyen sus sollozos entre los ruidos de la tempestad.*)

¡Oh Dios!... ¡cuánto he sufrido!...
La confesion de mi secreto infausto
Venírseme á los labios por momentos,
Y el miedo y la vergüenza sofocando
Del cariño filial la confianza.....
Fuerte, cual nunca, del amor tirano
Sentir ¡ay! el dominio; miéntas cedo
De la razon al imperioso mando,
Que el sacrificio exige..... y en la lucha
De impulsos tan violentos y contrarios,
Querer fingir sereno regocijo
Sin lograr encubrir ni aún el espanto
De la turbada mente, que imagina
Ver por doquiera fúnebres presagios!.....
(*Se levanta, acercándose al balcon.*)

Ese cielo tan lóbrego, tan triste,
 Que cual sierpes de fuego los relámpagos
 Rápidos surcan..... El fragor del trueno,
 Que á intervalos resuena en el espacio.....
 Los zumbidos del viento, que parecen
 De doliente clamor ecos lejanos.....
 ¡Todo me asusta!

¡Oh Vos, mística estrella,
 (Cayendo de rodillas.)

Cuya luz de esperanza alienta al náufrago,
 De aquesta vida en los revueltos mares
 Prestadle luz á mi horizonte opaco,
 Y pueda el corazon, tras la tormenta
 Que le combate, hallar calma y descanso!

(*En el momento en que termina la anterior plegaria, y mientras, de rodillas todavía, apoya en sus manos juntas la frente fatigada, se oye ruido en el balcon, y levantándose con sobresalto se llega á él, segun lo indica la continuacion del monólogo.*)

¡Ese ruido!—¡El balcon!...—¡Cielos! ¡qué miro!...
 ¡Sube un hombre!..... ¿Quién osa temerario.....
 (Retrocediendo.)

ESCENA IV.

FRONILDE.—DON SANCHE, *que entra por el balcon.*

SANCHE. Soy yo, Fronilde.

FRONIL. ¡Vos!.....

SANCHE. Sí: nada temas.

La lobreguez profunda aprovechando,
 Te rondaba la calle, cuando á Munio
 Vi salir y alejarse.—No es tan alto
 De tu estancia el balcon, que no pudiera
 Sin ajenos auxilios escalarlo,
 Y desierta la calle aparecia.

FRONIL. (Cortándole la palabra.)

¡Basta, señor! por donde habeis entrado
 Salid sin dilacion.

SANCHE. ¡Oye, Fronilde!.....

FRONIL. No; vos no sois el príncipe que amo.....

- Veo un bandido..... escalador de muros,
Y le repelo..... ¡sí! ¡Salir os mando!
- SANCHO. Pues aunque esta techumbre desplomases,
Y un abismo ofrecieras á mis pasos,
No me iré, no, sin que me escuches.
- FRONIL. ¡Loco!
- ¿Qué delirio fatal pudo impulsaros
Á tan grave imprudencia?
- SANCHO. Si aquí llego
Dificultades mil atropellando,
Bien puedes conocer que no me mueve
Pueril antojo ni interés liviano;
Sino que es grande, fausta la noticia
Que á todo trance y por deber te traigo.
- FRONIL. ¡Qué decis!.....
- SANCHO. Que deshecho para siempre
Ya el empeño cruel de que era esclavo,
Libre respiro, y afirmarte puedo
Que á tí tan sola el porvenir consagro.
- FRONIL. ¡Cómo! ¿La Infanta.....
- SANCHO. Rompe por sí misma
—Sabiendo que te adoro— el triste lazo
Que embarazó mi voluntad.
- FRONIL. ¡Qué escucho!.....
- SANCHO. No es eso todo.— El refulgente astro
Áun no llegaba á su cénit brillante
Esta mañana venturosa, cuando
Corro á las plantas de mi madre augusta;
Lo que resuelve Blanca la declaro;
La revelo mi amor; su seno cubro
De lágrimas ardientes que derramo;
Y á ser tuyo ó morir ya decidido,
La dicha ó el sepulcro le demando.
- FRONIL. ¿Y ella..... (*Con ansiedad.*)
- SANCHO. Me escucha conmovida; luégo
Templa mi afán con su materno halago,
Y—«¡Sancho!—dice—reyes poderosos
» Con súbditas ilustres se enlazaron.
» Cual soberana, proteccion te brindo.....
» Cual madre tierna, ¡tu eleccion alabo!»

FRONIL. ¿Eso dijo?..... ¡Gran Dios!.....

SANCHO. Resuelto al punto

Quedó que fuese el príncipe mi hermano
 Por esposo ofrecido á doña Blanca
 —Que nada pierde en tan dichoso cambio—
 Llenándose el objeto del convenio,
 Que es cuanto reclamar puede el Navarro.

FRONIL. Pero ¿el emperador.....

SANCHO. Mañana llega,

Y su consentimiento te afianzo.....
 Porque es mi dicha su anhelar paterno;
 Porque mi madre influjo extraordinario
 Tiene en su corazon, y porque en Munio
 Sabe apreciar al adalid preclaro,
 Que ensancha sus dominios y le presta
 Nuevo esplendor y gloria á su reinado.

FRONIL. ¡Ah! la ventura que esperar me haces,
 ¿Cabe—¡mi bien!—en este mundo infausto?

SANCHO. ¡Sí, mi Fronilde, sí!—Que Dios escuche
 Desde su trono el juramento santo
 Que ante Él pronuncio, al darte para siempre
 La que estrecha la tuya, ardiente mano.
 ¡Juro que—viva tú—mujer ninguna

(Solemnemente.)

Podrá sin crimen ocupar mi tálamo.....
 Porque tu esposo soy!..... ¡Porque te empeño
 Mi fe de caballero y rey cristiano!

FRONIL. ¡Y yo, por las cenizas de mi madre,
 Presente el mismo Dios que has invocado,
 De ser fiel á tu amor hasta la tumba,
 Cual digna esposa, obligacion contraigo!

SANCHO. ¡Qué feliz me contemplo, vida mia,
 Ya unido á tí por vínculo sagrado,
 Que del orbe á la faz podré muy pronto
 Proclamar con orgullo.....

FRONIL. Pues cercano

Tan fausto dia el corazon te anuncia,
 Prudentes hoy debemos separarnos,
 Y no alargar ¡oh esposo! una entrevista
 Que á mil peligros nos expone á entrambos.

SANCHO. ¿Qué puedes recelar?

FRONIL. Dejó á mi dueña

En aquel aposento : cada rato
Verla entrar me figuro.— Tambien padre
Salió para ir á verte, y de palacio
— No encontrándote allí — volverá presto.

SANCHO. Que me aguarde supongo.

FRONIL. ¿No oyes pasos?

SANCHO. No, cara esposa, no : son ilusiones
De tu mente sin duda. Pero apago
Por precaucion la luz, y entre las sombras
Buscaré la salida.

FRONIL. Estoy temblando.

¡Véte, véte, por Dios!

SANCHO. (*Tomándola la mano.*) Sí; pero dime
Que me amas; otra vez, cual te idolatro.

FRONIL. ¿Lo pudieras dudar?

SANCHO. (*Con pasion.*) ¡Fronilde mia!
¡Ah! no acierto á arrancarme de tu lado.
Toca mi corazon..... Salta del pecho,
Queriendo unirse al tuyo y abrasarlo
Con el fuego de amor que lo consume.
¿No eres mi esposa ya?..... ¿Por qué apartarnos?.....

FRONIL. (*Con miedo de sí misma.*)
¡Sí..... sí..... pronto, mi bien!..... Con sacrificio
Tan grande la ventura merezcamos
Que el cielo nos destina.— Prosternada
Te lo suplicaré..... (*Quiere hacerlo.*)

SANCHO. Basta el mandato.

¡Te dejo..... es fuerza..... sí! (*Con esfuerzo.*)

FRONIL. Seré tu guía.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—MUNIO, *que aparece en el umbral de la puerta por donde dejó la escena, en el momento en que su hija conduce al Príncipe hácia el balcón.*

MUNIO. (¡Qué tinieblas, gran Dios!)

FRONIL. No es terror vano.....

Alguien aquí se acerca, dueño mio.

MUNIO. — ¡Ella!.....

FRONIL. *(Tocando ya el balcón.)*

El balcón!—Desciende con cuidado.

MUNIO. *(Sacando la espada y lanzándose dentro.)*

(¡Ah!)

SANCHO. *(Bajando por el balcón.)*

Me alejo dichoso, mi Fronilde.

Tranquila queda; ¡adios..... adios!

MUNIO. *(Que al oír la voz del príncipe se detiene suspenso.)*

¡Don Sancho!.....

(Deja caer la espada y queda como anonadado un instante.)

FRONIL. ¡Esa voz!..... ¡Socorredme, Virgen pura!

(Huye y se encierra en su aposento. Un vivo relámpago ilumina la escena, y Munio, que á su luz ve la espada á sus piés, la toma desatentado, corre en seguimiento de su hija y forcejea para abrir la puerta, lanzando la exclamacion que sigue, al terminar la cual cede la puerta y cae el telon, en el momento de precipitarse frenético dentro del aposento. Todo esto instantáneo casi.)

MUNIO. ¡Horrible tempestad, desata un rayo!

FIN DEL ACTO.

ACTO CUARTO.

Cámara del palacio arzobispal, con puertas al foro y laterales. A la izquierda una mesa, y junto á ella un sillón, que ocupa el Arzobispo al levantarse el telón. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

ARZOBISPO, y despues UN PAJE.

ARZOB. *(Despues de recorrer con la vista un pergamino que tiene en la mano.)*

Cuanto más leo el misterioso escrito,
Más me sorprende y mi interes despierta.
Siendo tan fiel y tan adicto al trono,
Prescindir Munio Alfonso de que hoy llega
Nuestro buen Soberano, y en las horas
De su entrada en Toledo, con urgencia
Pedirme el acto singular que impide
Que yo mismo al palacio acudir pueda,
Bien claro da á entender que es el asunto
Que va á tratarse de importancia extrema;
Mas no alcanza mi mente á columbrarlo,
Por mucho que se afana y que se esfuerza.

PAJE. *(Anunciando.)*

Señor. — Don Pedro el conde.

ARZOB.

Bien venido.

(Se pone en pié, y el paje se retira.)

ESCENA II.

ARZOBISPO. — CONDE.

CONDE. Digno prelado, en su morada queda
 Ya nuestro Emperador, que entró sin pompa,
 Si bien hallando muchedumbre inmensa,
 De saludarle ansiosa. Mas la corte
 Toda ha notado vuestra extraña ausencia,
 Cual la del noble Munio, y cuidadosas
 Por la salud de entrambos sus altezas,
 La grata comision me han confiado
 De llevar de los dos noticias ciertas.

ARZOB. Tomad silla, Don Pedro, pues que os debo
 De lo que ocurre explicacion sincera,
 Que á los augustos ojos me disculpe.

(Se sientan.)

CONDE. Ya os escucho, Señor.

ARZOB. El sol apenas,
 Rasgando de la noche el manto oscuro,
 Comenzó por Oriente su carrera,
 Cuando este escrito — que trazó su mano —
 De Munio recibí, y en él me ruega
 Que en la misma mañana reunidas
 En mi mansion, y sin excusa, sean
 Del alto clero las personas todas
 Que en Toledo se encuentren.

CONDE. Mas ¿no expresa
 El héroe de Montelo con qué objeto
 Tan súbito concilio se celebra?

ARZOB. Sólo dice el escrito, caro conde,
 Que presidiendo yo dicha asamblea —
 Y escuchado el caudillo — fallar debe
 Sobre un caso secreto de conciencia.

CONDE. Gravísimo será, cuando en tal dia
 Priva á Toledo de que ufana vea,
 Junto á sus reyes — que de aplausos colma —
 Al príncipe más alto de su Iglesia
 Y al mayor capitán de su milicia.

ARZOB. Mi razon al enigma da mil vueltas,
Sin encontrár la clave.

CONDE. Pues — ¡sabadlo! —
No es ese solo enigma el que presentan
Las circunstancias hoy; pues otro existe
Que no espero encontrar quien me resuelva,
Y que confieso me trastorna el juicio.

ARZOB. Si exponerlo quereis.....

CONDE. Nunca reserva
Pude tener con vos.

ARZOB. Gracias.

CONDE. ¡Oidme!
Su proteccion la augusta Berenguela
Se dignó dispensarme, cuando á Munio
La mano le pedí de su hija bella.

ARZOB. Lo sé, conde, y tambien que favorable
Recibió el héroe la demanda vuestra.

CONDE. Tuve esa dicha, sí; mas luégo, ufano
Y cortés, quise merecer la vénia
Del príncipe Don Sancho, y con asombro
Le escuché declarar — en voz resuelta —
Que nunca tal union aprobaria,
Y aún me ordenaba desistir de ella.

ARZOB. ¿Es posible?..... ¿Qué causa.....

CONDE. *(Con amargo sarcasmo.)* Según dijo,
Justo estimaba mis notables prendas,
Pero esposo más alto y de su agrado
Le destinaba á la gentil doncella.

ARZOB. ¿Le nombró?

CONDE. No, Señor; envuelto en sombras
Quedóse el novio de sin par grandeza,
Delante el cual el príncipe creia
La dignidad de mi blason pequeña.

ARZOB. Pero ¿quién puede ser.....

CONDE. Sólo al que presto
Ceñirá de Castilla la diadema,
Le hubiese tolerado el torpe ultraje
De posponer por otra una nobleza
Que no conoce, en la extension de España,
Ninguna de más lustre ó más añeja.

ARZOB. No comprendo en verdad.....

CONDE. Pues el enigma
Vais á ver complicado.—Pedí audiencia
Á la que fué mi protectora augusta,
Y ayer—cuando amagaba la tormenta
Que más tarde estalló—tuve la honra
De penetrar hasta su estancia régia,
Donde de la conducta de su hijo
Me atreví á darla respetuosa queja,
Mostrándome seguro en la esperanza
De que ella mi derecho sostuviera.
Sin duda lo ofreció.

ARZOB.

CONDE. ¡ Señor! ¡ Pasmaos!
La sinrazon del príncipe, serena
Y altiva defendió; dijo que habia
Para tal proceder causas secretas,
Y añadió con acento misterioso:
—No sigas, no, la comenzada empresa,
Que á cada cual—conforme á sus designios—
Su puesto señaló la Providencia,
Y el que á Fronilde el porvenir le guarda,
Difícil es, Don Pedro, que preveas.—

ARZOB. Teneis razon, oscuro es el enigma;
Mas ¿sabe Munio.....

CONDE. Todo con franqueza

Se lo pensaba referir anoche
Al salir del alcázar; mas la Reina,
Que no hablase con nadie del asunto
Por despedida me intimó severa.....
Si bien asegurándome—dos veces—
Que de tales misterios las tinieblas
Hoy mismo disipadas quedarían,
Después de hablar con su consorte; plena
Demostracion dejándome en el alma
De que no se hace á mi prosapia ofensa.

ARZOB. ¿Habrá tal vez, Don Pedro, oculto enlace
Entre ese enigma y el que aquí se encuentra?

(Indicando el escrito que tiene en la mano.)

CONDE. Tan confundido estoy, que nada alcanzo.
Quizás con vuestro auxilio lo obtuviera;

- Pero muy grande indiscrecion sería
 Prolongar mi visita, cuando esperan
 Acaso ya los convocados. *(Se levanta.)*
- ARZOB. *(Poniéndose en pié tambien.)* Todos
 La grande sala encontrarán abierta,
 Y deben avisarme cuando se halle
 La venerable reunion completa.
 Pero no os detendré; puesto que Munio
 Ya no puede tardar, y sus altezas
 De vuestros labios mi disculpa aguardan.
 Yo espero en Dios que todo se esclarezca.
- CONDE. Él os guarde, Señor, y os ilumine.
- ARZOB. *(Acompañándole hasta la puerta.)*
 Que á vos os saque de la duda acerba.
 — Terminada la junta iré á palacio.
- CONDE. Pues hasta luego. *(Se va.)*
- ARZOB. *(Siguiéndole con la vista desde la puerta.)*
 Adios.— Munio se acerca.....
 Mas ¿qué le pasa, cielos!—; Le saluda
 Respetuoso Don Pedro, y no contesta!.....
 Ni tan sólo le mira..... ;Qué desaire!.....
 Grande es la distraccion que lo enajena.

ESCENA III.

ARZOBISPO.—MUNIO, *que entra cruzado de brazos, profundamente pensativo, pasando, al entrar, junto al Arzobispo, sin echarlo de ver.*

- ARZOB. *(Acercándosele.)*
 ¡Munio..... Munio!.....
- MUNIO. *(Como despertando.)*
 ¿Quién es? ¿Quién me ha nombrado?
- ARZOB. ¿No conocéis mi voz? ¿Qué grave idea
 Puede absorberos tanto?
- MUNIO. Aquí he venido
 Porque recuerdo os escribí unas letras,
 Para que convocaseis una junta
 De ministros de Dios.

- ARZOB. Con gran presteza
Cumplí, querido Munio, vuestro encargo,
Y en otra sala aguarda la asamblea.
- MUNIO. Decidle pues, Señor, decidle al punto
Que un criminal contrito, su sentencia
Reclama con afán.
- ARZOB. Mas sepa el crimen.
- MUNIO. (*Estremeciéndose.*)
Es una muerte.
- ARZOB. (¡Oh Dios!.....) ¿De qué manera?
¿En duelo singular?
- MUNIO. ¡No!
- ARZOB. (*Después de retroceder asombrado.*) ¿Qué habeis dicho!
¿No sucumbió el difunto en la palestra?
- MUNIO. No, Señor.
- ARZOB. Según eso, asesinado.....
¡Asesinado fué!.....—¡Oh! no creyera
Que de causa tan vil os ocupaseis
Vos, del honor inmaculado emblema.
(*Reprimiéndose.*)
Ministros de piedad, si á nuestras plantas
Cual penitente el miserable llega,
No será rechazado..... mas cual reo,
Para juzgarle hay leyes en la tierra.
- MUNIO. No teme ni á los hombres ni á las leyes;
Mas teme á Dios.
- ARZOB. ¿Tan alto se contempla,
Que á la justicia humana desafia?.....
¿Quién es ese hombre?
- MUNIO. ¡Yo!
- ARZOB. (*Después de mirarle un momento con mudo asombro.*)
Vuestra cabeza
Padece algun trastorno; no es posible
Que tan ilustre y poderosa diestra
Cobardemente mate á un enemigo.....
¡No es posible!
- MUNIO. Mas ¿quién, quién hay que crea
Se acuse Munio de cobarde infamia?
El sér culpable que la tumba encierra
Jamás por enemigo tener pude,

- Ni blandir supo acero en su defensa.
- ARZOB. Tal circunstancia — que el delito agrava —
No me alcanzo á explicar. ¡Munio! ¿qué ciega
Fatalidad terrible, vuestra mano
Descargar pudo ¡oh Dios! en la flaqueza
De un sér inerte, desvalido, humilde.....
Un anciano tal vez.....
- MUNIO. (*Delirante.*) ¡Era una hembra!
¿No conocisteis en aquel gemido
Su dulce voz, de pérfida sirena?.....
¡Aquella voz que bendicion pedia
Al padre que engañaba vil y artera.....
Allí, en la estancia en que al amante impuro
Iba á esperar entre las sombras densas!.....
¿No sentisteis su mano, blanca y leve,
La mia asir, y desprenderse yerta
Cuando al golpe cruel saltó la sangre,
Para lavar de mi blason la afrenta?.....
Y en el dolor profundo, que en sus garras
Me destrozaba el corazon, ¿la prueba
No tuvisteis, — ¡decid! — de que era mia
Esa sangre infeliz?.....
- ARZOB. ¡Oh luz funesta!
- ¿Matasteis vuestra hija?.....
- MUNIO. (*Más y más delirante.*) Está corriendo
De esta mano su sangre..... siempre humea
Caliente todavía..... y cae en torno,
Y me circunda en medio de tinieblas.....
¡Pero los rayos su fulgor siniestro
En las hirvientes ondas reverberan!.....
- ARZOB. ¡Padre desventurado!.....
- MUNIO. ¡Qué!..... ¿No puede
Tanta sangre lavar la infame mengua?
¿Otra pide el honor? — ¡No! ¡que es sagrada!
¡No me persigas, pues, sombra sangrienta,
Que venganza reclamas!..... ¡Nunca..... nunca
Mi lealtad sucumbirá á la prueba!
- (*Cae convulso sobre el sillón que ocupaba el Arzobispo al principio del acto.*)
- ARZOB. ¡Munio!..... volved en vos. Prestadle oídos
Al amigo, al ministro de clemencia,

Que en el nombre de Aquél que solo es Santo,
Perdonar puede vuestra culpa horrenda.

MUNIO. ¿Perdonar?.....

ARZOB. Sí : del caso lamentable

Ya me habeis hecho confesion sincera,
Que llevaré al concilio. — Mas ¡decidme!

¿Quién en Castilla tuvo la insolencia
De seducir audaz á vuestra hija?

MUNIO. ¡Vive! (*Se pone en pié.*)

ARZOB. ¿Su clase?.....

MUNIO. ¡Vive!.....— ¿Quién pudiera
Vivir despues de mancillar mi nombre?

ARZOB. ¡Ah!..... lo comprendo todo. — ¡Vos, suprema
(*Arrodillándose.*)

Justicia inescrutable, que del alma
Miraís el fondo, y en balanza eterna
La gravedad pesais de cada culpa!
¡La que á ese padre desdichado aterra
Solo Vos juzgaréis!..... Pero si exige
Terrible y prolongada penitencia,
Yo arrastraré mis canas por el lodo,
Yo haré saltar la sangre— que ya hiela
La cansada vejez — bajo el cilicio
Que desgarré mis carnes, y en mi mesa
Lágrimas de mis ojos cada dia
Me ablandarán el pan..... Que en mí la pena
Caiga ¡ Señor! del hórrido delito,
Y que de Vos misericordia obtenga
El que, adalid de nuestra fe divina
Contra el poder de la morisma fiera,
Gloria le da á la patria, apoyo al trono,
Y al estandarte de la cruz defensa! (*Se levanta.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — EL PAJE.

PAJE. Ya el concilio, Señor, se halla completo.

ARZOB. ¡Munio! de mi oratorio ésa es la puerta.

(Indicando una.)

Llorad, postrado á las augustas plantas
 Del Redentor piadoso de la tierra,
 Mientras que juzgan sus ministros santos
 — Pidiéndole su luz — la culpa vuestra,
 Que á exponerles veraz voy al instante.

(Se va, y tambien el paje.)

ESCENA V.

MUNIO, — y despues DON SANCHO.

MUNIO. *(Sentado.)*

¿Llorar?..... No tengo lágrimas!..... Las seca
 La infernal llama que mi pecho abrasa.
 ¡Oh!..... ¡Cuán terrible el odio que encadena
 Fatal deber!..... ¡Qué carga insoportable
 La del ultraje vil que no se venga!

SANCHO. *(Antes de entrar.)*

¡Paje! no busco al Arzobispo.

MUNIO. *(Levantándose todo trémulo al oir la voz del Príncipe.)*

¡Cielos!

SANCHO. *(Entrando.)*

Sé que el monstruo que busco, aquí se encuentra.
 ¡Aquí se encuentra, sí! — Sal, ¡asesino!
 ¿Pensaste ¡di! que á mi furor barreras
 Estos sagrados muros opondrian?.....
 ¿Bajo el manto inviolable de la Iglesia
 Te quisiste ocultar? ¡Oh! te engañaste:
 ¡La desesperacion nada respeta!

MUNIO. (*Extendiendo los brazos como para rechazarle, y con agitacion dolorosa, que descubre la lucha interior entre su cólera y su respeto al Rey.*)

— ¡Huid!..... ¡huid!.....

SANCHO. ¡Jamás! como tu sombra,
Como el remordimiento que te aferra,
Te seguiré implacable.

MUNIO. ¡No insensato
Mi virtud sujeteis á tanta prueba!

SANCHO. ¡Tu virtud, monstruo!..... Tan augusto nombre
Saliendo de tus labios es blasfemia.
¿Tu virtud?..... ¡Sí! la tienes en el rostro,
Cual el feroz Caín, con sangre impresa.
¿No ves que con horror el sol te alumbra;
Que con horror el suelo te sustenta;
Y que del crimen sin igual se espanta,
Clamando contra tí, naturaleza?

MUNIO. (*Que, casi vencido por la ira, apenas puede ya reprimirse.*)
¡Callad!..... ¡callad!.....

SANCHO. Si callo, ¡parricida!
Para acusarte se alzarán las piedras,
Y todo el universo con un grito
Fulminará del cielo la sentencia.
¡Yo soy su ejecutor! ¡Yo su inflexible
Sangriento ejecutor! — ¡Mi espada hambrienta
Pide tu corazon! (*La desnuda.*)

MUNIO. (*Que lleva involuntariamente su crispada diestra á la empuña-
dura de su acero.*) — ¡Ah!..... yo en el vuestro
Gota á gota tambien, vena por vena,
Con devorante sed me apacentára.....
¡Salid presto! ¡Salid!..... que mi cabeza
Se turba más y más, y acaso olvide
Que defiende la vuestra una diadema!

SANCHO. ¡Subterfugio cobarde! Yo renuncio
La majestad real, que te amedrenta:
No soy aquí Don Sancho de Castilla,
Soy tu enemigo, soy el que te reta
Por asesino vil..... Soy el amante
Que te viene á pedir terrible cuenta
De la preciosa sangre de Fronilde,

De su amada, su bien!.....

MUNIO. *(Como fuera de sí.)* Tened la lengua,
O ¡vive Dios!.....

SANCHO. ¡Defiéndete! ¡La víctima
Se alza, á pedir venganza, de la huesa!

MUNIO. *(Sacando la espada.)*
¡Bien! ¡Pues así lo determina el hado,
Que esa venganza que reclama obtenga!

(Se lanza contra el Príncipe, pero en el momento de cruzarse los aceros, retrocede Munio, horrorizado de su accion.)

SANCHO. ¡Defiéndete!..... — ¡Qué miro! ¿En cobardía
El delito cruel tu esfuerzo trueca?

¿Por qué ese acero vencedor se postra,
Ocioso agora, en tu temible diestra?

MUNIO. *(Con voz sorda, pero dueño ya de sí mismo.)*
¡Don Sancho de Castilla! mis mayores
Debieron á los vuestros esta prenda
De nobleza y valor — que conquistaron
A precio de magnánimas proezas —
Y hartos su actividad lamenta el moro,
Que aún al recuerdo de sus golpes tiembla!
Pero, pues fueron siempre dirigidos
Por deber santo en lícita contienda,
Y acrisolada lealtad la empuña,
Y justa gloria su esplendor le presta,
¡Antes que en sangre de su Rey se manche,
Que destruida para siempre sea! *(Rompe la espada.)*

SANCHO. *(Retrocediendo.)*
¡Qué has hecho!.....

MUNIO. *(Arrojando á los piés de Don Sancho los pedazos del acero.)*

¡Rota está! Pisadla altivo,
Cual impuro pisasteis la inocencia
De la hija de mi amor..... Pisadla ingrato,
Cual pisasteis mi dicha..... ¡Se conservan
Mi honor y lealtad, que más brillantes
Del crisol salen de la indigna ofensa,
Renombre mereciendo de invencibles!.....
¡Oh! ¡bien de que lo son tendréis certeza,
Viendo que en vos respeto la corona,
Magüer vuestra conducta la envilezca!

- SANCHO. (*Después de envainar la espada.*)
 Calumniando á tu Rey y á tu hija pura,
 Pretendes disculpar tu alma de hiena;
 Mas, si tolero tus insultos locos,
 Sufrir no debo que á la fama ilesta
 Te atrevas de Fronilde, ¡de mi esposa!
 ¡Yo á la faz de los cielos y la tierra
 La proclamo inocente, noble, santa,
 Digna de ser mi augusta compañera,
 Si al golpe de tu saña no trocase
 Por la de mártir la corona régia!.....
- MUNIO. ¡Qué estais diciendo!.....

ESCENA VI.

LOS MISMOS y EL CONDE.

- CONDE. (*Entrando precipitadamente.*) — ¡Munio! presuroso
 Vengo á cumplir indicacion suprema,
 Retirando ante vos una demanda,
 Que en tal instante temeraria fuera.
 Por más que la esperanza que renuncio
 Deje en mi corazon honda tristeza,
 Gózome en ver brillar en sòlio ilustre
 Á la beldad que vuestra gloria hereda.
- MUNIO. (*Pasándose las manos por la frente con dolorosa agitacion, cual si temiese ser víctima de horrible pesadilla.*)
 ¡¡Ah!!.....
- CONDE. (*Al Príncipe.*) Vos, Señor, benigno perdonadme
 Si, en el error de mi ignorancia ciega,
 Mis miradas alzar pude atrevido
 Á la que por consorte vuestra alteza
 Se ha dignado elegir. Agora acaba
 De expresarme la augusta Berenguela
 Que el grande Emperador consiente ufano
 En que á Munio le deis, por recompensa
 De sus grandes servicios, la alta honra
 De unir la suya á vuestra estirpe excelsa;
 Y á mí sólo me toca el aplaudiros,

Dando al padre feliz la enhorabuena.

MUNIO. ¡Cesad! ¡cesad, porque me estais matando!

SANCHO. ¡Sufre tu expiacion, tu crimen pesa,
Viendo que ha herido tu furor impío
Á tu hija pura y á tu digna reina!

CONDE. ¡Qué escucho!.....

ESCENA VII.

LOS MISMOS *y* EL ARZOBISPO.

ARZOB. (*Al ver al Principe.*) (¡Aquí Don Sancho!.....)

MUNIO. (*Saliéndole al encuentro.*) ¡Padre! al punto

Al concilio decid que, en penitencia
De mi enorme pecado, determino
Ir á Jerusalem..... de puerta en puerta
El pan del peregrino mendigando,
Y en ceniza, Señor, la frente envuelta.

ARZOB. Castigada la patria quedaria
Con más rigor que vos de esa manera.
¡No! cuando sus desastres vengar quiere
Feroz el musulman en luchas nuevas,
No es justo que la fe, la España, el sólio,
Su campeón más valeroso pierdan.
La venerable junta, del pecado
Todas las circunstancias pesó austera,
Y votando ante Dios, ¡oh Munio Alfonso!
Por justo fallo unánime os condena
Á que paseis la vida, infatigable
Contra el infiel en generosa guerra,
Sin jamas desnudaros la armadura
Ni darle al brazo de reposo tregua.
De ese modo expiar podeis el crimen,
Y del perdon os abriréis la senda.

SANCHO. Pues tal es la justicia de los hombres,
Yo le cito ante Dios, á rendir cuenta
De la inocente sangre de mi esposa,
Y tambien de la mia. Hallaba fuerza
Para vivir en el potente anhelo

De la venganza; pero ya que estrella
 Su ímpetu mi furor en la invencible,
 Maldita lealtad que ese hombre ostenta
 — Y que no puedo asesinar cobarde —
 ¡Caiga también mi sangre en su cabeza!

(Saca la espada para herirse.)

ARZOB. ¡Cielos!

CONDE. *(Corriendo hacia Don Sancho.)*

¡Señor!.....

MUNIO. *(Dándole un golpe en el brazo, que hace saltar la espada.)*

¡Don Sancho de Castilla!

No de ese modo á su dolor se entrega
 Un alma régia, un corazón cristiano.....
 Ni así se rinde expiatoria ofrenda.
 Si es necesaria sangre, que abundosa
 Logre lavar á un tiempo la imprudencia
 De vuestro triste amor, y el negro crimen
 De que fué, por mi mal, causa funesta,
 Ved deshonorar la media luna impía
 Ricas regiones de la noble Iberia!.....
 De Covadonga repitiendo el grito
 Y dando al viento la cristiana enseña,
 Marchemos á aplacar los caros manes
 Con torrentes de sangre sarracena,
 Á cuyo riego — ¡el alma me lo anuncia! —
 De héroes la España cogerá cosecha,
 Que su extension harán tan dilatada,
 Que nunca el sol en sus dominios muera!
 ¡Suene, suene el clarín!..... ¡La lid terrible
 Ya tarda á mi anhelar! — En paz te queda,
 ¡Oh hija del corazón!..... y cuando alcances
 El holocausto que en la tumba esperas,
 Un hueco en ella me concede pía
 Para cubrir mi cuerpo y mi bandera!

(Se va, y con él el Conde.)

ESCENA VIII.

DON SANCHE.—EL ARZOBISPO,—y luego LA
EMPERATRIZ.

SANCHE. No tu honor solo y lealtad, tu gloria
Tambien ¡oh Munio! el cielo te conserva;
Pero á mí—que en mi amor lo pierdo todo—
¿Qué es lo que en tanta soledad me resta?

EMPER. (*Entrando presurosa.*)
¡La madre que te adora!

SANCHE. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Madre mia!

ARZOB. ¡Teneis tambien, Señor, una diadema,
Que os impone el deber de hacer dichosos
Los pueblos que os confió la Providencia!

FIN DEL DRAMA.

EL PRÍNCIPE DE VIANA,

DRAMA TRÁGICO ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Tuvieron lugar sus primeras representaciones en Madrid á fin del año 1844.

A FERNÁN CABALLERO.

El Príncipe de Viana, ilustre Fernán, era uno de los dramas condenados á ser suprimidos en esta *Colección*. Escrito precipitadamente, y lanzado á la escena sin siquiera habérselo leído á ningún amigo que me hiciese notar sus gravísimos defectos, me suscitaba, además, ciertos escrúpulos, que dictaban, más bien que su refundición, su completo anulamiento. En efecto, ¿no debe considerarse condenable abuso el que cometemos los autores cuando, al presentar hechos y personajes que han existido realmente, nos cuidamos ménos de la verdad histórica que de los efectos dramáticos? Respetuosa con los muertos, confieso á V. que no acabo de perdonarme el haber hecho del buen canciller Peralta —cuya vida positiva no encuentro en libro alguno manchada con tal nota— el cómplice sañoso de un sangriento crimen; y ni aún me juzgo suficientemente autorizada por los rumores públicos, consignados en la historia, para atribuir la muerte —aparentemente natural— de mi desgraciado protagonista, al lento veneno que los enemigos de la reina de Aragón supusieron último recurso empleado por la ambiciosa princesa para el triunfo de su causa. Con mayor fundamento hubiera podido ennegrecer á mi arbitrio la poco simpática figura de Don Juan II, cuya inhumana conducta con su inofensiva hija Doña Blanca, justificaria en cierto modo cuantas suposiciones se hiciesen con respecto al primogénito, primer obstáculo para sus injustos anhelos; pero me repugnaba invenciblemente rebajar hasta el último extremo el carácter de padre; se me resistía la

pluma á pintar un monstruo contra naturaleza, y preferí — atenuando los colores negros en el personaje del padre — recargarlos á mi placer en el de la madrastra. Así, además, me pareció el cuadro, no sólo más verosímil, sino también más dramático; pero la verdad es — y yo la he reconocido siempre — que todo ello no lo hacia más rigurosamente verdadero. De aquí los escrúpulos de que he hecho á V. mencion, como que contribuian á hacerme decretar se suprimiese este drama en la coleccion de mis obras. Pero V. lo leyó; V. tuvo con él tanta bondad, que dispensó elogios calurosos á algunas de sus escenas; usted lo favoreció hasta el punto de dispensarle preferentes simpatias, y desde aquel momento *El Príncipe de Viana* quedó absuelto y salvo.

¿Cómo no dedicárselo hoy, despues de mejorado en lo posible, á la benévola autoridad cuyo fallo le conservó la vida? ¿Cómo prescindir, por otra parte, de la exigencia de mi corazon, que pide imperiosamente que — por mezquina que sea la ofrenda — no salga á luz el segundo volumen de mis obras sin ostentar, al frente de alguna de ellas, el homenaje de respeto, de admiracion y de cariño debido en justicia, por todo escritor de España, al excelente novelista que ha enriquecido la literatura patria con las joyas más valiosas que hoy la reconocen los extranjeros?

Reciba V., pues, querido Fernan, en ese doble concepto, la dedicatoria del que fué mi segundo ensayo teatral, y séame permitido esperar que bajo la égida de su respetable nombre alcanzará del público la misma indulgencia con que V. lo ha juzgado.

De V. muy sincera amiga,

G. G. DE AVELLANEDA.

INTERLOCUTORES

DEL DRAMA.

LA REINA DOÑA JUANA EN-
RIQUEZ.
ISABEL DE PERALTA. . . .
EL PRÍNCIPE DE VIANA. . .
DON JUAN II DE ARAGON. .
EL CANCELLER PERALTA. . .
EL DUQUE DE CARDONA. . .
EL ARZOBISPO DE TARRAGO-
NA.
DON GONZALO DE SAAVEDRA.
EL ALCAIDE DEL CASTILLO
DE AITONA.
CAPITAN DE LA GUARDIA. .
UN DIPUTADO POR ARAGON.

ACTORES

QUE LO DESEMPEÑARON.

SRA. LAMADRID (D.^a B.)
D.^a MATILDE DIEZ.
SR. ROMEA (D. J.)
SR. LUNA.
SR. PIZARROSO.
SR. LUMBRERAS.

SR. LOPEZ.
SR. SOBRADO.

SR. PEREZ.
SR. ALVERÁ.
SR. PARDIÑAS.

PUEBLO.— GUARDIAS.

Siglo xv.— El primer acto pasa en la real morada de Lérida; el segundo en el castillo de Aitona; el tercero en el de la Aljafería de Zaragoza.

EL PRÍNCIPE DE VIANA.

ACTO PRIMERO.

Salon de la real morada. Ventanas y puerta á un lado, que se supone miran á lo exterior. Al lado opuesto otras puertas, que conducen á las habitaciones de la Reina. Al foro arcos, ó gran puerta, que lleva á otro salon.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA *y el CANCELLER*, *entrando en escena por el lado de las habitaciones de la primera.*

JUANA. *(Trayendo un escrito, que lee para sí.)*

¿Cuándo llegó esta carta?

CANCIL. Hace un instante,

Y la respuesta aguarda el mensajero.

JUANA. La condesa de Fox, noticias pide
Con su impaciencia y su anhelar perpétuo.

CANCIL. No se permite pausa, no respira
Cuando un blanco señalan sus deseos.

JUANA. Teneis razon. De Cárlos de Viana
El mayor enemigo, el más sangriento
Hallo en la hermana que le dió el destino.

CANCIL. Quiere reinar.

JUANA. Pues que nació primero
Blanca, al trono navarro subir debe,
Si del varon se anulan los derechos.
Mas, á pesar de todo, yo no dudo

- Que la condesa logrará su empeño,
 Pues sé que nada, Canciller, resiste
 Al gran querer de un ánimo resuelto.
- CANCIL. Vuestra alteza, ademas, le presta apoyo
 Firme á Leonor con su entrañable afecto;
 Pareciendo más madre que madrastra.
- JUANA. Suprimid tal elogio: no lo acepto.
 El lazo que me liga á la condesa
 — Más sólido, Peralta, más estrecho
 Que el de vulgar cariño — está fundado
 Sobre el mutuo interes. Entrambas vemos
 Dique fatal, contrario á nuestras miras,
 Del Rey en el infausto primogénito,
 Y á entrambas nos ordena el egoismo
 Reunir con teson nuestros esfuerzos
 Para arrollarlo al fin. De esa manera
 La condesa de Fox, á su despecho
 Del trono de Aragon le abre á mi hijo
 La suspirada senda; y sin quererlo
 Yo la sirvo á mi vez, pues que su mano
 Permito extienda de Navarra al cetro.
 Asimismo vosotros — perdonadme
 Si con franqueza mi sentir expreso —
 Vosotros, los caudillos poderosos
 Del bando agramontés, con vivo celo
 Nuestra causa abrazais, porque Don Carlos
 Tiene en pro de la suya al bando opuesto,
 Y sabeis que labrara vuestra ruina
 De su poder temible el crecimiento;
 Así como aguardais que el triunfo mio,
 Sirva para prestaros fuerza y medro.
- CANCIL. Muy hondo al corazon mirais, Señora,
 Y la verdad que descubris confieso.
 Del bando beaumontés la saña antigua
 Contra nosotros, y su afan inmenso
 Por alcanzar un predominio odioso
 — Que disputarle por honor debemos —
 Bastára á desviarnos de la causa
 De que él se ostenta partidario acérrimo.
 Mas ¿por qué suponer que, al consagrarnos

Al triunfo de la vuestra, el solo anhelo
De la propia ventaja nos dirija,
Y nada influya en generosos pechos
La justicia, el deber, la adhesion grande
Que inspirarnos sabeis?

JUANA. Mucho la aprecio;
Mas, pues mudables son tales impulsos,
Y el comun interes ántes encuentro,
No hay para qué fundar sobre otras bases;
Porque ésa es firme, canceller, creedlo.

CANCIL. Señora.....

JUANA. Al portador de aqueste escrito
Mandad llamar, diciéndole en secreto
Cuanto saber conviene á mi aliada.
Yo en casos tales escribir no quiero,
Porque guarda el papel lo que recibe.

CANCIL. Aún de palabra, razonable creo
Sólo indicar, señora, al emisario
De la condesa, que se aguarda presto
En Lérida á Don Carlos; pues le trae
Mandato urgente de su padre excelso,
Á responder á formidables cargos.

JUANA. Eso basta, sin duda. No es pequeño
Triunfo lograr que venga de Mallorca,
La voz de la justicia desoyendo,
Y de sus partidarios, en alarmas,
Tambien acaso avisos y consejos.
Harto Leonor comprenderá, al oirlo,
Que apénas llegue empezará el proceso
Del augusto culpable, dando al mundo
De severa justicia un alto ejemplo.

CANCIL. De la guerra civil la horrible llama,
Que atiza el de Viana há tanto tiempo,
Fuerza es, señora, que extinguida quede.

JUANA. Ya ese delito—de tan grave peso—
No es el mayor que abruma al acusado,
Y enciende en ira el corazon paterno.
Por carta fidedigna, Don Juan sabe
Que han tenido lugar viles convenios
Entre el rey de Castilla—su enemigo—

Y ese hijo ingrato, cuyo afán violento
 Por ceñir la corona, presta campo
 A suponer terríficos misterios
 En semejantes pactos.

CANCIL. Los temores
 Que acabais de indicar, harto comprendo.
 Pero ¿estais cierta de que no retraiga
 De venir al culpable, el grave riesgo
 De que lo agobien tan terribles cargos?

JUANA. Hoy se le espera aquí.

CANCIL. Mas yo recelo
 Que sus parciales detenerle logren.

JUANA. *(Mirando dentro.)*

¡Idos!..... Se acerca el rey.—Al mensajero
 Despachad sin demora.

ESCENA II.

DOÑA JUANA.—DON JUAN.

JUAN. *(Que entra pensativo por el foro, y se deja caer sobre una silla, sin echar de ver la presencia de su mujer.)*

¡Cuánto sufro
 En la duda cruel!..... ¿Será vil reo
 De nefanda traicion Cárlos, mi hijo,
 Ó se me quiere hacer triste instrumento
 De encarnizados odios?.....

JUANA. *(Acercándosele cariñosa.)* Caro esposo,
 ¿Por qué, esquivando el conyugal afecto,
 La soledad buscáis, y taciturno,
 Turbado y melancólico os contemplo?

JUAN. ¡Oh Juana! no ignorais cuán triste aviso
 A la amistad de vuestro padre debo,
 Y en el instante de aclarar mis dudas,
 Del acusado al fin la voz oyendo,
 ¿Cómo no conmoverme?

JUANA. Mas Don Cárlos
 ¿Llegó ya por ventura?

JUAN. Hace un momento

Que el anuncio trajeron en su nombre,
Y demandaron con ferviente ruego
Que sin testigos le otorgára audiencia.

JUANA. Mas ¿consentisteis?

JUAN. ¡Juana! aquí le espero;

Y su delito ó su inocencia, claro
Veré en su rostro, sentiré en su aliento.

JUANA. Pues yo, querido esposo, presumia
Que—como ayer determinasteis cuerdo—
La aclaracion de la verdad buscasis

JUAN. Por más seguros y solemnes medios.
¿El proceso?..... ¿El escándalo?..... No, Juana;
Ayer me dominaba enojo acerbo;
Mas hoy—calmado aquél—con digno aplomo
Al que llega á mis piés escuchar debo,
Sus disculpas pesando.

JUANA. No hay ninguna.
Para el que infame desnudó el acero,
En los campos de Aibar, contra su padre.

JUAN. Tal vez exagerais los tristes hechos
Que promoví yo mismo, al daros gusto
Mezclándoos de Navarra en el gobierno,
Con desaire del Príncipe.

JUANA. Tuvisteis
Motivo suficiente para hacerlo;
Pues de la autoridad nunca fué digno,
Que le fió vuestro cariño ciego.

JUAN. Siempre olvidais que á Cárlos corresponde
La posesion, señora, de aquel reino
Que cual mi delegado gobernaba.....
—Segun juicio de muchos—con acierto.
Si despues—bien os consta—fué arrastrado
Por la fuerza fatal de los sucesos;
Si, desatada la civil discordia,
Á mi frente lo puso, en campo opuesto;
Si, á toda transaccion negando oidos,
Yo anhelé la victoria en rudo encuentro.....
No sólo en él queramos todavía
Castigar duros los comunes yerros,
Ni de voces terríficas usando

- Le pintemos cual monstruo; pues no es cierto
Que fuese contra mí, contra su padre,
Que el brazo juvenil le armara el pueblo.....
- JUANA. Os entiendo, Señor; contra mí sola
— Á quien digna juzgais de aquel exceso —
Se pronunció la rebelion sangrienta;
Y defensa merece en tal concepto.
¿Qué soy yo para vos, ni qué os importa
Verme blanco de ultrajes y desprecios?
- JUAN. Basta, Juana, por Dios. No aumenteis, cruda,
Con infundadas quejas mis tormentos.
No queráis revivir sañas antiguas,
Suscitando, tenaz, tristes recuerdos,
Hoy, que sólo reinar debe en mi alma
La serena justicia.
- JUANA. Reina el miedo.
- JUAN. ¡Qué decís?..... (*Poniéndose en pié.*)
- JUANA. Que temblais de vuestro hijo
Al solo nombre; que trocado en hielo
Aquel ardor que un tiempo os animaba,
Ya de los años sucumbis al peso.
- JUAN. ¡Doña Juana!.....
- JUANA. Señor, así se explica
Que tras de tanto agravio y vilipendio,
Que olvidar pareceis, tal entusiasmo
Conserveis por el hijo predilecto,
Mientras que al otro desdichado infante
Lo destináis á obedecer cual siervo.
- JUAN. ¡No más, señora! — ¿Qué quereis que haga?
¿Que sin pruebas condene á mi heredero,
Sólo porque al nacer le otorgó el hado
Ese, tal vez infausto, privilegio?
No lo he fundado yo, ni antiguas leyes
Hoy derogar á mi capricho puedo.
Sobrado se me inculpa porque á Cárlos
La heredada corona le retengo,
Y — con la de Aragon y de Sicilia —
La uno en mis sienes sin ningun derecho;
Pues al morir la reina de Navarra,
Dejó en su hijo sucesor directo.

JUANA. Teneis razon; las leyes, el destino
 — Con vuestro injusto corazon de acuerdo —
 La ventura del príncipe culpable,
 Del inocente en mengua y detrimento,
 Parecen proteger. — ¡Bien! que lo logren:
 Que las coronas ciña de tres reinos
 El parricida Cárlos de Viana,
 Y que tal triunfo aplauda el universo;
 Mas no espereis que el hijo de mi vida
 Doble á la infame servidumbre el cuello,
 Pues de su estirpe castellana el brillo
 Sabrá Fernando conservar muriendo.

JUAN. ¡Ah! ¡cuánto me affigis! ¿Pensais que amo
 De nuestro ardiente amor al fruto tierno
 Con inferior ternura á la que abriga
 Vuestra alma maternal? ¿Pensais que ménos
 Que vos maldigo códigos absurdos,
 Que al derecho casual del nacimiento
 La voluntad paterna, la justicia
 Posponen sin razon; sembrando celos,
 Rencores entre hermanos, y áun acaso
 De discordia civil lanzando el fuego?
 ¡Oh Juana! no sabeis cuán largas horas
 De hondas cavilaciones y desvelos

(Rumores en la calle.)

Me produce el pensar..... — Pero ¿qué voces
 Llegan aquí de afuera? — Nada entiendo.
 ¿Es júbilo? ¿Es tumulto?

JUANA. *(Que se ha acercado á una ventana.)* No se inquiete
 Vuestra alteza.

JUAN. ¿Qué veis?

JUANA. Que con anhelo
 De saludar al príncipe, que llega,
 Se precipita, oh rey, gentío inmenso.

(Se oyen las voces de ¡viva el príncipe de Viana! ¡Viva el heredero de Navarra, de Aragon y de Sicilia!)

JUANA. ¿Escuchais?..... ¿Escuchais?

JUAN. ¡Tan loco aplauso

Ante mi alcázar mismo!.....)

JUANA. *(Con intencion.)* ¡Señor! temo

Que os retarden la dicha de abrazarle,
Del popular cariño los extremos.
Mas llegad; gozaréis del grato triunfo
Que alcanza vuestro Cárlos. Nunca objeto
Fuisteis de tanto amor.

JUAN. (*Trémulo de cólera.*) (¡Ah!.....)

JUANA. Se comprende

Que le parezca al príncipe asaz lento
De vuestra vida el curso, y le acompañe
En su impaciencia el entusiasta pueblo,
Que á todo trance á su ídolo dejara
Desocupado el trono.— Sois ya viejo,
Mi querido Don Juan, y pues perdido
Sentis aquel tan arrogante aliento,
Con que—inspirando admiracion— llevabais
Con fuerte mano el ponderoso cetro;
Ántes que permitir que os lo arrebatén,
Prudente, resignado, deponedlo.
Quizás así mereceréis de Cárlos
Piadosa compasion, si no respeto.

JUAN. ¡Llegar á mi presencia como en triunfo,
Cuando le llamo á responder cual reo!.....
La cólera me ahoga.

JUANA. ¿Qué os asombra?

De flaca tolerancia siempre premio
Fué la insolencia audaz.

ESCENA III.

LOS MISMOS.— CANCELLER.

JUAN. ¡Canciller!

CANCIL. (*Entrando.*) ¿Llama
Vuestra alteza, señor?

JUAN. Que en el momento
Salga mi guardia y el tropel disipe,
Mandando despejar.

JUANA. (*Bajo al Canciller.*) Partid ligero.

JUAN. Despues vos mismo al príncipe Don Cárlos

Conduciréis aquí.

JUANA. Buscar sosiego -

Mejor os fuera; estais muy conmovido.

JUAN. (*Al Canciller.*)

Obedeced mis órdenes. (*Se va el Canciller.*)

(*À la reina.*)

Áun tengo

Todo el vigor antiguo; los que duden,

Las pruebas de su engaño tendrán presto.

— ¡Dejadme solo!

ESCENA IV.

DON JUAN Y DOÑA JUANA, *que retirada junto á la puerta de su cámara, le observa á hurtadillas.*

JUAN. ¡Hollado, escarnecido

Por todos me he de ver, como un decrepito,

Yo, que temblar á todos los hacia,

Si por capricho les mostraba ceño?.....

¡Basta, gran Dios, que á vida miserable

De impotencia y baldón, morir prefiero!

JUANA. (No morirás, Don Juan, no..... todavía.....)

Más aguardo de tí.) (*Traspasa el umbral de su cámara.*)

JUAN. De sangre un velo

Paréceme que cubre mis miradas,

Y que pronto á estallar cruje el cerebro.

¡Oh! ¡qué vértigo horrible! (Se deja caer en un sillón.)

El alma es firme,

Pero se postra fatigado el cuerpo.

ESCENA V.

DON JUAN.—CANCILLER, *que se retira en seguida, y luego*

EL PRÍNCIPE. *La reina escucha oculta.*

CANCIL. El Príncipe, Señor. (*Se retira.*)

JUAN. ¡ Ah!.....

PRÍNC. *(Entrando presuroso y postrándose á los piés del rey.)*

¡Padre mio!

- Gracias os doy por la merced que obtengo.
 Ser llamado por vos es una dicha
 Que no esperaba, y me parece un sueño.
 Permitidme besar la diestra augusta.
- JUAN. ¡Príncipe de Viana, alzádel suelo!
- PRÍNC. No me levantaré sin que ántes oiga
 Una expresion de paternal afecto.
 ¡Por tanto tiempo mudos vuestros labios
 Encontré, por mi mal! ¡Por tanto tiempo
 Le tuve envidia al mísero mendigo,
 Si era el amor de un padre su consuelo!
- JUAN. ¡Alzar os mando! (*Lo hace el príncipe.*)
 Sí; ventura grande
 Debe gozar un hijo amante y bueno
 Cuando el cariño alcanza que merece;
 Mas juzgo muy terrible el sentimiento
 Del que oye que le grita la conciencia
 Que es indigno de amor.
- PRÍNC. Pido de nuevo
 Que perdoneis ¡oh padre! aquellas faltas
 Frutos de juventud..... de un signo adverso
 Fuera mejor decir. Las he expiado
 Con perenne dolor en el destierro;
 Mas si eso no es bastante, si os parece
 Que el ansiado cariño aún no merezco,
 Para obligarme á gratitud más grande
 Como dón generoso concededlo,
 Y de esa gracia, con afán continuo
 Me haré acreedor al fin; os lo prometo.
- JUAN. ¡Ah Carlos! ¡Carlos! si fingis; si solo
 Para encubrir un corazón perverso,
 De hipócrita humildad, de amor sumiso
 Aquí tomáis el mentiroso acento.....
- PRÍNC. ¡Yo mentiros, Señor!.....
- JUAN. (*Poniéndose en pié.*) Pues bien, decidme
 — Sin subterfugios, Carlos, sin rodeos —
 ¿Recibisteis de Enrique de Castilla
 En Mallorca emisarios?
- PRÍNC. No lo niego.
- JUAN. ¡Cómo! ¿lo confesais?

PRÍNC.

Pensar no pude

Que tomaseis á mal.....— ¡Oh padre! observo
Que demudado estais, que estais temblando.....

JUAN.

¿Y os causo compasion? ¡Decid! ¿no es eso?

PRÍNC.

¡Señor!

JUAN.

Cuando al ultraje que recibo
Sucumbe mi vejez, lástima al ménos
Me quereis dispensar. ¡Cosa muy justa!

(Se rie convulsivamente.)

PRÍNC.

Confuso me hallo, padre; no comprendo
Por qué el mensaje á que aludis, os causa
De enojo y de pesar tan grande efecto.

JUAN.

¿Cuál el motivo fué de ese mensaje?

PRÍNC.

El darme el parabien por mi regreso.

JUAN.

¡Faltais á la verdad!

PRÍNC.

(Con dignidad.) ¡Padre!

JUAN.

El motivo

Os exijo, ¡rebelde! no el pretexto.

PRÍNC.

No me ultrajeis, señor.

JUAN.

Decid qué pactos
Fraguasteis con el hombre que aborrezco.
¡Hablad pronto!

PRÍNC.

Sabeis que Don Enrique
Me ha demostrado siempre su deseo
De estrechar más los lazos que nos unen,
Mediante venturoso casamiento
Entre su hermana y yo; mas nunca, nunca,
— Por mucho que me halague tal proyecto —
Lo acogeré, señor, estad seguro,
Sin que permiso me otorgueis primero.

JUAN.

¡Hipócrita! ese enlace, concertado
Dejaste ya con el monarca pérfido,
Que el auxilio te ofrece de sus armas
Para que logres usurparme el puesto;
Porque no importa á su ambicion odiosa
Cómplice hacerse de tu crimen negro,
Si consigue apropiarse en el destrozo
Algun pedazo de mi rico imperio.

PRÍNC.

¡Basta, basta, señor! Salir no pueden
Del corazon del padre esos denuestos.....

La voz calumniadora que los dicta,
Bien — al traves de vuestros labios — veo.

JUAN.

¡Insolente!.....

PRÍNC.

Sabeis que nunca quise
— Los votos de Navarra desoyendo —
Reclamar la corona de mi madre,
Que en vuestras sienes miro satisfecho:
Sabeis tambien que muerto Don Alfonso
Sin sucesion legítima, del cetro
Que conquistó su espada vencedora,
Parténope á una voz me aclamó dueño,
Y rehusé tal gloria, respetando
Las esperanzas de bastardo deudo.
Y ¿os pueden persuadir mis enemigos
Que aspiro criminal, de ambicion ébrio,
Á atentar contra vos?..... ¿que la sagrada
Diadema paternal usurpar quiero?
De rechazar calumnia tan absurda,
Comprenderéis, señor, que me avergüenzo.

JUAN.

¿Á qué enemigos aludis? ¡Decidlo!

PRÍNC.

Si lo exigis, si me forzais á ello,
Confesaré que de la reina el nombre
Como bandera ostenta el bando fiero
Que conspira en mi daño, la discordia
Doquier llevando con su infame aliento.

JUAN.

¡Tú eres ¡oh monstruo! quien conspira, y prende
De la guerra civil horrible fuego!
¡Tú eres solo el infame! ¡Tú, que pides
La odiosa intervencion del extranjero
Para asaltar el sólio de tu padre,
Y de tu patria desgarrar el seno!

PRÍNC.

¡Rey de Aragon! quitadme á vuestro antojo
Esta vida infeliz, pues que os la debo;
Mas no ultrajeis mi honor, porque ése es mio,
Y he de llevarlo hasta el sepulcro ileso.

JUAN.

¡Nunca cupo el honor en los traidores,
Y traidor te declaro!

PRÍNC.

¡Justo cielo!

Del padre la justicia busco en vano.....
Sólo de la madrastra hallo el veneno.

JUAN. ¡Capitan de mi guardia! (*Llamando.*)
 PRÍNC. ¡Padre! ¡padre!
 ¿Qué intentais?

ESCENA VI.

LOS MISMOS. — EL CAPITAN DE GUARDIAS.

JUAN. (*Señalando el príncipe al capitan, que entra.*)
 ¡Capitan! llevadlo preso
 Al castillo de Aitona. — Vuestra espada
 (*Al príncipe.*)

Sin demora entregad.
 PRÍNC. ¡Oh! ¡qué atropello
 Contra un hijo, señor! ¿Dónde el seguro
 Está que me otorgasteis? ¿Dónde el fuero
 De las Cortes tambien? — Calmad la ira,
 Y no escándalo tal deis á los pueblos.
 Si en algo me excedí, perdon reclamo,
 Protestando ante Dios — con juramento —
 Que nada contra vos trato ó medito,
 Que nada contra vos concibo ó pienso.

JUAN. ¡Capitan! ya escuchasteis mi mandato.
 PRÍNC. (*Doblando una rodilla.*)
 ¡Oh padre! ¡Compasion! — Desde el eterno
 Reposo de la tumba, de mi madre
 Se alza la voz en doloroso ruego.....
 ¡Prenda fui del amor que la tuvisteis!.....

JUAN. (*Al capitan.*)
 ¡Cumplid vuestro deber! (*Se va por el foro.*)

PRÍNC. (*Al capitan, levantándose con dignidad.*)
 Estoy dispuesto.

CAPIT. Dígnese vuestra alteza de su espada.....

PRÍNC. (*Entregándosela.*)
 Tenedla, capitan.

CAPIT. (*En tono de disculpa.*) Señor.....

PRÍNC. (*Interrumpiéndole.*) ¡Marchemos!

ESCENA VII.

LA REINA DOÑA JUANA, *que aparece en la escena en el momento de retirarse el príncipe por el lado opuesto. — Luego*
ISABEL.

JUANA. Respiro al fin; mas ¡cuánto he padecido
Mientras duró la escena triste y larga
Que oculta presencié! Del rey temiendo
Flaqueza inoportuna.... firme y clara
Resonando la voz en mis oídos
Del infelice Carlos de Viana,
Que evoca en su defensa la memoria
De la difunta reina Doña Blanca.....
Son emociones rudas!... Me han rendido. *(Se sienta.)*
Pero ¿quién llega? *(Mirando.)* La hija de Peralta.
Temí que fuese el rey.

ISABEL. *(Que entra agitada, por donde salió el príncipe.)*

¡Señora! vengo
Llena de asombro.— En el palacio entraba
Cuando encontré á Don Carlos, que salía,
Llevado— al parecer— por gente armada.

JUANA. La justicia del rey así lo ordena;
Preso el príncipe está.

ISABEL. ¡Preso!.....

JUANA. ¿Qué extraña
Perturbacion y angustia, en tu semblante
Con elocuentes rasgos se retratan?

ISABEL. *(Me vendo; lo conozco.)*

JUANA. No creía
Que un interes tan vivo te inspirára
Del bando beaumontés el primer jefe;
Siendo tu padre de faccion contraria.

ISABEL. *(Turbada al principio.)*

En efecto, señora..... Mas yo temo
Que sobre vos la odiosidad recaiga
De un hecho tan extraño, y que tan fuerte
Impresion causará. Harto se habla
De intrigas, de calumnias, que atribuyen

Á vuestra alteza, en mengua de su fama.
 Dicen que con abuso del cariño
 Que sabeis exaltar en el monarca,
 Le haceis de viles odios instrumento
 Y de negra ambicion, que os roe el alma.
 Dicen que de la sangre estais sedienta
 Del heredero augusto. Dicen.....

JUANA. ¡Basta!

Con el desprecio que merecen oigo
 Del vulgo loco las hablillas vanas.

ISABEL. Pero, gran reina, recordad que goza
 Don Carlos la inviolable salvaguardia
 Que conceden las Cortes..... que no puede
 Hollarse impunemente.....

JUANA. Porfiada
 Sois, Isabel, tratando de un asunto
 Que no os compete. Hablad de vuestras galas,
 De vuestras diversiones.

ISABEL. Perdonadme
 Si os molesté, señora; confianza
 Siempre vuestra bondad me ha permitido,
 Y mi celo por vos.....

JUANA. No soy ingrata
 Por cierto á tu adhesion; sabes que el pueblo
 Mi favorita, dicen que te llama;
 Y que es tu padre, el canciller, mi amigo
 Más ardiente y leal.

ISABEL. (Por mi desgracia.)

JUANA. (*Levantándose.*)

Vé á decirle en mi nombre.....

ISABEL. Hacia aquí viene

Si la vista, señora, no me engaña.

JUANA. (Es menester que presto envíe aviso
 Del dichoso suceso á mi aliada.)

ESCENA VIII.

LAS MISMAS.—CANCILLER.

CANCIL. Dos diputados de las Cortes llegan
Con un mensaje al rey. — Circula rápida
La voz de que se encuentra prisionero
El príncipe, señora, y grande alarma
Va excitando doquier.

JUANA. No me intimido.
Y ¿quiénes son los que las Cortes mandan
Con su mensaje?

CANCIL. El duque de Cardona
— Tan fiero de su sangre catalana —
Y el prelado, señora, que preside
Al primer estamento.

JUANA. La arrogancia
Conozco de ambos; lograrán tan sólo
Del que defienden agravar la causa.
Es temoso Don Juan, y la porfía
Más bien le fortalece que le ablanda.

CANCIL. ¿Debo, pues, prevenirle?.....

JUANA. Sin demora;
Y aún suplicadle escuche la embajada
De las Cortes; será medio seguro
De enardecer su irritacion y saña.
Por vos el resultado sabré luégo,
Pues tenemos que hablar.

(Saluda el canciller y deja la escena por el foro.)

Voy á mi cámara.
Decid vos, Isabel, que aguardo en ella
— Para abrazarlo — al hijo de mi alma.

ESCENA IX.

ISABEL, sola.

¡Alma! ¡tú no la tienes, mujer cruda!
Hasta el amor materno en tus entrañas

Es un fuego infernal, que odios enciende,
 Crímenes pide y desventuras labra.
 Mas puedes engañarte si presumes
 Que abandonado á tu ambiciosa rabia
 Dejen los pueblos al augusto nieto
 De Don Carlos el Noble.— ¿Quién tan bárbara
 Condicion tiene ¡oh cielos! que no sienta
 Por la suerte del príncipe las ánsias
 Que el pecho me destrozan?..... — Mas ¡qué digo!
 ¿Puedo mentirme aún?..... ¿No se disfraza
 Con nombres de piedad, justicia, celo
 Por el bien de mi príncipe y mi patria,
 Sentimiento más vivo, más ardiente?.....
 ¡Sí! ¡sí! que en vano la razon batalla
 Por sofocarte ¡amor!..... Tú eres quien gritas
 Dentro del corazon : « ¡Á Carlos salva! »
 Mas ¿cómo?..... ¿por qué medios?..... Si pudiera
 Hablarle al duque, que amistad tan rara
 Profesa al prisionero..... Si el alcaide
 Del castillo de Aitona.....

ESCENA X.

ISABEL, *que se retira.* — REY. — CANCELLER.

- CANCEL. (*Al rey, al salir.*) Cerca aguardan.
 ISABEL. (*Al oír la voz de su padre, y verlo aparecer con el rey.*)
 ¡Ah!..... (*Se va.*)
 JUAN. Los recibiré; pero advertidles
 Que no pierdan el tiempo con palabras.
 Claro y conciso su mensaje sea.
 CANCEL. Lo haré como ordenais. (*Saluda y se va.*)

ESCENA XI.

REY DON JUAN, *y luego* DUQUE DE CARDONA
Y ARZOBISPO DE TARRAGONA.

- JUAN. (*Sentándose.*) Pruebas amargas
La Providencia en la vejez me envia;
Pero el ánimo aún fuerzas alcanza.
Hé aquí á esos hombres ya.
(*Entran el arzobispo y el duque.*)
- ARZOB. Sed bien venidos.
- ARZOB. (*Inclinándose, é igualmente lo hace el duque.*)
Salud, gran soberano.
- JUAN. ¿Á mi morada
Qué motivo os conduce?
- ARZOB. La alta honra
Tenemos de llegar á vuestras plantas,
De las Córtes en nombre, á suplicaros
Que os digneis desmentir noticia infausta
Que circula en el pueblo.
- JUAN. ¿Cuál?
- ARZOB. Se dice
Que en indigna prision..... Mi voz se embarga.
- JUAN. No os afaneis, prelado, que os comprendo.
Preso el príncipe está. Ya contestada
Teneis vuestra pregunta.
- ARZOB. ¡Dios!.....
- DUQUE. ¡Qué oigo!
- JUAN. Pesa sobre Don Carlos de Viana
Muy grave acusacion.
- DUQUE. Mas de las Córtes,
Por el derecho público, le ampara
El seguro sagrado.
- JUAN. Despedidas
Fueron las Córtes, duque, esta mañana.
- ARZOB. Comprende vuestra alteza que aún se ignora
Que esa medida súbita y extraña
Tuvo á bien resolver.
- DUQUE. Y que el seguro

En que — al venir — Don Carlos confiaba,
 Las Cortes sostendrán á todo trance,
 Por decoro del cetro y de la patria.

JUAN. Conservad vos de súbdito el respeto,
 Como me toca á mí — vuestro monarca —
 Conservar de mi cetro y mis estados
 La gloria y dignidad.

ARZOB. Nuestra demanda
 No rechaceis, señor, porque nos falte
 Acierto ó discrecion al expresarla.
 De las Cortes el alto patrocinio
 Goza Don Carlos, y ellas le reclaman;
 Tributando, ademas, cien mil florines,
 Dón de su gratitud, en vuestras arcas.

JUAN. No puede ser.

DUQUE. ¡No puede ser!.....

ARZOB. Prudente

Reflexionad, señor, desdichas cuántas
 Pudiera provocar vuestra repulsa.

DUQUE. La inocencia del príncipe proclaman
 — Y á defenderla se armarán veloces —
 El valiente Aragon, la fiel Navarra,
 La ilustre Cataluña..... ¡ Cataluña,
 Que cuando el grito de la guerra lanza,
 Nunca transige, nunca desfallece,
 Porque al esfuerzo junta la constancia!

JUAN. *(Colérico y poniéndose en pié.)*

¡ Cardona !.....

ARZOB. Gran señor, naturaleza
 En vuestro régio corazon levanta
 Su poderoso grito; que él ahogue
 Todo enojo y rencor. Si cayó en faltas
 Vuestro augusto heredero, como padre,
 Como rey bueno, dispensadle gracia,
 Satisfaciendo el voto de los pueblos
 Y los consejos de clemencia santa.

JUAN. Antes que la clemencia es la justicia,
 Y nadie habrá que vacilar me haga
 Cuando sus prescripciones obedezco.

DUQUE. No la justicia, la ambicion bastarda

- De un bando odioso inspiracion os presta.
 JUAN. ¡Tan insultantes voces!.....
 DUQUE. ¡Son las que alzan
 Tres reinos contra vos!
 JUAN. ¡Ah! pues yo juro
 Que las sabré ahogar.
 DUQUE. Si á empresa tanta
 Os anima el de Fox; si con la ayuda
 Contais, señor, de la arrogante Francia;
 No en olvido pongais que en otros dias
 Pagó sobrado semejante audacia,
 Pues que salió sin rey y sin bandera,
 Del noble pueblo que humillar pensaba.
 JUAN. ¡Silencio, temerario!
 ARZOB. Yo os suplico
 Que al motivo atendais que nos exalta.
 Pensad que vuestra sangre defendemos,
 Que anhela derramar inicua saña.
 DUQUE. ¡Pensad tambien que es fiera la justicia
 De los pueblos, Don Juan, si bien es tarda!
 JUAN. ¡Pensad vosotros que del rey la cólera
 Es de la muerte mensajera aciaga....
 Y aunque duerma el leon, no hagais la prueba
 De llegar á punzarle, entre sus garras!
 (Se va por donde vino.)

ESCENA XII.

ARZOBISPO. — DUQUE.

- ARZOB. ¡Oh duque!..... ¡duque!..... consternado miro
 Que no hay para Don Carlos esperanza.
 DUQUE. ¿Eso decis? ¡Pues qué! ¿nuestra entereza
 Sólo nos sirve para echar bravatas?
 No ¡vive el cielo! tremolar le juro
 La belicosa enseña catalana,
Via fora, somaten, gritando al pueblo,
 Hasta en las mismas puertas del alcázar.

ARZOB. Callad por Dios, ó nos perdemos todos.....

Y salgamos al punto..... Oigo pisadas.

(Se va el arzobispo, y al seguirlo el duque, sale á la escena Isabel y le detiene.)

ESCENA XIII.

DUQUE. — ISABEL.

ISABEL. ¡ Un momento, señor! Ansío hablaros.

DUQUE. (¡ Doña Isabel!)

ISABEL. (*Vivamente.*) Si mi conducta os pasma,
De su misterio respetad las sombras,
Pues no es ésta ocasion para explicarla;
Y permitidme os diga sin rodeos
Que las puertas tener espero francas
Del castillo de Aitona; que á Don Cárlos
Quizá pueda llevar avisos, cartas.....
Cuanto querais y conveniente sea.

DUQUE. (*Receloso.*)

¡ Vos, señora!.....

ISABEL. Yo misma. Confianza
Dispensadme, por Dios.

DUQUE. Mas no concibo
Que vos, señora, la hija de Peralta,
La predilecta amiga de la reina.....

ISABEL. No abrigue el ódio de la fiera Juana
Y de su bando sanguinario..... ¡ entiendo!
Pero ésa es la verdad, que veréis clara
Si mi auxilio aceptais, débil y humilde,
Pero ardiente y sincero.

DUQUE. (*Con sonrisa y tono irónicos.*) Os rindo gracias,
Y admiro de la reina la inventiva.

ISABEL. ¡ Qué! ¿ sospechais.....

DUQUE. Decidla que no hay tramas
— Que descubrir por ingeniosos medios —
Entre los nobles que á Don Cárlos aman,
Y pública, solemne, lealmente,
Su nombre invocan, su defensa abrazan.

ISABEL. ¡Ah!..... Yo os perdono la injusticia horrenda;
 Pero miradme, duque..... Ved las lágrimas
 Que á mis ojos se agolpan..... Ved la angustia
 Que en mi semblante llevo retratada.....

DUQUE. *(Que empieza á creerla.)*

Señora.....

ISABEL. ¡Por piedad! no me negueis
 La gloria de servir la augusta causa
 De que sois campeón. Dadme el consuelo
 De pensar que mi vida se consagra
 Toda entera á mi rey.

DUQUE. Mas ¿cómo pudo

Esa adhesion nacer, extraordinaria,
 En quien por implacables enemigos
 Del príncipe infeliz vive cercada?

ISABEL. ¡Ah! ¿saberlo quereis?..... Si así os convenzo,
 Hasta al recato faltaré de dama,
 Haciéndoos penetrar en el santuario
 Más sagrado y recóndito de mi alma.
 ¡Escuchadme, señor! — Por vez primera
 Vi al príncipe que amais, cuando de Italia
 — Despues de larga proscricion — volvía,
 Y muchedumbre inmensa le aclamaba.
 En medio del aplauso jubiloso,
 Noté sus melancólicas miradas
 Por el llanto anublarse, y muchas veces
 Sentí en mi pecho su emocion simpática.
 Seguíle con el pueblo, cuando al templo
 — Para dar gracias — dirigió su marcha;
 Y cuando, religioso, las rodillas
 Al pié dobló de las divinas aras,
 Yo estuve junto á él..... vi la aureola
 Con que ornar pareció su frente pálida
 De la tarde la luz — que entre cristales
 Filtraba por la gótica ventana —
 Y sentí aquel presentimiento extraño
 Que estremeció la multitud compacta,
 De súbito arrancándole aquel grito,
 Que devolvió la bóveda sagrada,
 Con prolongados ecos repitiendo:

«¡Omnipotente Dios, á Carlos salva!»

DUQUE. (*Conmovido.*)

¡Ah! ¡lo recuerdo!

ISABEL. Y en la tarde misma,
De su padre cruel le vi á las plantas,
Demandándole amor con tal acento
Que á los rudos peñascos quebrantára.
Mas aunque el Rey se le mostró propicio,
Y se oyeron de paz promesas gratas,
El pueblo — que á las puertas del palacio
Con interes profundo se agolpaba —
Aun receloso al cielo repetia,
Con suplicante voz : «¡Á Carlos salva!»

DUQUE. ¡Oh Isabel! ¡proseguid!

ISABEL. ¿Qué he de deciros?.....

Desde entónces, señor, miro asombrada
Que un sentimiento ignoto, omnipotente,
Todo mi sér conmueve y avasalla.
Ya en la apacible soledad del campo
Divague pensativa y solitaria.....
Ya de la córte entre bullicio alegre
Los placeres presencie, que embriagan
Siempre á la juventud..... ya sin reposo
Las horas cuente de la noche larga.....
Ó ya con sus narcóticos beleños
Me mezca el sueño en ilusiones vagas.....
Siempre un solo anhelar mi pecho agita,
Siempre una misma inspiracion me exalta,
Y de continuo el corazon repite
Con ardiente latir : «¡Á Carlos salva!»

DUQUE. ¡Lo salvarémos, sí! — Perdon os pido
Si de la reina recelé asechanzas
Al comenzar á oiros. — Mas, decidme,
¿De qué modo pensais lograr entrada
En la prision del príncipe?

ISABEL. ¿No gozo
De su enemiga, duque, la privanza?
Y como á vos os inspiró recelos,
¿No podrá disipar tal circunstancia
Los del alcaide, suponiendo al verme

Que de la reina soy fiel emisaria?

DUQUE. Pero ¿os atreveréis?

ISABEL. Á todo, duque;
Favorable ocasion tan sólo aguarda
Mi corazon resuelto.

DUQUE. Si protege
La Providencia vuestra accion bizarra,
Al prisionero augusto, Isabel bella,
Llevad la voz de un pueblo que le acata,
Y para alzarse en su defensa fuerte,
Sólo espera la vénia que demanda.
Hacedle comprender que el ruego humilde
Sin fruto será siempre; que las armas
Lo han de hacer todo.... y pues apremia el riesgo,
Pudiera ser fatal cualquier tardanza.

ISABEL. Bien; mas lo que decís tened presente:
Si apremia el riesgo, duque, nada, nada
Deteneros consiga.

DUQUE. Yo os afirmo
Que aunque su vénia el príncipe negára,
De salvarle, Isabel, á pesar suyo,
Sabré cumplir la obligacion sagrada.

ISABEL. *(Le alarga la mano.)*
Y yo, aceptando la mision que os debo,
Con vos contraigo sólida alianza,
Y en todo tiempo ¡duque! estad seguro
Que ántes sabré morir que quebrantarla.

DUQUE. ¡Bien! guerra eterna á la maldad juremos,
Del Rey del cielo en la presencia santa,
Y nuestro grito de combate sea....

ISABEL. *(Con entusiasmo.)*

«¡Omnipotente Dios, á Cárlos salva!»

(Isabel se va por un lado, por otro el duque, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion en una torre del castillo de Aitona, prision del Príncipe. Es de noche. Don Carlos está sentado junto á una mesa, en la cual arde una lámpara, única luz del recinto. Á la derecha hay una ventana larga, estrecha y enrejada, que se supone domina la llanura convecina. Se verán por ella las negras nubes de la noche, y al tiempo que lo indique el diálogo, comenzarán á iluminarse, hasta que aparezcan completamente alumbradas por la luz del sol que nace. La posicion del Príncipe debe ser tal, que pueda ver naturalmente desde su sitio la parte del horizonte que por dicha reja se descubre. Al otro lado, la puerta del dormitorio, y otra secreta más hácia el fondo, en cuyo centro está la que conduce á la habitacion del alcaide, y por ella á lo exterior.

ESCENA PRIMERA.

PRÍNCIPE.

¡ Con qué velocidad vuelan las horas
De escasa dicha que nos da el destino,
Y cuál se arrastran perezosas, lentas,
Las que insomne el dolor sigue en su giro!
Áun no despunta el alba en el oriente,
Y me parece que he velado un siglo,
Desde que el manto desplegó la noche,
Aumentando el horror de este recinto.
Al horizonte por la angosta reja
— Como mi suerte — lúgubre diviso,
Pues ni una estrella solitaria asoma
Para halagar al mísero cautivo.
¡ Cómo la saludára, viendo en ella
Quizás mi mente un fausto vaticinio.....
Un rayo de esperanza, que enviaba
— Piadoso á mi anhelar — ángel propicio!

ESCENA II.

PRÍNCIPE. — ISABEL, *que entra por el fondo, mientras dice el Príncipe los últimos versos del monólogo, y se le acerca lentamente y conmovida hasta ponerse á su lado. Al final de la escena,* EL CANCELIER.

ISABEL. Príncipe.....

PRÍNC. (*Levantándose sorprendido.*)

¡Oh Dios!..... ¿desciende por ventura

El ángel que soñaba en mis delirios?.....

¡Misteriosa vision! dime quién eres.

ISABEL. (*Levantándose el velo blanco que la cubre el rostro.*)

Una débil mujer, que escaso auxilio

Puede ofreceros, por su mal; mas todas

Vuestras penas comparte, y con ahínco

Mil muertes arrostrára, si á tal precio

Les prestára, señor, algun alivio.

PRÍNC. Decíme, pues, al punto, vuestro nombre,

Para que lo bendiga agradecido.

ISABEL. ¡Ay! ese nombre, odioso por desgracia

Debe ser para vos.

PRÍNC. ¿Por qué motivo?

ISABEL. Isabel de Peralta es la que tiene

La grande honra de hablaros.

PRÍNC. ¿Qué habeis dicho?

¿Sois, pues, la confidente de la reina?.....

¿La hija del canciller..... de mi enemigo?

ISABEL. Á eso debo, señor, haber logrado

El llegar hasta aquí. Como al servicio

De Doña Juana estoy; como se juzga

Que de sus sentimientos participo,

El alcaide no osó negarme entrada,

Pensando que por órden he venido

De la inicua princesa.

PRÍNC. ¿Tal la nombra

Quien goza su favor?

ISABEL. Dios es testigo

De que prefiero condicion oscura

Á ese favor funesto — que abomino. —
 ¡Cuán feliz me juzgára en choza humilde,
 Léjos, señor, del engañoso brillo
 De una córte falaz, en cuyo seno
 Sólo puedo aspirar aire dañino!

PRÍNC.

¿Hija sois de Peralta! ¿Cómo puede
 La cándida paloma haber nacido
 Del sanguinario tigre?

ISABEL.

¿Del peñasco
 No nace el manantial plácido y limpio,
 Que al viajero restaura?

PRÍNC.

Yo confieso
 Que vuestra voz halaga mis oídos,
 Más que el raudal, de vuestro hermoso símil,
 Con su dulce murmurio al peregrino.
 Mas decidme, señora: ¿á qué le debo
 Que en hora tal, y en medio de peligros,
 Vengais á consolar á un desgraciado
 Que apenas si recuerda haberos visto?

ISABEL.

Hace días, señor, que mi proyecto
 De visitaros concebí, y preciso
 Hoy realizarlo conceptué. Se forma,
 Con tanta actividad como sigilo,
 Vuestro infame proceso — ¡sí! ¡sabadlo! —
 Los que anhelan perderos, ya ese inicuo
 Padron levantan, que será en la historia
 Escándalo, y horror para los siglos.

PRÍNC.

Mi inocencia me escuda; nada temo.

ISABEL.

¡Ah! los monstruos pretenden que convicto
 De rebelion estais, y hasta os ocusan
 De otro crimen mayor.

PRÍNC.

¿Cuál?

ISABEL.

Me horrorizo
 Al pronunciar ¡oh príncipe! que inventan
 Que del rey de Castilla hay un escrito,
 Que probará que entrambos concertabais
 La muerte de Don Juan.

PRÍNC.

¡Un parricidio!!.....
 ¡Callad, por compasion; que infamias tales
 Me avergüenza escuchar!

- ISABEL. De ellas colijo
Que no hay nada, señor, de que no sean
Capaces, por lograr vuestro exterminio,
Los que en él fundan esperanzas viles.
- PRÍNC. ¿Que esos horrores tolereis, ¡Dios mio!
Y que no haya en el mundo, honor, justicia,
Que los reprueben con solemne grito?.....
- ISABEL. Escuchadme, señor: el dia aciago
En que — con pasmo y general conflicto —
Se supo que entre guardias, como reo,
Vinisteis prisionero á este castillo,
Los nobles diputados catalanes
— Despues de haber en balde intercedido
Con el fiero monarca — abandonaron
De los muros de Lérida el recinto,
Al aire desplegando su estandarte
En són de guerra, y con ardiente vitor
Vuestro nombre aclamando; pero en ese
Tan vano alarde de adhesion y brío
Se cifró, al parecer, todo su empeño.
Desde entónces ¡oh Dios! va trascurrido
Bastante tiempo, que aprovechó el odio,
Sin que diese el amor de vida indicio.
Nadie aparece en vuestra ayuda; nadie
Quiere arrostrar de Juana el poderío.
Desierto panteon semeja el pueblo,
En mudo espanto y estupor sumido;
Pues ni dentro ni fuera de sus muros
Osan la voz alzar vuestros adictos.....
Pareciendo olvidado vuestro riesgo
Aun por el duque de Cardona mismo.
- PRÍNC. ¡Ah! ¡sí!..... Mas no me quejo; que harta sangre
Se ha vertido por mí. De fiel cariño
Sobradas muestras diéronme los pueblos.....
Ni más me deben ya, ni más les pido.
- ISABEL. Es su interes y su deber salvaros,
Ó sumirse con vos en el abismo
Que á vuestras plantas sus gargantas abre.....
Yo — aunque débil mujer — á tanto aspiro.
- PRÍNC. ¡Adorable doncella! el entusiasmo

De vuestro noble corazon estimo,
Y jamas — ¡os lo juro! — la que os debo
Fervorosa adhesion pondré en olvido;
Que en esta amarga soledad del alma,
De que cercado estoy; cuando un suspiro
No escucho que responda á mis pesares,
Ni me brinda su apoyo un brazo amigo,
Esa piedad — tan tierna y generosa —
Como consuelo celestial recibo.

¡Ah! ¡no sabeis cuán bárbara é injusta
Siempre la suerte se ensañó conmigo!.....
¡Cómo desde la infancia me atormenta
El aislamiento lúgubre en que vivo!
Jamás me amó mi padre, y de su afecto
Un tormentoso afán sufrí continuo.....
Porque ávida de amor me siento el alma;
Porque sólo en amar mi gloria cifro;
Y nunca — ¡Dios lo sabe! — abrigar puedo
Los odios ¡ay! que por desgracia inspiro.

ISABEL.

Si os aborrecen seres sin entrañas,
Tambien con entusiasmo os veis querido
— ¡Mi príncipe! ¡mi rey! — por cuantos logran
Conoceros cual sois. ¿Qué alma de riesgo
Os negará su amor? ¿Quién su existencia
No os tributára ufano en sacrificio?
Yo, por mi parte, dueño de la mia
Me complazco en llamaros, y os suplico
Que aceptando la ofrenda — aunque tan pobre —
Dispongais de mi sangre y mi albedrío.

PRÍNC.

¡Oh Isabel! ¡Isabel!..... no sé explicaros
Cómo entre el gozo y el dolor vacilo,
Al escuchar de vuestros labios puros
La expresion de ese afecto..... que imagino
— Con exaltada mente — no es de ahora,
Sino que en ambos misterioso, antiguo,
Ya ántes reinaba, y hoy — que se descubre —
Las almas junta con estrecho vínculo,
Mi infortunio endulzando de tal modo,
Que, casi venturoso, á Dios bendigo.

ISABEL.

¡Ah, señor! si es así, dadme una prueba

Que me atrevo á exigir..... que necesito
 Para que estos instantes de consuelo
 No se conviertan luégo en mi martirio.
 PRÍNC. Pedid cuanto queráis.

ISABEL.

Pues sin demora

(Poniendo en la mesa lo necesario para que escriba el príncipe.)

— Porque todo lo traigo prevenido —
 Breves líneas trazad, que de las Córtes
 Revivan pronto el entusiasmo tibio;
 Y á los pueblos sacad de su letargo,
 Diciéndoles: «¡ Libradme, os lo permito! »
 PRÍNC. ¿Qué proponeis, señora? ¡ No! no debo,
 Sólo escuchando al bárbaro egoismo,
 Lanzar de nuevo la civil discordia
 Que los campos dejó de sangre tintos,
 A costa de los pueblos generosos
 Que tan caros me son. Mi vida fio
 Del cielo á la bondad, y á sus decretos
 — Favorables ó adversos — me resigno.

ISABEL.

Os engaña, señor, la virtud misma
 Que tal consejo os da. De ese heroismo
 Con que la muerte preferis al daño
 De renovar la guerra en los dominios
 Que el cielo os destinó, falsa es la gloria,
 Si no me engaña el fallo de mi juicio;
 Pues no peligra solo vuestra vida,
 No sólo á vos amagan asesinos.....
 Tres reinos ven sus fucros despreciados;
 Tres reinos ven que á la ambicion vendidos
 De una extranjera odiosa, en vos se ensaya
 La cadena cruel que ha de oprimirlos.
 Con vos se salvan ó con vos perecen
 Las libertades patrias; pues los tiros
 De arbitrario poder, que á vos os hieran,
 Contra ellas van, Don Cárlos, dirigidos.
 PRÍNC. Yo espero que Castilla, mi aliada,
 En este asunto mediará.....

ISABEL.

Yo afirmo

Que, más activa, logrará la reina
 Llevar á cabo su fatal designio.

- PRÍNC. Pero esas cartas que pedis, ¿quién puede
Hacer llegar, sin riesgo, á su destino?
- ISABEL. ¡Yo!
- PRÍNC. ¿Qué decis?..... Os ciega vuestro celo.
- ISABEL. Pensad más bien que con su fuego activo
Me ilumina, señor. ¡Dadme esas cartas!
- PRÍNC. ¿Para llevarlas vos?.....
- ISABEL. Aunque el camino
Se encontrara de abrojos erizado
Y lleno de profundos precipicios.
- PRÍNC. ¡Isabel!
- ISABEL. *(Doblando una rodilla.)*
¡Por piedad! Postrada vedme
Á vuestras plantas, con afán pidiros
Una línea siquiera, una palabra,
Que nos salve á los dos!
- PRÍNC. ¡Basta! Me rindo
Á vuestra voluntad. Del suelo alzaos.
- ISABEL. *(Besándole la mano.)*
¡Gracias, gracias, señor, y sed bendito!
- (El príncipe se sienta para escribir, pero se oye al punto rumor á la puerta, y queda suspenso.)*
- PRÍNC. Ese rumor.....
- ISABEL. ¡Alguno se aproxima!
- PRÍNC. *(Que se dirige hacia el fondo, en el momento en que se abre la puerta y aparece el canciller.)*
Voy... ¡Peralta!
- ISABEL. *(Echándose el velo á la cara. Toda esta escena y la siguiente muy viva.)*
(¡Gran Dios!...)

ESCENA III.

PRÍNCIPE.—ISABEL.—CANCILLER.

- CANCEL. ¡Cielos! ¡qué miro!
- ¡Una mujer aquí!.....) *(Breve pausa.)*
- PRÍNC. *(Desconcertado.)* Vuestra presencia
En hora inusitada, y de improviso,
No me acierto á explicar.

CANCIL. Señor, tampoco
— Por más que lo procuro — yo me explico
Cómo á deshora, cual decís, encuentro
Que presta á vuestro insomnio lenitivo
Tan misteriosa y rara compañía.

PRÍNC. Pues habeis tal secreto sorprendido,
Y sois hombre de honor, sois caballero,
Espero reserveis—cual os suplico—
Para instante mejor vuestra visita,
Que sin duda tendrá grave motivo.

CANCEL. Con su alteza la reina Doña Juana
La honra tengo, señor, de haber venido,
Y por su orden expresa llego á daros
De que va á entrar á veros, grato aviso.

ISABEL. (¡ Ah!.....) (Se coloca al extremo de la derecha.)

PRÍNC. ; La Reina!.....

CANCEL. Pensaba hallaros solo,

Puesto que nadie, sin tener permiso
De sus altezas, puede impunemente
Penetrar con audacia hasta este sitio....
Y en tal concepto, es fuerza que esa dama
—Para evitarse un grande compromiso—
Su rostro muestre, y me presente el pase
Con que ha logrado entrada en el castillo.

ISABEL. (¡Yo muero!.....)

PRÍNC. ¡Canciller! tal exigencia....

CANCIL. (*Dando un paso hacia Isabel.*)

Me la dicta el deber, y en ella insisto.

(Isabel, toda trémula, junta las manos con ademan suplicante.)

PRÍNC. *(Interponiéndose entre ella y el canciller.)*

Tomad mi vida, derramad mi sangre....
Me entrego enteramente á vuestro arbitrio;
Mas respetad de una mujer la fama....
Su mudo ruego os halle compasivo!

JUANA. *(Desde fuera, pero cerca de la puerta.)*

Alcaide, sí; conozco vuestro celo.

ISABEL. ¡ Ah !!..... (*Cae á los piés del canciller.*)

PRÍNC. (Con tono tambien suplicante.)

Por Dios.....

CANCIL. (*Vencido por sus ruegos.*) Bien : con el amor transijo,

Viendo claro que él solo en esto media.

(*Hace una seña para que se oculte Isabel en el dormitorio del príncipe.*)

¡Pronto!

PRÍNC. Gracias.—¡Venid!

(*Levantando á Isabel y llevándola al sitio indicado, donde entra con ella.*)

ESCENA IV.

DOÑA JUANA, *que sale á la escena en el momento de dejarla el príncipe é Isabel.* CANCELLER y EL ALCAIDE, *que entra con la reina.*

JUANA. (*Al canceller.*)

Ya prevenido

Estará, canceller, por vos el preso.

CANCEL. Vais á verle, señora, al punto mismo.

(*La reina avanza hácia el proscenio. El canceller y el alcaide permanecen junto á la puerta.*)

ALCAIDE. (*Bajo al canceller.*)

Mas vuestra hija, ¿en dónde se ha ocultado?

CANCEL. ¡Cómo!.....

ALCAIDE. Engañado fuí, mas nada he dicho

Á la reina, señor.

CANCEL.

¡Ella!..... ¡Mi hija!.....

JUANA.

(*Volviéndose hácia él, mientras el príncipe aparece en el umbral del dormitorio, cuya puerta cierra.*)

Fuera aguardad los dos. (*Se va el alcaide.*)

PRÍNC.

(*¡Al fin respiro!*)

CANCEL.

(*¿No estoy loco?..... ¿No es sueño?.....*)

JUANA.

Retiraros

Podeis ya, canceller; os lo repito.

PRÍNC.

(*Saludando á la Reina.*)

Bien venida, señora.....

CANCEL.

(*Que, violentamente agitado, parece sentir impulsos de lanzarse sobre el príncipe, pero al fin se retira.*)

(*¿Qué hacer, cielos!.....*)

¡Un escándalo!..... ¿Y ella?..... ¡Pierdo el juicio!

ESCENA V.
DOÑA JUANA.—PRÍNCIPE.

- JUANA. Siento, señor, turbar vuestro descanso.
 PRÍNC. Poco descansa quien con penas lucha.
 JUANA. Acaso extrañaréis que con misterio,
 Entre las sombras de la noche oscura,
 Llegue sin prevencion á demandaros
 Una secreta conferencia.
- PRÍNC. Mucha
 Es, en efecto, mi sorpresa, y pido,
 Señora, á vuestra alteza me descubra
 Á qué debo el honor inesperado
 Que de aquesta visita me redunda.
- JUANA. ¡Príncipe! no contemplo vuestra suerte
 Con alma yerta, de piedad desnuda,
 Aunque sé me imputais los sinsabores
 Que frutos son de vuestras graves culpas.
(El príncipe hace un movimiento de indignacion.)
 Atendedme, por Dios; esa impaciencia
 Que advierto en vuestro rostro, no interrumpa
 Razones altas que á exponeros vengo.
- PRÍNC. Hablad, señora, sin hacerme injuria,
 Y os oiré con respeto.
- JUANA. Bien; repito
 Que generosa compasion me impulsa
 A querer desviar temibles males
 Que sobre vos con fuerza se acumulan.
 No confieis, señor, en los rebeldes
 Que con promesas vuestro juicio ofuscan.
 La voz de la verdad los anonada,
 Y la justicia á su despecho triunfa.
- PRÍNC. Si triunfa la justicia, nada temo;
 Salvado estoy si á la verdad se escucha.
- JUANA. ¡Solos estamos, príncipe! Franqueza
 Debe reinar entre ambos, pues absurda
 Fuera aquí la cautela. No — mintiendo —
 Esa calma ostenteis, que no deslumbra

Mis ojos perspicaces. Vuestra causa
— Sabedlo de una vez — ni escasa duda
Deja del crimen ya.

PRÍNC.

¡Oh! bien os consta

En qué ese crimen, que decís, se funda.
Harto sabéis de ese proceso infame
Los elementos.... la intencion oculta.

¡Señora! basta ya. Si mi inocencia
No me puede salvar; si no me escudan
Mi régia sangre, mi derecho santo;
Si es forzoso me postre á la calumnia,
Y en mis ruinas se entronice, osada,
La vil usurpacion de rama intrusa;
Vuestra victoria celebrad, si os place,
Mas no al vencido denosteis, sañuda.....

Que el verdugo á la víctima respeta
Cuando el dogal á su garganta ajusta.

JUANA.

Respondeis con agravios insolentes
Á la que os muestra compasion profunda;
Mas vuestros odios atizar no quiero,
Ni en mi ánimo real dejo que influyan.
Vengo á salvaros..... porque estais perdido.....
No penseis que mi labio el riesgo abulta.
Perdido estais, ¡Don Carlos! Vuestra causa
Ya abandonó por siempre la fortuna,
Y solo un medio de libraros veo,
Que os propondré con mi franqueza ruda.

PRÍNC.

¡Pues bien, señora! ¿qué queréis?

Al trono

JUANA.

No subiréis jamas; que no os seduzca
Esperanza ilusoria. Fallo justo
El gran derecho que alegais anula;
Pues rebelde y traidor seréis juzgado,
Para baldon de vuestra excelsa cuna.

RÍNC.

Contra sentencia tan inicua, Europa
Protestará, señora, y en la tumba
Mártir me aclamarán heroicos pueblos,
Que no mi sangre dejarán inulta.

JUANA.

Triste consuelo en la venganza miro,
Y venganza, ademas, harto insegura.

¡Oh! poco al pueblo conoceis; su afecto,
 Cual viento instable, rápido se muda,
 Y al ídolo á quien hoy levanta altares,
 Mañana con un soplo lo derrumba.
 ¿El pueblo?..... Como el ópalo, refleja
 Los colores del astro que le alumbrá.....
 Y donde ve que luce la victoria,
 Allí el derecho y la justicia juzga.
 ¡Príncipe de Viana! no á la mengua
 De una sentencia ignominiosa, cruda,
 Ciego abatais la frente, su corona
 Dejando herida por deshonra pública;
 Pues, ya que conservarla no es posible,
 Deponerla debeis sin mancha impura.
 No alcanzo á comprender.....

PRÍNC.

JUANA.

Vuestros derechos

— Antes que al fallo de la ley sucumban —
 Prudente renunciad, y al punto mismo
 El proceso ominoso se destruya.
 Desinterés magnánimo semeje
 El triste sacrificio, que pronuncia
 Necesidad cruel, y sin zozobra
 Tendréis, Don Carlos, vuestra edad madura,
 Que olvidar os hará las tempestades
 Que en el verano de la vida abundan.

PRÍNC.

JUANA.

¡Qué escucho!.....
 Gozaréis de pingües rentas,
 Que la bondad real os asegura,
 Y en el retiro viviréis tranquilo,
 Al culto consagrado de las Musas,
 Que vuestro encanto son.

PRÍNC.

JUANA.

PRÍNC.

JUANA.

¡Cesad, señora,
 Que vuestro labio mi paciencia apura!
 ¿Así me respondeis? ¡Pesad, Don Carlos,
 De esa loca soberbia las resultas!
 Peso vuestra intencion!

¡Oh! respetadla,
 Pues, cualquiera que sea, os brinda ayuda
 Para salvaros de la muerte.

PRÍNC.

¡Reina!

- JUANA. Sabré morir, mas deshonrarme, ¡nunca!
 Pensad que presto lloraréis con sangre
 La que dándome estais necia repulsa.
- PRÍNC. Pensad vos que del cielo la justicia
 Con su propio poder al malo abruma,
 Y más le acerca al rayo de su cólera
 Cuanto á mayor elevacion le encumbra.
- JUANA. ¡Basta! ¡Mirad! Las sombras de la noche
 Disipándose van. Antes que luzca
 Dos veces más — en su dosel de fuego —
 Aquese sol, que en el Oriente apunta,
 La sentencia cruel veréis firmada,
 Que aquí mi labio con pesar augura.
- PRÍNC. La sufriré cual príncipe.
- JUANA. (*Rumores fuera, hácia el foro.*) ¡Pensadlo!
- PRÍNC. Esa tardanza mi franqueza excusa.
- JUANA. (*Preocupada con los rumores, y dirigiéndose hácia el fondo.*)
 (¿Qué es lo que ocurre?...)

ESCENA VI.

LOS MISMOS. — ALCAIDE.

- JUANA. (*Al aparecer el alcaide en la puerta del fondo.*)
 ¡Alcaide!...
- ALCAIDE. (*Bajo á Doña Juana.*) Fuerza armada
 Se aproxima al castillo.
- JUANA. Mas sin duda
 Serán tropas del rey.
- ALCAIDE. Saber lo cierto
 No nos permite aún la niebla oscura.
- JUANA. Á la atalaya vos, y que aquí venga
 Corriendo el canciller. (*Se va el alcaide.*)

ESCENA VII.

DOÑA JUANA.—PRÍNCIPE, y despues CANCELLER.

- JUANA. (*Acercándose de nuevo al principe, que durante la breve escena anterior sólo ha mirado y atendido al sitio en que se halla Isabel.*) Por la vez última
Os pregunto señor: ¿quereis salvaros?
- PRÍNC. (*Con entereza.*)
Quiero mostrarme digno de mi alcurnia.
- JUANA. Bien está; disponed vuestra conciencia.
- PRÍNC. Dispuesto estoy, señora, á cuanto ocurra.
- CANCELL. (*Apareciendo en la puerta.*)
(¡Horrible situacion!)
- JUANA. (*Acercándosele vivamente y hablándole en voz baja.*)
Venid, Peralta;
Graves recelos mi ánimo perturban.
- CANCELL. (*Mirando hácia la cámara donde está su hija.*)
(¡Dejarla allí!.....)
- JUANA. Del rey órden urgente
Os quiero al punto dar. (*Se va la reina.*)
- CANCELL. (*Siguiéndola despechado.*) (¡Cómo se burla
Hoy la suerte de mí!.....)

ESCENA VIII.

PRÍNCIPE.—ISABEL.

- PRÍNC. (*Corriendo á abrir el encierro de Isabel, al momento que desaparecen la reina y el canceller.*)
Que en salvo vea
Pronto ¡oh Dios! á Isabel.— Por dicha suya,
Nada su padre sospechar parece.
(*Isabel aparece pálida y trémula.*)
¡Querida niña!.....
- ISABEL. ¡Príncipe! convulsa
Me veis aparecer.
- PRÍNC. Tranquilizaos,

ISABEL. Que ya el riesgo pasó que así os asusta.
¡Ah! ¡no tiemblo por mí!..... Pero el acento
De la Reina cruel, claro retumba
Dentro del corazon. Yo la conozco;
Nada es capaz de contener su furia,
Y cuando á un hecho grave se decide,
Con rapidez violenta lo ejecuta.

PRÍNC. No os entregueis cobarde al desaliento,
Cuando serena mi alma se refugia
En la bondad suprema. Lo que ansío
Es que en salvo os pongais; pues me atribula
Solamente mirar que estais envuelta
En todos los horrores que circundan
Mi desdichada vida. Partid presto,
Noble y cara Isabel.— Dios os conduzca,
Y os recompense la piedad sublime
Que os debe un infeliz.

ISABEL. ¡Ah!..... se me anuda
La voz en la garganta.

PRÍNC. De este anillo
—Que me entregó mi madre moribunda,
Para que lo llevase la que un día
Con casto amor labrase mi ventura —
Legado quiero hacer al ángel bello
Que con santa afeccion mi muerte endulza.
¡Tomadlo!.....

ISABEL. (*Cayendo de rodillas á los piés del príncipe.*)

De rodillas dón tan alto
Me toca recibir, y mi alma os jura
Que amante y fiel la encontrará la vuestra,
Cuando á encontraros al empireo suba.

(*Nuevos rumores fuera.*)

PRÍNC. (*Levantando á Isabel en sus brazos.*)

¡Adios!..... ¡Marchad! Se aumenta por momentos
La agitacion afuera.....

ISABEL. Oid! Se escucha
Ruido de armas tambien, si no me engaño.

(*Se oyen en este instante sonos de clarín.*)

PRÍNC. ¡Ah!..... ¿Qué pasa, gran Dios! (*Va hácia el foro.*)

ISABEL. (*Males anuncia*)

Mi triste corazon.)

PRÍNC. Todo es tumulto
En el castillo..... ¡sí! (*Volviéndose adonde está Isabel.*)

ISABEL. (*Con espanto.*) ¿Con tal premura
Querrá cumplir la reina su amenaza,
O mi padre, tal vez, vendrá en mi busca,
De todo sabedor por el alcaide?.....

PRÍNC. (*Volviéndose á la puerta del fondo, que cierra, quedándose
junto á ella.*)

Sin que ántes á cenizas me reduzcan,
Nadie á vos llegará. Guardo la puerta.

ISABEL. (*Arrastrando un sillón al pié de la ventana.*)
Quizá, señor, el campo se descubra
Por esta reja, y demandar socorro
Podremos intentar. (*Sube al sillón y mira por la ventana.*)

PRÍNC. (*Atendiendo desde la puerta á lo que pasa en el castillo.*)

Lo que articulan

No me es dado entender, pero oigo voces.

ISABEL. (*Mirando por la reja.*)
Manto de niebla cubre la llanura;
Mas me parece ver, allá distante,
Moverse sin cesar masas confusas.

PRÍNC. ¡Qué ansiedad!...

ISABEL. ¡Oh, Señor!... lanzas... ¡sí! ¡lanzas
Comienzo á distinguir entre la bruma!

PRÍNC. ¡Lanzas, decis!..... Serán de agramonteses,
Que al llamamiento de la reina acudan
Para imponerle miedo al débil pueblo,
Mientras que el sacrificio se consuma.

ISABEL. Se acercan velozmente..... los caballos
Ya escucho galopar..... ya se columbran
Las insignias guerreras.....

PRÍNC. ¿Cuáles? ¿Cuáles?.....

ISABEL. Ya miro claro que en el aire undulan.
¡Son dos!

PRÍNC. ¿De Francia y de Aragon acaso?.....
¡Hablad presto, Isabel!

ISABEL. ¡Oh bondad suma!
¡Con los leones de Castilla, ondea
El brillante pendon de Cataluña!

(*Desciende alborozada. Suenan de nuevo los clarines del castillo tocando alarma.*)

PRÍNC. (*Separándose de la puerta.*)

¡Providencia divina, yo te adoro!

ISABEL. ¡Salvado estais, mi rey! ¡Sus auras puras
La libertad ya os manda!

PRÍNC. (*Tomándola las manos con entusiasmo.*)

¡Y yo ferviente

Le rindo amor á su dichosa nuncia!

ISABEL. (*Oyendo pasos cerca de la puerta.*)

¡Silencio!..... ¡Vienen!

PRÍNC. (*Llevándola precipitadamente hacia el dormitorio en que antes la ocultó.*)

¡Sí! presto ocultaos.

ISABEL. ¿Y vos?.....

PRÍNC. Nada temais, pues brillan juntas

Ya cerca las enseñas salvadoras.

(*En el momento de ocultarse Isabel, se abre violentamente la puerta del fondo y aparece el canciller, seguido de hombres armados.*)

ESCENA IX.

PRÍNCIPE. — CANCELLER. — HOMBRES ARMADOS.

PRÍNC. (*Al ver entrar al canciller.*)

(¡Este hombre aquí otra vez!.....)

CANCEL. (*A su gente.*)

La puerta oculta

Sabeis del subterráneo, y allá fuera

Una litera aguarda. Dadle ayuda

Á su alteza real para ocuparla.

PRÍNC. ¡Qué decis, canciller!.....

CANCEL. Sangrienta lucha

Va á sostener la fortaleza, y ántes

Es menester que vuestra alteza huya.

PRÍNC. Si enemigos se acercan, ¿quién me impone

Esa cobarde, indecorosa fuga?

CANCEL. (*Presentándole un escrito.*)

Esta orden régia.

PRÍNC. (*Miéntas pasa la vista por el escrito.*)

(¡Si ganára tiempo!.....)

CANCIL. Con mi austero deber fuerza es que cumpla.
¡Venid, señor!

PRÍNC. No debo en este instante.....

CANCIL. Se usará de la fuerza, si rehusa
Vuestra alteza partir.

PRÍNC. ¿Qué temerario
Intentarlo osará?.....

CANCIL. ¡Yo! pues que dura
Necesidad lo exige. (*Adelantándose resuelto.*)

PRÍNC. ¡Una palabra!

(*Bajo al canciller, desviándolo un poco de su gente.*)

Quiero olvidar tan insolente pugna,
Y seguiros prometo, si — cual noble —
Juramento me haceis de que segura
Haréis llegar á Lérida la dama
Que en ese cuarto está, sin que descubra
A nadie su semblante.

CANCIL. (*Con sarcasmo.*) ¡Tente, oh ira!)
Grande honra me ofreceis, pero me excusa
De aceptarla el deber que desempeño.
Voy á partir con vos.

PRÍNC. Fuerza ninguna
Me arrancará de aquí, sin que ántes llene
Tambien obligaciones que me incumban.

CANCIL. ¡Guardia! á su alteza conducid.

PRÍNC. (*Arrancando la espada de uno de los guardias que se le acercan.*)

¡Primero
Que tan infame desacato sufra,
Luchando moriré!

CANCIL. (*Fuera de sí y desnudando la espada.*)

¡Y ántes que nadie
Hacer escarnio de mi honor presuma,
Sin miramiento á nada, haré que corra
La sangre del insano que me insulta!

(*Arremete al príncipe, y cruzan las espadas.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS.—ISABEL, y luego EL ALCAIDE.

ISABEL. (*Saliendo despavorida y colocándose entre los dos combatientes.*)

¡Ah, señor! ¡es mi padre!

(*El Príncipe arroja la espada á este grito de Isabel, que cae de rodillas diciendo*)

¡Padre mio!

¡Es vuestro rey legítimo! ¡Que se hunda

Sólo en mi pecho la sangrienta espada!

PRÍNC. ¡Isabel!.....

ALCAIDE. (*Entrando precipitadamente, y dirigiéndose al canciller.*)

¡Huid! el enemigo ocupa

Todo el campo, y en breve rodeado

El castillo estará; su fuerza es mucha.

CANCIL. (*Á la guardia, que le obedece al punto.*)

¡Á la litera el Príncipe! Os confío,

Alcaide, esta mujer. (*Levantándola rudamente.*)ISABEL. (*Volviendo á echarse á los piés de su padre.*)

¡Oh padre! ¡inundan

Vuestras plantas mis lágrimas!..... ¡Mi vida

Por la suya os ofrezco!

CANCIL. (*Rechazándola con violencia, y siguiendo al príncipe, que se llevan los soldados por la puerta secreta.*)

¡Aparta, impúdica!

(*Cae el telon, oyéndose las voces de los sitiadores.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del castillo de la Aljaferia. Á derecha y á izquierda, puertas. Al foro arcos practicables, á fin de que pueda verse por ellos al numeroso pueblo que, sin salir á la escena, debe aparecer al aproximarse la conclusion del acto.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA.—CANCILLER, *entrando por la izquierda del actor.*

- CANCIL. Precipitado viaje habeis traído.
Dos horas tomé yo de delantera,
Y llegamos, señora, casi á un tiempo.
- JUANA. ¡Sí! ¡presurosa ha sido, cual molesta,
Nuestra marcha forzada..... nuestra fuga!
De Lérida partí con tanta priesa,
Que no estando Isabel en el alcázar
Me vi obligada á cabalgar sin ella;
Pero, segun lo que dejé ordenado,
Pronto en este castillo espero verla
Con otras damas de mi córte. (*Se sienta.*)
- CANCIL. (*¡Oh alma,*
Tu afan mitiga, tu inquietud sosiega!)
- JUANA. ¡Qué desacatos, ¡ah! qué humillaciones
Tan terribles, Peralta, tan acerbos!.....
Por las rebeldes huestes perseguidos,
Los gritos de la insana soldadesca
Tanto al rey como á mí llegar solian,
Y alcanzamos á ver la polvareda
Que levantaban sus caballos.
- CANCIL. Juzgo

Que, si no por traicion, por imprudencia
 Del alcaide de Aitona, nuestra ruta
 Lograron conocer. Feliz cautela
 Tuve al torcer de pronto mi camino.
 Ni en Fraga quise descansar siquiera,
 Decidiendo seguir á Zaragoza,
 Á pesar de las órdenes supremas.

JUANA. Y obrasteis con acierto; pues en Fraga,
 No bien medrosa nos abrió sus puertas,
 Pude notar doquier síntomas claros
 De descontento, agitacion, tristeza.
 Ni un rostro grato vieron nuestros ojos.....
 Ni un vítor excitó nuestra presencia.

CANCEL. Y el criminal, señora, ¡qué entusiasmo
 Ha encontrado doquier! En nuestra senda
 Multitud fervorosa se agolpaba,
 De flores coronando su litera,
 Cual si en vez de venir preso, acusado,
 Trajese timbres mil de gloria excelsa.

JUANA. ¡Mirad!..... temblando estoy..... Pero es de ira.
 ¡Oh! ¿qué le resta al sólio, qué le resta
 Cuando ya no deslumbra, cuando todos
 Le examinan, le juzgan, le condenan?
 Más le conviene hundirse, que sin brillo,
 De escarnio objeto, de desdicha emblema,
 Triste juguete de facciones locas,
 Quedar en pié, como padron de afrenta.

CANCEL. Y el monarca, ¿qué dice? ¿qué resuelve?

JUANA. Pensó quedarse en Fraga, sin defensa,
 Sin otras armas que el decoro hollado,
 Y por único escudo, la diadema
 Que en su frente temblaba. Mis razones
 Consiguieron al fin que aquí viniera;
 Mas tan luego llegamos, triste y torvo
 En la más honda soledad se encierra,
 Do en silencio y furor se halla sumido.

CANCEL. Tales los frutos son de su indulgencia
 Con el hijo culpable..... ¡y áun dilata
 Del negro crimen la condigna pena!

JUANA. Ya de medidas de rigor no es tiempo.....

CANCIL. ¡Qué escucho!... ¡Vos cedéis!... ¿Tanto se aterra
Vuestro gran corazón, ante un puñado
De súbditos rebeldes?

JUANA. La impotencia
Conozco en que me hallo. ¡Son tres reinos
Los que mi empuje altivo contrarestan!

CANCIL. El bando agramontés.....

JUANA. (*Levantándose.*) Solo, aislado
Y sin prestigio, canciller, se encuentra.
Se alzan los beaumonteses en Navarra;
La Cataluña á gritos se rebela;
Nos insulta Aragon; el castellano,
Haciendo alardes de poder, nos reta;
Calla la Francia; Nápoles nos odia;
Y Sicilia — cual tigre entre cadenas —
Rugidos lanza de furor. No, nada
Nos es ya dado conseguir por fuerza.....
¡Cárlos triunfa entre hierros..... yo, en el trono
De atroz derrota sufriré la mengua!

CANCIL. ¡Jamás!

JUANA. ¡Cómo evitarla?.....

CANCIL. ¡Con las armas!

JUANA. Sólo un recurso á nuestra causa queda.

CANCIL. ¡Indicádmelo, pues!

JUANA. ¡Cómo se cruzan
Por mi cerebro, hirviendo, las ideas!.....

(*Después de breve pausa.*)

¿Está seguro el príncipe?

CANCIL. La torre
Del centro ocupa, y por doquier le cercan
Las guardias vigilantes.

JUANA. ¿Su ufanía
Sin duda en el semblante se revela?

CANCIL. Magnánimo sosiego fingir sabe,
Pero del alma la inquietud secreta
Perturba su salud.

JUANA. (*Vivamente.*) ¡Qué! ¿se halla enfermo?

CANCIL. Ya el médico le vió de vuestra alteza,
Mas dijo que del viaje la fatiga
Sólo es la causa que su pulso altera.

- JUANA. ¿Nada le recetó?
- CANCIL. Calmante suave,
Que es menester que al punto le prevenga;
Pues el monarca de ordenarme acaba
Que dirija yo mismo su asistencia.
- JUANA. ¿Vos mismo?..... *(Pausa.)*
(Con intencion.) ¡Canciller! ¿y no os inspira
Medio para burlar la suerte adversa,
Vuestro espíritu audaz?
- CANCIL. Debe sumiso
Direccion aguardar.
- JUANA. ¡Peralta!.....
- CANCIL. *(Encogiéndose de hombros, como si no comprendiese.)*
Reina.....
- JUANA. Alguien puede llegar; voy á mi cámara.
Seguidme si entenderme os interesa.

ESCENA II.

CANCILLER, *siguiendo á la reina con la vista.*

¡Harto os entiendo!..... ¡sí!..... pero del noble
La generosa sangre se subleva
Contra venganza tal.... aunque del padre
El ultrajado corazon la acepta.
¿No es justo pague ese hombre mi deshonra,
Pues débil soy con la culpable hembra
Que aborrecer no puedo?..... ¡De union santa
Fué tierno fruto..... fué la única prenda!.....
¿Cómo, pues, castigarla riguroso?.....
¿Cómo encontrar valor para perderla
En el ánimo régio?..... ¡Es imposible!
Mas ¡qué veo! ha llegado..... aquí se acerca.....
¡Ah! no quiero encontrarla; que á su aspecto
Crece y se aviva, cual horrible hoguera,
Mi reprimida saña, que al vil crimen—
Que aún rechaza mi honor—quizás me impela.
(Se va por donde ántes la reina.)

ESCENA III.

ISABEL, *que entra en escena en el momento de dejarla el canciller,*
y luego DON JUAN.

ISABEL. ¡Huye mi padre con horror al verme!.....
Pero tranquila siento mi conciencia,
Y el cielo le hará ver — temprano ó tarde —
La injusticia cruel de sus sospechas.
(Levantando al cielo los ojos y las manos.)
¡Oh, yo te rindo gracias, pues que Cárlos
— Por quien tanto he temido — sé que alienta
En este mismo ambiente do respiro.....
Porque en Aitona pude la inminencia
Del peligro pintar á los valientes,
Que — infatigables en seguir sus huellas,
Dispuestos á salvarle á todo trance —
De Zaragoza ya tocan las puertas!
— ¡Viene el rey!

JUAN. *(Que aparece ceñudo y cabizbajo, por el lado opuesto al que tomó el canciller.)* ¿Dónde está vuestra señora?

ISABEL. La honra de ver el rostro de su alteza
Aun no tuve, señor, porque ahora mismo
Con otras damas llego, desde Lérida.

JUAN. *(Sentándose donde ántes la reina.)*
¿Fuisteis en el camino perseguidas
Por los rebeldes?

ISABEL. La cortés oferta
De escoltarnos, gran rey, les merecimos;
Que no persecucion.

JUAN. Y ¿muchos eran?

ISABEL. Dos mil bravos jinetes castellanos
Dirige Don Gonzalo de Saavedra;
— Mientras su rey Enrique á grandes marchas
Viene sobre Aragon, segun se cuenta. —
Las huestes catalanas, con aumento
De gentes de Mallorca y de Valencia,
Pienso que el duque de Cardona manda;
Y vi que cabalgaba á su derecha

El anciano pastor de Tarragona.

JUAN. *(Con sonrisa amarga.)*

¡Tambien el Arzobispo?.....

ISABEL. *(Mirando dentro.)*

Á hablaros entra

De vuestra guardia el capitan. *(Entra éste.)*

JUAN. *(A Isabel.)*

¡Dejadnos!

(Se retira Isabel, despues de hacer reverencia al rey, por donde ántes el canceller.)

ESCENA IV.

DON JUAN. — CAPITAN DE LA GUARDIA.

JUAN. ¿Qué ocurre?

CAPIT. Gran señor, la augusta vénia
Piden para llegar á vuestras plantas,
Nobles de Zaragoza.

JUAN. *(Es la primera*
Demostracion que de respeto alcanzo
Desde que piso de Aragon la tierra.)
¿A darme el parabien por mi venida *(Levantándose.)*
Y á repetir sus votos de obediencia,
Esos nobles vendrán?

CAPIT. Todos preguntan
—Dando de grande amor visibles muestras—
Por el cautivo príncipe; y se dice
Que os pedirán, señor, con reverencia,
Su ansiada libertad, como la jura
Que há tanto tiempo la nacion espera.

JUAN. ¡Siempre lo mismo!... ¡siempre!... ¡en todas partes!
¡Para rogar por él sólo se acuerdan
De que aún existo yo!.....)

CAPIT. ¿Qué les respondo?

JUAN. ¡Que se alejen veloces! ¡Que no vuelvan
En el castillo á entrar de Aljafería,
Sin que su rey los llame!

(Saluda el capitan y se retira.)

ESCENA V.

DON JUAN, y *luego* EL CAPITAN.

JUAN.

¡Qué insolencia!.....

¡Todos á una contra mí conspiran,
 Y de la muerte acusan la pereza!.....
 ¿Por qué no viene?..... ¿Deberé yo propio,
 Para llamarla, desgarrar mis venas,
 Terminando la lucha encarnizada,
 En la cual ya mi corazon flaquea?.....
 ¡Ah! ¡no! ¡miento!... ¡que aún soy, aún soy el mismo
 Que tuvo por juguete las contiendas!.....
 ¡El mismo soy de quien tembló la Italia!
 ¡El mismo cuya audacia turbulenta
 Llenó á Castilla de tumulto y sangre!.....
 ¡Nunca es el alma de los reyes vieja,
 Ni ha de imitar espíritu potente
 Al lago inmóvil, que el invierno huela!

CAPIT.

(Entrando.)

Gran señor.....

JUAN.

(Colérico.) ¡Otra vez!..... ¿Cómo atrevido
 Volveis á importunarme? ¿Bien expresas
 Mis órdenes no dí?..... ¿No he rechazado
 De intrusos nobles la demanda necia?

CAPIT.

Por mis labios, señor, vuestra repulsa
 Ya saben esos nobles; mas me fuerza
 De nuevo á molestaros, triste aviso
 Que á este castillo en el instante llega..

JUAN.

¡Un aviso! ¿Cuál es?

CAPIT.

Que los rebeldes

Ya en Zaragoza están.

JUAN.

¡Qué! ¿Resistencia

No opuso la ciudad?..... ¿las tropas.....

CAPIT.

Nadie.

Su entrada la ciudad les dejó abierta;
 Mas fué con condicion — segun se afirma —
 De que al punto las armas depusieran,
 Y un mensaje de paz aquí mandáran,

Reclamando del príncipe la entrega.
 Parece que aceptaron; pero juran
 Que si el humilde ruego se desecha,
 De nuevo armados llegarán muy pronto,
 Para rendir, señor, la fortaleza.

JUAN. ¡Que lleguen, pues! ¡Desprecio su tardía
 Y falsa sumision!..... ¡Lleguen de guerra!

CAPIT. Se anuncia que el mensaje ya ha salido,
 Y que el pendon de paz al aire ondea.

JUAN. ¡No quiero recibirlo! Con traidores
 Dishonrada se ve toda bandera.
 ¡Que el castillo resista; que ninguno
 Quede con vida..... que su sangre negra,
 Del Ebro oscureciendo los cristales,
 Corra, borrando sus infames huellas!

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—DOÑA JUANA.

JUANA. *(Que sale á la escena mientras pronuncia el rey los últimos versos.)*

¡No, caro esposo! ¡no! La justa saña
 Hoy debe sofocar vuestra prudencia.

JUAN. ¿Qué habeis dicho, señora!

JUANA. Que locura

Juzgo, cuando el torrente se despeña,
 Querer parar su arrebatado curso.....
 Ceded, Don Juan, pues la razon lo ordena.

JUAN. ¿Ceder?..... ¿tal pronunciáis? ¿Vos, que soliais
 A la santa piedad llamar flaqueza?

JUANA. Nadie es posible que evadir presuma
 De la necesidad la ley suprema;
 Y esa ley á los dos nos dicta ahora
 Que perdonar sepamos las ofensas,
 Para salvar la majestad del trono
 De humillaciones y desdichas nuevas.

JUAN. ¡El trono!..... ¿No sabeis que combatido,
 Como la roca que en el mar se asienta,

Debe inmutable resistir, pues nunca
Se le vuelve á afirmar si una vez tiembla?

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—CANCILLER, *cuyo aspecto desde este momento es sombrío y turbado.*

- CANCIL. Desatado el infierno nos persigue.
Acabo de tener noticias ciertas
De que en Guipúzcoa y Álava y Vizcaya,
De discordia civil arden las teas;
Mientras triunfante—de su bando al frente—
El condestable de Beaumont, la enseña
De Navarra tremola por Don Carlos,
Y en Borja estragos y desastres siembra.
- JUAN. ¡Bien! ¡que se junten todos! Para hundirme
Aun son pocos quizás..... Que el mundo venga
A desplomarse sobre mí. ¡Yo al mundo
Sabré esperar con dignidad serena,
Y en escombros del trono sepultarme,
Antes que consentir se le envilezca!
- JUANA. Y la esposa, que en vos su gloria cifra,
Os rogára, señor, ¿lo consintierais?
Nunca un padre se abate perdonando;
Nunca al dosel deshonra la clemencia.
¡Oh Don Juan! no olvideis que vuestra sangre
Tiene el móvil fatal de estas querellas,
Y que la misma rebelion insana
Su grande amor por vuestra stirpe prueba.
- JUAN. ¡Cómo!..... ¿dejar impunes los delitos,
Y que cobarde á la amenaza ceda?.....
¡No lo espereis!
- JUANA. ¡Señor! siempre castiga,
Cuando los hombres no, la Providencia.
En ella confiad, y á vuestras plantas
(Doblando una rodilla.)
Permitidme esperar que el ruego os mueva,
Y la gracia que imploro fervorosa,

Vuestros labios, al fin, gratos concedan.

JUAN. *(Levantándola conmovido, despues de un momento de vacilacion.)*

Haced lo que querais. Pero que nunca

El culpable á mi vista comparezca....

En vos mi régia potestad resigno.

Cuidad que el pueblo ¡canciller! lo entienda.

(Se retira.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ménos DON JUAN.

JUANA. *(Al capitán.)*

Cuantos traigan al rey algun mensaje,

Franca la entrada del castillo tengan.

(Se va el capitán.)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA.—CANCILLER.

JUANA. Vos, Peralta.....

CANCIL. Cumplir debo el mandato

Del soberano..... pues cumplidos quedan

Todos los vuestros ya. *(Con intencion.)*

JUANA. *(Con turbacion creciente.)* Bien..... no dudaba.....

Y estoy sufriendo agitacion violenta.

CANCIL. Disimularlo es menester, señora.

JUANA. Por conseguirlo mi ánimo se esfuerza.

(Se va el canciller por el fondo.)

ESCENA X.

DOÑA JUANA, en seguida ISABEL.

JUANA. No tan cobarde me juzgaba; temo *(Se sienta.)*

Que cuanto oculta el alma, el rostro venda.

¡Ah!..... ¡qué helado sudor mi frente cubre!.....

- ISABEL. *(Por la puerta por donde se retiró.)*
Señora.....
- JUANA. Vén á mí; vén, Isabela.....
Con mirarte parece que me alivio.
- ISABEL. Mas ¿qué teneis? *(Acercándosele.)*
- JUANA. No sé... me hallo indispuesta;
Y pues debe venir grave embajada,
Te pido que á mi lado permanezcas.
- ISABEL. Esa embajada que aguardais, señora,
Como engaño mi vista no padezca,
Ya se dirige aquí. ¡Mirad!
- JUANA. *(Poniéndose en pie.)* No hay duda.....
(¡Cuál mi congoja horrible se acrecienta!)

ESCENA XI.

DOÑA JUANA. — ISABEL. — CANCELLER. — DUQUE.—ARZOBISPO.—DON GONZALO DE SAAVEDRA, *comendador de Castilla.* — DIPUTADO POR ARAGON. *Delante de ellos entran la bandera parlamentaria y los pendones de Aragon, Catabuña y Castilla. Sucesivamente irá agolpándose en la galería contigua al salon de la escena, numeroso pueblo.*

- CANCEL. *(A los diputados, despues de acercarse á Doña Juana y trocar con ella una palabra.)*
La reina de Aragon manda, señores,
Que vuestros votos expreseis.
- ARZOB. Pudiera
Su alteza adivinarlos; pretendemos
La libertad del príncipe.
- DUQUE. Y que sea
Jurado sucesor.
- DIPUT. El reino todo
De Aragon, gran señora, así lo anhela.
- GONZ. Mi soberano, Enrique de Castilla,
Cumpliendo su deber, noble princesa,
De su primo Don Carlos de Viana
La libertad pidió con insistencia.
Hoy nuevamente á demandarla torna,

Porque la paz con Aragon desea;
Mas sabrá, si su instancia se rehusa,
Con las armas, señora, sostenerla.
¡Y con él Cataluña!

DUQUE.

JUANA.

La justicia
De mi consorte le dictó, severa,
Las faltas castigar de un hijo ingrato;
Mas nunca larga fué saña paterna,
Y — mediante mis ruegos — se consigue
Que el rigor calle y las piedades venzan.
El rey olvida, pues, cuantos ultrajes
Se han dirigido á su corona excelsa,
Y á arrepentidos de locura tanta,
A todos — como padre — os amonesta,
Al daros en el príncipe, que os vuelve,
De su amor por la paz sublime prueba.
A conducirle aquí corro yo misma.

(*Se va con el canceller.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, *ménos* LA REINA Y EL CANCELLER.

ARZOB. ¡Ah, señores! ¡qué cambio! ¡qué sorpresa!

ISABEL. Mas ¡qué! ¿será posible? ¿El horizonte
— Tan cargado de nubes — se despeja?.....

¿No es ésta del relámpago la lumbre;
Que resplandece súbita y siniestra,
Para anunciar el rayo, y más profundas
Hacer, al extinguirse, las tinieblas?

DUQUE. ¡No, querida Isabel! *Dios salva á Carlos*,
Propicio al ruego de vuestra alma bella;
Y es aurora de dicha la que hoy luce,
Borrando del dolor la noche densa.

ARZOB. Rindamos gracias al poder que rige
Las almas de los reyes, cual sujeta
Del proceloso mar las olas bravas,
Dique trazando en la movable arena.

- DUQUE. (*Indicando á Isabel.*)
 Gracias tambien se deben á la hermosa
 Que, partidaria de la causa nuestra,
 Supo — peligros mil atropellando —
 En el fuerte de Aitona entrar resuelta
 Para alentar al prisionero augusto;
 Y cuando le arrancaron con violencia
 A la esperanza que lucir veia,
 Ella tambien nos evitó la pérdida
 De un tiempo asaz precioso, y á su acento
 — Corriendo en pos de la robada prenda —
 Hemos podido conseguir tan pronto
 La victoria que aquí grata nos premia.
 (*Óyense vítores al príncipe.*)
- ISABEL. ¡Callad, duque, callad! que esos aplausos
 Nos anuncian al príncipe.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. — DOÑA JUANA. — PRÍNCIPE. —
 CANCELLER, *que los precede.*

- CANCEL. (*Anunciando.*) La reina
 Y el heredero augusto.
- ISABEL. (*¡Oh alma mia!*
 No sucumbas al gozo.)
- JUANA. (*Con voz turbada.*) Mi promesa
 Cumpla, señores.
- (*Sin fuerzas para sostenerse, se deja caer en un sillón desviado del centro de la escena.*)
- DUQUE. (*Corriendo hácia Don Carlos.*)
 ¡Príncipe!
- PRÍNC. (*Abrazándole.*) ¡Cardona!
- ARZOB. (*Acercándose al príncipe.*)
 Que yo estreche feliz la mano régia.
- PRÍNC. Tomad tambien mis brazos. (*Le abraza.*)
- ARZOB. ¡De alegría
 Lloro en ellos, señor!

DIPUT. (*Doblando la rodilla delante del príncipe.*)

Vuestros piés besa,
En nombre de Aragon, su diputado.

GONZ. Y por mi humilde voz, su enhorabuena
Os dan Castilla y su monarca.

PRÍNC. Basta!.....

¡ Oh pechos generosos ! Recompensa
Os guarde el cielo..... yo, ni acentos hallo
Para mostrar la que mi pecho llena,
Ferviente gratitud. Pero mi padre
¿ En dónde está, señores?..... (¡ Cielos !..... ¡ ella !)

(*Viendo á Isabel.*)

CANCIL. (*Acercándose.*)

El soberano guarda su retiro;
Pero la reina aquí lo representa.

PRÍNC. (*Dominando la emocion que le ha causado la vista de Isabel.*)

Permitidme, señora, que os suplique
Querais mediar para que la honra obtenga
De rendir á mi rey humildes gracias,
Y á mis labios llevar su augusta diestra.

JUANA. (*Levantándose trémula.*)

Aun no es tiempo, señor; mas que os perdona,
Dando al olvido las pasadas quejas,
Me atrevo á asegurar.

PRÍNC. De vuestros labios

Tan benignas palabras me enajenan.

JUANA. Supongo que honrareis á Barcelona,
Tomándola, señor, por residencia,
Y os prometo que en breve iré yo misma,
Para que de los pueblos satisfechas
Queden las ánsias todas. Me acompaña
Pleno poder del rey, y en gracia vuestra
Demostraré me gozo en emplearle,
La opinion popular siguiendo atenta.

ARZOB. Cataluña reclama que jurado
En Córtes generales, cual decretan
Los códigos del reino, sin demora
Quede Don Carlos, y que libre ejerza
— Como lugarteniente de su padre —
Autoridad irrevocable, extensa,

En todo el principado.

DUQUE.

Tambien pide
Que se declaren válidas y rectas,
Cuantas medidas adoptó y sostiene
De sus sagrados fueros en defensa,
Y por romper del príncipe los hierros.
Pide que nunca el rey proceder pueda
Contra la libertad de los infantes,
Sin que un consejo catalan consienta,
Nombrado por la ilustre Barcelona.
Que esto demanda el principado, sepa
El soberano de Aragon, y debo
Daros tambien aviso, ó advertencia,
De que de visitarla — cual dijisteis —
Os excusa, señora, la molestia;
Porque es el voto unánime que nunca
Su suelo heroico á sosteneros vuelva.

PRÍNC.

¡Cardona! ¡no olvideis que estais hablando
Con la esposa del rey, con vuestra reina!
Señora, perdonad que en el delirio
De su inmenso placer tanto se exceda,
Y sentimientos de su noble pecho,
Con importuna voz, loco desmienta.
Doquier que mande Carlos, Doña Juana
Recibida será con dignas muestras
De respeto y amor, como merece
Del rey Don Juan la augusta compañera.

JUANA.

¡Príncipe!..... vuestro acento..... las bondades
Que hasta mi mismo corazon penetran.....

PRÍNC.

Deberes son sagrados los que cumplo,
Y al corazon ningún esfuerzo cuestan;
Pues en este solemne y fausto dia,
Recuerdos de amargura no conserva.
¡Sí! perdon pido, y lo concedo á todos.....
¡A todos!..... — ¡Canciller!..... Mi mano estrecha

(Dirigiéndose al canceller, cuya mano toma.)

La que hace poco me ofreció piadosa
La medicina que calmó benéfica
De mi sangre el ardor..... y que ha borrado
De cuanto ántes pasó memorias fieras.

CANCIL. Señor.....

PRÍNC. Yo aguardo que me otorgue el cielo
La dicha de pagaros dulce deuda,
Y os felicito en tanto por la gloria
Que como padre os dió propicia estrella.

(Señalando á Isabel.)

¡Ah! ¡miradla orgulloso!..... Si es de un ángel
Su virginal y púdica belleza,

Aun es más grande— ¡por mi honor lo juro!—
La hermosura feliz de su inocencia.....

Y sé que en ese pecho puro y noble
Tan admirable abnegacion se alberga,
Que de sus actos la sublime historia
Conmover puede hasta las mismas piedras.

¡Guardadla, canciller, como un tesoro,
Que hará dichoso á aquel que lo posea!.....

¡Guardadla como joya inestimable,
Que acaso en alto sitio resplandezca!

CANCIL. (¡Ah! ¿qué quiere decir?.....)

ISABEL. (Queriendo doblar la rodilla á los piés del principe, que se dirige hácia ella.) ¡Príncipe augusto!...

PRÍNC. (Impidiéndole la accion.)

¿Vos á mis piés? ¡jamás! Mi alma venera
De la virtud la gran soberanía,
Que es más durable y santa que la nuestra;
Y mi homenaje con placer le rindo
Públicamente en vos, de esta manera.

(Besa, incliniéndose respetuoso, la mano de Isabel.)

ISABEL. ¡Ah señor!.....

PRÍNC. (En voz baja.) En mi anillo os dejo un gaje
De esperanza y de amor.

ISABEL. (Bajo tambien, y apretando la mano sobre su pecho.)

¡Aquí se encierra!

PRÍNC. (A la reina, que, sumida en honda preocupacion, ha vuelto á sentarse.)

Que guarde Dios, señora, vuestra vida,
Y á todos los objetos que merezcan
Vuestro aprecio y cariño. Al rey, mi padre,
De mi filial respeto y mi obediencia
Seguridades mil llevarle os ruego,

- Pues la ventura ansiada se me niega
De llegar á sus piés.—¡Vamos, oh amigos
Y á ese pueblo que aguarda, de mi tierna
Y ardiente gratitud por testimonio,
Dejad que el llanto que derramo ofrezca.
¡Ser amado, gran Dios, es tanta dicha,
Que en serlo cifras aún la tuya inmensa,
Siendo el perfume de tu santa gloria
Del inmortal amor la pura esencia!
- DIPUT. ¡Abrid paso á su alteza, y nuestros ecos
En Zaragoza el regocijo viertan!
- DUQUE. ¡Que viva Carlos! ¡Viva Cataluña!
¡Viva Castilla, con union sincera
Siempre unida á nosotros!
- ARZOB. ¡Vivan, duque;
Pero, cumpliendo obligacion suprema,
Todos en este venturoso instante
Bendigamos á Dios!
- PRÍNC. ¡Bendito sea!
(Sale el principe con los diputados entre los vitores del pueblo.)

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA.—ISABEL.

- ISABEL. (¡Oh corazon! ¡para seguirle quieres
De mi pecho saltar!.....)
- JUANA. ¡Cómo celebra
La infame rebelion lo que su triunfo
Y mi derrota juzga, ufana y ciega!.....
¡Qué algazara importuna!..... ¡En otro tiempo
Tambien, tambien la víctima, en ofrenda
A la deidad gentilica llevaban
Coronada de flores..... con gran fiesta!.....
- ISABEL. (¿Qué dice?.....)
- JUANA. Mas ¿por qué tan loco aplauso
Me irrita, me trastorna, me atormenta?.....
¿Por qué temblando estoy, y cada vitor
Dentro de mi alma, fúnebre resuena?.....

¡Miserables! ¡callad!..... Del moribundo,

(*Levantándose.*)

Que locos paseais con pompa régia,
No escarnezcáis la mísera agonía.....

ISABEL. (¡Cielos!.....)

JUANA. ¿No' veis cómo esculpida lleva

En la frente, que ansiais ver coronada,
De la muerte cruel la sombra yerta?.....

ISABEL. (¡De la muerte!.....)

JUANA. ¡Correis tan jubilosos,

Pensándole ceñir triple diadema....

Y rey le proclamais..... cuando es cadáver!.....

¡Risa debe causar tanta demencia!

(*Suelta una carcajada delirante.*)

ISABEL. (¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¿qué pavoroso arcano

Ese delirio súbito revela?.....)

JUANA. No os afaneis; antídoto ninguno

Lograréis encontrar. La acción es lenta,

Pero infalible..... ¡Sí!..... Las ansias crudas

Paréceme — ¡qué horror! — sentir yo mesma,

Cual si corriese la letal ponzoña

— Helándome la sangre — en las arterias.

¡Oh! ¡qué vértigo atroz!..... Mis miembros todos

Se estremecen convulsos, y flaquean.

Quizás también el sucumbir me toca.....

¡Pero Fernando la corona hereda!

¡Dádsela!..... pero no..... lavadla ántes;

Porque el sudor del muerto la envenena!

ISABEL. (*Adelantándose desparorida hacia la reina.*)

¡Lo habeis envenenado?.....

JUANA. ¡Quién me espía?

ISABEL. ¿Lo habeis envenenado?.....

JUANA. ¿Quién intenta

De un crimen acusarme?.....

ISABEL. Quien te acusa

¡Mujer sin corazón! es tu conciencia,

Que el horrible secreto patentiza

Sobre esa faz, por el terror cubierta;

Y del remordimiento el grito arroja

Por esa voz, que entre tus labios tiembla!

JUANA. ¡Ah! ¿no eres tú, Isabel? ¿Cómo es que ignoras
Que Doña Juana soy; que soy la reina?

ISABEL. ¡Sí! ¿sois la reina! ¡Sí! ¿sois ese monstruo
Que Castilla abortó para su mengua!.....
¡Sois prole infausta de bastarda estirpe,
Que al s6lio de Aragon se alz6 soberbia
— Por antojo de un viejo enamorado —
Para hacer que la sangre lo enrojezca
De su estirpe real!..... ¡Sois la ambiciosa
Que no hall6 nunca en la virtud barreras,
Ni de su sexo el generoso instinto
En ese odioso corazon de hiena!.....
¡SÍ, sois la reina, la implacable Juana,
Cuyo nombre escribir con tristes letras
Debe la historia, para horror y espanto
De todas las edades venideras!.....
¡Oh asesina cruel! bien os conozco.....
Y en el retrato mirar6is la prueba.

JUANA.

ISABEL.

¡Calla, infeliz!
Si — hipócrita y cobarde —
Fingiendo desistir de vuestra empresa,
Pensásteis que lograbais las ventajas
Del hecho atroz, sin arrostrar siquiera
Sus peligros, sabed que os engañásteis.....
¡Os engañásteis con fatal torpeza!
De mis labios ¡señora! de mis labios
La acusacion escuchará la tierra,
Y bajo el s6lio que ocupais, y en medio
De vuestra infame córte, la sentencia
Que la justicia popular pronuncie,
A alcanzaros vendrá grande y severa!

(Va á salir, y la detiene Doña Juana.)

JUANA.

¡Bien! ¡delátame! ¡bien! mas no á mí sola;
¡Tú has de partir conmigo la vergüenza!
¡Isabel de Peralta! cuando caiga
Del cómplice de Juana la cabeza
En el cadalso ignominioso, dile
Al pueblo justiciero: ¡La que alienta
Mi vida inmaculada, de esa sangre
Que el verdugo vertió, la sangre era!

ISABEL. (¡Ah!!.....)

(Se cubre la cara con las manos, y cae desfallecida en el sillón que antes ocupó la reina.)

JUANA. ¡No me delatarás... no! ¡Yo he vencido!
¡Nadie me siga! ¡nadie me detenga!
(Va á huir, y se encuentra con el rey.)

ESCENA XV.

LAS MISMAS y DON JUAN.

JUAN. ¿Adónde vais, ¡oh Juana!..... tan turbada.....
Tan presurosa?.....

JUANA. ¡Yo?.....

JUAN. Que mucho os cuesta
El sacrificio heroico, bien conozco;
Pero tranquila el alma y satisfecha
Debeis tener.

JUANA. (Más y más trastornada.)
¡Don Juan!.....

JUAN. Con noble orgullo
Siempre recordaréis que, grande y buena,
Hoy os admira el mundo..... que al culpable
Fuisteis ángel de paz y de clemencia,
Y que al vencer mis ímpetus furiosos
Gratitud merecisteis — no pequeña —
Del trono y del Estado. Mas la vista,
¿Por qué apartais con turbacion inquieta?
¿Qué os aflige? ¡decid!

ISABEL. (Que empieza á volver en sí, y que habla consigo misma, sin
echar de ver á Don Juan y á la reina.)

¡Crimen horrible!

(Vuelve á cubrirse el rostro.)

JUANA. ¡Ah!.....

JUAN. ¿Quién habla?

JUANA. (Con perturbacion indecible.) No... nadie... Con presteza
Salgamos de esta sala.

ISABEL. (Siempre hablando consigo.) ¡Ah!..... ¡regicida!.....

JUANA. ¡Salgamos!.....

- JUAN. ¿Qué murmura esa doncella,
Pálida y agitada? (*Queriendo acercarse á Isabel.*)
- JUANA. (*Vivamente.*) ¡Deteneos!
¡Loca se halla, Don Juan!
- JUAN. ¿No es Isabela?
- JUANA. ¡Dejémosla, señor!.....
- ISABEL. Y — ella lo dijo —
No hay antídoto, no.....
- JUANA. Delira..... sueña.....
- JUAN. ¡Ah!.....
- ISABEL. ¡Cárlos! ¡Cárlos!.....
- JUANA. Fínjela la mente
Dolorosa ilusion.
- JUAN. (¡Qué luz funesta,
Como del mismo infierno, me ilumina!.....)
- JUANA. Salgamos, ¡sí! ¡corred!
- ISABEL. (*Levantándose.*) Mas no fallezca
Sin saber que le adoro, y que en su tumba
Refugio hallar mi corazon espera,
Contra el fiero dolor y la ignominia
Que la suerte me guarda por herencia.....
(*Dirigiéndose al foro.*)

ESCENA XVI.

Los MISMOS y EL CANCELLER.

- JUAN. ¡Isabel!.....
- ISABEL. (*Que al ver á su padre retrocede con horror.*)
¡Ah!!.....
- CANCIL. Señor, el triunfo impío,
Que los rebeldes como gloria cuentan,
Castiga el cielo.
- JUAN. (*Con ansiedad.*) ¡Qué?.....
- CANCIL. Con los facciosos
Del castillo el umbral traspasa apénas
El seducido príncipe, y el pueblo
Con frenesí su nombre vitorea,
Cuando.....

ISABEL.

¡Dios!

JUAN.

¡Acabad!.....

CANCIL.

Grave accidente

Le asalta con terrífica violencia,
Y la algazara de la alegre turba,
En mudo duelo y en pavor se trueca.

JUAN.

(Yendo hácia Doña Juana, y asiéndola del brazo con ademán terrible.)

¡Doña Juana!!.....

JUANA.

(Cayendo de rodillas.) ¡Perdon!!.....

JUAN.

¡No! ¡te maldigo!

(La rechaza, y Doña Juana da un grito y cae en tierra.)

ISABEL.

¡Vos tambien, vos tambien el anatema
Del mundo arrastraréis, padre inhumano,
Juguete vil de una mujer perversa!
¡Sí! ¡sobre vos tambien, Don Juan Segundo,
Del parricidio está la mancha horrenda!

JUAN.

(Que se desvia, como aterrado, á un extremo del teatro, y se cubre el rostro con ambas manos.)

¡Cielos!.....

CANCIL.

(Yendo hácia su hija, á la que lleva al extremo opuesto del que ocupa Don Juan.)

¡Qué has dicho, infortunada hija!

ISABEL.

(Con voz baja, pero expresion solemne.)

No ese nombre me deis; pago la deuda
De la vida infeliz que os he debido,
Salvando de un patíbulo la vuestra;
Pero al golpe mortal de vuestro crimen,
Rotos están mis lazos en la tierra,
Y á mi rey, á mi amor—que asesinásteis—
Me voy á unir en la callada huesa.
¡Sí! con mi muerte, de la suya impía
El gran castigo para vos comienza....
¡Que allá—con ella—recibir no os toque

(Señalando primero al cielo y luego á la reina, que sigue desmayada en tierra.)

El que le guarde la Justicia eterna!

(Arranca al canciller la daga que lleva al cinto, y se hiere, cayendo en brazos de su padre, que arroja un grito desgarrador.)

RECAREDO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VARIEDAD DE METROS.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe, el día 27 de Octubre de 1850.

INTERLOCUTORES

DEL DRAMA.

BADA.
 ERMESENDA, *su nodriza*. . . .
 EL REY RECAREDO.
 EL DUQUE CLAUDIO, *Gober-*
nador de Mérida.
 EL ARZOBISPO MAUSONA. . . .
 SUNNA, *prelado arriano*. . . .
 VITERICO, *paje del duque*. . . .
 AGRIMUNDO, *camarero del rey*.

ACTORES

QUE LO DESEMPEÑARON.

SRA. D.^a MATILDE DIEZ.
 SRA. PEREZ.
 SR. D. JULIAN ROMEA.
 SR. PIZARROSO.
 SR. CALVO.
 SR. SOBRADO.
 SR. LOZANO.
 SR. ALVERÁ.

PUEBLO.—GUERREROS.—NOBLES.—PAJES.

RECARDO.

ACTO PRIMERO.

Humilde estancia de la habitacion de Bada. Puertas al fondo y á un lado. El acto comienza en las últimas horas de la tarde, y aún no se ven luces en el lugar de la escena, alumbrado solamente por el crepúsculo; á mitad del acto, hácia la escena VI, Ermesenda entra en la estancia las luces necesarias para aclararla, porque ya entónces ha anochecido.

ESCENA PRIMERA.

BADA.—ERMESENDA. *Bada está sentada en actitud de profunda tristeza; Ermesenda, detras de ella, á alguna distancia, la contempla con emocion. Ambas visten de luto, con extrema sencillez.*

BADA. ¡Oh madre! á tu Bada infelice,
 ¿Qué resta de tí?.... ¡nada ya!
 Me arrancan tambien tus despojos....
 La tierra los va á devorar.
 El mundo contemplo vacío....
 Silencio doquier.... soledad....
 La horrible mansion del destierro
 No ha sido tan muda jamas.
 Estando á tu lado sentia
 Un aura de amor circular,
 Fingiéndole al pecho doliente
 Los aires del suelo natal;
 Mas hoy á la huérfana triste,

- Sin patria, ni arrimo, ni hogar,
 Por toda existencia le queda,
 Rencor en el alma..... ¡y no más!
- ERMES. *(Acercándose.)*
 La católica eminente,
 Que hoy goza de mejor vida,
 Partió del mundo cual manda
 De Cristo la ley divina.
 ¡Perdonó!..... ¿Por qué su ejemplo
 Tu pecho ¡Bada! no imita?
- BADA. ¡Perdonar hoy?..... ¡Cuando vierten
 Sangre mis hondas heridas?.....
 ¿Cuando descende á la tumba
 Pobre mi madre, ¡oh nodriza!
 Mientras que á Mérida llega,
 Glorioso, con pompa altiva,
 El hijo vil del tirano
 Destructor de mi familia?
(Se oye lejano rumor de aplausos.)
 ¿Oyes? de aplausos son ecos,
 Que aún resuenan todavía,
 Aunque ya el sol de la esfera
 Su espléndida luz retira.
- ERMES. A ese clamor importuno
 No atiendas: vén; necesitas
 Descanso y paz.
- BADA. ¡No descansa
 Quien odio en el pecho abriga!
- ERMES. Si en procurarlo consientes.....
(Mirando hacia el fondo.)
 — Viterico se aproxima.
(Al entrar Viterico en la escena, se retira Ermesenda.)

ESCENA II.

BADA.— VITERICO, *por el foro.*

- VITER. *(Llegándose á Bada.)*
 Sé tu desgracia, y mi pecho
 De tu dolor participa.

BADA.

(Levantándose.)

¿Cómo asociarte á mis penas
Puedes tú, que hoy solemnizas
De Recaredo la entrada?

¿Tú, que á su lado respiras?

¿Tú, degradado'renuevo,

De una estirpe esclarecida,

Que víctima de un tirano

Murió sin honra, cautiva,

Y que hoy de aquél ante el hijo

Estado habrás de rodillas?

VITER.

¡Qué lenguaje!..... Mas bien sabes

Que no merezco la indigna

Reconvencion que me lanzas;

Sabes que mi alma abomina

A la infausta descendencia

De Leovigildo, y me hostigan

Los incesantes recuerdos

De mis pasadas desdichas.

Mas ¿qué he de hacer?..... En mi infancia,

En mi orfandad desvalida,

No hallé otro amparo que el duque,

Cuyas bondades me ligan.

Y hora, porque hospeda al rey

Y esa honra cual debe estima,

¿En tu delirio quisieras

Que, culpando su alegría,

Saliese yo del palacio

Para divulgar mis iras?

BADA.

Claudio — romano — se honra

Porque un godo le visita.....

Viterico — de Aquitania

Noble heredero — se alista

Entre los pajes de Claudio,

Y por eso lo designa

Cual bienhechor generoso.....

Sin duda Bada delira

— Cual tú dices — pues no alcanza

A entender esos enigmas,

Y los llama, en su locura,

- ¡ Miseria, infamia, ignominia!
 VITER. Sobrado abusas ¡oh ingrata!
 De la pasión que esclaviza
 Mi corazón. Los pesares
 Más fieros no justifican
 La injusta saña que viertes,
 Y el desden con que me humillas.
 Contra el duque y Recaredo,
 ¿Qué extraña causa te irrita?
 BADA. *(Poniendo la mano sobre su corazón.)*
 Los secretos que aquí guardo,
 Sólo á un esposo serian
 Revelados.
- VITER. Con rigores,
 Que nunca tu alma mitiga,
 De alcanzar nombre tan dulce
 Toda esperanza me quitas.
 ¡ Oh! si á mis ruegos fervientes
 Lograse hallarte propicia.....
 Si aguardar me permitieras
 Que al fin mi amor.....
- BADA. No prosigas.
 Nunca á ese amor delirante
 Dará mi pecho acogida.
- VITER. Mas ¿por qué, Bada?.....
- BADA. He jurado.....
 (¡ En tu memoria lo archiva!)
 He jurado por aquella
 Que yace en la tumba fria;
 He jurado ante el Eterno,
 Que á los perjuros castiga;
 Que sólo obtendrá mi mano
 Quien á la España redima
 Del yugo que la deshonra.
 ¡ Aun humea en sus campiñas
 Tanta católica sangre,
 Por Leovigildo vertida!
 ¡ Aun la vil secta de Árrio
 Victoriosa se entroniza,
 Con el infausto heredero

Del monarca parricida!
 ¡Pues bien! aquel que destruya
 Los escándalos del cisma;
 El que á la Iglesia romana
 — Única, santa, divina —
 Encumbre á la altura excelsa
 Que á su grandeza es debida;
 El que liberte á estos pueblos
 De la antigua tiranía,
 Y haga que le aclamen héroe,
 Y que justo le bendigan.....
 Sólo aquél tendrá derecho
 De que á su yugo se rinda
 Mi corazon, y orgullosa
 A los altares le siga.

VITER.

Tu religioso entusiasmo
 Y tu dolor te extravian.
 Renuncia anhelos tan locos,
 Y oye mis votos benigna;
 Que aunque en misterios te envuelves,
 Y aunque me es desconocida
 Tu clase en el mundo, ¡oh Bada!
 Será mi gloria y mi dicha
 Unirme á tí.....

BADA.

(*Con desden.*) Vuelve al lado
 Del amo que el pan te brinda;
 Cual perro fiel, de su lecho
 Vé á tenderte en la tarima,
 Y lame humilde la diestra
 Que te azota y te acaricia.
 ¡Adios para siempre! (*Hace ademán de irse.*)

VITER.

¡Aguarda!
 ¡Mujer fiera! tente y dicta
 Tus voluntades; te juro
 Una obediencia sumisa.
 ¿Qué me pides? ¡di!

BADA.

¡Venganza!

VITER.

Mas ¿qué enemigo me indicas?

BADA.

¡Al arriano Recaredo!

VITER.

Extraño afán te domina.

¿Por qué tal odio? ¿Qué ofensa
Te ha hecho el rey?

BADA.

Podré decirla

Cuando el acero en tu mano,
Ardiendo en sagradas iras,
De dignos hijos de España
Vengas al frente, y reciba
Tu solemne juramento
De lavar atroz mancilla,
Al tirano derrocando
O muriendo en la porfía!

(Al comenzar Bada la última tirada de versos, aparecen Sunna y Ermesenda, sin ser vistos por los interlocutores de la escena. Ermesenda muestra con acciones mudas que quiere impedir la entrada á Sunna, el cual, insistiendo en su idea, presta la mayor atencion al dialogo de Bada y Viterico.)

VITER.

Pero de España esos hijos,
¿Quiénes son? ¿Con qué divisa
Se señalan? ¿Dó se esconden?
¡Dímelo, Bada! ilumina
Mi ignorancia, y yo te afirmo
Que ninguno me compita,
Ni como fiero en los odios,
Ni como bravo en la liza.
¿Dónde están?

ESCENA III.

LOS MISMOS.—SUNNA, *que evadiéndose de Ermesenda, viene á colocarse de improviso entre Bada y Viterico. Ermesenda deja la escena por el foro, por donde entró Sunna.*

SUNNA.

¡Viterico, hijo de Aspidio,

Si á ellos te asocias, los verás muy pronto!

BADA.

¡Cielos! ¿quién eres?

SUNNA.

Quien tu amarga pena

Quiere y puede templar.

BADA.

Tu voz..... tu rostro

Parce que recuerdo. ¡Di tu nombre!

- SUNNA. Yo el tuyo no pronuncio, y lo conozco;
 Más, una historia voy á referirte,
 Que probará, señora, que no ignoro
 Tu clase, tu destino, ni aún de tu alma
 Los más graves afectos, los más hondos!
- VITER. ¡Dila, pues!
- SUNNA. (*A Bada.*) Aborreces al que reina,
 Y no me es dado condenar tu encono,
 Pues fué aquel que por padre le dió el cielo
 Monarca sanguinario y ambicioso.
- BADA. ¡Prosigue!
- SUNNA. Respetado florecia,
 Al mismo tiempo que los reinos godos,
 El noble—si no grande—de los suevos;
 Mas Leovigildo lo miraba torvo,
 Porque anhelaba sujetar un dia
 Bajo su cetro el vasto territorio
 De la España feraz. Así, creciendo
 Muy luégo su poder; cuando á su antojo
 A la bella Aquitania dictó leyes,
 Y se vengó terrible y riguroso
 Del héroe que le opuso resistencia.....
 (*A Viterico.*)
 —¡De tu padre, mancebo!—pensó sólo
 En libertarse del vecino fuerte,
 Que ya en sus noches de abrasado insomnio
 Crecer veía, á su pesar, y acaso
 Rivalizar con su poder. Ásomos
 No daba, sin embargo, del designio
 Que guardaba del pecho allá en el fondo,
 Cuando pretexto dándole en mal hora,
 —De la prudencia á los consejos sordo—
 El mísero rey suevo prestó auxilio
 Al hijo del monarca visigodo,
 Que contra el propio padre combatía.
- BADA. Cumplió el suevo un deber; ¡era católico!
- SUNNA. Esperaba, además, que Hermenegildo
 Quedase con el triunfo; lo supongo
 De su fe religiosa; mas al cielo
 Le plugo decretarlo de otro modo.

El príncipe católico sucumbe,
A pesar de las preces de Isidoro,
De Fulgencio y Leandro, y aún caliente
La sangre estaba de Sevilla en torno,
Cuando con mil razones revistiendo
De su ambicion los encendidos votos,
Se armó contra los suevos Leovigildo
Y el trono de los suevos cayó roto.

VITER. Mas esa historia.....

SUNNA. (*Interrumpiéndole.*) El rey y su consorte
Huyeron de entre miserós escombros
De su cautivo reino á Lusitania,
Y él allí pereció.

BADA. ¡No es eso todo!
¡Pereció deshonorado! De los luengos
Cabellos, que bajaban á sus hombros,
— Signo de nacimiento esclarecido
Que veneran á par suevos y godos —
Por orden del tirano, despojado
A la tumba bajó.

VITER. ¡Rigor odioso!
¿Y la reina?.....

SUNNA. La reina Sisegunda
Con su hija desgraciada, sin apoyo
Peregrinando en extranjero suelo,
Sufrió miserias y dolor y oprobios,
Y hoy — que descende á sepultura humilde —
Huérfana deja, en mísero abandono,
A una princesa cual ilustre hermosa,
Cual hermosa infeliz.

VITER. ¡Cielos! ¡qué oigo!
¿En un trono has nacido? (*Á Bada.*)

BADA. (*Á Sunna.*) Escucha : debo
Decírtelo á mi vez : te reconozco :
Sunna es tu nombre.... ¡amigo te llamaba
Quien el suevo dosel hundió en el lodo!

SUNNA. Lo que ántes pude ser pon en olvido;
Hoy entrambos á par víctimas somos.
Si el padre á tu familia quitó un cetro,
Yo del hijo también sufro despojos

No ménos humillantes, cual tú ansiando
 El momento feliz — ya no remoto —
 De hacer sentir al régio despotismo
 Que no hay poder como el que presta el ódio.
 ¿Qué intentas, pues?

BADA.

SUNNA.

¡ Vengarme !

VITER.

Pero ¿cuentas.....

SUNNA.

Con amigos resueltos, y no pocos.

BADA.

¿Y todos quieren.....

SUNNA.

Castigar agravios,

Y á un rey de su eleccion subir al sólio.

VITER.

¿Quiénes son esos hombres?

SUNNA.

Los que Bada

Anhelaba encontrar.

BADA.

(Con esperanza.)

¡ Cielo !.....

SUNNA.

Si asombro

Y pavor no le causa á Viterico,
 Que haya valientes, á la muerte prontos
 Primero que sufrir indigna mengua,
 Para verlos le doy plazo muy corto;
 Pues en estos momentos congregados
 Cerca de aquí estarán.

VITER.

Mas ¿cuándo y cómo

La gran conjuracion estallar debe?

SUNNA.

¿Hablo con un amigo?

VITER.

¡ Sí !

SUNNA.

Pues otros

Vén á encontrar al punto, y nuestros planes
 Te se harán conocer.

VITER.

Tras de tí corro.

BADA.

Una sola pregunta. ¿Quién el jefe

De esa liga será?

SUNNA.

Quien de tus ojos

— Bien que aún ignore su poder divino —

Quiere ¡ princesa ! restañar el lloro,

Y que vengada mires á tu madre

Antes que se haga su cadáver polvo.

BADA.

¡ Nómbralo !

SUNNA.

Voy á darte de mi estima

El más solemne y grande testimonio.

Es Agrimundo.

VITER. ¡Qué oigo! ¡el camarero,
El valido del rey!....

BADA. (*Apartándose con desden, y sentándose pensativa.*)
(¡Arrianos todos!)

SUNNA. Si en sus venas no corre sangre régia,
Siente en su pecho corazon heroico,
Que digno le hace del poder supremo
Que le destina un bando numeroso.

VITER. Bien : suyo soy ; pues que venganza ofrece,
Que á su placer disponga de mi arrojo.

SUNNA. ¡Partamos, pues!

VITER. ¡Al punto!

SUNNA. (*Al salir, y mientras Viterico se acerca á Bada.*)
(Ya su brazo

Es mio, ¡oh suerte! tu favor adoro,
Pues al llegar el crítico momento,
Lo que faltaba á mis designios logro!)

VITER. (*Á Bada.*)

¡Calma ¡oh Bada! tu afan y alza tu frente,
Pues yo á mi cargo tu venganza tomo!

(*Se van los dos por el foro.*)

ESCENA IV.

BADA, y luego ERMESENDA.

BADA. La causa de esos impíos
No adoptaré; pues no debo
Aceptando tales socios
Mancharme con borron negro.
Agrimundo es un hereje
Tambien. Presumí un momento
Que, dócil Sunna de su odio
Y su ambicion al consejo,
Con el católico bando
Se hallaba unido en secreto.....
Mas no; la liga es arriana.....
¡Blasfemos contra blasfemos!

- ERMES. *(Entrando.)*
De Mérida el buen prelado,
Que al regresar á su puesto
Tu gran pérdida ha sabido,
De ofrecerte sus consuelos
Pide permiso.
- BADA. *(Levantándose.)*
¡Ah!..... ¿Mausona?
Corro, Ermesenda, á su encuentro.
- ERMES. Hélo aquí.

ESCENA V.

BADA.—MAUSONA.

- BADA. ¡Padre!
- MAUS. ¡Hija mia! *(La abraza.)*
A Mérida plugo al cielo
Tornarme al fin.
- BADA. Lo bendigo
Por ello, ¡padre! aunque vuelvo
A verte en infausto día.
- MAUS. Lo sé, pero templa el duelo;
Que, aunque huérfana, aislada,
Triste, indigente te veo,
Siempre en la extrema desdicha
Llega el auxilio supremo.
- BADA. Con recobrar al amigo
Que de mi madre el destierro
Supo endulzar bondadoso,
Ya consolada me siento.
- MAUS. ¡Oh Bada! débil arrimo
Puede prestarte este viejo,
Ya de la tumba cercano.....
Mas otro más fuerte tengo
Que ofrecer á tu infortunio,
Y á presentártelo vengo.
- BADA. Si tú me faltas, señor,
Sólo en Dios esperar puedo;

- Pues auxilio de los hombres
No lo pido, ni lo espero.
- MAUS. ¡Sí! que existe un alma grande,
De altas virtudes modelo,
Que ampararte solicita,
Que te ofrece santo afecto;
Y dieras de ingratitud,
De injusticia, odioso ejemplo,
Si á sus magnánimos votos
Respondieras con desprecios.
- BADA. Quien tal elogio merece
De tus labios, de mi pecho
Ya obtiene estima muy alta.....
Mas ¡oh señor! te confieso
Que nadie puede en el mundo
Dar á mis males remedio,
Mientras habite en dominios
Que estén al hijo sujetos
Del destructor de mi casa,
Y respire el aire infecto
De la nefanda herejía.
- MAUS. Conozco tu ardiente celo
Por la verdad sacrosanta,
Y lo admiro y lo celebro;
Mas ¿por qué no acoges, dime,
La esperanza que alimento
De ver triunfante algun día
La augusta fe que profeso.....
Y que en el sólio — manchado
Por tiránicos excesos —
La entronice poderoso,
Príncipe, cual grande bueno,
Cuya severa justicia
A romanos, godos, suevos
Hermane en un solo culto,
Con igualdad de derechos?
- BADA. (*Con interés.*)
De tan próspera mudanza,
¿Qué anuncios tienes?
- MAUS. No acierto

A explicarlos; mas los oigo
Resonar, Bada, aquí dentro.

(Poniendo la mano en su pecho.)

Pronto, si tu vénia alcanzo,
Aquí verás al que anhelo
Darte por amigo y padre;
Y aunque es jóven, te prometo
Que cuando hayas conocido
De su alma los sentimientos,
— Bien que aún recate, prudente,
Sus más sublimes proyectos —
Cual le admiro has de admirarle,
Y pensarás, como pienso,
Que no hay un hombre más digno
De empuñar augusto cetro.

BADA. Señor, preséntalo al punto;
Que ansiosa de conocerlo
Estoy ya. ¿Cuál es su nombre?

MAUS. *(Vacilando.)*

¿Su nombre?.....

BADA. ¡ Dímelo presto!

MAUS. Agrimundo has de llamarle.

BADA. ¡ Agrimundo! ¡oh Dios! ¿es cierto?.....

Tú, que sabes sus creencias,
Que conoces sus intentos,
¿De tu santa aprobacion
Digno le juzgas?

MAUS. Yo apruebo

Del gran varon de quien hablo,
Cuanto me fia ó penetro.

BADA. ¡ Ah! pues del alma me quitas,
Con decirlo, enorme peso.

MAUS. Yo no alcanzo.....

BADA. *(Interrumpiéndole.)* Me ofreciste

Un padre en él, y lo acepto.

¿Cuándo he de verle?

MAUS. Ahora mismo,

Porque sólo le precedo
Para anunciarle.

BADA. Oigo pasos.

MAUS. Sin duda es él. Yo me alejo,
Esperando que lo trates
Como si fuera yo mismo,
Y que acojas sus favores
Como venidos del cielo.

(Al marcharse Mausona, se encuentra con el rey á la puerta, y truecan rápidamente las palabras que se verán á continuacion.)

BADA. (¡ Viva emocion me domina!)

MAUS. Cumplí, gran rey, tu precepto.

RECAR. ¿Cuál es mi nombre?

MAUS. Agrimundo.

BADA. (¡ Cosa extraña!..... Casi tiemblo.)

ESCENA VI.

BADA. — RECAREDO.

RECAR. (Echando una mirada por la humilde habitacion en que se encuentra.)

(¿ De una reina la morada
Es ésta?..... ¡ Oh Dios! ¡ qué pobreza!)

BADA. Llega, señor; logre Bada
Ver su mansion tan honrada,
Magüer la envuelve tristeza.

RECAR. ¡ Cuánto le debo á Mausona,
Princesa!..... (¡ Beldad divina!)

BADA. Él tus virtudes pregona,
Y afecto que tanto abona,
Mucho á estimarte me inclina.
Perdóname si te ofrezco
Humilde silla.

RECAR. El favor
Que hoy por mi amigo merezco,
Y que ferviente agradezco,
Era mi anhelo mayor. (Se sientan.)

BADA. En afan tan generoso,
Bien tu nobleza se advierte,
Pues el amigo más fuerte
Suele alejarse, medroso,

- De los que abate la suerte.
 RECAR. ¡Ah! no existe alma tan fiera,
 Señora, entre los mortales,
 Que, si tu historia supiera,
 Santo deber no creyera
 Prestar alivio á tus males.
 Sin conocerte, sentia
 Por tí lleno el corazon
 De afectuosa simpatía.....
 Y hoy, que te miro, daria
 Por consolar tu afliccion
 Y vencer el hado adverso,
 Que te persigue en su encono,
 Cuantas glorias ambiciono.....
 Y el trono del universo,
 Si fuese mio aquel trono.
 BADA. Me conmueve esa piedad
 Que expresas, noble Agrimundo.....
 ¡Me encuentro en tal soledad,
 Y en esta temprana edad,
 Tan sin amparo en el mundo!.....
 RECAR. ¿Lloras?..... ¡ah!.....
 BADA. Secos mis ojos
 Tuve, señor, al mirar
 A mi madre agonizar.....
 Secos cuando sus despojos
 Me vinieron á arrancar.....
 Y hora —escuchando el acento
 De tu tierna compasion—
 Deshacerse en llanto siento
 —Aunque es menor su tormento—
 Todo el triste corazon.
 RECAR. Cesa..... cesa..... el lloro calma,
 Porque mi fuerza se agota.....
 Pues siento —por causa ignota—
 Que como un dardo en el alma,
 Me está hiriendo cada gota;
 Porque es inmenso el poder
 —¡Lo conozco con espanto!—
 Que ha puesto Dios en el llanto

Vertido por la mujer.

- BADA. No ponderes, señor, tanto
De tu piedad los extremos,
Ni me niegues la expansion
De unas lágrimas, que son
De los afectos supremos
La más sublime expresion.
Por ellas siento endulzado
Mi dolor rudo y cruel,
Que en este pecho encerrado
Me mataba, envenenado
Del rencor por negra hiel.
- RECAR. Que te calumnias entiendo;
Pues el rencor ponzoñoso
Nunca en pecho tan hermoso
Debió hallar asilo horrendo.
- BADA. Fuera esfuerzo generoso
Mi odio vencer, lo concedo,
Y aún de cobarde me tildo.....
Mas ¡oh señor! jamas puedo
La sangre de Leovigildo
Perdonar en Recaredo;
Ni me es dado sin horror
Respirar en este ambiente,
Que con soplo pestilente
De Árrio corrompe el error,
Manchando el trono esplendente.
- RECAR. Hay quien piensa que los cielos
Decretan grande mudanza,
Y si basta esta esperanza
A sosegar tus anhelos,
Mi corazon la afianza.
- BADA. Víctima de infausta guerra,
De todo fuí despojada.....
Pero amo, señor, la tierra
Que las cenizas encierra
De una madre idolatrada;
Y olvidára mi dolor,
Si este pueblo — que á Dios plugo
Del mío hacer vencedor —

Pudiera con su esplendor
 Ennoblecen nuestro yugo.....
 Si á un príncipe viese alzar
 Que en estos reinos supiera
 La gloria y paz vincular
 Bajo una sola bandera;
 Un solo cetro, un altar.

RECAR. (*Con entusiasmo y poniéndose en pié.*)

¡Sí! ¡lo verás! ¡Yo lo juro!

BADA. (*Levantándose tambien.*)

(Por fin descubre su pecho.)

RECAR. ¡Los nobles votos que has hecho
 Tienen el triunfo seguro,
 Del hondo abismo á despecho!

BADA. Luego intentas.....

RECAR. (*Reprimiendo su entusiasmo.*)

Tus razones

Me han despertado esta idea.....

Del rey colijo intenciones,

Que acaso son ilusiones

Que loca la mente crea.

BADA. Aunque ilusion haya sido,
 Tal me parece que es cierto
 Realizarás lo ofrecido.

RECAR. Si algo prometo dormido,
 Lo cumplo cuando despierto.
 Templá pues, templá esa saña
 Que te inspira impío rey;
 Pues si mi alma no se engaña,
 Verás muy pronto en su España,
 Un solo culto, una ley.

Cómo ha de hacerse no digo.....

BADA. Ni yo preguntarlo intento.

¡Pronunciaste un juramento

Que tuvo á Dios por testigo!

RECAR. El me castigue si miento.....

Mas hoy á tí te suplico,

Por cuanto ames en el mundo,

Le dispenses á Agrimundo

Un gran favor.

BADA.

¡Di!

RECAR.

Soy rico,

Y al verte aquí me confundo,
 Pues que poseo en Toledo
 Palacios que honrar podrias.

BADA.

¡Ah, señor!.....

RECAR.

Aquel te cedo

Que escojas.

BADA.

Las penas mias

De entre estas paredes frias
 Temen salir.

RECAR.

Mas no puedo

Tolerar.....

BADA.

Tu bienhechora

Bondad no rechazo ingrata;
 Pero más tarde, no ahora,
 Del asunto que se trata
 Resolverémos.

RECAR.

Señora,

Tú mandas.— ¡Ten! te presento

Este anillo, y si te agrada

Conservarlo, en mi morada

— En cualquier día y momento —

Él te dará libre entrada

Para disponer de mí.

BADA.

¿Tú lo quieres? (*Tomando el anillo.*)

RECAR.

(*Asiendo la mano de Bada y llevándola á su corazon.*)

¡Ah, princesa!

BADA.

No olvides, pues, tu promesa.

RECAR.

Queda para siempre aquí,
 Como tu imagen, impresa.

ESCENA VII.

BADA, y luego VITERICO.

BADA.

Yo afirmára que Agrimundo

No me era desconocido.....

¡Sí! su recuerdo esculpido

Tiene el alma en lo profundo.....

Y, ó la memoria no miente
Por complacer mis antojos,
O ántes de verlo mis ojos,
Lo adivinaba mi mente.

VITER. (*Al entrar, deteniéndose y mirando hácia fuera.*)

(No pude ver su semblante;
Mas de aquí ese hombre salía.....)

BADA. ¡Viterico!

VITER. (¿Quién sería?.....)

Y ¿á qué vino?.....)

BADA. (*Acercándosele impaciente.*)

Di al instante :

¿Has visto los conjurados?

¿Qué te proponen? ¿Qué has hecho?

VITER. (*Preocupado siempre.*)

Tu afán está satisfecho.

Con juramentos sagrados

Ya á su causa me ligué;

Y aunque hartó ¡oh Bada! me exige,

Resuelto, cual ántes dije,

Tu venganza cumpliré.

BADA. ¡Oh Viterico! es gloriosa

Esa causa á que te ligas,

Y á confesarte me obligas

Que, aunque dudé desdeñosa

Deberle ni aún mi venganza,

Ya le consagro mi celo

Con más legítimo anhelo,

Con más sublime esperanza.

VITER. ¿De Agrimundo.....

BADA. (*Interrumpiéndole con entusiasmo.*)

Yo lo he visto,

Y sus virtudes pregono.....

¡Alzadlo al hispano trono,

Y él hará triunfar á Cristo!

VITER. ¡Qué!..... ¿De ese hombre la presencia

Te trastornó de tal suerte,

Que tu cabeza convierte

—Negándose á la evidencia—

En adalid de tu culto,
 Al que es su fiero enemigo?.....

BADA. Da crédito á lo que digo,
 Sin indagar lo que oculto.

VITER. *(Con amarga sonrisa.)*
 ¡Te entiendo!.....

BADA. Votos fervientes,
 Por tan noble causa, á Dios
 Yo alzaré; marcha tú en pos
 De sus parciales valientes;
 Y si anhelas conseguir
 De mi alma aprecio profundo,
 Bajo el pendon de Agrimundo
 Sabe vencer..... ó morir!

ESCENA VIII.

VITERICO.

¿Con que, era ese hombre el que vi
 Salir, su faz recatando?.....
 Mas ¿en dónde, cómo y cuándo
 Conoció á Bada, que aquí
 Logra tan fácil entrada?.....
 ¿Qué poder en ella ejerce,
 Que su buen juicio así tuerce
 Y la deja entusiasmada?.....
 ¡Ah!..... quizá no es misteriosa
 La explicacion..... Él aspira
 Al sólio..... — ¡Tiemblo de ira! —
 Y ella es, cual linda, ambiciosa.
 Pensar no puedo con calma.....
 ¿Qué pasa en mí, justos cielos!
 ¡Si estos son celos, los celos
 Son la hidrofobia del alma!

ESCENA IX.

VITERICO. — SUNNA.

(Durante esta escena, Viterico conserva un aire distraído y por momentos sarcástico.)

SUNNA. *(Entrando.)*

Supuse que aquí estuvieras,
Y presuroso he corrido
En busca tuya.

VITER. ¿Qué ocurre?

SUNNA. Nos ha llegado ahora mismo
Una noticia importante.

VITER. Dila, Sunna.

SUNNA. En este escrito
Se afirma que el rey de Francia,
Con ejército crecido
Invade nuestras fronteras.

VITER. Y á esa agresion, ¿qué motivo
Le atribuyes?

SUNNA. Su pretexto
Es vengar á Hermenegildo
Y á su esposa, dando muestras
De ardiente catolicismo;
Mas del hecho la verdad
Es que aborrece de antiguo
A Recaredo Guntrando,
Y ha jurado su exterminio.

VITER. Quizá por vengar la afrenta
De haberse dos veces visto
Derrotado por su acero.
Mas ¿tú presumes.....

SUNNA. Yo afirmo

Que si damos felizmente
Nuestros golpes decisivos
En esta solemne noche,
Léjos de hallar enemigo
De los francos al monarca,
Le deberémos auxilios;

Pues más odia á Recaredo
Que le teme al arrianismo.

VITER. Según eso.....

SUNNA. Favorable

Nos es todó, Viterico,
Si el momento que tocamos,
Con fe nos halla y con bríos.
¿Sientes el brazo dispuesto
Y el ánimo decidido

A consumir la grande obra
Que te dicta el patriotismo?

VITER. Sé que matar he jurado

Al duque Claudio, al que arrimo
Me ha prestado en la desgracia.....
Al que amo, Sunna, á quien sirvo,
El pan comiendo en su mesa,
Y hallando en su techo abrigo.

SUNNA. De personales afectos

Se le debe el sacrificio
A la patria. Ya en el duque
No has de mirar lo que ha sido
Para tí, sino al obstáculo
Mayor de nuestros designios;
Al que á Mérida gobierna;
Al más valiente y adicto
Capitan de Recaredo.....

—El grande acto que exigimos
De tu valor, tambien cumple
Agrimundo, que al amigo
No ve en el rey, sino solo
Al tirano, que es preciso
— Por el bien procomunal —
Desterrar de entre los vivos.

VITER. ¡Sí! bien sé que se reserva

La gloria del regicidio,
Y que debiendo — cual yo —
De la víctima al cariño
Facilidad de inmolarla,
Sin trabajo, sin peligro,
Sorprendiéndola en el sueño.....

Para ese acto de heroísmo
Le basta con resolverse
A ser traidor, asesino.

SUNNA.

¡Qué lenguaje!.....

VITER.

Pero al ménos

Él la mancha del delito
Cubrirá de la corona
Con el deslumbrante brillo;
Mientras será mi salario,
La honra de haberle servido
De escalon para que suba
Al sólio, de que es indigno.

SUNNA.

Ese tono..... esas palabras.....

Juzgo turbado tu juicio.

VITER.

Te equivocas.

SUNNA.

Pues entónces.....

VITER.

Sólo te prueba lo dicho
Que no mé forjó ilusiones;
Que claras las cosas miro.

SUNNA.

(Con voz sorda y asiéndole del brazo.)

Si es así, comprender debes
Que al borde estás de un abismo.....
Que aceptaste condiciones
Con libérrimo albedrío,
Su cumplimiento jurando.....

¡Y que mil ojos hay fijos
Sobre tí, y hay mil puñales
Que del perjurio al indicio
Se hundirán en tus entrañas!

VITER.

Veo claro, lo repito.

Las amenazas excusa.

SUNNA.

Que ofertas quieres colijo,
Y de Agrimundo en el nombre,
A indicarlas te autorizo.

VITER.

¡Sí! recompensa ambiciono,
Grande, segura.....

SUNNA.

Yo fio

Que la obtendrás.

VITER.

Recompensa

Por la cual no me horrorizo

De los crímenes más negros.

SUNNA. *(Entregándole el pliego, que hasta ese momento ha conservado en la mano.)*

Dale á Agrimundo este aviso
De la invasion de los francos,
Y dile claro y explícito
De tu ambicion el objeto,
Seguro de conseguirlo.

VITER. Saldré muy pronto de dudas.....

¡Sí, Sunna, yo te lo afirmo!

SUNNA. Y no olvides que están próximos
Los momentos.....

VITER. Nada olvido.

SUNNA. Cuando esta noche se encuentre

A la mitad de su giro.....

Cuando vibre la campana,

Diciendo con sus tañidos

Que va á comenzar el día

— Siempre en Mérida festivo —

De su bendita Patrona.....

VITER. Sé que el instante propicio

Es aquél, pues duque y rey

Dormirán sueño tranquilo.

SUNNA. Que eterno harán tu puñal

Y el de Agrimundo.

VITER. Así ha sido

Decretado en la asamblea.

SUNNA. Y todo se halla previsto

Para que en la hora solemne

— Que ya tan próxima miro —

Nuestra suerte y la de España

Fije de un golpe el destino.

VITER. *(Mirando dentro.)*

Bada se acerca.

SUNNA. ¡Adios, pues!

¡Valor, constancia y sigilo;

Que premio no ha de faltarte,

Cual merezcan tus servicios! *(Se va Sunna.)*

VITER. ¡Ah! voy al punto á saberlo,

Terminando este martirio.)

ESCENA X.

VITERICO y BADA.

BADA. *(Que ha aparecido en escena en el momento de dejarla Sunna.)*
¿No es Sunna el que sale?

VITER. Él es;

Mas yo aquí quedo, y te pido
Me concedas tu atencion.

BADA. ¿Qué quieres?

VITER. De un laberinto
De horribles dudas salvarme.

BADA. Si no te explicas.....

VITER. Me explico:

Escucha, ¡oh Bada! Más cerca
De lo que acaso has creído,
Se halla el instante que puede
Del hijo de Leovigildo
Poner término al reinado,
Dando el cetro á su valido.

BADA. ¡Ah!..... *(Con alegría.)*

VITER. Tal instante en mi alma
Remordimientos continuos
Debe dejar para siempre.

BADA. ¡En tu alma!

VITER. Mas no vacilo,
Si consientes en que alcance
El galardón á que aspiro.

BADA. ¡Yo!

VITER. Tú sola puedes darlo,
Porque nada solicito
Sino tu mano.

BADA. ¿Qué dices?

VITER. ¡Sábelo todo! mi auxilio
Sólo le presto á Agrimundo
A precio del bien que exijo.

BADA. Loco estás, pobre mancebo.

VITER. No olvides que ya los hilos
Tengo de la inmensa trama,

Y romperlos á mi arbitrio
Pudiera de un solo golpe.

BADA.

¿Qué osas indicar!.....

VITER.

No indico,

Sino que, franco, inflexible,
Resueltamente te digo
Que de aquí saldré dichoso,
O á vengarme decidido.

BADA.

¿De quién?

VITER.

De tí, de Agrimundo.....

De ese Agrimundo maldito,
Que pagarme mi conciencia
Piensa con dones mezquinos,
Cuando, feliz, me arrebató
De tu amor el bien divino.

BADA.

¡Oh insensato! y ¿delator
Quieres hacerte?.....

VITER.

Te intimo

Resolucion inmutable.
Para Agrimundo el patíbulo,
O para mí la promesa
Del solo bien que codicio.

BADA.

¡Jamás!

VITER.

(En ademán de irse.)

¡Basta!

BADA.

(Corriendo hácia él.) ¡Tente, aguarda!

VITER.

¿Me prometes.....

BADA.

Te suplico

Que no deshonres tu nombre
Con una infamia. Extravío
Tu razon sufre; en tí vuelve,
Desechando los delirios
De unos celos horrorosos.

VITER.

¡Adios!

BADA.

No..... no..... ¡Viterico!

Yo te imploro por la causa
Noble y grande, en la que cifro
Las esperanzas más bellas.....

(Asiéndole por las manos.)

Te imploro por los destinos

De estos reinos..... de la Iglesia

Unica y santa de Cristo.....

Y si humillarme es tu anhelo,

Aquí á tus plantas me humillo.

(Doblando una rodilla, sin soltarle las manos.)

VITER.

¿Me amas?.....

BADA.

Miro por tu honra.

VITER.

¿Me amas?.....

BADA.

Tu nobleza estimo.....

VITER.

¿Me amas? ¡pregunto!

BADA.

¡No puedo!

VITER.

(Rechazándola con violencia.)

¡Pues bien, tu odio justifico!

(Bada lanza un grito al caer en tierra, y Viterico sale de la escena por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Recaredo, en el palacio del duque Claudio. Al foro gran puerta, que conduce á otro salon, que, como el aposento real, se hallará adornado y alumbrado con toda la magnificencia compatible con la época del drama. Á la izquierda del actor dos puertas, que se suponen ser de los dormitorios del rey y de su camarero Agrimundo. Al lado opuesto ventanas.

ESCENA PRIMERA.

RECAREDO.—AGRIMUNDO, *ambos entrando juntos por el foro.*

RECAR. Mucho agradezco, Agrimundo,
De Mérida á la nobleza
Los parabienes y aplausos
Con que obsequiosa celebra
Mi venida; mas pues veo
Que el grato tumulto cesa,
Despejándose las salas
De esta mansion que me hospeda,
Quiero aquí tratar contigo
De asuntos que me interesan.

AGRIM. Señor, atento te escucho.

RECAR. *(Sentándose. Agrimundo se mantiene de pié.)*

En pobre y humilde huesa,
Sé que los restos reposan
De Sisegunda, la reina
Que los suevos veneraban;
Y quiero que pronto sean
A Toledo trasladados,
Do digno sepulcro tengan.

AGRIM. *(Cuya preocupacion debe ser visible para el espectador.)*
Si lo dispones.....

RECAR.

Confío

A tu celo y diligencia
 Tan sagrada comision....
 Y á tu talento quisiera
 Tambien deberle consejo
 Sobre otra continua idea
 Que me persigue esta noche.

AGRIM.

Mucho, señor, lisonjeas,
 Consultándole, á este humilde
 Servidor de tu grandeza.

RECAR.

¡Escucha! Nada sabía
 De la espantosa miseria
 En que ha encontrado la muerte
 A la infeliz reina sueva;
 Pero he visto.... ¡oh Agrimundo!
 He visto con honda pena
 Que es terrible el desamparo
 En que á su huérfana deja.

AGRIM.

Si tu excelso patrocinio
 La concedes....

RECAR.

Mi alma anhela

Cumplir un deber tan dulce;
 Pero por más que se esfuerza,
 No halla medio, no halla arbitrio
 Que doble la resistencia
 De un corazon lastimado,
 Que me maldice y detesta.

AGRIM.

Luégo la huérfana Augusta....

RECAR.

Con tu nombre estuve á verla,
 Cuando la noche empezaba
 A desplegar sus tinieblas,
 Y aún parece que en mi oído
 Aquel acento resuena
 Que descargaba en mi nombre
 Del rencor la saña acerba.

AGRIM.

¡Tanto te odia?

RECAR.

Sólo mira

En mí al que siente en sus venas
 De Leovigildo la sangre,
 Y en las sienes su diadema....

- En suma, al hereje impío
Enemigo de la Iglesia,
Y al tirano usurpador
Del cetro que era su herencia.
- AGRIM. Mas debe humillar su orgullo,
Gran señor, la suerte adversa,
Que la sume en tal desdicha.
- RECAR. No se humilla, se exaspera
Aquel régio corazón,
Que la fortuna se empeña
Vanamente en abatir.
¡Oh!..... ¡no sabes cómo es bella
En medio de ese infortunio,
Que soporta digna y fiera!
¡Cuánta angusta majestad
Hay en su misma pobreza!.....
Y cuando vierten sus ojos
De llanto preciosas perlas,
¡Qué indecible poderío
En su aparente flaqueza!
- AGRIM. Grande entusiasmo te inspira
— Lo advierto — la hermosa huérfana.
- RECAR. Confieso que el alma siente
Una impresion fuerte y nueva,
Que la oprime y que la halaga,
Que la asusta y la embelesa.
- AGRIM. Pues consejo me has pedido,
Te diré que te defiendas
Del amor, cuyos asaltos
Miro ¡rey! en cuanto expresas.
Recobra la antigua calma,
Vulgares ánsias desecha,
Y del viaje á las fatigas
— Pues veloz la noche vuela —
Dale en el sueño descanso,
Para mañana la fiesta
Presenciar de Santa Olalla,
Patrona á quien honra Mérida.
- RECAR. (*Levantándose.*)
No, que aún aguardo á Mausona

Para grave conferencia,
Y siento huir desdeñoso
Al sueño que me deseas.
Me parece que el prelado
En aquella estancia entra.

(Indicando una hácia el foro.)

RECAR. Voy á encontrarle. No olvides
Que ver cumplida quisiera
Tu comision lo más pronto.

AGRIM. Se hará, señor, cual lo ordenas.

ESCENA II.

AGRIMUNDO, *y despues* VITERICO.

AGRIM. De mandar, pobre monarca,
Pocos instantes te quedan.
Segun aviso de Sunna
— Que me trajo Paulo Segá—
Ya es nuestro el paje del duque;
Pues — si bien con exigencias
De premios exagerados —
A dar el golpe se presta,
Para que Claudio acompañe
A Recaredo de cerca.
Si no me engaña la vista,
El dicho paje aquí llega.

VITER. *(Deteniéndose al entrar.)*
(¡ Este hombre, cuando esperaba
Al duque hallar!.....)

AGRIM. *(Acercándosele.)* Sé te cuenta
Ya Sunna entre mis parciales,
Y pues confía á tu diestra
Un acto grave, que en breve
Consumarás, recompensas
Pedir puedes á tu arbitrio.

VITER. ¿A tí?..... *(Con singular acento.)*

AGRIM. Explicarte no temas.

VITER. Nada tengo que pedirte;
Guarda tus dones. *(En ademan de irse.)*

AGRIM. ¡Te alejas !....
¿Cuando el momento tocamos
Grande y solemne, flaquea
Quizás tu pecho?
VITER. (*Con intencion.*) ¡No! Siempre
Valor en su fondo encuentra
Para humillar á tiranos,
Para vengar sus ofensas.
AGRIM. Me encantas, mancebo; miro
Que tienes alma resuelta.
VITER. No lo dudes. (¡Tarda el duque!)
AGRIM. Pídeme, pues; la promesa
De otorgarte cuanto ansíes,
Gozosa mi voz te empeña.
VITER. (*Con amarga ironia.*)
Te aplaudo por generoso,
Mas comprendo que lo sea
Quien ceñir su frente aguarda
Con una corona régia,
Y obtener la posesion
De seductora princesa,
Que le acoge tan amante,
Como altiva me desdena.
AGRIM. No alcanzo á quién te refieres.
Jamás de amor la cadena
Me impuso mujer ninguna;
Ni mi memoria recuerda
Haber ¡jóven! conocido
Princesa que me acogiera
Cual tú dices.
VITER. ¿Se ha mostrado
Rigurosa y zahareña
La que há poco visitaste,
Y que áun reciente la pérdida
De su madre Sisegunda,
Te dispensó larga audiencia?
AGRIM. Te equivocas : no conozco
La celebrada doncella
De quien hablas.
VITER. ¿Negar osas?....

- AGRIM. Para admirar su belleza,
 Plugo al rey tomar mi nombre,
 Y te diré —por más señas—
 Que en el fuego de sus ojos
 Se abrasó de tal manera,
 Que anhelanté de agradarla,
 Y sólo pensando en ella,
 Las cenizas de la madre
 Me manda — con ánsias tiernas —
 Llevar yo mismo á Toledo,
 En tanto que él se desvela
 Para alcanzar que la hija
 —Deponiendo su soberbia—
 Del destructor de su casa
 Reciba amor y larguezas.
- VITER. ¡Qué es lo que has dicho!..... ¿No mientes,
 Agrimundo? ¿No es que intentas
 Burlarte de mí?
- AGRIM. ¡Deliras!
 Cuando los dos la existencia
 Jugando estamos, ¿presumes
 Que en burlarte me entretenga?
- VITER. ¿Con que ha sido Recaredo
 Quien — con engaño y cautela —
 Se introdujo en la mansion
 De Bada?..... ¿Quien con arteras
 Palabras exaltar supo
 Su ardiente y jóven cabeza?
 ¿Es Recaredo quien la ama?.....
 ¿Recaredo quien desea
 La esperanza arrebatarme,
 Postrero bien que me resta?.....
- AGRIM. ¡Silencio!..... pisadas oigo.

(Va hácia el fondo, mirando inquieto si se acerca alguno.)

- VITER. (¡Yo arrostraba la vergüenza
 De una indigna delacion,
 Por herir en mi demencia
 A un rival imaginario,
 Cuando era el rey..... el rey era!)

AGRIM. (*Acercándosele.*)

El duque aquí se aproxima;
No quiero que hablar nos vea.
Adios; cuando oigas vibrar
La campanada primera.....

VITER. Ya lo sé.

AGRIM.

¡No errar el golpe,
Y la España será nuestra!
(*Entra en su habitación y cierra.*)

ESCENA III.

VITERICO, *luego* DUQUE.

VITER. ¡El duque!..... ¡oh Dios! de mis labios
Revelaciones espera.....

¿Qué prometí, miserable!
Me asalta un vértigo.

DUQUE. (*Entrando.*) Apénas

De mis graves atenciones
Logro alcanzar breve tregua,
Corro á tí, pues las palabras
Que te he escuchado me inquietan.
Dime al punto, Viterico,
Cuáles son las confidencias
Que hacerme quieres, y tanto
Como importantes ponderas.
(¡Qué decirle?.....)

VITER.

DUQUE.

¡Callas!

VITER.

(*Más y más turbado.*) Duque.....

DUQUE.

¿Qué te turba? ¿Qué recelas?
¡Habla!

VITER.

DUQUE.

Luégo..... Sí..... más tarde.....
¡Más tarde, cuando la urgencia
Me indicaste del aviso,
Al buscarme entre la inmensa
Multitud de cortesanos,
Rogándome que te oyera?

VITER.

(*Como iluminado de súbito por una idea.*)
Sin duda..... pero..... ¡Ah!..... ¡respiro!

DUQUE. ¿Qué misterio.....

VITER. (*Dándole el escrito que Sunna le confió para Agrimundo.*)

Aquí se encierra

Su explicacion; pues mi acento,

Señor, á turbar no acierta

De tu pecho la alegría,

Noticias dando funestas.

DUQUE. (*Que pasa la vista por el escrito mientras habla Viterico.*)

¡Cielos!..... ¡qué miro! ¿Los francos

Traspasan nuestras fronteras?.....

VITER. De la exactitud respondo

De ese escrito, aunque me veda,

Duque, descubrir su origen

Razon muy grave y secreta.

DUQUE. La respeto; mas me causa,

Viterico, gran sorpresa

Que uses misterios conmigo,

Y ántes que nadie poseas

Noticias de esta importancia.

VITER. Cuando decírtelo pueda,

Lo sabrás todo.

DUQUE. Entre tanto,

Gozoso tu señor premia

Tu celo con esta espada, (*Se quita la suya y la alarga.*)

Que llevarás á la guerra,

Pues te concedo permiso

De acompañar mi bandera.

VITER. ¡Yo!..... ¡tan grande honra?.....

DUQUE. Al momento

Menester es que el rey sepa

La inesperada noticia.

Manda cerrar esas puertas,

Pues la noche está avanzada,

Y acaso cuando amanezca

Será preciso partir.

ESCENA IV.

VITERICO.

¡Su ilustre espada..... esta prenda
De honor, confía á mi mano.....
A esta mano, que entre densas
Sombras — al crimen propicias —
Para inmolarle sangrienta,
Va á armarse de vil puñal?.....
¡No! ¡no! ¡jamás! ¡Se subleva
Mi corazon contra tanta
Maldad! ¡contra tal bajeza!
Pero ¿qué hacer?..... ¿Cual dictó
De mis celos la violencia,
Cuando miraba un rival
En Agrimundo, la afrenta
De una infame delacion
Debo cargar, porque venza
Recaredo..... porque alcance
Tal vez, como audaz intenta,
De una princesa humillada
Rendir la noble entereza,
Y el nuevo yugo imponerle
De un amor que la envilezca?.....
¡No! ¡tampoco! ¡Es imposible!
¡Oh Dios! en lucha tan recia,
¿Qué decidir?..... Los instantes
Veloces huyen, y es fuerza
Que entre dos duros extremos,
Uno á escoger me resuelva.
¿Cuál?..... ¡Ninguno! ¡Débil soy!
No encuentro, no encuentro fuerzas
Para uno ni el otro crimen. (*Pausa.*)
Que obre Agrimundo..... el rey muera,
Y la rebelion triunfante
Dé castigo á mi flaqueza,
Pero nunca ¡duque Claudio!
Tu sangre manche esta diestra,
En que has puesto el noble acero

Que ilustraron mil proezas.
 ¡ Vienen! ¡ huyo! — ¡ Decidida
 Quede la mortal contienda
 Entre el rey y su privado,
 Por solo la suerte ciega!

ESCENA V.

RECAREDO.—DUQUE.—MAUSONA.

RECAR. Sí, duque, todo dispuesto
 Debe ser con diligencia;
 Pues cuanto con su presencia
 El sol — que se acerca presto —
 Bórre las últimas sombras,
 Quiero la marcha emprender;
 Jurando que ha de tener
 Mi ejército por alfombras
 Las banderas enemigas,
 Cuando aquí torne glorioso,
 Para alcanzar el reposo
 De sus marciales fatigas.

DUQUE. Tú lo has menester ahora,
 Y la noche aún lo consiente.
 Tan pronto asome en Oriente
 Su faz risueña la aurora,
 Vendrá á llamarte, señor,
 La voz del clarín guerrero;
 Pues de tus gentes espero
 No duerma un punto el valor.

ESCENA VI.

RECAREDO.—MAUSONA.

(Durante esta escena, Agrimundo entreabre su puerta, y mira acechando.)

RECAR. Tú, venerable prelado,
 Pues ya por mi acento sabes
 Las resoluciones graves
 Que á tu prudencia he fiado,

- Miéntras al franco leccion
 Yo le dé—que pague cara—
 Los espíritus prepara
 En nuestra amada nacion;
 Y haz que la convocatoria
 Veloz circule y se extienda.
- MAUS. ¡Oh gran rey, Dios te defienda
 Siempre, y te colme de gloria,
 Para que feliz coronese
 La grande obra que te inspira!
 Este anciano —que te admira—
 Todo lo hará cual dispones.
- RECAR. Conozco, digno Mausona,
 Tu entusiasmo religioso,
 Y cuál te ostentas celoso
 Del brillo de mi corona.
 Del mismo modo seguro
 Voy de tu afecto por Bada.....
 Y á él la dejo encomendada.
- MAUS. Su bien, ardiente procuro.
 Tranquilo vé á descansar,
 Señor, algunos instantes.....
 Pero permítame ántes
 La augusta mano besar. (*Lo hace.*)
- RECAR. Adios.....
- MAUS. No quiero salir
 Del palacio hasta que partas.
- RECAR. ¡Tal molestia!.....
- MAUS. Noches hartas
 Me quedan para dormir.

ESCENA VII.

RECAREDO.

(*Durante el breve monólogo del rey, se extinguen las luces del salón vecino y queda desierto el palacio.*)

En verdad, cansado estoy,
 Y bien merezco que el sueño
 Me conceda su beleño,

Que á procurar, por fin, voy.

(Se llega á la puerta del dormitorio de Agrimundo, y mira por ella.)

Dormido veo á Agrimundo.....

De despertarle no trato.....

¡Si cual él, lograra un rato

Reposo dulce y profundo!.....

(Mientras dice los dos últimos versos, apaga las luces que hay todavía en la escena, quedando ésta aclarada débilmente por una sola lámpara, que se supone dentro del dormitorio real, en el que entra Recaredo, apareciendo Agrimundo al mismo tiempo en el umbral del suyo.)

ESCENA VIII.

AGRIMUNDO.

¡Sí! ¡muy profundo será!

No lo dudes, Recaredo.....

Yo asegurártelo puedo.

(Yendo hácia la puerta del fondo.)

Ya todo en silencio está.....

Tiempo era, ¡pardiez!..... Cerremos.....

(Lo hace en la puerta del fondo.)

Y encubra la sombra oscura

La inevitable pavura

De estos instantes supremos.

De guerra, empresas, partida,

Se acaba de hablar aquí,

Segun lo poco que oí.....

¡Cuánta palabra perdida!

(Va hácia la ventana y mira por ella.)

¡Bien!..... Ya cercan el palacio

Mis parciales atrevidos,

Y á los primeros sonidos

Del címbalo en el espacio,

Cual buitres sobre su presa,

Sobre la guardia cayendo,

Harán un destrozo horrendo,

Cogiéndola de sorpresa.

¡Huya, pues, esta que siente

Mi pecho congoja extraña,

Que al despertar, verá España
Su áurea corona en mi frente!

(Se acerca á la puerta del rey y escucha.)

Se rindió..... sí.... ni áun su aliento

En el silencio se escucha.....

No habrá dolor..... no habrá lucha.....

La obra será de un momento,

Y el premio excelso que espera

Mi ambicion ardiente.....

(Suena la campana dando las doce.)

¡Ah!!

¡Recaredo! ¡dando está

El tiempo tu hora postrera!

(Saca el puñal y se lanza á la puerta del dormitorio real.)

ESCENA IX.

AGRIMUNDO.—BADA, á la puerta del fondo, y luego

RECAREDO.

BADA. *(Golpeando la puerta.)*

¡Agrimundo!.....

AGRIM. *(Suspenso en su accion.)* ¡Oh Dios!..... ¿qué es esto?.....

BADA. Agrimundo..... hablarte ansío.

AGRIM. ¡Qué hacer!..... ¡Contratiempo impío!.....

BADA. *(Golpeando de nuevo.)*

¡Abre por Dios, abre presto!

RECAR. *(Apareciendo en su puerta, mientras que Agrimundo se halla casi de espaldas, mirando la del fondo.)*

(¡ Esa voz !.....)

BADA. *(Cada vez más fuerte.)* ¡Soy Bada!

RECAR. (¡ Oh !)

BADA. Te traigo un aviso urgente.

AGRIM. ¡Fuerza es saberlo!.....

(En el momento de dirigirse á la puerta, en ademán de envainar el puñal, Recaredo le detiene por el brazo, y espantado el traidor deja caer el arma.)

RECAR. ¡Detente!

Quien debe abrirle soy yo.

- AGRIM. (*Todo desconcertado.*)
¡Rey!.....
- RECAR. Un acero ha caído.....
Lo está tocando mi pié.....
¡Armado estabas!..... ¿por qué?
- AGRIM. Oyendo en la puerta ruido.....
- BADA. ¡Agrimundo! (*Llamando siempre.*)
- RECAR. Voz tan grata
No pudo causarte espanto.
Mientras tu acero levanto,
Luces trae.
- AGRIM. (*Que obedece, encendiendo otra vez las luces.*)
(¡Oh suerte ingrata!)
- RECAR. (*Después de coger del suelo el arma.*)
(¡Es un puñal!..... — ¡Qué misterio!.....)
(*Abre, y entra Bada despavorida.*)
- BADA. ¡Oh Agrimundo!
- RECAR. Aquí á deshora,
¿Qué te conduce, señora?
- BADA. Pues despreciando el imperio
Del recato, así me ves
Hacer de tu anillo uso,
Decirte, señor, excuso
Que un poderoso interés
Me trae á hablarte, y testigo
Entre los dos no consiente.
- RECAR. Puedes hablar libremente.
Éste es mi mejor amigo.
- BADA. Pero es muy grave el asunto.
- RECAR. No vaciles; que él alcanza
Mi absoluta confianza.
- AGRIM. (¡Respiro!.....)
- BADA. Pues huye al punto,
Señor, porque estás perdido.
- AGRIM. (¡Qué dice!.....)
- RECAR. No te comprendo.
- BADA. Por celos, un monstruo horrendo
Te venderá, ó te ha vendido.
Tres horas por la ciudad
Vagué, buscando á Mausona,

Sufriendo por tu persona
 La más terrible ansiedad;
 Hasta que al cabo, acosada
 Por atroz presentimiento,
 Mi alma encontró atrevimiento
 Para entrar en tu morada;
 Y gracias al talisman
 Que respeta todo el mundo,
 Hablarte logro, Agrimundo,
 Calmando mi acerbo afán.

RECAR. *(Que echa de vez en cuando sobre Agrimundo miradas escrutadoras, que lo turban más y más.)*

Pero.....

BADA. Pues por dicha, tarde
 Parece no es todavía;
 ¡Sálvate!

AGRIM. *(¡Ah!.....)*

BADA. La alevosía

Vela á tu lado. No aguarde
 Tu valor su golpe infame.

RECAR. Mas ¿el riesgo.....

BADA. ¡Es inminente!

AGRIM. *(Temblando estoy.)*

BADA. No consiente

Esperanzas.

RECAR. Datos dame.

BADA. ¿No he dicho que la traicion

Todos tus planes destruye?

¡Huye pronto, señor, huye;

Que si la baja intencion

Del inicuo que te vende,

Áun no parece cumplida,

Serálo en breve, y tu vida

Lo pagará!

RECAR. No te entiende

Mi torpeza; aclara más!

BADA. ¡Ah! la cautela depon,

Pues la gran conjuracion

A cuya cabeza estás,

Me reveló Sunna mismo

Ántes de yo conocerte.

RECAR. ¡Sunna!.....

AGRIM. (¡Qué escucho!.....)

BADA. Y al verte

Hoy al borde del abismo,
Sin reserva, sin temor
Quiero decirte, sincera,
Que yo tu cómplice era
Con toda mi alma, señor.

RECAR. ¡Tú!.....

AGRIM. (*Al rey en voz baja.*)

Loca se halla.

RECAR. (*También en voz baja, pero con imperio.*)

¡Silencio!

BADA. ¡Ah señor!..... oigo rumores.

RECAR. No me intimidan traidores,
Aunque su audacia presencio.
Cálmate tú.

BADA. (*Yendo hácia el foro.*)

No es posible.

Algo ocurre..... el ruido crece.....

Que se aproxima parece.....

RECAR. (*Asiendo de un brazo á Agrimundo, que trata de esquivarse por la izquierda.*)

¡Quieto!

AGRIM. (¡Situacion terrible!)

BADA. (*Volviendo del fondo.*)

¡Mira, por Dios, mi ansiedad!
Salva, Agrimundo, tu vida,
Buscando al punto salida.....

(*Viendo venir al duque con tropel de gente armada.*)

¡Ah! ¡ya no es tiempo!

AGRIM. (*Cayendo á los piés del rey en el momento de entrar en escena el duque y Mausona. Los demas permanecen agolpados junto á la puerta del foro, sin pasar el umbral.*)

¡Piedad!

ESCENA X.

DUQUE.—MAUSONA.—RECARDO.—BADA.—
AGRIMUNDO.

DUQUE. *(Al entrar.)*

¡En salvo está el rey, le veo!

MAUS. *(Entrando también.)*

¡Bendita la Providencia!

DUQUE. *(Al rey.)*

¡Señor!.....

RECAR. Que de mi presencia

Se aleje, duque, á este reo.

BADA. *(Atónita.)*

(¡El rey!.....)

DUQUE. *(A la gente armada, indicando á Agrimundo.)*

¡Llevalo!

AGRIM. *(Al arrojarse á él los soldados.)* ¡Oh destino!

BADA. (¡Qué es esto!.....)

(Los soldados se llevan á Agrimundo y el duque los sigue.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ménos DUQUE y AGRIMUNDO.

MAUS. ¡Oh rey! te liberta

Quizás de una muerte cierta

El alto poder divino.

Muchedumbre sediciosa

Sobre tu guardia caía,

Cuando, por dicha, venía

Ya con fuerza numerosa

El duque—tu orden cumpliendo,—

Y á esta vista inesperada,

La turba huyó dispersada,

Si bien quedan combatiendo

Los caudillos todavía.

BADA. (¿No es sueño?.....)

RECAR. Pero ¿se sabe

De tal enigma la clave?

¿Qué intentaba? ¿Qué pedia
 La turba de conjurados?
 MAUS. Eran las infandas voces,
 Que levantaban feroces
 Aun huyendo desbandados,
 —Y que repetir ¡oh rey!
 Apénas confuso puedo —
 «¡ Muera, muera Récarado
 Y la católica grey!»
 BADA. (¡Cielos!.....)
 MAUS. En tan grande día,
 Segun su saña rabiosa,
 Nuestra fiesta religiosa
 Trocada en carnicería
 Se hubiera visto, señor.....
 Y con asombro del mundo,
 Sobre tu sólio á Agrimundo,
 Tu camarero traidor.

ESCENA XII.

LOS MISMOS y DUQUE.

DUQUE. (*Que entra al pronunciar Mausona los dos últimos versos.*)
 Ya sus secuaces rendidos
 Quedan, y tu fallo esperan.
 El pueblo clama que mueran,
 En horca vil suspendidos.
 MAUS. Me han dicho que al templo augusto
 Se acoge, de Santa Olalla,
 Un caudillo.
 RECAR. Si allí se halla,
 Dejadlo; mas creo justo
 Que se consagre al servicio
 De aquella que lo protege,
 Y nunca el asilo deje
 Que hoy le ha sido tan propicio.
 Te toca á tí, digno anciano, (*Á Mausona.*)
 Disponer que lo defienda
 La cogulla.

MAUS.

Haré se entienda
 Tu precepto soberano.
 ¡De clemencia ejemplo das! (*Se va.*)

ESCENA XIII.

RECAREDO.—DUQUE.—BADA.

DUQUE. Y de Agrimundo, ¿qué ordenas?

Ya queda en duras cadenas.

RECAR. Presumo que estén de más,
 Pues lo ata su cobardía.DUQUE. Pues tal cual es, á tu trono
 Quiso subir.

RECAR. Lo perdono;

Su altura no comprendia.

DUQUE. Gran castigo es menester
 Para ese vil.

RECAR. Lo concedo.

¿No era su afán á Toledo
 Con régia pompa volver?
 Pues bien, para que alborote
 Su entrada, con lucimiento
 Haz que vaya en un jumento,
 Y al compas de un rudo azote;
 Mas para que no se afrente
 A la nobleza con ello,
 Que se le corte el cabello,
 Signo de rango eminente;
 A cuyo efecto, al verdugo
 Quizás sirva este puñal,
 De cuyo golpe mortal
 Libertarme al cielo plugo.

(*Da al duque el puñal de Agrimundo.*)

DUQUE. (¡Rara sentencia!.....)

BADA.

(¿Qué hombre
 Es éste? ¡oh Dios!.....)

RECAR.

De prelado
 Tiene Sunna el conjurado,
 Si no el carácter, el nombre.....

Tambien su capacidad,
Su inteligencia respeto;
Hoy se halla al error sujeto,
Mas la luz de la verdad
No es nunca al ingenio extraña
— Pues la alcánza pronto ó tarde; —
Así quiero que la aguarde,
Mas no en el suelo de España.

DUQUE. Saldrá cuando luzca el día,
Y hasta África irá escoltado.

BADA. (¡ Corazon tan elevado
Ha de manchar la herejía!.....)

DUQUE. Pero, señor, son castigos
Muy ligeros los que impones,
Pues no es razon que perdones
De tan fieros enemigos
La criminal existencia.

RECAR. Si restos guardan de honor,
Duque, el castigo mayor
Reciben en mi clemencia.
Si en ellos no puede nada,
Prueba dan de ser muy viles.....
Y no ensangriento en reptiles,
De mi justicia la espada.
Contrarios más peligrosos
Y que más saña merecen,
Harta ocasion nos ofrecen
De mostrarnos poderosos.
Setenta mil combatientes
Nos llaman á la frontera.....
¡ Que acudan, con mi bandera,
A responder los valientes!

DUQUE. Fuerza será que te pida,
Cual reclaman los sucesos,
Plazo breve. De los presos
Corro á ordenar la partida.

ESCENA XIV.

RECAREDO.—BADA, y al final MAUSONA.

(*El rey, cruzándose de brazos, contempla en silencio á Bada, desde el fondo, cerca de cuya puerta se halla al dejar la escena el duque; y ella, estremecida bajo aquella mirada, hace la exclamacion con que comienza esta escena. Seguidamente se le acerca Recaredo, y le dirige los siguientes versos.*)

BADA. (¡Ah!.....)

RECAR. Como se derrumban de altas sierras

Con empuje furioso los torrentes,
 Del setentrion bajaron á estas tierras,
 Los tuyos y mis fieros ascendientes.
 Yermos los campos por sangrientas guerras,
 Desoladas doquier vieron las gentes;
 Mientras con sus selváticos bridones
 Pisaban ellos leyes y naciones.
 ¡Todo desapareció! Nada podia
 Dique oponer al ímpetu violento
 De aquella turba indómita y bravía,
 Que hizo temblar á Europa en su cimiento;
 Mas entre tanto escombros, se veia
 Del suplicio de Cristo el instrumento.....
 ¡Él sólo allí quedó..... y él fué bastante
 Para domar al bárbaro triunfante!
 ¿Y tú — que al profesar su alta doctrina,
 Deduces de milagro tan patente,
 Que por fuerza ha de ser toda divina,
 Dictada por acento omnipotente —
 Tú, en el ciego rencor que te domina,
 Venganza buscas con afán ardiente,
 Y ante el emblema del amor sagrado,
 Llevas un corazon de odio cargado?.....

BADA. (¡Oh vergüenza!.....)

RECAR.

Perdona una alma grande;

Perdona quien de Cristo la ley sigue.....
 Y no hay rudeza que el perdón no ablande;
 Ni extremos se hallan que el amor no ligue.
 Mas quien permite que su pasión mande;

- Quien no al pecado, al pecador persigue;
 Quien en cada mortal no ve un hermano;
 ¡No es magnánimo, Bada, ni es cristiano!
- BADA. Humíllame en buen hora, pues he sido
 Víctima triste de ilusion extraña,
 Y el corazon se abate confundido,
 Cuando horrible verdad lo desengaña.
 Pero tambien no pongas en olvido
 Que mentiste falaz, ¡oh rey de España!
 Y que no es noble y caballero el hombre
 Que en falso jura, bajo falso nombre.
- RECAR. Nunca en olvido puse, nunca roto
 Dejó sus juramentos Recaredo,
 Y el cumplimiento de su postrer voto
 Quiero que aguardes; ¡pero allá, en Toledo!
- BADA. Que lo pronuncias cual precepto noto,
 Y tal audacia tolerar no puedo,
 Pues no se extiende, rey, tu poderío
 A señalar el domicilio mío.
 Ni en Toledo ni aquí, nunca mis ojos
 Deben volverte á ver..... nunca, ¡es preciso!
 Pues no disculpa en tí necios antojos
 La victoria que darte el cielo quiso.
- RECAR. Reprimir te conviene esos enojos,
 Porque á Toledo irás; y aquí te aviso
 Que á par que fiel te cumpla mi promesa,
 Pena á tu crimen le impondré, princesa!
- BADA. ¡Pena á mi crimen!....
- RECAR. ¡Sí! vengarme espero
 De tu complicidad con Agrimundo.....
(Movimiento de Bada.)
 — ¡Tú misma te acusaste! — Y de ello infero
 Que te supo inspirar celo profundo.
- BADA. ¡Ah! que castigo sufro, grande y fiero,
 Bien dice el llanto, en que mi rostro inundo.....
 ¿Por qué tan presto mi ilusion amada
 — Cual niebla al sol — contemplo disipada?
 ¿Por qué no perecí cuando creía
 Que era Agrimundo el adalid de Cristo;
 Que en tí á Agrimundo el corazon veía.....

- O ántes ¡engañador! de haberte visto?.....
 ¿No era bastante la desgracia mia?
 ¿Merezco más rigor, y lo resisto?.....
 Despues de haber con mi candor jugado,
 ¿Yo la culpable soy?..... ¿Tú el agraviado?.....
- RECAR. *(Dominado un momento por su amor.)*
 ¡Bada!.....
- BADA. *(Rechazándolo.)* ¡Déjame ya, bárbaro hereje!
 ¡Hijo de Leovigildo, no imagines
 Que yo jamas de aborrecerte deje,
 Ni que mi orgullo á tu placer domines!
 Fuerza es que ya de Mérida me aleje.....
 Que huya de tí, y á incógnitos confines!
(Va á marcharse, y el rey se lo impide.)
- RECAR. ¡No lo permito!
- BADA. ¡Qué! ¿Soy prisionera?
- RECAR. ¡Sí! ¡lo estás!
(Aparece Mausona por el foro.)
- BADA. ¡Justo Dios!.....
- MAUS. *(Acercándose al rey y observando su aspecto.)*
(¡Qué faz severa!)
- RECAR. Parto al punto, prelado; diligente
 Cumple tu comision.
- MAUS. Deber es mio.
- RECAR. Otro á imponerte voy, áun más urgente.
 — Reo es de Estado la princesa.....
- BADA. *(¡Impío!.....)*
- MAUS. ¡Bada!..... ¡Qué escucho!
- RECAR. Salga prontamente
 Para Toledo—á tí te la confío;—
 Y atendido su augusto privilegio,
 La doy por cárcel mi palacio régio.

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—EL DUQUE.—NOBLES DE MÉRIDA, y UN PAJE, *que, saliendo por la puerta lateral que se supone del aposento del rey, presenta á éste el casco y la espada, que se pone Recaredo mientras habla el duque.*

RECAR. Llega, duque.

DUQUE. *(Por el fondo.)* Me siguen, rey amado,
De Mérida los nobles—que te aclaman—
Pues al saber tu riesgo, aunque pasado,
En afecto mayor por tí se inflaman.
Todos partir pretenden á tu lado;
Y dichosos se juzgan si derraman
—Para que el crimen intentado borre—
Toda la sangre que en sus venas corre.

RECAR. Gracias, súbditos fieles. Id tranquilos
—Pues yo aquel crimen recordar no quiero—
Y de esta espada trazarán los filos
La lección que reclama el extranjero.
No, nunca turbará vuestros asilos
—Bien que lo intente con orgullo fiero—
Pues por dos veces ya vueltos girones,
Sacó de nuestro suelo sus pendones.
¡Desde el cabo de Creux hasta el distante
Promontorio de Nerio, mi derecho
No ha de hallar ¡vive Dios! quien lo quebrante,
Que—de ajenas codicias á despecho—
La espada goda lo alzaré triunfante,
Reflejando banderas españolas,
De entrambos mares las opuestas olas!

(Se va Recaredo con el duque, entre los vitores de los nobles de Mérida, que le siguen, y Bada y Mausona pronuncian, mientras tanto, la última octava del acto.)

ESCENA XVI.

BADA.—MAUSONA.

MAUS. ¡Hija!..... *(Tendiéndola los brazos.)*BADA. *(Arrojándose á sus piés.)*

¡Oh padre! ¡De Dios á la presencia

Juro que me consagro á su servicio,

En ruda, interminable penitencia!

MAUS. Mas ¿cuál tu crimen es?.....

BADA. Gran sacrificio

Pide, señor, é inmolo mi existencia

Con un voto solemne.

MAUS. ¡Pierdo el juicio!.....

¿Qué hiciste, pues?.....

BADA. ¡Mi crimen verdadero

Aquí se oculta..... y castigarlo quiero!

(Llevándose una mano al corazón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon correspondiente á las habitaciones de Bada, en el palacio del rey, en Toledo. Á un lado ventanas, que se supone caen sobre la plaza; al otro puertas que conducen á cámaras interiores, y al fondo arcos practicables, que comunican aquella sala con otra más extensa del palacio. Adornan la estancia muebles de la época, entre ellos una mesa hácia la derecha del proscenio, sobre la cual se ve una cruz, á cuyos piés están esparcidas algunas flores.

ESCENA PRIMERA.

BADA.—ERMESENDA. *La primera cerca de una de las ventanas, por la cual mira, y la segunda sentada á cierta distancia, entretenida con alguna labor propia de su sexo.*

BADA. Crece, Ermesenda, el gentío
Que en esa plaza se agolpa.

ERMES. Y desde ayer, bien lo sabes,
En este alcázar se nota
Movimiento inusitado. (*Levantándose.*)
Mas ¿cómo indagar nosotras
Los ignorados motivos
Que á esas gentes alborotan,
Si hace, con hoy, cuatro días
Que el arzobispo abandona
A las pobres encerradas,
Y no vemos más personas
Que las que á servirnos entran,
Siempre mudas, siempre sordas
A las preguntas?

BADA. Tal vez
Noticias muy grandes corran
Respecto del rey de España
Y de su ejército.

ERMES. (*Mirando tambien por la ventana, de la que se acaba de apartar Bada.*) Asoma,

Con efecto, á los semblantes
Cierta expresion de zozobra.

BADA. (*Con inquietud.*)

¿Presumes, pues.....

ERMES. Que ha sufrido

Recaredo una derrota.

BADA. ¡Cielos! ¿qué has dicho?

ERMES. Sacó

De Mérida fuerza poca,
Pues harto precipitada
Fué su salida, y ahora
Juzgo probable que pague
Temeridad tan notoria.

BADA. (*Con enojo.*)

¡Cállate, profeta infausto,
Que parece que te gozas
En predecirme desastres!

ERMES. ¿A tí?.....

BADA. (*Con turbacion.*) No..... pero..... no es propia

La dureza en la mujer,
Ni en una buena católica.

ERMES. ¡Qué escucho! ¿tú me acriminas

Porque no sienta gran cosa
Desventuras del tirano
Que aquí injusto te aprisiona,
Atribuyéndote crímenes
Que con alma rigurosa
Te ha prometido juzgar?

BADA. (¡Ah!.....)

ERMES. Tal mudanza me asombra.

De tu estirpe el enemigo;
Quien de un reino te despoja;
Quien profesa secta impía;
Quien te acusa y quien te odia,
¿No es ya el rey? ¿Por qué prodigio
Benigna te hallo, señora,
Con aquel de cuya sangre
Tuviste sed rencorosa?

BADA. ¡ Oh bárbara! ¡ cesa! ¡ cesa!
 ¿ No ves que mi alma destrozas?
 ¿ No te han dicho tantos días
 Pasados entre congojas,
 Y tantas noches sin sueño,
 Y tantas precés devotas,
 Ante esa cruz exhaladas
 Entre lágrimas..... que aún brotan
 De estos ojos, encendidos
 Por fiebre devoradora.....
 No te han dicho, ¡ oh Ermesenda,
 Con qué poder lucho á solas?

ERMES.

BADA.

¡ Sí! no me ha bastado
 Buscar defensa y custodia
 En juramento solemne,
 Que mata esperanzas locas.....
 No me basta recordar
 De ese hombre la sangre goda,
 Ni que hay de la sueva un río
 Entre él y yo, que me ahoga.
 No me basta el condenarle
 Cual torpe hereje, que encomia
 De Cristo la ley divina
 Y á la blasfemia corona.....
 No me basta hallarme aquí,
 Aguardando que me imponga
 Los rigurosos castigos
 Que él mismo anunciarme osa,
 Y ver que clemente siempre,
 Sólo en mi daño se encona.....
 Pues á pesar de la fuerza
 De causas tan poderosas,
 Mientras le execran los labios,
 El pecho, amiga, le adora.

ERMES.

BADA.

A las plantas
 Me he postrado de Mausona,
 Confesándole contrita
 Esta locura espantosa;

- Y hoy á tí te la revelo
 — Aunque mi faz se sonroja —
 Para que tambien le pidas
 Por mí á Dios misericordia.
- ERMES. ¡ Oh! ¡ sí! ¡ vén, hija adorada!
 Tu corazon desahoga (*Abrazándola.*)
 En este seno de madre.....
 Sin rubor, sin miedo llora.....
 Que juntas luégo alzarémos
 Nuestras preces fervorosas.
- BADA. ¿ No me desprecias al verme
 Tan humillada..... tan otra
 De lo que he sido?.....
- ERMES. Al contrario;
 Te admiro al saber que heroica
 Le has opuesto á tu pasion
 Un dique que jamas rompa,
 En ese voto sagrado,
 Que el dulce nombre de esposa
 Para siempre te prohíbe.
- BADA. No es renuncia meritoria,
 ¡ Oh Ermesenda! pues ¿ qué hombre
 Existe, en la tierra toda,
 Al que aceptar ya pudiera
 Este pecho, en que desborda
 El amor loco, imposible,
 Que ni esperanza remota
 Puede soñar en el mundo?
- ERMES. Pues bien, pena expiatoria
 Tiene en su misma desgracia,
 Y así la culpa se borra.
- BADA. ¡ Oh nodriza!
- ERMES. Sí; sosiega
 Tu corazon; Dios perdona
 Las flaquezas que se gimen.
 ¿ Quién sabe, ademas, si pronta
 No te tiene mayor pena;
 Ya en noticias dolorosas
 De desastres del que amas;
 O ya en su misma victoria,

Que envanecido y soberbio
Aquí le traiga, en mal hora,
Para manchar sus laureles
Con una venganza odiosa?
Pluguiese á Dios que.....

BADA.

ERMES.

¡Silencio!

Se acerca alguno; recobra
Tu dignidad y entereza.

ESCENA II.

LAS MISMAS, y VITERICO *por el fondo.*

BADA.

(En ademán de irse.)

¡Viterico aquí!.....

VITER.

No corras

Para evitar mi presencia.....
Fuerza es, Bada, que me oigas,
Siquiera por un instante.

BADA.

¡No! ¡nunca! ¡Sal sin demora!

VITER.

¿Sin saber á lo que vengo?.....

¡Bien! *(En ademán de irse.)*

ERMES.

(Bajo á Bada.) Regresa de Narbona,
Adonde fué con el duque.

BADA.

¡Aguarda! *(Á Viterico.)*

VITER.

¿Qué? *(Deteniéndose.)*

BADA.

Mi memoria

Quiere olvidar lo pasado.

VITER.

(Con alegría.)

¡Ah! ¡sí! ¡sí!.....

BADA.

¿Vienes ahora

Del campamento real?

VITER.

(Con ufania.)

Mi espada en él ganó honra.

BADA.

Y..... ¿qué víctimas lamenta

La España?

VITER.

Como amontona

Su cosecha el labrador,
La muerte la suya acopia,
Y quizás tan grande y rica

Jamas ninguna recoja.

BADA. ¡Luego el combate fué horrendo!
Mas ¿las huestes españolas.....

VITER. Nunca, oh Bada, tanta sangre
Dejó las campiñas rojas.....
Nunca en desigual pelea,
Con bravura tan indómita
Se opuso á la fuerza ruda
La constancia generosa.
Yo he visto del claro día
Trocarse la luz en sombra,
Y entre el polvo del combate
Sucederse — cual las olas
Del mar, en borrasca fiera, —
Muchedumbre belicosa,
Que al grito de *Francia y guerra*,
Que las comarcas asorda,
Sobre nosotros caía
Como al valle se desploman
Las nieves del Pirineo
En corrientes destructoras!
Yo he visto.....

BADA. (*Con irreprimible ansiedad.*)

¿Y el rey?.....

VITER. ¡El rey!.....

¡A Dios pluguiese, señora,
Que allá no hubiera ganado
Nuevos timbres, que hoy le adornan!
¿Victoria obtuvo?.....

BADA.

VITER. ¡La obtuvo
Completa, grande, gloriosa!.....

La aplaudió allá mi ardimiento,
Y aquí mi amor la deplora.

ERMES. Pues ¿qué desdicha la amarga?

BADA. ¿Fué herido el rey?

VITER. Con gran pompa

Ya hizo su entrada en Toledo,
A par del duque, que dobla
Tambien sus marciales timbres.
Solemne convocatoria

Ya reunidas tenía
 A las dignidades todas
 De la Iglesia, y un concilio
 — Cuyo designio aún se ignora —
 Debe abrirse en este instante,
 En que el destino me otorga
 La dicha de verte. Vuelan,
 Pasando de boca en boca,
 Mil estupendas noticias
 Que el pueblo adivina ó forja;
 Pero á mí lo que me inquieta,
 Me confunde, me trastorna,
 Es saber que estás cautiva;
 Que graves cargos te agobian;
 Y que el rey — que se me dijo,
 Quizás por escarnio y mofa,
 Que á tu beldad se rendía —
 Mostrando pecho de roca,
 Con tu flaqueza se ensaña,
 Y así su fama desdora.

ERMES.

¡ Oh cielos!.....

VITER.

Todos lo anuncian,

Y el duque me comisiona
 Para decirte que hoy mismo
 La pena que se te imponga
 Vas á saber.

ERMES.

¿ Y no existe

¡ Justo Dios! quien nos socorra?

BADA.

Morir sabré.

VITER.

¡ No, princesa!

Su sangre, gota por gota,
 Dará gozoso en tu obsequio
 El amante que se arroja
 A tus plantas, suplicando
 Que de su vida dispongas. (*Doblando la rodilla.*)

ERMES.

¡ Oh! ¡ sí! salvarla es preciso
 Sin tardanza.

VITER.

A mí me toca

Esa ventura, si aceptas
 Mi auxilio, ¡ oh Bada!

BADA.

No postra

Mi corazon miedo alguno;

¡Valor y fuerzas me sobran!

(Se retira Bada de la escena por una puerta de la izquierda, dejando á Viterico de rodillas. Él se levanta entónces despechado.)

ESCENA III.

VITERICO Y ERMESEDA.

ERMES. ¡Ah!.....

VITER. (Siguiendo á Bada con la vista.)

¡De tus rigores fieros

Harto la medida colmas!

ERMES. Perdónale á su amargura.....

VITER. ¡No! ¡mi paciencia se agota!

Pues mis auxilios desprecia

Y mi presencia la enoja,

Quiero ver cómo las iras

De un rey tirano soporta.

—¡Él viene!

ERMES. ¡Cielos!

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—RECAREDO, y luego BADA.

RECAR. (Al entrar por el foro.) (¡Oh instante
Tan anhelado!)

ERMES. (A Viterico.) (Faz torva
No le encuentro.) Si te dignas (Al rey.)
Permitirme que conozca
Tu voluntad.....

RECAR. ¿La princesa?.....

ERMES. Vendrá al punto. (Que Dios ponga
Prudencia en su pecho.) (Se va por donde ántes Bada.)

RECAR. (A Viterico.) Al duque

Dile que noticias prontas

Traiga aquí de cuanto ocurra.

(Saluda Viterico, y se marcha por el foro.)

ESCENA V.
RECAREDO.

Pues ya conoce Mausona
Mis más íntimos secretos,
Si aquí consigo victoria
Mi dicha veré cumplida,
Ántes que su luz esconda
Ese sol que ufano alumbra
De España la nueva gloria.
Mi dulce enemiga llega.....
¡Oh amor, tu grito sofoca!

ESCENA VI.
RECAREDO. — BADA.

BADA. *(Al salir á la escena.)*
¡Pecho, encubre tu flaqueza!)
Si á su mísera cautiva, *(Acercándose.)*
Con cólera vengativa
Quiere juzgar tu grandeza,
Aquí estoy.

RECAR. Dictó, señora,
Ya mi justicia su fallo.

BADA. Dispuesta á todo me hallo;
Pronúncialo sin demora.

RECAR. Te prevengo que humillada
Tu soberbia vas á ver.

BADA. Desafío á tu poder.

RECAR. ¿Nada te rinde?

BADA. ¡No! ¡nada!

RECAR. Quiero adquirir evidencia
De ese inflexible teson.

BADA. A prueba su fuerza pon.

RECAR. ¡Pues bien! ¡toma la sentencia! *(Le da un escrito.)*

BADA. *(Leyendo con voz más y más conmovida y con creciente asombro.)*

«Yo, Flavio Recaredo, rey de España, dando anatema al ominoso Arrio, ofrezco á Dios, por los santos prelados reunidos en el gran concilio de Toledo, esta ínclita nacion, apartada hasta hoy de la verdadera única Iglesia católica, á la que sincera é irrevocablemente nos unimos, por la igualdad de la fe que tenemos en el corazon, confesamos con los labios, y sostendrémos, con la ayuda de Dios, por todo el mundo.»

¡Ah!..... *(Representando.)*

RECAR. *(Señalando su firma al pié del escrito.)*

Suscrito por mi mano.

BADA. ¿No es un sueño?.....

RECAR. ¡No, princesa!

¡Así cumplo mi promesa
Y así se venga el cristiano!

BADA. ¡Oh gran rey! ¡Oh alma sublime!

¡Tú triunfas! ¡sí! lo confieso,
Rendida bajo del peso
De admiracion que me oprime.

RECAR. Si es así, para este escrito
— Que me alcanza gozo tanto,
Y aguarda concilio santo, —
Yo otra firma necesito.

BADA. ¡Otra firma!

RECAR. ¡Sí! ¡sí! ¡Bada!

¡Que su corona esplendente
Mire hoy brillar en tu frente
La España regenerada!

BADA. ¡Ah!..... ¡qué dices!

RECAR. ¡Que te adoro!

Y que ingrato fuera el cielo
Si le negára á mi celo
La recompensa que imploro.

BADA. ¡Cesa, señor, por piedad!
Demandas un imposible.

RECAR. ¡Qué escucho!

BADA. *(¡Tormento horrible!)*

RECAR. ¿Luego no es, Bada, verdad

Lo que has dicho, y he creído
Con insensato candor?.....

¿Luego vive tu rencor,
Y aún te soy aborrecido?

BADA. ¿Yo aborrecerte?..... Ojalá
¡Oh ciego! cual dices fuera;
Ojalá la vez primera
Que vi tu rostro..... Mas ¡ah!.....
¿Qué ganára con no verte,
Si el alma te adivinaba,
Y —aunque sin nombre— te amaba
Mucho ántes de conocerte?.....

RECAR. (*Con alborozo.*)

¡Me amabas!.....

BADA. ¡Llega á esta cruz!.....
Pregúntale cuántas veces,
Por tí elevando mis preces,
Me halló del alba la luz.

RECAR. ¡Mi bien!

BADA. Mas si el corazón
Sobrado tu anhelo escucha,
No ha de quedar en la lucha,
Muda, inerme la razón.
De dos razas enemigas
Nos hizo el cielo nacer,
Y no hay humano poder
Que las confunda.

RECAR. No digas
¡Oh mi amor! sentencia insana;
Que todo el tiempo lo muda,
Y Dios con su ley anuda
La inmensa familia humana.

BADA. De tu padre el negro encono
Me deshonró al padre mío.....
Y de sangre sueva un río,
Miro circundar tu trono.

RECAR. (*Con entusiasmo.*)

¡Yo otra sangre viendo estoy
Que del Gólgota desciende,
Que en amor todo lo enciende,

- Y por amor triunfa hoy!
 ¡Ya no hay suevos, ya no hay godos,
 Sino españoles, cristianos!.....
 ¡Pues todos somos hermanos,
 Y somos un pueblo todos!
- BADA. ¡Recaredo!.....
- RECAR. ¡Bada mia!
 No resistas; quiere Dios
 Que ejemplo demos los dos
 De santa union este dia.
- BADA. ¡Ah! ¡no! ¡no! que ese Dios mismo
 Para siempre nos separa,
 Y con luz funesta aclara
 De mi infortunio el abismo.
- RECAR. ¿Qué estás diciendo?.....
- BADA. Es forzoso
 Que todo lo sepas ya.
- RECAR. ¡Habla, que sufriendo está
 Mi alma suplicio espantoso!
- BADA. Pues bien, sabe que, acosada
 Por este infeliz amor,
 Busqué asilo en el Señor.....
- RECAR. ¿Cómo?..... ¡qué!
- BADA. Y estoy ligada
 Con santo y eterno voto.
- RECAR. ¡Ah! ¡no es posible!..... fué un sueño.....
 Fué delirio el loco empeño.....
- BADA. (*Con resolucion.*)
 ¡Jamás por mí será roto!
- RECAR. (*Con desesperacion.*)
 ¡Tirana!.....
- BADA. (*Arrojándose de rodillas á los piés de la cruz.*)
 ¡Valor infunde,
 Jesus mio, al corazon!.....
- RECAR. ¡Yo he sido su campeon,
 Y él me derrota.... él me hunde!

ESCENA VII.
LOS MISMOS, y EL DUQUE.

DUQUE. ¡ Señor! cumpliendo obediente
Tu mandato; vengo á darte
Noticias que han de alegrarte.

RECAR. ¡ Habla!

DUQUE. Con temor creciente
He mirado — no lo oculto —
Aproximarse este día,
Que á tan vasta monarquía
Le impone unidad de culto.
Mas ¡cuál me alegro al notar
Que el bien grande que te debe,
Cual la nobleza, la plebe
Sabe sentir y apreciar!.....
De cada plaza el espacio
Llena la gente, que fluye
Por todas partes, y obstruye
Los atrios de tu palacio.
Allí, besando tus huellas,
Se ven con ledos semblantes,
Ancianos, mozos, infantes,
Esposas, viudas, doncellas.
Se juntan allí, y según
Se encuentran, se dan las manos,
Godos; suevos y romanos,
Que hermana un gozo comun.....
Allí, gran rey, se confunden
Ricos trajes, pobres sayos.....
Y el sol, al lanzar sus rayos
— Que nueva vida difunden —
Sobre aquel cuadro grandioso,
Envuelve á par con su luz
Del monje el pardo capuz,
Los timbres del poderoso,
El pellico del pastor,
La cimera del guerrero,

La alforja del pordiosero
Y el biello del labrador.

RECAR. *(Volviendo los ojos hácia donde está Bada, la cual, de rodillas cuando aparece el duque, va levantándose lentamente extasiada con el relato que escucha, pintándose en su rostro los vivos afectos de su corazón.)*

DUQUE. ¡Cuán dulce pudiera ser
Tal instante al pecho mio!
De súbito entre el gentío
Acaba de aparecer
A nuestra vista un anciano,
De aspecto noble, imponente,
Cuya vasta y grave frente
Corona el cabello cano.
En todo su rostro brilla
De entusiasmo fuego santo,
Y baja plácido llanto
A humedecer su mejilla.
Mas cuando no sé qué acento
Allí su nombre articula,
Por el concurso circula
Eléctrico movimiento;
Y acoge inmenso clamor
— Que aún vuelve el eco lejano —
De Teodosia al digno hermano,
De Sevilla al buen pastor.

RECAR. ¡Leandro!

DUQUE. ¡Sí!..... ya el concilio
Lo proclama su lumbrera,
Y feliz se considera
Con alcanzar tal auxilio,
Cuando en el orco va á hundirse
El ya destronado cisma.

RECAR. Por su mano, el sacro crisma
Debe mi cabeza ungir.

DUQUE. Ya se halla con esplendor
La ceremonia dispuesta,
Y todo el pueblo se apresta
A darte escolta, señor.

RECAR. ¡Entre el pueblo! ¡llegue á mí!

Que al punto queden abiertas
De este palacio las puertas.
DUQUE. Voy á mandar se haga así.

ESCENA VIII.

RECAREDO.—BADA.

BADA. (*Acercándose á Recaredo con profunda emocion.*)

Ántes, gran rey, es preciso
Que yo deje tu morada.....
Y aunque en mi llanto anegada,
Te pido pronto permiso.

RECAR. ¡Oh Dios! ¿no hay, pues, esperanza?.....

BADA. Ninguna para esta triste;
Mas derecho á tí te asiste
De conseguir bienandanza.
Sé siempre grande, cual hoy
Te contemplo y te bendigo.....
Mientras yo mi suerte sigo,
Y á buscar refugio voy
Junto al sepulcro que encierra
A la autora de mis días.....
Pues son sus cenizas frías
Mi solo bien en la tierra.

RECAR. ¡Ah! como yo, esos despojos
Quedan por tí abandonados,
Y sólo serán regados
Con lágrimas de mis ojos.

BADA. ¡Cómo!..... ¿mi madre.....

RECAR. ¡Reposa
Ya en régia tumba en Toledo!

BADA. ¿Mi madre?..... ¡oh Dios! — ¡Recaredo!.....

(*Yendo con movimiento irreprimible á besarle la mano.*)

RECAR. ¿Qué haces? ¡qué haces!

BADA. No tu esposa

Merezco, ni puedo ser;
Pero tu esclava me has hecho,
Y á arrancarte de este pecho
No alcanza ningun poder!

- RECAR. (*Enlazándola en sus brazos.*)
 ¿Y me abandonas?.....
- BADA. (*Rechazándolo, con espanto de sus propios sentimientos.*)
 ¡Oh! ¡sí!
 ¡Déjame—lo manda el cielo—
 Morir en extraño suelo,
 Distante de ella..... y de tí!
- RECAR. ¡Bada!.....
- BADA. (*En ademan de irse.*) ¡Adios!..... ¡La soledad
 Logre acallar mi conciencia!
- RECAR. ¿Burla así la Providencia
 Mi amor, mi fe?.....

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—MAUSONA, y despues EL DUQUE,
 á quien sigue numeroso pueblo.

- MAUS. (*Entrando y haciendo con un ademan que se detenga Bada.*)
 ¡No es verdad!
 De esa fe debeis los dos
 A España ejemplo eminente,
 Y anula un voto imprudente
 La Iglesia, en nombre de Dios!
 (*Alarga á Bada un escrito.*)
- RECAR. ¡Qué escucho! (*Regocijado.*)
- BADA. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Ah!! ¡Bendito sea!
- DUQUE. (*Entrando precipitadamente, seguido del pueblo.*)
 ¡El templo aguarda, gran rey!
- MAUS. ¡Y la católica grey
 Ya enciende la nupcial tea!
- RECAR. (*Tomando á Bada por la mano.*)
 ¡Corramos, pues, al altar,
 Y á este ángel reciba el sólio,
 Pues ferviente, de ella al par,
 Quiero mi frente humillar
 Al cristiano capitolio!
- PUEBLO. ¡Viva el rey!
- RECAR. (*Con entusiasmo.*) ¡Oh gran nacion!

De católica el renombre
Tienes desde hoy por blason,
Coronando tu pendon
Esta enseña del Dios-Hombre.

(Tomando la cruz, ó señalándola.)

Para arrancárselo invente
El infierno nuevo ardid;
Que hallará un pueblo valiente,
Que el noble timbre sustente
Con largos siglos de lid.....
Y acaso en tiempo distante
—¡Me lo anuncia el corazon!—
Alcances por galardón
Clavar esta cruz triunfante
En incógnita region!

FIN DEL DRAMA.

SAUL,

DRAMA BÍBLICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

ADVERTENCIA Ó PRÓLOGO

ESCRITO POR LA AUTORA CON MOTIVO DE LEERSE SU DRAMA
Á PRESENCIA DE LOS SOCIOS DE LA SECCION DE LITERATURA
DEL LICEO DE MADRID, EN EL AÑO DE 1846.

Señores: ántes de resolverme á someter al fallo del público el drama biblico titulado *Saul* (que os dignais venir á escuchar cuando acaba de salir, incorrecto, de mi poco experta pluma), he deseado ardientemente presentároslo, y peditos la franca manifestacion de vuestro juicio respecto á él, como nueva señal de la benevolencia que siempre habeis dispensado á mis humildes ensayos literarios, recompensados recientemente por vosotros con la más alta y honorífica distincion que puede ambicionar el poeta.

Mucho tiempo ántes de que me resolviese á probar mis fuerzas en obras del género de la presente, —y cuando aún no me habia atrevido siquiera á dar publicidad á mis ensayos de poesía lírica, — me detenía con frecuencia leyendo las Santas Escrituras, en las páginas dedicadas al primer monarca israelita, pareciendome magnífico personaje para un drama. En efecto, el orgullo, que habia cerrado las puertas de la gloria á una inteligencia celeste; el orgullo, que habia abierto las de los dominios del hombre á la inexorable muerte; el orgullo era aquel espíritu maligno posesionado del alma de Saul, y ninguna pasion me parece más fuerte, más infausta, más capaz de excitar los afectos de terror y de piedad que exige la tragedia.

Así lo creía miéntras estudiaba, sin atreverme á tratarlo, este grande argumento biblico, y adquirí de ello absoluta certeza

cuando una feliz casualidad hizo — más tarde — que llegasen á mis manos el *Saul* de Alfieri, y otra tragedia de igual título, debida á la pluma de Mr. Soumet. Sin tratar de establecer cotejo entre estas dos producciones — porque nada hay, en mi concepto, que pueda ser comparable á la sublime sencillez del poeta italiano — admiré en la del frances bellezas superiores á las que me prometia encontrar, en vista de la escasa celebridad de que goza. La grandeza del asunto elevaba al autor más allá de su propio talento, y tanto me agradó su composicion, á pesar de adolecer de defectos, que comencé á traducirla en verso; teniendo ya bastante adelantado aquel trabajo, cuando lo abandoné para emprender el más arduo de escribir otro drama original. *Alfonso Munio* vió, en efecto, la luz; poco despues *El Príncipe de Viana*; y hasta *Egilona* (1) bullia ya en mi mente, ántes de que me hubiese determinado á fijar de nuevo la atencion en el argumento bíblico. Sin embargo, pensaba en él muchas veces, y las instancias de algunos amigos — á quienes habia leído mi comenzada traduccion — me animaron, por fin, si no á terminarla, á escribir otra tragedia sobre aquel asunto, aprovechando algunas de las bellezas de las dos que tenía á la vista, y evitando, en cuanto me fuera posible, los inconvenientes que para su ejecucion en nuestro teatro habia notado en ambas.

Vosotros vais á juzgar la obra escrita con aquel objeto, señores socios de la seccion de Literatura; y ántes de que me ilustréis con vuestro voto, creo deber manifestaros cuál es mi propia opinion respecto á ella. Declaro, pues, que no la creo destinada á conseguir grande éxito ni rápida popularidad, cualquiera que sean las dificultades vencidas, lo dramático del argumento, el in-

(1) El drama *Egilona* — escrito en tres dias y cuando era víctima de una afeccion nerviosa, que debilitaba mi cerebro — no se halla en esta coleccion, por juzgarlo indigno del trabajo de una reforma, á pesar de la indulgencia con que lo acogió el público al representarse el año de 1845.

terés de algunas de sus situaciones, y aún diré la dignidad y elevación de los caracteres de sus personajes.

Saul no es una creación, es un drama real, severo, religioso; en el que no representa sino secundario papel la pasión amorosa; en el que no se hacían peripecias violentas ni se ostentan adornos postizos, excluidos por la gravedad de su asunto; es un drama, en fin, *sin alteración considerable de la verdad bíblica*. No sé si con acierto ó sin él, me he apartado de la sencillez del plan adoptado por Alfieri, y de su rigurosa sujeción á las reglas clásicas. Comprendiendo que no era dable igualarle en majestad, quise por lo ménos prestar á mi obra más movimiento, más *drama* por decirlo así. Alfieri emplea los cinco actos de su bella tragedia sólo en poner en acción á Saul durante las últimas horas de su vida; privándose, por su excesivo respeto á la unidad de tiempo y de lugar, de algunas situaciones buenas, que le brindaba la historia de su protagonista. Soumet, por su parte, queriendo salvar este inconveniente sin infringir el precepto, se vió forzado á alterar hechos y á cometer anacronismos, á fin de aglomerar en el breve tiempo y espacio que le concedían las reglas horacianas, sucesos que llenaron muchos años.

Mi *Saul*, pues, se diferencia de las dos obras de igual título que tengo citadas, en cuanto á que — renunciando á la severa observancia de las unidades — abraza un período mucho mayor de la vida del protagonista común, á quien yo tomo desde el momento en que, llegando al apogeo de su gloria y de su orgullo, atrae sobre su cabeza la reprobación divina, y no lo dejó sino cuando sucumbe á la suprema voluntad, que cumple sus designios con majestuosa calma y por maravillosas vías.

No me he curado, á la verdad, de hacer comprender el tiempo que transcurre, y aún he procurado que los intervalos aparezcan de tal modo, que más bien se tomen por días que por años los comprendidos en la tragedia; mas creo, sin embargo, no haber vencido escasas dificultades al conservar el orden cronológico de

los hechos. Puedo decir, pues, que mi Saul es más rigurosamente histórico que el de Soumet, y más dramático que el de Alfieri, sin que por ello presuma vanidosamente que alcance á superarlos y ni siquiera á igualarlos en mérito literario. Añado, además, que comprendiendo que era imposible hacer una obra que mereciera en todo rigor el título de *original*—fundándose en asunto tan conocido, como por su naturaleza inalterable,—no me he apartado tanto de aquellos modelos que no pudiese cobrar tributo alguna vez de los tesoros de ambos.

Después de estas manifestaciones, no necesito deciros, señores, que á pesar de la desconfianza que he expresado respecto al éxito de mi obra cuando aparezca en la escena, y aún cuando no llegue jamás á alcanzar los honores de la representación (porque no se me oculta el pavor que debe infundir en las empresas una *tragedia bíblica*), siempre juzgaré mi trabajo suficientemente recompensado, y quedará satisfecha mi ambición, si vosotros la conceptuais merecedora del lisonjero interés con que os habeis apresurado á acudir á su lectura.

Madrid, Marzo de 1846.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

NOTA. La autora, que conservó tres años esta tragedia sin hacerla imprimir ni ejecutar—no obstante el favorable voto que obtuvo de los literatos del Liceo—la corrigió, en 1849, para presentarla al Teatro Español, inaugurado dicho año, y la unánime aprobación que mereció de los señores que componían la Junta censora de dicho teatro, acabó de decidirla á someterla á la prueba de la escena; confiando su desempeño á la excelente compañía dramática en que se reunían entónces los artistas de superior reputación que brillaban en la corte. El éxito de la obra, sin embargo, si bien feliz, no fué tan ruidoso y brillante como

el obtenido por *Munio*, y ni aún se igualó con el del *Príncipe de Viana*.

Posteriormente ha sido tambien retocado el *Saul*, abreviándosele, y en concepto de la autora prestándosele mayor movimiento. Por facilitar la representacion fué suprimido desde el año de 49 el personaje de Abiathar, prefiriéndose la inexactitud histórica de suponer á Achimelech sobreviviendo á la destruccion de la familia sacerdotal, en vez de su hijo Abiathar, que fué el que realmente escapó de ella y le sucedió en el pontificado.

PERSONAJES.

ACTORES.

MICOL, <i>hija de Saul</i>	SRA. D. ^a T. LAMADRID.
SELA, <i>amiga de Micol</i>	SRTA. NORIEGA.
LA PITONISA DE ENDOR. . .	SRA. D. ^a B. LAMADRID.
SAUL, <i>rey de Israel</i>	SR. D. J. VALERO.
DAVID.	SR. D. JOAQUIN ARJONA.
JONATHÁS, <i>hijo de Saul</i>	SR. LUMBRERAS.
SAMUEL, <i>profeta</i>	SR. CALVO.
ACHIMELECH, <i>sumo sacerdote</i> . .	SR. PIZARROSO.
ABNER, <i>caudillo de Israel</i>	SR. SOBRADO.
UN LABRADOR DE RAMA. . . .	SR. ALVERÁ.
UN ANCIANO DE ISRAEL. . . .	SR. PEREZ.
UN JEFE DE TRIBU.	SR. ALISEDO.
UN GUERRERO.	SR. PARDIÑAS.

AGAG, *rey de Amalec* : *personaje mudo*.

SACERDOTES, LEVITAS, GUERREROS, VÍRGENES Y PUEBLO.

SAUL.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una plaza de la ciudad de Gálgala; hácia la izquierda se ve el Tabernáculo, cuyas puertas están abiertas. Es el momento en que los primeros albores del alba empiezan á disipar las sombras de la noche. (Siempre que se indiquen *derecha* ó *izquierda*, es con referencia al actor.)

ESCENA PRIMERA.

SAMUEL. — ACHIMELECH.

(Samuel sale á la escena, por la derecha, inmediatamente que se alza el telon, y se adelanta hácia el Tabernáculo, en cuyo umbral aparece Achimelech, ornado de todas las insignias pontificales.)

SAMUEL. ¿Por qué, si apenas las nocturnas sombras
La tibia aurora á disipar comienza,
Del templo del Señor patentes veo
Con pompa grave las sagradas puertas?
¿Por qué del pueblo las alegres voces
En las plazas de Gálgala resuenan,
Y del Éfod augusto revestido
El sumo sacerdote aquí se encuentra?

ACHIM. *(Que ha descendido á la plaza mientras habla Samuel.)*
¿Es posible que ignore todavía
La gloria de Sion su gran profeta?
¿No sabes ¡oh Samuel! que, vencedores
Del fiero Amalecita en la pelea,
A ofrecer al Señor víctimas puras
Los hijos de Israel aquí se acercan?

El rey Saul obedeció al acento
 Con que de Dios la voluntad suprema
 Tu labio le anunció; cual ordenaste,
 Al idólatra audaz llevó la guerra,
 Y del terrible Agag su fuerte brazo
 Postró en el polvo la cerviz soberbia.

SAMUEL. Contra ese monstruo y su ominosa raza
 Jehovah pronunció grave sentencia.
 Yo su voz escuché:—«Samuel, me dijo,
 Bien cual del campo ponzoñosa yerba,
 La corrompida gente Amalecita,
 Del suelo que oprimió desaparezca.
 Cumpla Saul de mi justicia el fallo;
 Yo la victoria fijaré en su diestra....
 Mas ¡ay de aquel que toque, codicioso,
 Del maldecido la letal riqueza!.....
 ¡Ay del que llegue á las divinas aras
 Con holocaustos que su Dios condena!.....
 Ni escasa gota de la impura sangre
 En vuestras manos conserveis impresa;
 No traigais á Israel ni el leve polvo
 Que vuestros piés tomaren en sus tierras»
 Así habló Jehovah, y así mis labios
 Lo expresaron al rey.

ACHIM. De su obediencia
 Victorias mil alcanzará por premio;
 Que es grande de Saul la fortaleza,
 Y grande la virtud.

(Grupos del pueblo atraviesan por el fondo.)

SAMUEL. ¡Dios solo juzga!

ACHIM. ¡Dios, que del alma en lo interior penetra!
 ¡Mira! esperando al triunfador monarca,
 Todo el pueblo se agita con faz leda.
 Te suplico me sigas al santuario,
 Profeta del Señor; pues que la ofrenda
 Preparan sacerdotes y levitas,
 Y se aproxima el punto de ofrecerla.

SAMUEL. Aún no es llegada, Achimelech, mi hora.....
 La voluntad de Dios de aquí me aleja.....
 ¡Ay del que mira aparecer el día,

- Y en lobreguez su corazon conserva!
- ACHIM. ¿Qué quieres indicar con tales voces,
Si és que sentido misterioso encierran?
- SAMUEL. Corre ¡oh Achimelech! corre á las aras,
Y al Rey de reyes prosternado ruega
Por el triste Saul.
- ACHIM. ¿Ha muerto acaso?
¡Dilo pronto, Samuel!
- SAMUEL. ¡Dichoso fuera
Si ántes de coronarle la victoria,
Bajado hubiese á la callada huesa! (*Se va.*)
- ACHIM. ¡Qué enigma, santo Dios!..... Mi alma se turba.....
Mas que el alegre pueblo no lo advierta;
Pues de Sion las vírgenes—con flores
Que el alba, al despuntar, cuajó de perlas—
Vienen á ornar el pórtico sagrado
Para la augusta religiosa fiesta.
¡Dígnese el cielo, perdonando culpas,
Los votos acoger de la inocencia!

(*Entra en el Tabernáculo, y al mismo instante aparecen por el lado opuesto Micol y Sela, seguidas de algunas otras vírgenes, que traen flores.*)

ESCENA II.

MICOL y SELA, *que tambien conduce en las manos un canastillo con guirnaldas. VÍRGENES que las siguen.*

- SELA. Vén, querida Micol; te corresponde,
Como hija de Saul, ser la primera
En adornar gozosa con guirnaldas
La casa del Señor, que ya está abierta.
- MICOL. Dámelas pronto, sí; que en este día
De excelso triunfo y de ventura inmensa,
Nuestro primer amor, nuestro homenaje
Para el gran Dios de nuestros padres sea.

(*Toma una guirnalda y se adelanta hácia el Tabernáculo. En el mismo instante preludia David en el arpa, desde dentro, á espaldas del santuario, una música dulce y grave á la par. Micol se detiene, escuchando suspensa.*)

- SELA. (*A las vírgenes, siguiendo á Micol.*)
Vamos todas tambien.
- MICOL. ¡ Ah!..... ¡ Qué armonía
Dulce y sublime al par! (*Pausa.*) Querida Sela,
¿ Pulsan querubes, nuestro suelo hollando,
De arpas celestes misteriosas cuerdas?
- SELA. Voy á mirar; aguarda.
(*Se adelanta hácia el lado del Tabernáculo.*)
- MICOL. Mis sentidos,
Todo mi sér se arroba y embelesa.
- SELA. (*Volviendo.*)
Es un jóven pastor de nuestros campos,
Cuyo talento musical ponderan
Cuantos le han escuchado; pues se dice
Que al són de su arpa los dolores cesan,
Y que huyen los espíritus malignos
Del infeliz mortal en quien se albergan.
- MICOL. ¿ Y es su nombre?.....
- SELA. David.—Gran muchedumbre,
Próxima al templo, ufana le rodea,
Preparada á ensayar los bellos himnos
Que en alabanza del Señor la enseña
El inspirado jóven.
- MICOL. ¡ Calla!..... ¡ calla!.....
(*Preludia más fuerte David, y en seguida comienza el canto.*)
- Pienso que va á cantar.
- SELA. Atencion presta.

CANTO DE DAVID, COREADO.

VOZ QUE SE SUPONE DE DAVID.

¡ Gloria al Rey sacrosanto
Que tiene las estrellas por alfombra,
La inmensidad por manto,
La luz del sol por sombra!

CORO DEL PUEBLO.

¡ Gloria, gloria al Monarca
Cuya mirada al universo abarca!

VOZ DE DAVID.

Le sirven los querubés,
Y sus agentes son los elementos,
Sus carrozas las nubes,
Sus corceles los vientos.

CORO.

¡Gloria, gloria al Monarca
Cuya mirada al universo abarca!

MICOL. (*Al cesar la música.*)

¡Oh encanto sin igual!.... Yo quiero al punto
Ver al cantor insigne....

SELA. ¡Tente! llega

Ya el santuario á adorar.

MICOL. (¡Cielos! ¡qué extraña,
Qué invencible emoción!)

ESCENA III.

LAS MISMAS.—DAVID. *Luego, á la llegada del ejército, HOMBRES
DEL PUEBLO, que le preceden, y pondrán en el atrio del Tabernáculo
el arpa del salmista.*

SELA. (*Á David, acercándosele.*) En la presencia
Te hallas, David, de aquella cuyo padre
Con jubiloso afán el pueblo espera.

MICOL. (*Su mirada fascina.*)

DAVID. (*Acercándose con timidez y emoción.*) Mi respeto
Dígnate recibir, noble princesa.

(*Al inclinarse David, Micol, turbada más y más, deja caer á los pies del
jóven la guirnalda que tiene en las manos.*)

MICOL. ¡Ah!....

SELA. La guirnalda que al Señor destinas
Has dejado caer.

DAVID. (*Levantándola y presentándola á Micol.*)

Permite....

MICOL. Tenla,

Como tributo que le rindo al genio.

DAVID. ¡Yo, señora?.....

(Durante el diálogo de Micol y David, las vírgenes se ocupan en adornar con guirnaldas la puerta del santuario.)

MICOL. Mas dime : ¿dónde encuentras

El secreto poder de tus cantares?

¿Quién te ha enseñado la admirable ciencia

De arrebatarse el alma, y á tu arbitrio

Hacer que el corazón palpita y sienta?

DAVID. ¿Quién ha enseñado al pajarillo humilde

Que al sol saluda en la enramada espesa,

Los trinos que deleitan tus oídos,

Aunque él tal dicha ambicionar no sepa?

¿Quién los ricos matices que te admiran

Y los perfumes mil que te recrean,

Pródigo derramó sobre estas flores,

Hijas del suelo que tus plantas huellan?

¿Quién, sino el mismo que á tu padre augusto

Le da el valor y la invencible fuerza

Con que, humillando al enemigo impío,

Del pueblo santo el esplendor aumenta!

El que á tu hermano, en juventud florida,

Hace ya grande en gloria y en prudencia....

El que á tí misma dispensó, amoroso,

El soberano dón de la belleza,

A cuyo imperio universal y blando,

Todo se rinde, todo se sujeta!

MICOL. Ese imperio — lo sabes — cae y pasa,

Sin vestigios dejar de su existencia,

Como el fugaz aroma y los colores

De esas precarias y superfluas yerbas.

No así el talento que tu dote ha sido,

Pues no mueren jamás sus obras bellas,

Que á imitación de las divinas, logran

Forma feliz prestarle á las ideas.

Yo guardaré por siempre los recuerdos

De ese dón inmortal que á tu alma eleva....

Guarda tú al ménos mis humildes flores

— De efímera beldad perfecto emblema —

Hasta que mustias, sin color ni aroma,

- Al polvo humilde do nacieron vuelvan.
- DAVID. ¡Ah! ¡no! ¡jamás! mi pecho por santuario
Tendrán los restos de tan dulces prendas,
Que si imágenes son de encantos frágiles,
Lo son también de virginal pureza,
Cuyo místico aroma el ángel mismo
Gozoso aspira en las regiones célicas.
- MICOL. Pues bien, David, prométeme que el día
Que esa guirnalda contemplando seca,
Se despierte en tu mente la memoria
De estos instantes que veloces vuelan,
Le pedirás al cielo que te inspira (*Rumores fuera.*)
Que siempre en mi alma la virtud florezca,
Embalsamando su inmortal perfume
De mi ignorado porvenir la senda.
- DAVID. Fácil y hermosa para tí se abre,
Y oscura para mí, pero.....
- SELA. (*Interrumpiendo.*) Ya entra
El gentío en la plaza, y del monarca
— Que se aproxima — el nombre victorea.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—PUEBLO, *y en seguida* SAUL, JONATHAS,
ABNER, GUERREROS *con ofrendas* y EL REY AGAG
encadenado.

- JEFE. ¡Gloria al rey de Israel!
- ANCIANO. ¡Dios nos lo guarde!
- JEFE. ¡Y bendiga su ilustre descendencia!
- SAUL. (*Entrando.*)
¡Salud, pueblo de Gálgala! Si un tiempo
Sufrimos de Amalec torpes ofensas,
Postrado ya por nuestro esfuerzo yace,
Cual roble que descuaja la tormenta,
Y débil eco, que en el aire espira,
Su memoria será.
- JEFE. ¡Desaparezca!
- ANCIANO. ¡Repose ya Sion!

SAUL.

El filisteo,

Que en la desdicha extraña no escarmienta,
 En aquel campo donde á Agag vencimos,
 Nos quiere provocar con insolencia:
 Mas no temais, que su insensato orgullo
 Le haré llorar con lágrimas acerbas,
 Y á dejar va mi lanza sus ciudades
 Cual deja el pedernal trilladas eras.
 ¡Llegad, guerreros! ¡al altar sagrado
 Corderos presentad, blancas ovejas,
 Y en cada gota de su hirviente sangre
 Gérmen fecundo beberá la tierra!

(David se desvia, confundiéndose entre la multitud. Los guerreros se adelantan, y los sacerdotes y levitas, al frente de los cuales está Achimelech, aparecen al mismo instante en la puerta del Tabernáculo.)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—ACHIMELECH.—SACERDOTES.—LEVITAS.

(El día comienza á nublarse.)

ACHIM. ¡Guerreros, aguardad! Sin mi mandato
 Nadie el umbral de la sagrada puerta
 Se atreva á hollar con temeraria planta.

SAUL. ¡Oh Achimelech! las víctimas acepta
 Que al altar conducimos, y que al punto
 Tu mano á Dios el sacrificio ofrezca.

ACHIM. ¿Es digno del Señor ese holocausto?
 ¿Con manos puras á las aras llegas?

SAUL. Llego con manos vencedoras; llevo
 Cargado del botín que en lid sangrienta
 Mi brazo conquistó, y á Dios tributo
 Lo más selecto de la rica presa.

ACHIM. ¡Qué escucho, rey! ¿Despojos del impío
 Conduces á Sion? ¿Dones de afrenta
 Al ara augusta destinar osaste?
 ¿La voluntad de Dios por su profeta
 No te fué revelada? ¿No sabías
 Que fulminado estaba el anatema
 A los campos del réprobo, y sus bienes

No era dado tocar? ¿No sabes....

SAUL. (*Con impaciencia.*) ¡Cesa!

Al anciano Samuel, cual varon justo
Y amado del Señor, mi alma venera;
Mas los guerreros, tras la ardiente lucha,
Pidieron el botin por recompensa,
Y el legítimo anhelo rehusarles
Fuera en un rey tiránica dureza.
Pues las primicias destiné á las aras,
Y hoy, sacerdote, aquí te las presenta
Mi propia mano, tus deberes cumple,
Y déjale el juzgar á mi conciencia.

ACHIM. ¡Dios es, Saul, Dios es el que te juzga!
¡Él tu holocausto por mi voz desecha!
¿Piensas que más que sumision y afecto
La sangre de las víctimas aprecia?.....
¿Presumes que los dones de tu mano
Le ocultarán de tu alma la soberbia?

SAUL. (*Con imperio.*)
¡Ya basta! El pueblo tus palabras oye,
Y el ara augusta el sacrificio espera.....

ACHIM. ¡No! ¡Lo rechaza!

SAUL. ¿Pones en olvido
Que ejerzo aquí la potestad suprema?

ACHIM. Tú contra la de Dios te rebelaste,
Rehusando cumplir lo que te ordena.

SAUL. Si de mi triunfo guardo los trofeos,
Al altar traigo víctimas selectas;
Si al rey vencido conservé la vida,
Héle allí ¡sacerdote! entre cadenas,
Cual miserable siervo condenado
A ser del pueblo execracion y befa.

ACHIM. (*Descendiendo á la escena.*)
¡Qué miro! ¿No es error?..... ¿Vive el impío
Azote de Israel? ¿Vive y alienta
Aquí..... á las puertas del augusto templo.....
Del Dios á quien insulta en la presencia?
¿Es ése Agag, el réprobo nefando,
En cuyos labios mora la blasfemia,
Y va dejando el rastro de su crimen

Donde la planta ensangrentada asienta?
 ¡Oh atroz profanacion! ¡oh sacrilegio!
 ¡Sacerdotes, huyamos! ¡las cavernas
 Más digno templo ofrecerán al culto,
 Altar más puro nos darán las peñas!

SAUL. ¡Aguarda; yo lo mando!
 ACHIM. *(Dejando la escena.)* Lo prohíbe
 El Dios á quien ofendes.

SAUL. ¡De esas puertas
 No traspaseis, levitas, los umbrales!
 ¡Las víctimas tomad!

LEVITA. *(Que con todos los otros sigue á Achimelech.)*
 ¡Dios nos lo veda!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ménos SACERDOTES y LEVITAS.

JEFE. ¡Oh escándalo! ¡oh dolor!
 ANCIANO. ¡Pueblo infelice!
 ¿Qué aguardas, ¡ah! si tu señor se ausenta
 De este santuario, do á pedir llegabas
 Remedio á tus quebrantos y miserias?
(Gran agitacion en el pueblo y entre los guerreros.)

GUERRER. ¿É iremos á buscar al enemigo
 Sin que el Señor reciba las ofrendas?

SAUL. No sin ofrendas quedarán las aras;
 No temais que el Señor nos reconenga
 Como á siervos ingratos. ¡Vén, oh pueblo!
 ¡Guerreros, disipad vuestras sospechas!
 Yo el sacrificio ofreceré; pues viles
 Los ministros de Dios, su templo dejan,
 Yo— sacerdote y rey á un tiempo mismo—
 Yo inmolaré las víctimas.

JONAT. ¡Qué intentas!
(Saul, apartando á su hijo, que quiere detenerle, entra en el templo con Abner y los guerreros que llevan las ofrendas. El pueblo, al que se ha unido David, y las vírgenes consternadas, se agrupan á un lado de la escena; los guerreros están en el otro, y Jonathas y Micol en medio. La oscuridad va creciendo y comienzan á oírse truenos lejanos.)

ESCENA VII.

DICHOS, *ménos* SAUL, ABNER y algunos GUERREROS.

- JEFE. ¿Él va á inmolar las víctimas, no siendo
Ni sacerdote ni levita? ¿Piensa
Así aplacar al cielo?
- MICOL. ¡Hermano mio!
- JONAT. ¡Ah, querida Micol!
- DAVID. (*Que vuelve á dejarse ver.*) (¡Mi pecho tiembla!)
- JEFE. ¡Mirad, mirad! ¡se nubla el firmamento!
- SELA. ¡Anuncia todo próxima tormenta!
- DAVID. ¿Qué indican ¡Dios! tan fúnebres presagios?
- ANCIANO. Triste es la aurora ¡pueblo! como aquella
En que de Afec en la fatal campiña,
Derrotadas las tribus de Judea,
Al filisteo idólatra dejaron
El arca santa del Señor por presa.
- JONAT. ¡Oh! ¡qué recuerdo á la memoria traes,
Anciano de Sion!
- MICOL. ¡Mi sangre hielas!
- JEFE. Ya vuelve el rey: ¡miradle! torvo, altivo
Se muestra su semblante.
- SELA. Se revela
En su mirada la inquietud del alma.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—SAUL.—ABNER y GUERREROS *que le acompañaron.*

- SAUL. ¡Habitantes de Gálgala! ya quedan
Inmoladas las víctimas; su sangre
Sobre el altar del sacrificio humea;
Y yo con brazo y corazon de bronce,
Combatiendo las huestes filisteas,
Voy á probaros con mayores triunfos
La proteccion que el cielo me dispensa.
¡Guerreros de Israel, seguid mis pasos!
¡El botin, la victoria nos eugeran!

ESCENA IX.

DICHOS. — SAMUEL.

SAMUEL. (*Dentro.*)

¡Detente, rey!

MICOL.

¡Oh cielos!

SAUL. (*Deteniéndose.*)

¿Quién me nombra?

SELA. ¡Es Samuel!

JONAT.

¡Es Samuel!

DAVID.

¡Es el profeta!

(*Un relámpago ilumina la escena al aparecer Samuel, que se adelanta grave y lentamente hacia Saul por medio del pueblo, que le abre paso con respetuoso silencio.*)

SAMUEL. ¡Escucha, rey! que te habla por mi labio
 La voz que rige al sol y al mar enfrena.....
 Aquella voz que fecundó á la nada
 Y que encendió la luz al decir ¡sea!
 ¡Escucha, rey, lo que llegó á mi oído
 Entre las sombras de la noche densa!.....
 ¡Escucha y baja la orgullosa frente,
 Contrito el corazón, muda la lengua!

(*El pueblo todo se inclina aterrado.*)

Cuando te alzó la mano soberana
 Sobre las tribus de Jacob, ¿quién eras?
 ¿Quién eras, di, mortal envanecido,
 Que hoy de tu Dios los mandamientos huellas?
 Pobre y oscuro te sacó del polvo,
 Y de un pueblo te puso á la cabeza.
 «¡Sé mi imagen!» te dijo; «Yo á ese pueblo
 Por modelo te ofrezco; ¡manda! ¡reina!
 Inspira la virtud con tus virtudes,
 Con tu obediencia la obediencia enseña,
 ¡Que han de imitar mi perfección divina
 Los que en la tierra mi poder ejerzan!»
 ¿Cómo lo cumples, rey!..... rebelde, impío,
 Te apropias del maldito las riquezas;
 Del sacerdocio abates los derechos;
 Profanas el altar; tu impura diestra

Sacrificando víctimas nefandas
Que la divina voluntad reprueba.
¡Pues bien, yo te diré lo que pronuncia
El que en la cumbre celestial impera!
«Como te alcé del polvo con un soplo,
Con otro soplo haré que al polvo vuelvas!»

SAUL. ¡Calla, que loco estás! Mi gloria, en vano,
Con torpe acento en deslustrar te empeñas.

SAMUEL. *(Después del segundo verso se acerca al rey Agag y lo arranca de enmedio de los guerreros.)*

¿Ves ese sol nublado en el Oriente?
¡Tu decantada gloria así se vela!
Y cual te arranco el prisionero infame
—Que por indigna vanidad conservas—
Otro—presente aquí—se alzaré pronto,
Que arranque de tu frente la diadema.

JONAT. ¡Samuel!

MICOL. ¡Oh cielo!

SAUL. ¡Tente!

SAMUEL. ¡No! ¡por siempre
Adios, Saul!

SAUL. Aguarda, ó por la fuerza
Te detendrá mi brazo.

(Saul ase del brazo á Samuel, y huyéndole éste, quedan en la mano del otro las orlas del manto.)

SAMUEL. ¡No! Las orlas
Te abandono del manto; mas recuerda
Que así tú mismo dejarás el cetro,
Ya destinado en perdurable herencia
A otra estirpe mejor.

(Se va, llevándose á Agag por medio del aterrado pueblo.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, ménos SAMUEL y AGAG.

JEFE. ¡Rey desdichado!

ANCIANO. ¡Ved cuál la mano del Señor lo aterra!

(El pueblo se va dispersando.)

- MICOL. ¡Jonathas! (*Echándose en sus brazos.*)
 JONAT. Ten valor, Micol querida.
 DAVID. ¡Tu piedad ¡cielo! á tu justicia venza!)
 ABNER. (*A Saul.*)
 ¿Así calla Saul? ¿Así se abate
 Cual tierno infante ó desvalida hembra,
 Cuando en el campo de batalla acusa
 El enemigo su fatal pereza?
 ¿Qué cavilas, señor?..... ¿De un viejo iluso
 Acoge tu razon sándias quimeras?
 Cuando Israel su salvacion te fia,
 ¿Fatídicos anuncios te amedrentan?
 SAUL. No el miedo, Abner; la cólera me oprime.
 Cual si temiese contagiosa lepra,
 Ve cual se aparta de su rey el pueblo.
 ABNER. ¡Mas tus guerreros no; con impaciencia
 El combate te piden, la victoria!
 SAUL. (*Preocupado.*)
 «¡Cual se nubla del sol la luz primera,
 Así se eclipsa de tu gloria el astro!»
 ABNER. ¡Tales presagios tu valor desmienta!
 SAUL. ¿Es mi enemigo Dios, ó lo es el hombre?.....
 ¡Dame aclarar las sombras que me cercan!
 JONAT. Humíllate al Señor, ¡oh padre mio!
 Desarme su rigor tu penitencia.
 MICOL. Contigo al punto rogarémos todos,
 De ceniza, señor, la faz cubierta,
 Y hasta el mismo Samuel, compadecido,
 Nos prestará sin duda su asistencia,
 Si contrito te ve, si te ve humilde.
 SAUL. (*Con enojo.*)
 ¡Callad; que el escucharos me avergüenza!
 ¡Legiones de Saul! ¡no más publique
 Que inútilmente nos aguarda y reta
 La turba vil de idólatras! ¡Corramos
 A castigar su audacia, y donde quiera
 De nuestra gloria un enemigo exista,
 Que riguroso la vengamos sepa!
 (*Se va, seguido de Abner y los guerreros.*)

ESCENA XI.

JONATHAS.—MICOL.—SELA.—VÍRGENES.—
DAVID, *al fondo.*

JONAT. ¡Adios, hermana! Mi deber cumpliendo,
Voy su suerte á seguir, fausta ó adversa.

MICOL. (*Abrazándolo.*)

¡Oh Jonathas!..... ¡oh hermano de mi vida!
Presentimiento horrible me atormenta,
Y al abrazarte se me parte el alma.

JONAT. (*Con extrema emocion.*)

¡Ah!..... ¡yo tambien!..... Pero vencer es fuerza
Tan penosa emocion.—¡Que Dios te guarde!

MICOL. (*Bañada en llanto, mientras Jonathas se arranca con esfuerzo de sus brazos.*)

¡Él te acompañe, hermano, y te defienda!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, *ménos* JONATHAS.

SELA. Cálmate, amiga cara.

MICOL. (*A Sela y á las vírgenes que la rodean.*)

Solamente

Vosotras fieles sois, ¡oh compañeras
De mi apacible infancia! Me abandona
Todo el resto del mundo. ¡Ved! no queda
Nada ya aquí del júbilo y aplauso
Que halló la aurora al despertar risueña.
La multitud, que ufana bendecía
La estirpe de Saul, ya la desprecia,
Y ni piedad la debe un infortunio
Que sobre tantos corazones pesa.
¡Qué desamparo horrible!..... ¡Cómo han huido!.....
¡Tiendo la vista en vano..... á nadie encuentra!

(*En este momento ve á David, que se adelanta conmovido.*)

¡Ah!.....

SELA.

¡David!.....

DAVID. (*A Micol.*) Ya lo ves; álguien, señora,
Hay que á tu lado ansioso permanezca,
Y aunque le arredre su valer escaso,
Su vida, su alma tributarte quiera.

MICOL. (*Tendiéndole la mano.*)
Pues bien, yo acepto tu piedad benigna.....
¡Oh inspirado de Dios, conmigo ruega,
Y de tu fe sublime el fuego sacro
Haz que á este triste corazon encienda!

DAVID. (*Llevándola hácia el Tabernáculo.*)
¡Vén! allá escucha el grito de los débiles
El que es Autor de toda fortaleza.....
¡El que, á la par de Juez inexorable,
Es tambien Padre de bondad suprema!

(*David toma el arpa, la pulsa inspirado, y Micol, Sela y las vírgenes, arrodilladas á los dos lados del Tabernáculo, entonan con él la siguiente plegaria. El telon va descendiendo lentamente.*)

PLEGARIA.

Apaga ¡oh Dios! apaga
Los rayos de tus iras,
Cuando á tus piés nos miras
Pidiéndote piedad.
¡Qué son ante tu trono
Los reyes de la tierra,
Si á un soplo los aterra
Tu augusta Majestad!
¡Apaga ¡oh Dios! apaga
Los rayos de tus iras,
Cuando á tus piés nos miras
Pidiéndote piedad!

NOTA. En la ejecucion puede cantarse sólo la primera cuarteta, bajando el telon mientras tanto. El arpa deberá colocarse de modo que pueda parecer que es David quien canta, aunque lo haga otro, oculto cerca de él, toda vez que no es fácil que el actor encargado del papel del rey profeta posea tambien el talento musical.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el valle de Terebinto, donde se hallan acampados los israelitas. La tienda de Saul ocupa la izquierda del actor, y la de Jonathas se halla á la derecha. Es de mañana, y las colinas, que en forma de anfiteatro se extienden al fondo, aparecen iluminadas por el sol.

ESCENA PRIMERA.

JONATHAS.—MICOL, *por la derecha.*

JONAT. ¿Es posible, Micol? ¿Al campamento
Has osado venir?

MICOL. Nada he temido,
¡Oh caro Jonathas! sino que tarde
Para prestar á nuestro padre auxilios
Mi diligencia fuese. ¿Dónde se halla?
¿Cómo se encuentra? ¡Di!

JONAT. De mis avisos
La imprudencia conozco; tu semblante
Del interno pesar presenta indicios.

MICOL. Pero mi padre.....

JONAT. Su dolencia cede;
Allí en su tienda está; tal vez tranquilo
Descansa en este instante; tu zozobra
Procura, pues, calmar.

MICOL. Mas el delirio
Que tantas horas padeció, ¿qué causa
Piensas que tuvo, hermano? No concibo
Turbacion tan extraña; ¿de la guerra
Un pequeño reves su ánimo invicto
Pudo postrar así?

JONAT. Ya con ventajas

El daño que nos hizo el enemigo
 Reparado estuviera, si en el campo
 No causára, Micol, grave conflicto
 La situacion del rey. No, no es creible
 Que en su gran corazon pavor indigno
 Una leve desgracia causar pueda.

MICOL. ¿A qué otra, pues, podrás atribuirlo?

JONAT. Una mano invisible, omnipotente,

Es la que postra su valor activo.

¡Pesa sobre su frente el anatema,

Y de Samuel le acosa el vaticinio!

MICOL. ¡Me haces temblar!

JONAT. Calmarte pretendia;

Mas ves que á mi pesar tiemblo yo mismo.

MICOL. ¿Presumes....

JONAT. ¡Que es inmenso el infortunio

Del mísero Saul! Cual ciervo herido,

Que el dardo agudo en sus entrañas lleva,

Y lo hunde más queriendo sacudirlo,

Se esfuerza en vano por lanzar del pecho

Su secreto terror. ¡Ah! yo le sigo

Cuando, aguijado por afán profundo,

Sudoso trepa los breñosos riscos,

Penetra por cavernas solitarias,

Huella los bordes de hondos precipicios,

Y arranca del silencio de los montes

Medrosos ecos de sus roncós gritos.

Tambien, velando de su lecho al lado

— Cuando logra alcanzar el sueño esquivo —

Entre murmurios de sus labios secos

Estos acentos trémulos distingo :

« ¡Cual ese sol se eclipsará tu gloria!

¡Cual esas orlas, que en tu mano miro,

El cetro de Israel, que no mereces,

Empuñará á tu vista otro más digno! »

Y de repente el lecho abandonando,

Lo he visto amenazar despavorido,

Cual si el objeto que su saña excita,

Fuese, Micol, aterrador vestigio.

MICOL. De ese mal tan terrible quizás pueda

La violencia templar nuestro cariño.
 No sólo Sela me acompaña, hermano;
 Que al campamento con nosotras vino
 Un jóven de Belen, cantor famoso.
 Su voz conmueve el alma á su albedrío,
 Tempa el furór, mitiga los pesares
 Y ahuyenta los espíritus malignos.
 Del rey, lo espero, las zozobras tristes
 Ha de vencer su canto peregrino.
 Acojo tu esperanza; quiera el cielo.....
 Mas álguien llega..... es él. (*Saul sale de su tienda.*)
 No nos ha visto.

JONAT.

MICOL.

ESCENA II.

LOS MISMOS. — SAUL.

SAUL. (Sacudo al fin la pesadilla horrenda
 Y con alguna libertad respiro.)
 MICOL. (*Llegándose á él.*)
 ¡Padre del corazon!
 SAUL. ¡Cómo! ¿No es sueño?
 ¡En el campo Micol!
 MICOL. Yo te suplico
 Que indulgente perdones mi osadía.
 Sabiendo tu dolencia.....
 SAUL. Mucho estimo
 Tan extremada prueba de ternura;
 Mas fueron tus temores excesivos.
 Una fiebre ligera..... ya ha pasado;
 Estoy bueno, Micol.
 MICOL. Mil gracias rindo
 Por ello ¡oh padre! á nuestro Dios; mas deja
 Que con llanto de dulce regocijo
 Bañe tu mano.
 SAUL. (*Abrazándola.*) ¡Vén! que yo te abrace.
 Y tú, mi Jonathas, ¿por qué motivo
 Ese semblante displicente muestras?
 JONAT. Soy dichoso, señor, viendo tu alivio;
 Mas no te oculto que rubor y enojo

Me causa el contemplar cuán decaído
Se halla el marcial espíritu en tu campo
Desde que tus guerreros son testigos
Del profundo pavor que te domina.

SAUL.

(Indignado.)

¡Pavor! ¡pavor, Saul!..... si otro que un hijo
Osára pronunciarlo.....

MICOL.

No te alteres;
No ha pensado ofenderte; no ha podido
Ser ésa su intencion.

JONAT.

De nuestra inercia
Hace escarnio, señor, el enemigo;
Perdona si al recuerdo del insulto,
Mal el dolor del corazon reprimo.
Un dia y otro á provocarnos sale,
Del campo del infame incircunciso
El más fuerte y audaz de los guerreros,
Y mil denuestos de su boca oimos.
Reina, empero, el terror en nuestras huestes,
Porque tú callas, ¡rey! y en vano aspiro
A disipar recelos dolorosos,
De que tal vez yo propio participo.
¡Ay del momento en que del sueño se alza
El dormido leon! Si en Terebinto
Pensaron ver la tumba de mi gloria
Los que no ocultan su rencor dañino,
Con espanto sabrán que se engañaron,
Cuando les pruebe que mi inercia ha sido
La calma que precede á la tormenta.
Mas ¿qué rumor se escucha?

JONAT.

No adivino
Su origen, padre; mas saberlo debe
Abner, que llega aquí.

ESCENA III.

DICHOS. — ABNER.

(*A mediados de la escena, cuando lo indica el diálogo, bajan de las colinas algunos guerreros, huyendo en desórden. David aparece al mismo tiempo por otro lado, y se mantiene detras, pero á la vista del espectador.*)

JONAT. (*Saliendo al encuentro de Abner.*) ¡Noble caudillo!
¿Qué alarma se difunde en nuestras tiendas?

ABNER. El fiero Goliath con nuevos gritos
A nuestra gente insulta; nos provoca
Llamándonos cobardes, y el impío
No encuentra en Israel un solo acento
Que se alce á responder.

JONAT. (*A Saul.*) Dame permiso,
Y tendrán hoy castigo sus bravatas.

ABNER. Contra aqueste gigante es desvarío
Presentarse á lidiar sólo un guerrero;
Yo aplaudo tu valor; mas ¡voy contigo!

SAUL. (*A Abner.*)
¡Teneos! ¡yo lo mando! De tu brazo,
De tu consejo, amigo, necesito
Para ocasión más grave; ni consiento
Que arrostre, temerario, tal peligro
El heredero de mi sólio augusto.

JONAT. ¡Mira, señor, cuál corren á este sitio
Pálidos tus guerreros!

SAUL. (*A los guerreros.*) ¡Ah, cobardes!
¿Como mujeres ó indefensos niños
Venis á guareceros de mi escudo?
¡Guerreros de Sion, en sangre tintos,
Que no de triste amarillez cubiertos,
Os esperaba yo! ¿Será preciso
Que por lavar vuestra vergüenza, salga
Contra un bastardo á combatir yo mismo,
La majestad del trono deslustrando?
¿En dónde está vuestro valor antiguo?
¿No hay uno que entre tantos se presente
A escarmentar al filisteo altivo?

ABNER. ¡Os lo pregunta el rey! *(Pausa.)*

JONAT. ¡Desventurados!

Al honor sordos, al ultraje frios,
Bajan los ojos y enmudecen, padre.
SAUL. La gloria de Israel está en los filos
De esos aceros que en la vaina duermen;
Mas si el deber no basta á decidiros,
Guerreros de Sion, escuchad todos
Mi palabra real, y sed testigos
De la promesa pública y solemne,
Que por el nombre sacrosanto afirmo.
Juro que aquel que la cabeza postre
Del fiero Goliath, cual hijo mío
Será acatado en Israel; la mano
De la hermosa Micol, por premio digno
Recibirá en el templo; de tributo
Será exenta su tribu; y en el brillo
De su gloria y poder, verán los pueblos
Cuánto ensalza Saul el heroísmo.

ABNER. Ya lo escuchais, guerreros.

(¡Dios piadoso!)

MICOL. *(Después de un instante de silencio general.)*

JONAT. No hay nada que esperar. ¿Cómo resisto
A vergüenza tan grande!.....

ABNER. ¡Qué! ¿ninguno

Osa aquí responder?.....

SAUL. Yo lo repito :

¿No hay quien anhele de la lucha fiera
La excelsa gloria?

DAVID. *(Adelantándose con emoción hacia el rey.)*

¡Yo!

(¡Cielos!)

MICOL.

SAUL. *(A David.)* ¿Qué has dicho?

DAVID. *(Con timidez, que va desapareciendo á medida que habla.)*

Que castigar con tu licencia anhele
Al idólatra audaz, y aunque indeciso
Temiendo tu desprecio, sofocaba
La voz del corazón, ya no vacilo.
¿Ni cómo tolerar que un filisteo
Maltrate al pueblo del Señor? Castigo

Debe tener su estúpida arrogancia,
Y el corazón presiente por instinto
Que dárselo sabré.

SAUL. ¿Cuál es tu nombre,
Jóven valiente? ¡Di! ¿Dónde has nacido?
¿Qué tribu, qué país la dicha alcanza
De poseer tu generoso brío?

DAVID. Soy tu siervo David, pastor humilde
En mi patria Belén, y octavo hijo
Del anciano Jessé.

SAUL. ¿Cómo te encuentras
En nuestro campamento?

MICOL. Lo he traído
Porque es cantor insigne, que tus males
Tal vez mitigue con sonoros himnos.

SAUL. Aunque esa noble habilidad celebro,
Más su valor y decisión admiro.
Sí: mi aprecio mereces; pero ¿sabes (*A David.*)
Quién es aquél que retas atrevido?

ABNER. Como descuella el corpulento cedro
En la cima del Líbano, le he visto
Entre guerreros mil alzar su frente,
Do su orgullo feroz se ostenta escrito.

SAUL. (*A David.*)
Y tú, tan jóven, cuyo débil brazo
Una lanza jamás ha sostenido;
Tú, si en los valles de Belén tan sólo
Los campos cultivar fué tu ejercicio,
Y ensayar en el arpa tus cantares,
Y llevar tus rebaños al arisco,
¿Piensas que puedes contrastar la fuerza
De aquel gigante osado y aguerrido?

DAVID. Cuando en los campos de Belén tu siervo
Apacentaba sus rebaños, quiso
Demostrar Jehovah que sólo es fuerte
Aquel que alcanza su favor divino.
Así, gran rey, aconteció que un día,
De espeso bosque en áspero recinto,
Formidable león asaltó fiero
Mis tímidas ovejas; sus balidos

Flébiles resonaron, y en desórden
 Vilas huir del bárbaro enemigo,
 Que—sacudiendo la melena espesa—
 Con feroz calma y con desden maligno,
 Ya aprisionaba en sus agudas garras
 Al más humilde y débil corderillo.
 Mas yo—débil también—de Dios el nombre
 Invoqué con fervor; volé al auxilio
 De la víctima inerme..... y este brazo
 Sentí tan fuerte por feliz prodigio,
 Que al soberbio animal postré en la tierra,
 Bañado en sangre, y el postrer rugido
 Con que exhalaba su impotente rabia,
 Devolvieron los montes convecinos.
 Así también de un oso corpulento
 Salvé otra vez mi grey, y así confío
 Hoy librar á Sion de la vergüenza
 Con que tolera al filisteo inicuo;
 Pues sin troncharse la flexible caña,
 Del huracan resiste el poderío,
 Mientras sucumben á su soplo fiero
 La encina vigorosa, el alto pino.

SAUL. No sé qué oculta fuerza en tus razones,
 Hijas de ardiente fe—que acaso envidio—
 Confianza me infunden; ¡vé! ¡combate!
 ¡Yo en el nombre de un pueblo te bendigo!
 ¡De Gedeon el ángel te proteja,
 Y escuche el cielo tu clamor benigno!

(David se inclina con respeto, y lanzándose por medio de los guerreros asombrados, sube por la colina y desaparece durante los versos que siguen.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *ménos* DAVID, *y luego* JONATHAS, *y ménos*,
también, SAUL, *que se retira á su tienda cuando lo marca la es-*
cena. Al final de ésta SELA.

MICOL. ¡Detenle, hermano, por piedad! ¡detenle!
 JONAT. ¿Quién penetra del cielo los designios?
 ¡Voy á verle lidiar! *(Se va.)*

SAUL. (A los guerreros.) Con preces pías
 Auxiliadle siquiera en el peligro,
 Y si sucumbe en él — ¡sabadlo todos! —
 Darle sepulcro régio determino,
 Donde su nombre se conserve eterno,
 Y ornado en torno de laurel y mirto.
 (Entra en su tienda.)

MICOL. (No puedo más..... no puedo.)

SELA. (Saliendo presurosa.) ¡Micol!

MICOL. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Sela!

ABNER. ¡Su proteccion pidámosle al Altísimo!

(Micol permanece desfallecida en brazos de Sela, mientras Abner y los guerreros, entonando la siguiente plegaria, van subiendo por la colina, hasta que desaparecen y cesa de oírse su canto.)

PLEGARIA DE LOS GUERREROS.

Tú, que apartando las olas
 Del rojo piélago hinchado,
 Le abriste á tu pueblo amado
 Camino de salvacion;
 Y juntándolas, hundiste
 Allá en sus simas profundas
 A las huestes furibundas
 Del tirano Faraon;
 Dirige y sosten el brazo
 Del pastor de Terebinto,
 Y caiga de sangre tinto,
 El vil gigante á sus piés.
 Acoge el humilde ruego
 Que eleva tu pueblo triste,
 Como en Oreb acogiste
 La plegaria de Moisés.

ESCENA V.

MICOL.—SELA.

MICOL. ¡Oh amiga! ¡le trajimos á la muerte!

SELA. No me es dado acoger tal pensamiento.

MICOL. Mas ¿sabes á qué lid tan temeraria

Se arroja el infeliz?

SELA. De aquí no léjos,
Todo escucharlo pude.

MICOL. ¿Ves cuán rudo
Es el castigo que á sufrir comienzo
De mi loca pasion?

SELA. Dichosa y santa
Debe ser pronto, pues por digno premio
Tu mano aguarda el vencedor bizarro.

MICOL. Pero ¿es dable vencer en tal empeño?

SELA. ¡Pues qué! ¿no lidia por la excelsa gloria
Del Dios omnipotente? Crimen creo
Poner en duda su favor divino.

MICOL. Tú, que sola conoces el secreto
Que en este triste corazon se esconde....
Tú, que conservas claros los recuerdos
De aquel solemne memorable dia
En que, al mirarle, al escuchar su acento,
Dejé escapar de las temblantes manos
Las frescas rosas y los nardos bellos,
Que destinados al santuario augusto,
Allí á las plantas de un mortal cayeron....
Tú, que testigo has sido desde entónces
De tanta agitacion, tantos desvelos,
Tantos delirios del amor infausto
Que inútilmente sofocar pretendo....
Dime por compasion, ¿juzgas de véras
Que confianza en el favor supremo
Me es lícito tener? ¿No soy indigna
De que se escuchen mis amantes ruegos?
Si David, por desgracia adivinando
Y sintiendo á su vez el hondó afecto
Que ha sabido inspirarme, en esta lucha
Sólo buscarse un galardón terreno....
Si ofendido el Señor....

SELA. No; nada excede
De ese pastor al religioso celo,
Y con poder tan grande le domina,
Que dudo si á tí misma....

MICOL. ¡Te comprendo!

Dudas que me ame, Sela, y yo bendigo
 Por ello al Criador; renunciar puedo
 A esa ventura inmensa, si al que adoro
 Me es posible salvar á tan gran precio.
 ¡Sí, mi Dios! ¡toma mi existencia inútil,
 Y conserva á David para su pueblo!
 Pero nada se escucha. (*Yendo hácia el fondo.*)

¡Cuán terrible,
 Cuán pavoroso, amiga, es el silencio!
 SELA. ¡Atiende!..... Que percibo me parece
 Un confuso rumor. (*Micol escucha ansiosamente.*)

MICOL. Sí; trae el viento
 No sé qué tristes sonos á mi oído.
 SELA. Entre uno y otro campo, segun pienso,
 Será la lid tremenda; pero en balde
 Fuera tal vez trepar por esos cerros,
 Procurando, Micol, descubrir algo.
 Mas ¡qué profunda palidez observo
 En tu hermoso semblante? ¡Me estremece
 Su expresion angustiosa!

MICOL. Que contemplo
 Me figuro el combate..... Ante mis ojos
 Se alza el gigante de fornidos miembros,
 De iracundo mirar, de frente torva.
 ¡Oh Sela! ¡acaso de su brazo férreo
 En este instante se descarga el golpe,
 Y á sus piés postra lívido y sangriento
 El ángel de las santas armonías.....
 De mi primer amor al dulce objeto!
 SELA. ¡Micol!.....

MICOL. ¡Acaso el último suspiro
 Sale ahora mismo de sus labios yertos.....
 Acaso ya la muerte inexorable
 Sobre él extiende el espantoso velo,
 Y con un soplo en su semblante apaga
 De la sagrada inspiracion el fuego!
 SELA. No, amiga, no; tu conturbada mente
 Todo lo pinta con colores negros,
 Y la entrada le niega á la esperanza,
 Que, más tranquila yo, guardo y sustento.

¡Oye!..... se aumenta, se aproxima el ruido,
Y anuncia gozo, por seguro tenlo.

MICOL.
SELA.

¡Gozo!.....

Sí, amiga; me lo dice el alma,
Y siempre sus presagios se cumplieron.
Mas huyamos de aquí; tu padre sale,
Segun distingo, con adusto ceño.
Desde la tienda de tu hermano, todo
Lo que pase, Micol, observaremos.

(Se la lleva, y ambas se retiran por la derecha.)

ESCENA VI.

SAUL, *que aparece á la puerta de su tienda, profundamente preocupado, desde que en la escena anterior lo indica Sela.*

«Cual ese sol se eclipsará tu gloria,
Y otro, presente aquí, verás muy presto
Que la corona de tu frente arranque;
Que te arrebate de la mano el cetro.»
Pero, ¿quién es? ¿quién es? ¿Por qué se oculta
Ese dichoso rey, por Dios electo?
¿El que desluzca de mi gloria el brillo,
Debe venir sumido en el misterio?
¿Será invisible la triunfante mano
Que me despoje de mi manto régio?
¿Luchando, cual Jacob, contra una sombra,
Se ha de agotar mi varonil esfuerzo?
No tan tímido Dios sus obras vele;
Muéstrese mi enemigo; yo le reto.
¡Venga con rostro despejado al campo
A disputarme valeroso el reino,
Y aunque le cubra soberano escudo,
A defenderlo me hallará dispuesto!

ESCENA VII.

SAUL.—JONATHAS.

VOCES. (*Dentro.*)

¡Victoria por Sion!

SAUL.

Vitores oigo.....

Hácia aquí viene Jonathas. (*A Jonathas.*)

¿Qué es eso?

¿Qué indican esas voces?

JONAT.

(*Regocijado.*)

¡Padre mio,

Triunfó David del enemigo!

SAUL.

¡Es cierto!

¿No sueñas, Jonathas? ¿Tan débil brazo
Consumar pudo tan grandioso hecho?

JONAT.

Del admirable triunfo el fausto anuncio
Vuela doquier en jubilosos ecos.

SAUL.

Mas ¿cómo fué?

JONAT.

¡Señor! todos oímos

Al idólatra audaz y gigantesco
 Hacer á gritos insultante mofa
 Del jóven adalid del campo hebreo.
 Todos, nuestra vergüenza devorando,
 Escuchamos sus bárbaros denuestos;
 Mas lo que entónces presenciamos, padre,
 Dejó al punto los ánimos suspensos.
 Sin coraza ni escudo, la cabeza
 Ornada sólo del gentil cabello,
 Que en blandas ondas por sus sienes baja,
 Dejando el noble rostro descubierto,
 Al monstruo horrible se adelanta el jóven,
 Con firme paso y ademan resuelto.
 Lo mide aquél con desdeñosa vista,
 Haciendo alarde del bruñido peto
 Y la fulgente cota, que despiden
 De los rayos del sol vivos reflejos,
 Mientras blandiendo ponderosa lanza,
 Parece apenas percibir su peso.
 Reina, señor, en uno y otro campo,

En el momento aquel, grave silencio;
 Sólo se escucha del pastor ilustre
 La religiosa invocacion, y luégo
 Un ronco grito que el gigante arroja
 Al embestirle con feroz denuedo.
 Mas al instante mismo, despedida
 De la honda fué con brazo tan certero
 Enorme piedra, que silbando vuela
 De su ancha frente á sepultarse en medio,
 Raudal brotando de espumosa sangre,
 Que extiende ante su vista nubo espeso,
 Empapa sus guedejas encrespadas,
 Y baja, hirviendo, á humedecer el suelo.
 Furioso el monstruo, cual herido tigre
 Ruje, y en vano agota sus esfuerzos,
 Sediento de venganza; bambolea
 Y se desploma el formidable cuerpo,
 Como la encina descuajada cae
 Al rudo impulso de huracan violento,
 Y nuestro grito de victoria ahoga
 El postrimer gemido de su seno.

SAUL.

(Pensativo.)

No hay duda, Jonathas; la gloria es grande
 De un hecho tan insigne. Absorto veo
 La milagrosa proteccion que alcanza
 Ese jóven pastor.

JONAT.

Segun yo pienso,

Lo guarda Dios para destinos altos.

*(Saul mira á su hijo, al oirle estas palabras, con involuntario
 estremecimiento.)*

Mas Abner llega, del feliz suceso
 A darte el parabien.

ESCENA VIII.

DICHOS. — ABNER.

ABNER.

Suerte propicia
 Hoy alcanzas, Saul. El filisteo,

Por el terrible golpe consternado
 Que le arrebató su mejor guerrero,
 Abandona su campo, y en desórden
 Se refugia á los montes. Yo precedo
 Al vencedor ilustre, que á tus plantas
 Viene á rendir sus ínclitos trofeos,
 Y te suplico le concedas tropas
 Para que al punto marche persiguiendo
 Al aterrado ejército, y alcance
 Con su ruina total triunfo completo.

JONAT. ¡Héle aquí ya!

SAUL. (A Abner.) Como lo pides sea. (Se va Abner.)
 (Que se desmientan ó confirmen quiero
 De esa alta proteccion los testimonios.)

ESCENA IX.

SAUL.—JONATHAS.—DAVID, *seguido de algunos caudillos.*
A mitad de la escena ABNER, GUERREROS, *y al final* MICOL
y SELA.

SAUL. (A David, que se detiene respetuosamente á distancia.)
 Llega, David; la gracia te concedo
 De que en mi nombre juntes y acaudilles
 La flor de nuestros jóvenes guerreros.
 Vé á destruir al enemigo infame,
 Pues tan propicio se te muestra el cielo.
 Mi propio casco adornará tu frente. (Se lo pone.)

DAVID. No soy digno, señor.....

SAUL. (Dándole su espada.) ¡Hé aquí mi acero!
 Cíñetelo, David; premio aún más alto
 Has merecido, y yo te lo reservo.

JONAT. Sí; de darte de hermano el dulce nombre,
 Haz que llegue, David, pronto el momento,
 Nuevas glorias ganando. Nuestros votos
 Te seguirán doquiera.

DAVID. Voz no encuentro
 Que exprese mi sentir. Pastor humilde,

Siempre he vivido á la ambicion ajeno,
Y turbado, confuso en dicha tanta,
Trémulo el labio, conmovido el pecho,
Sólo en el llanto que mis ojos vierten,
Mi ardiente gratitud mostraros puedo.

SAUL.

(Con intencion.)

De ostentarla tal vez con pruebas grandes
Ocasiones te ofrezca el hado adverso.
Se divulgan fatídicos anuncios
Contra tu rey y su linaje. Creo
Que en toda circunstancia, á todo trance,
Bajo mi enseña te hallaré el primero.

DAVID.

Por mi patria y mi rey, mi sangre toda
En holocausto ofreceré contento.
Ora, gran rey, permite te suplique
Que cual ofrenda se presente al templo
La espada del gigante que ha postrado
Por medio de tan débil instrumento
El Dios de la victoria; sus bondades
Así consiga merecer tu siervo.

(Empieza á oirse rumor de pasos y de voces; un instante despues resuena á distancia el clarin guerrero, y aparece Abner, que desciende presuroso al valle. En pos suya los guerreros, que cubren las faldas de la colina.)

SAUL.

Complacido serás; la ofrenda ilustre
Llevar yo propio al ara te prometo.
¿Pero no escuchas? á anunciarte llega
Ese rumor que de partir es tiempo.
El agudo clarin te llama al campo;
Vuela á ceñirte de laureles nuevos;
La suerte te los brinda generosa,
Y yo te guardo el envidiable premio.

JONAT.

Permite ¡oh padre! que á su lado parta
Hoy, como hermano, á dividir sus riesgos.

SAUL.

Por único caudillo le he nombrado,
Y sólo en él mi autoridad delego,
Para que sólo en él tambien recaiga
Todo el aplauso del feliz suceso,
O el cargo del desastre. Las más fuertes
Legiones le acompañan.

ABNER. *(Que entra en la escena al decir Saul las últimas palabras.)*

Y ya, ardiendo

En noble emulacion, acuden todas,
Dispuestas á seguir su ilustre ejemplo.

JONAT. Parte, pues; ¡oh David! pero no olvides
Que es preciosa tu vida á todo un pueblo.

DAVID. *(Con entusiasmo, que se exalta más y más hasta la conclusion del acto.)*

¡El Dios de los ejércitos me inspirá;
Por su gloria combato; nada temo!

SAUL. Mira llegar la flor de nuestras tribus.
¡Su destino te fio!

DAVID. ¡Y yo lo acepto!

¡Transformando mi sér, cunde en mis venas
Santa ambicion, que á reprimir no acierto!

¡Se ensancha el pecho, y en el aire aspiro
Del ángel de la guerra el ígneo aliento!

¡Al combate, guerreros! ¡La columna,
Celeste guía que alumbró el desierto

Do vagaban las tribus peregrinas,
Brilla á mis ojos con fulgor eterno!

Senda de gloria ante mis pasos abre,
Y al poder de sus místicos destellos,

Allá del porvenir entre las sombras,
Divino arcano atónito contemplo.

¡Oh dichoso Israel! ¡Pueblo bendito!

¡A tí te llama altísimo decreto

A poseer al vencedor monarca

Que ha de imponer su yugo al universo!

JONAT. ¡Te inspira el cielo, sí! ¡Marcha al combate!

DAVID. ¡Al combate y al triunfo, compañeros!

(Se lanza con la espada desnuda entre los guerreros, que le abren paso y le siguen entusiasmados.)

MICOL. *(Que momentos ántes habrá aparecido, con Sela, á la puerta de la tienda de Jonathas, y que corre hácia éste al ver que parte David.)*

¡Le abandonas, hermano!.....

JONAT. *(Indicando el cielo.)*

¡Allá lo escudan!

GUERRER. ¡A David gloria!

TODOS.

¡Gloria!

SAUL.

*(Que agitado y torvo, muestra en su aspecto la sospecha y la envidia que van posesionándose de su alma.)**(¡Oh!..... ¡qué recelo!....)**Mientras David sube por la colina, en medio de la tropa que le victorea Jonathas y Micol ocupan el centro de la escena, Sela permanece á la puerta de la tienda de la derecha, y Saul pronuncia á la izquierda del proscenio la exclamacion última, descende el telon sobre aquel cuadro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de la real morada, con arcos y galerías al fondo.

ESCENA PRIMERA.

MICOL.—SELA *sentadas: la última se ocupa en tejer la corona nupcial de la primera. Al final de la escena, LAS VÍRGENES.*

SELA. Templá tu agitacion, desecha dudas;
Que en esta misma próspera mañana
Has de ostentar en tu virgínea frente
La que tejiendo estoy, nupcial guirnalda.

MICOL. ¡Ah! yo temo soñar, querida Sela.
No me explico tan súbita mudanza.

SELA. Comprendo tu sorpresa. Ayer gemias
Viendo de un padre la dolencia extraña,
Y por tu amante—ausente y en peligro—
Zozobras mil tu pecho destrozaban.
Hoy, de repente, triunfador contemplas
Al que es objeto de tus tiernas ánsias;
De su canto al influjo milagroso
Miras cesar los males del monarca,
Y para hacerte esposa bendecida
Sabes te esperan las divinas aras.

MICOL. Mas ¿consiente mi padre? ¿Estás segura?

SELA. La malicia y el odio propalaban
Que, injusto con David, con Dios perjuro,
Negaba el cumplimiento á su palabra;
Mas te puedo afirmar, como testigo,
Que el mismo rey de desmentir acaba
Tan vil inculpacion. (*Se levanta.*) Llegado apenas

El jóven vencedor, cuando á sus plantas
 Los conquistados lauros deponia
 Con expresiones de modestia rara,
 Bien echamos de ver cuán recia lucha
 Sufria en lo interior la régia alma;
 Mas luégo que la paz descendió á ella
 Por el poder dulcisono del arpa,
 Que á cada acento de David sentia
 Renacer en su fondo la esperanza;
 Cuando le oyó por repetidas veces,
 De eterna lealtad promesas francas.....
 Entónces ¡oh Micol! todos le vimos,
 Dando de su emocion señales claras,
 Tender los brazos al pastor ilustre,
 Mandando que el altar se preparara
 Para enlazarte en vínculo dichoso
 Al que nuevo esplendor dará á su casa.

MICOL.

¡Bendito para siempre el Señor sea,
 Que así desmiente prediccion infausta!

SELA.

Sí, del pueblo el pavor desaparece
 Sólo al saber que el malestar se aplaca
 De su rey y tu padre; y cuando escucha
 Relatar de tu amante las hazañas,
 Prorumpe en gritos de entusiasmo y gozo,
 Dando al olvido la inquietud pasada.
 Mas tú, Micol, en tan alegre día,
 ¿Por qué suspiras, y zozobra amarga,
 Penoso anhelo expresas en el rostro?
 Te unirás á David, ¿y aún algo falta
 Para sentir completa tu ventura?
 ¿Qué ambicionas aún?

MICOL.

(Levantándose.) ¡Ah! ser amada.
 ¿No me has dicho tú misma, Sela mia,
 Que en el divino amor sólo se inflama
 Aquel gran corazon, que no es posible
 Que con terreno bien se satisfaga?
 Y si responde un juramento frio
 A la exigencia de pasion tirana;
 Si el cielo — ¡mi rival! — sólo me deja
 De posesion un pálido fantasma,

¿Piensas que puedo resignarme? ¿Juzgas
Que esa sombra de dicha me bastára?

¡Oh, no, Sela: jamás! yo necesito
Ser querida ó morir..... ¡ó todo ó nada!

SELA. Diviso á nuestras dulces compañeras,
Que á revestirte las nupciales galas
Vienen al són de cítara y salterio.....
Que no te encuentren triste y agitada.

(*Micol vuelve á sentarse y Sela sale al encuentro de las vírgenes,
que desde ántes de entrar entonan el siguiente*)

CORO.

David desbarata
La turba perversa,
Cual sombras dispersa
La lumbre del sol,
Y trae el valiente,
Mostrando sus bríos,
Cabezas de impíos
Por dote á Micol.

SELA. (*Illegándose á Micol.*)
¿No disipan tan plácidos acentos
Los insanos recelos que te asaltan?

CORO.

Las aras te esperan;
¡Vén, vírgen dichosa!
Ya el nombre de esposa
Pronuncia David.

Al héroe te enlaza
De dicha en el colmo,
Así cual al olmo
Se enlaza la vid.

SELA. ¿Oyes, Micol?

MICOL. (*Levantándose.*) ¡Que vuestros dulces votos
Cumplir quiera el Señor, oh amigas caras!

SELA. (*Después de mirar hácia el fondo.*)
Vírgenes de Israel, ornadla al punto

Del nupcial velo y la corona cándida,
 Pues se aproxima el suspirado esposo.
 MICOL. ¡Cielos!..... *(Las vírgenes obedecen la indicacion de Sela.)*
 SELA. *(Bajo á Micol.)* ¡Valor! Tu hermano le acompaña.

ESCENA II.

LAS MISMAS.—DAVID.—JONATHAS.

JONAT. *(Desde el fondo, por donde aparece con David.)*
 No así tiembles, David. Llega, y sus labios
 Confirmarán tu dicha.

DAVID. Se acobarda
 Cada vez más mi pecho..... Me deslumbra
 Tan celeste beldad.

JONAT. *(Acercándose.)* Micol amada,
 Permite que tu hermano te presente
 Al que con hechos de perpétua fama
 Tu mano conquistó.

DAVID. *(Acercándose también.)* Voces no encuentro
 Para explicar lo que en mi pecho pasa
 Al llegar á tus piés, ¡oh vírgen régia!
 Pues no acierto á creer que á una alianza
 Que ni el más grande príncipe merece
 Se le permita alzar sus esperanzas
 A este humilde pastor.

MICOL. Ni yo imagino
 Que el héroe triunfador en las batallas,
 A quien bendice agradecido un pueblo;
 El gran cantor, que de su genio en alas
 Se remonta al empíreo, y de armonías
 Los secretos recónditos le arranca.....
 El que de Dios se inspira en la grandeza
 Y sus obras magníficas ensalza,
 A una débil y pobre criatura
 Dispense estimacion tan elevada,
 Que la acepte cual digna recompensa
 De glorias tales, de virtudes tantas.

DAVID. Grandes son del Señor las maravillas
 Y estupendas sus obras soberanas.

Yo admiro su poder en esos cielos,
 En donde el sol espléndido levanta
 Su refulgente trono, y á raudales
 Vierte la vida en su fecunda llama.
 Le admiro de la noche silenciosa
 En la honda paz y en la solemne calma,
 Miéntras la luna, recorriendo el éter,
 Con sus destellos nítidos lo esmalta,
 O lo pueblan ejércitos de estrellas
 En muchedumbre que á la mente pasma.
 Lo admiro al ver al mar embravecido
 Romper sus olas en la humilde playa,
 Y á la tierra ostentar — con orden vário —
 Sus llanuras, sus valles, sus montañas,
 La inmensa variedad de sus productos,
 La profusion de sus corrientes aguas,
 Y por doquier la multitud de seres,
 Que nacen, viven, se unen, se propagan.
 Mas nunca, nunca del Autor divino
 La paterna bondad bendijo mi alma
 Con tanto fuego y gratitud tan viva
 Como al mirar tus virginales gracias,
 Cuando sentí que por la vez primera
 Le dijo al corazon: « Ríndete y ama;
 Que la mujer hermosa é inocente
 Es la más bella de mis obras santas! »

MICOL. *(Bajo á Sela, y apoyándose en ella.)*

Sostenme, Sela; que del gozo al peso
 Temo desfallecer.

JONAT. Su emocion grata

Te revela, David, que eres dichoso.

DAVID. ¡ Oh! si es así, Micol, que una mirada,
 Una mirada de tus dulces ojos....

(Micol se vuelve á él con ternura, dejando caer su mano en la del jóven, y él dice trasportado los siguientes versos.)

¡ Espíritus de amor! batid las palmas
 Y bendecid mi gloria; que en la tierra
 No es posible alcanzar otra más alta.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—ABNER.

ABNER. Todo dispuesto está para el enlace
Que el pueblo pide á voces, y que halaga
El corazon del rey, quien por mi acento
Su augusta vénia y bendicion os manda.

JONAT. ¡Partamos, pues!

MICOL. ¡Oh venturoso instante!

DAVID. ¡Vén, querida Micol; el templo aguarda!

(Se van todos, ménos Abner, repitiendo las virgenes, al són de las cítaras y el salterio, la última estrofa del coro.)

ESCENA IV.

ABNER, despues SAUL.

ABNER. ¡Oh admirable poder de la armonía!
¿Quién pudo presumir que así trocarás
El ánimo real; que convirtieras
Los recelos, la atroz desconfianza
En tranquilos afectos?..... Mas él viene:
¡Cuán sereno, cuán firme se adelanta!

SAUL. ¿Te hallo aquí solo, Abner? ¿No me dijiste
Que el séquito nupcial en esta estancia
Reunirse debia?

ABNER. Así se hizo;
Mas ya ha salido, rey, y al templo marcha.

SAUL. *(Acercándose á una ventana.)*
¡Qué bien me encuentro, Abner! Soy otro hombre.
Quiero admirar la luz, beber las auras,
Hoy, que me libra mano poderosa
Del genio de dolor que me acosaba.

ABNER. Terrible fué tu largo desvarío,
Mas ya el remedio en tu poder se halla.

SAUL. Dios inspira á David; celeste influjo
Su voz ejerce, sí. Cuando imploraba
De mi mal el alivio, ¡cuál sentia

De mis ojos brotar benignas lágrimas,
 Y en deliciosa unción bañado el pecho!
 Y luego que, cesando la plegaria,
 Me hizo escuchar un himno de victoria,
 ¡Con qué entusiasmo demandé mis armas,
 Sintiéndome abrasar por noble fuego
 Del sacro amor de religión y patria!
 Olvida, Abner, olvida para siempre
 Las que abrigué sospechas insensatas.
 No cabe en ese joven admirable
 La cobarde traición. No se disfrazan
 Nunca bajo tan nobles sentimientos
 Criminales designios. Si mis faltas
 Irritaron al cielo, si son ciertas
 Del profeta cruel las amenazas,
 Un ángel es David, que, ya piadosa,
 La Providencia augusta me depara.....
 ¡Un ángel mediador, por cuyas preces
 Vuelva á mi pecho la divina gracia!

ABNER.

Los sacerdotes son, que no el Eterno,
 Quienes te inculpan y rencor te guardan.
 Dique al poder de jueces y levitas
 Puso el pueblo en el trono; fueron vanas
 Las tentativas por domar tu orgullo
 Qué hizo al principio la soberbia raza;
 Y ahora, para que el vulgo se amedrente,
 Misteriosos desastres te presagia.
 Mas no los temas, rey; que ya destruye
 La Providencia sus culpables tramas,
 Y una prueba daré de mis anuncios,
 Al afirmarte que la voz aciaga
 Que á tu linaje reprobó, por siempre
 Va en breve á enmudecer.

SAUL.

¡ Samuel!

ABNER.

En Rama

Se encuentra moribundo.

SAUL.

¿Quién lo ha dicho?

ABNER.

Un labrador que de llegar acaba.
 Ignorando sin duda que no existe
 La amistad que en un tiempo te jurára

El impostor profeta, conturbado
Vino á anunciarte, como gran desgracia,
Su ya próximo fin.

SAUL. ¿Y áun permanece

En este alcázar?

ABNER. Sí.

SAUL. Pues sin tardanza

Hablarle quiero, Abner.

ABNER. Voy en su busca,

Y oirás cómo confirma mis palabras.

ESCENA V.

SAUL, *sentándose.*

¡ Muere Samuel !..... tal vez arrepentido
De sus locos furores ; miéntras tanto
David se enlaza á la familia mia.
Un enemigo pierdo, otro hijo alcanzo.
Sin duda que embargaba mis potencias
Pueril supersticion, delirio insano.
Ya vuelvo á la razon, ya compadezco
Al que, necio, juzgué del cielo oráculo,
Y hoy enmudece á un soplo de la muerte.

ESCENA VI.

SAUL.—ABNER.—LABRADOR DE RAMA.

ABNER. (*Entrando.*)

Aquí de Rama al mensajero traigo.

SAUL. (*Al labrador.*)

Aproxímate, amigo; ¿qué noticias
Puedes dar á tu rey? ¿Cual siempre amado
Es de su pueblo? El labrador tranquilo,
Que ya no mira devastar sus campos
Al fiero amalecita, al filisteo,
Azotes de Israel por tiempo largo,
¿Bendice alegre el cetro que lo rige?

LABRAD. Ungido del Señor, en tí acatamos

El supremo poder que representas ;
 Mas gran pesar agobia á tus vasallos.
 Cubiertos de ceniza los cabellos ,
 Sus vestiduras con dolor rasgando ,
 Las familias de Rama en torno lloran
 De la morada del profeta santo ,
 Que acaso exhala su postrer aliento .
 En este instante ¡oh rey! en que te hablo.
 ¿Es tan grave su mal? ¿No hay esperanza?

SAUL.

LABRAD. (*Señalando al cielo.*)

Allí la mia está ; que otra no hallo.

SAUL.

Con profundo terror, de su carrera
 El término fatal columbra el malo ;
 Mas el justo Samuel , sin duda goza
 De inefable placer cuando el descanso
 Va á disfrutar de la callada tumba.

LABRAD.

Sereno como siempre y resignado
 A los decretos del Señor se muestra ,
 Y al observar la pena y el quebranto
 Que nos causa su muerte, nos anima
 Con promesas solemnes, cuyo plazo
 Le ruega al cielo que abreviar se digne ,
 Por este pueblo su piedad mostrando
 Y su paterno amor.

SAUL.

(*Inquietándose.*) Y esas promesas,
 ¿Qué bien anuncian? ¿Qué dichoso cambio?

LABRAD.

¿Quieres, gran rey, que mis palabras rudas
 Repitan las que salen de los labios
 Del profeta de Dios? Yo las venero,
 Las creo humilde; pero no me es dado
 El poder repetirlas.

SAUL.

(*Levantándose.*) Pues al punto
 Hacerlo debes, porque yo lo mando.

ABNER.

Reflexiona, Saul.....

SAUL.

¡Silencio! sólo
 Este hombre debe hablar.

LABRAD.

(*Turbado.*) A tū mandato
 Quisiera obedecer, pues soy tu siervo ;
 Mas ¿cómo recordar discursos varios,
 Que apenas comprendí? Yo sólo afirmo

Que el santo moribundo nada infausto
Predice al pueblo. Ayer con alegría,
Mirando, al parecer, tiempos lejanos,
«¡Oh Belen!», exclamaba, «¡de tu seno
Alzarse veo al rey predestinado!»

SAUL. (*Estremeciéndose.*)

¡Belen has dicho!

LABRAD.

Sin cesar pronuncia
Ese nombre Samuel, y grave alzando
La voz, que enmudecer debe tan pronto,
«¡Él triunfará de todos sus contrarios!»,
Grita con entusiasmo: «Lo están viendo
Y no lo reconocen; mas no en vano
Se alza el humilde, por el cielo ungido.
¡Ya rueda el cetro antiguo desechado,
Y el hijo de Belen de un polo al otro
Extiende el suyo, poderoso y blando!»

SAUL. (*Fuera de sí.*)

¡Cesa, vil impostor! cesa, ó mi acero.....

ABNER. (*Deteniéndole.*)

¡Qué haces?

(*Al labrador.*) ¡Huye, infeliz!

(*Se va el labrador atemorizado y atónito.*)

ESCENA VII.

SAUL.—ABNER.

SAUL.

¡Ah!..... ¿yo me exalto
Contra un pobre labriego?..... Mis furores
Sólo merece el vil que, haciendo escarnio
De mi bondad real, nombre de hijo
Me arranca para hallarse más cercano
Del trono que codicia.

ABNER.

Razon tienes;
No cabe duda ya; confabulados
Están Samuel y el Belemita hipócrita,
A quien designa en términos bien claros
Como heredero de tu sólio augusto.

SAUL.

Y tú, que lo pronuncias, ¡insensato!

¿Dejas aún que ese traidor respire?
 ABNER. Dicta tus leyes, rey, y al punto salgo
 Para cumplirlas.
 SAUL. ¡Bien! ¿qué te detiene?
 ABNER. ¿Debe morir ese hombre?.....
 SAUL. Ya no indago
 Si es motor ó instrumento, pues si alberga
 Saña tan fiera un Dios, debo imitarlo.
 ¡Perezca, Abner, perezca sin demora
 Mi pérfido rival!
 ABNER. No seré tardo.

ESCENA VIII.

SAUL *y luego* JONATHAS.

SAUL. ¿Y yo pude un instante, ¡oh rabia! pude
 — Del pecho los instintos sofocando —
 Casi un ángel creer al loco imberbe
 De seductora voz?..... ¿Pudo el halago
 De su acento falaz turbar mi juicio
 Hasta el punto de alzarle augusto tálamo
 En mi régia familia?..... Tal vergüenza
 Ni con toda su sangre indigna lavo.
 (*Entra Jonathas.*)

JONAT. ¿Adónde Abner tan presuroso corre,
 Y por qué, padre, trémulo, agitado,
 Te ven mis ojos? ¿La fatal dolencia
 Se anuncia ya con tétricos amagòs?
 El feliz dia que celebra el pueblo,
 ¿Será, señor, por tu inquietud nublado?
 Calma tu corazon, te lo suplico;
 Que en este instante, para todos fausto,
 Tranquilo y venturoso te contemplen
 Tu Micol, tu David, ya desposados.
 SAUL. ¡Desposados!

JONAT. ¡Oh padre! ¡si testigo,
 Como yo, fueras del solemne acto

Que me conmueve aún!..... Por todas partes
 Oyendo resonar ardiente aplauso
 Y bendiciones al enlace augusto
 Que une tu estirpe al vencedor bizarro,
 Gloria ya de Israel, lágrimas dulces
 Vertieran hoy tus ojos, y aliviado
 Respirára tu pecho. Sí, dichoso
 Con la ventura de tus hijos caros,
 Tu corazon paterno dilatáras
 Llorando de placer entre sus brazos.

SAUL. *(Con mal reprimida agitacion.)*

Mas ¿dónde está David?

JONAT. Veráslo en breve

Con su Micol aquí, pues yo, anhelando
 Darte mi parabien ántes que nadie,
 A todos presuroso me adelanto.

SAUL. ¡Príncipe iluso y ciego, á pesar tuyo
 Te sabré conservar el cetro intacto,
 Y el torpe usurpador que lo ambiciona,
 La impotencia verá de sus amaños!

JONAT. ¡Qué dices, padre?.....

SAUL. Que en el ara humea

Del vil altar, por mi deshonra alzado,
 La impura sangre del pastor odioso,
 De su iracundo Dios en holocausto.

JONAT. ¡Cielos! ¡qué escucho!.....

(Hace ademán de irse, y Saul le detiene.)

SAUL. ¿Adónde te diriges!

JONAT. Corro á impedir de Abner el atentado.

¡No me detengas, padre!

SAUL. Yo, yo mismo

De que muera David pronuncié el fallo.

JONAT. ¡No es posible! La negra alevosía
 Jamas concibe corazon magnánimo;
 Del que te acosa espíritu maligno
 Descubro en él los infernales rasgos,
 Y nunca — vivo yo — su triunfo odioso
 Celebrará el abismo, mancillando
 Para siempre tu nombre. *(Quiere irse.)*

SAUL. *(Colérico.)* ¡Tente!

- JONAT. (*Con firmeza.*) ¡Padre,
No debo obedecerte!
- SAUL. ¡Temerario!
¿Contra mí te rebelas?....
- JONAT. ¡Contra el crimen,
Y al salvar á David, tu gloria salvo!
- SAUL. (*Furioso, y arrojándose á él para quitarle la espada.*)
Yo ántes la espada, que ganó la tuya
En nobles lides, con baldon te arranco.....
- JONAT. ¿Qué haces, señor!.....
- SAUL. Indigno de ceñirla
Delante de los cielos te declaro,
Por súbdito rebelde, por mal hijo!.....
- JONAT. ¡Ah!..... ¡vuélvemela!.....
- SAUL. (*Rompiéndola y arrojándola en tierra.*)
¡Sí! ¡rota en pedazos!
- JONAT. (¡Cielos!)

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—MICOL, *que entra desolada por el fondo, en el momento en que Saul va á dejar la escena.*

- MICOL. ¡Padre!.....
- SAUL. (*Retrocediendo.*) ¡Micol!
- JONAT. (*Corriendo hácia ella.*) ¡Hermana mia!
- MICOL. (*Casi sin aliento.*)
¡Oh padre! ¡padre!..... allá..... casi en los atrios
Del templo del Señor — donde se ha unido
Con la hija tuya en bendecido lazo —
El héroe de Sion, mi esposo inerme.....
- JONAT. (*Con ansiedad.*)
¡Acaba!..... ¿qué?.....
- MICOL. De voz, de aliento falto
Se siente el pecho.....
- JONAT. ¡Oh Dios!.....
- MICOL. (*Esforzándose para hablar.*) El vil caudillo,
Por sus secuaces fieros ayudado,
Sin causa alguna, repentinamente,

Le acometió cual tigre sanguinario.....

(Saul hace un gesto de disgusto y enojo.)

¡Sí!..... ¡sí!..... ¡no dudes, padre! todo el pueblo
Lo ha visto — como yo — mudo de espanto,
Y cien desnudos pechos, generosos
Se han interpuesto entre el verdugo infando
Y la víctima ilustre..... Así los dejo.....
¡Vén, no hay momento que perder, corramos!
¡Retírate á tu estancia!

SAUL.

MICOL.

¡Qué! ¿no entiendes?

Tu hijo en peligro está..... ¡quieren matarlo!

JONAT.

¡Oh padre! tiempo es aún.

MICOL.

¡Vén! ¡vén! los monstruos

Osan decir que cumplen tus mandatos.

SAUL.

¡Sí! ¡yo esa muerte decreté!

MICOL.

(Retrocediendo horrorizada.) ¡Tú!!.....

SAUL.

¡Cierto!

MICOL.

¡Ah!!.....

(Se cubre el rostro con las manos, y queda por un instante como anonadada.)

SAUL.

¡Traidor es David!

JONAT.

(Con energía.)

¡Falso!.....

(Movimiento de Saul.)

¡Sí!..... ¡falso!

Lo calumnia tal vez la torpe envidia,
Mas yo ante tí la inculpacion rechazo,
Y la inocencia á demostrar me obligo
De tu hijo fiel, de mi glorioso hermano.

MICOL.

¡Yo tambien..... yo tambien..... es inocente,
Lo juro por el llanto que derramo,
A tus plantas postrada, padre mio!

JONAT.

(Doblando tambien una rodilla.)

¡Ve! cual ella, señor, tus piés abrazo,
Pidiéndote justicia.

MICOL.

¡Por la madre

Que es ya ceniza en el sepulcro helado,
Y que en mí te dejó la última prenda
Del más ardiente amor, mírame blando!
¡Mírame con piedad!..... ¡No me asesines!
¡Consérvame el esposo que idolatro,
Y sin el cual maldigo la existencia!

- JONAT. ¡Con David, padre, morirémos ambos,
Y en medio de sepulcros de tus hijos
Arrastrarás tus canas solitario!
- SAUL. (*Conmoviéndose á pesar suyo.*)
El cielo, el mundo, contra mí conspiran,
Y vosotros tambien ¡hijos ingratos!
¡Al padre condenais, y al enemigo,
Que quiere vuestra herencia arrebatáros,
A costa de mi sangre, que os alienta,
Pretendeis rescatar!.....
- JONAT. (*Levantándose con alegría.*) ¡Ya está salvado
Nuestro David, Micol! Nos lo asegura
Esa emocion que se recata en vano.
(*Indicando á su padre.*)
- MICOL. (*Que se levanta tambien y enlaza á Saul con sus brazos.*)
¡Oh padre, corre! los momentos vuelan.
¡Tu hijo te invoca á defenderlo; vamos!

ESCENA X.

LOS MISMOS.—ABNER.

(*En el momento en que Micol se esfuerza por dirigir á Saul hácia el fondo, aparece Abner.*)

- JONAT. ¡Abner!
- MICOL. ¡Oh cielo!
- SAUL. (*Con cierta ansiedad.*) De David, ¿qué has hecho?
- ABNER. Protegiéndole el pueblo, buscó amparo
Dentro del templo, rey, y los levitas,
Que al parecer ya estaban preparados,
Sin duda le han abierto ignota puerta,
Las otras fuertemente acerrojando.
- MICOL. (*Con regocijo y juntando las manos fervorosamente.*)
¡Ah!.....
- JONAT. (¡Respiro!)
- SAUL. (*Cuya amortiguada cólera vuelve á encenderse con violencia.*)
Mas ¡qué! ¿te faltan medios
Para forzar la entrada del santuario?
- ABNER. No, señor; penetré con mis legiones,
No sin algun peligro y gran trabajo,

Pero ya allí no estaba el delincuente.
Sin que acertemos cómo, se ha escapado.

MICOL. *(Cayendo de rodillas, y alzando los ojos y las manos al cielo.)*
¡Gracias!

SAUL. ¿Y los infames sacerdotes....

ABNER. Nada explican, señor; mas sin reparo
Confiesa Achimelech que él mismo ¡él mismo!
La espada del gigante que tu mano
Tributó en el altar.....

SAUL. *(Con ánsia horrible.)* ¿Qué?.....

ABNER. Lo pronuncio
Con vergüenza profunda, con escándalo.....
¡Él dió esa espada al criminal que huye!.....

JONAT. ¡Cielos!

SAUL. *(Con la voz trémula de furor.)*

¿Qué has dicho?.....

ABNER. El hecho que delato

No admite dudas, rey.

SAUL. ¿Y la cabeza

Del pontífice atroz dónde has dejado?

ABNER. Dictar castigo á tí te corresponde.

JONAT. *(Adelantándose con firmeza.)*

Pero no olvides que su excelso rango
Lo hace inviolable, aunque culpado sea.

SAUL. Quien prostituye su carácter sacro,
Lo renuncia vilmente. *(A Abner.)* ¡Mueran todos
Los levitas traidores! ¡Que en pantano
La poblacion que habitan se convierta!

MICOL. *(Acercándose á Jonathas con pavor.)*

¡Jonathas!.....

JONAT. ¡Padre!

SAUL. *(A sus hijos.)* ¡Al punto retiraos!

JONAT. No sin cumplir, señor, lo que me dictan
La justicia y el cielo.....

SAUL. ¡Pecho flaco!

¡Sal de mi vista, sal! ¡Y que ese cielo,
Que invocas contra un padre, los agravios
Vengue de sus ministros criminales,
Si patrocina sus inicuos pactos!

JONAT. ¡Señor!.....

SAUL. ¡Afuera!
 MICOL. (*A Jonathas.*) ¡Oh! ¡vén! sólo nos toca
 Rogar á Dios por él.
 JONAT. (¡Rey desdichado!)
 (*Micol se lleva á su hermano, entrándose ambos por la derecha del actor.*)

ESCENA XI.

SAUL.—ABNER.

SAUL. (*A Abner.*)
 ¿Qué aguardas tú?
 ABNER. Que en calma ratifiques
 Tu orden severa.
 SAUL. ¿Sentirás escaso,
 Para cumplirla, tu valor famoso?
 ABNER. ¿La ratificas?
 SAUL. ¡Sí!
 ABNER. Ya nada aguardo.

ESCENA XII.

SAUL, *despues* SAMUEL.

SAUL. ¡Oh vil raza de Aron! ¡desaparece
 Y arrastra en pos los fúnebres presagios
 Con que humillar pensaste mi corona
 Delante un Dios, de tu invencion acaso.
 (*Samuel aparece por el fondo del teatro, desde que se retira Abner. Su rostro es cadavérico, pero marcha con firmeza, sostenido por el Espíritu divino.*)

SAMUEL. Ese Dios ¡oh Saul! no hubo principio,
 Ni tendrá fin jamas.

SAUL. ¡Estoy soñando?
 ¡Esa voz!..... ¡Ah! ¡Samuel! ¿Tú moribundo
 En Rama no te hallabas?

SAMUEL. Me levanto
 Por orden del que puede con un soplo
 Dar la vida y la muerte. Su mandato
 Me trae, Saul, á que á tu vista rinda

En su seno inmortal mi aliento exhausto.

SAUL. Pero ¿con qué designio?.....

SAMUEL. Cumplir debo
Hasta el fin la mision que se me ha dado.

SAUL. ¿Y así espirante intentas.....

SAMUEL. ¡Calla!..... ¿No oyes

El confuso clamor que, aquí llegando,
Viene á arrullar mi sueño perdurable?

¡Es de un pueblo la voz! ¡Eco de llanto
Universal, profundo! ¡Es el lamento

Que se levanta en torno del cadalso,
Do cabezas angustas rodar deben!

SAUL. Los sacerdotes fieros, insensatos,
Merecieron mi saña.

SAMUEL. *(Con la mirada fija, como si contemplára lo que anticipada-*
mente refiere.) Aun no han caído

Bajo el golpe cruel..... Están postrados.....

Piden por tí al Señor..... piden que sea
Temporal tu castigo, y que descanso

Te dé la eternidad.

SAUL. ¡Samuel!

SAMUEL. ¡Oh! ¡mira!

¡Levantán unos sus cabellos canos;

Descubren otros delicados cuellos,

Do sólo pesan juveniles años!

¡Exhala el pueblo funeral gemido,

Herido de dolor, yerto de espanto!.....

¡Las víctimas se postran; los verdugos

Ya elevan la segur!.....

SAUL. ¡Detenla, anciano!

SAMUEL. *(Con voz profunda.)*

¡Cayeron, rey! ¡no existen los levitas!

¡La sangre tiñe sus ropajes blancos,

Salta de sus verdugos hasta el rostro,

Y se extiende, formando inmenso lago!

SAUL. *(Retrocediendo con horror, como huyendo de la sangre.)*

¡Ah!.....

SAMUEL. *(Deteniéndole.)* ¡Tente!—Suena la guerrera trompa...

Se escucha el galopar de los caballos.....

¡Rehaciendo su fuerza el filisteo,

Nuestro suelo infeliz cubre de estragos,
Y la muerte—que diezma nuestras tribus,—
Pide otras presas de valor más alto!

SAUL. (*Aterrado.*)

¡Basta!.....

SAMUEL. No basta, ¡príncipe sacrilego!

¡La corona depon y el cetro sacro;

Que los levitas ante Dios te citan,

Y David llega á recoger tu manto!

SAUL. ¿Quién llama aquí á David?

SAMUEL. ¡Lo llama el trono!.....

¡Y á tí el juicio de Dios!

SAUL. (*Llevando la mano al puño de su acero.*)

¡Profeta infausto,

Yo te haré enmudecer!

SAMUEL. (*Que, agotadas sus fuerzas, vacila, y luego cae.*)

Suelta el acero.....

Lo estás viendo, Saul..... no es necesario.....

Mi terrible misión queda cumplida.....

SAUL. ¡Ah!.....

SAMUEL. (*Espirante.*) Rogando por tí..... mi vida acabo.

SAUL. ¡Samuel!..... ¡Samuel!..... ¡No existe!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS.—ABNER.

ABNER. (*Entrando presuroso.*) El enemigo

Veloz se acerca, ¡oh rey!

SAUL. (*Interrumpiéndole.*) Sus yertos labios

Lo anunciaron aquí; mas yacen mudos

Ya por la muerte, Abner; y allá en sus antros

Su oráculo también tiene el infierno.

ABNER. ¡La Pitonisa?.....

SAUL. ¡Seguirá mis pasos!

Del arrepentimiento los caminos

Para Saul por siempre se cerraron;

Si venganza me ofrece el negro abismo,

Por los suyos intrépido me lanzo.....

¡Y que me busque el Dios que me persigue,
De lid tremenda en el sangriento campo,
Do, á su despecho, como á rey me bunda,
Mas no me huelle como á vil esclavo!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el campo de los israelitas, al pié de los montes de Gelboé, pero las tiendas no están á la vista, suponiéndolas hácia la derecha. El terreno es árido y frágil: la luna, próxima á su ocaso, se va ocultando detras de los montes. En las últimas escenas del acto amanece.

ESCENA PRIMERA.

DAVID.—JONATHAS. *El uno entra por el lado izquierdo, y el otro por el opuesto, un instante despues; ambos en traje guerrero.*

DAVID. No, no me engaño; el campo de mi pueblo
Logro encontrar al fin: la opaca luna,
Ya próxima á su ocaso, la alta cima
De Gelboé con su destello alumbra.
¡Vélate, astro de paz! cual foragido
Que teme que sus huellas le descubran,
Sólo puedo pisar el suelo patrio
Entre las sombras de la noche oscura.

JONAT. *(Entrando en escena sin ver á David.)*
Descansan todos, y el contrario aleve
Tal vez la noche aprovechar discurra
Para caer sobre el desierto campo.
Por el cuidado del caudillo supla
Mi vigilancia activa.

DAVID. *(Recatándose.)* (Me parece
Que álguien habló.)

JONAT. (De un hombre que procura
Recatarse, la sombra allá distingo.)

DAVID. (Alguno se aproxima..... sí, no hay duda;
Centinela será.)

JONAT. *(Alto.)* ¿Quién á deshora,

En la tiniebla y soledad nocturna
Espia el campo de Israel?

DAVID. Guerrero

Como tú soy.

JONAT. ¡Tu nombre dime!

DAVID. Nunca

Podrá olvidarlo el filisteo; ingrato
Lo proscribe Israel.

JONAT. Lo que articulas

Sólo á un nombre conviene: ¡David!

DAVID. ¡Basta!

El que á pesar de execracion injusta
Contra David lanzada, honra su nombre,
El suyo ilustre pronunciar excusa. (*Se descubre.*)

JONAT. ¡Qué miro!

DAVID. ¡Jonathas!

JONAT. (*Abrazándolo.*) ¡Oh hermano mio!

DAVID. ¡Cómo este llanto bienhechor endulza
Los acerbos dolores de mi vida!
¡Cuánto aumentó de mi alma la amargura
El temor de perder tu amistad cara!

JONAT. Tales recelos mi constancia injurian.
Los votos de mi afecto te han seguido;
Mientras de los delitos que te imputan
Defendiéndole aquí, veces no pocas
Del triste rey, cuya razon ofuscan,
Me atraje los enojos y el desprecio.

DAVID. ¿Y Micol, Jonathas?..... ¿en su alma pura
Un recuerdo conserva del proscrito,
Que osó esperar en plácida coyunda
Vivir por siempre unido á su existencia?

JONAT. Desde aquel día de memoria cruda,
Micol, sumida en incesante duelo,
Su juventud y su beldad deslustra.....
De su nupcial corona, cual tesoro,
Guarda y lleva doquier las flores mustias,
Que en sus momentos de delirio acervo,
Por este campo ostenta vagabunda.

DAVID. Mas ¿se halla aquí Micol?

JONAT. Tal es su estado

Al hallarse á la vez esposa y viuda,
Que el rey temió dejarla en abandono
Y consigo la trajo. La tributa
Cuidados cariñosos, y á su vista
Despeja el ceño de la frente adusta.

DAVID. ¡Oh virgen adorada!..... ¿Podré verla?

JONAT. Tú deliras, ¡David! pues lo preguntas.
¿Olvidas dónde estás?..... ¿No reflexionas
Que de Israel las tiendas te circundan?
¡Aquella es la real! (*Señalando hácia la derecha.*)

DAVID. ¡Donde mi amada

Gime en la soledad!.....

JONAT. Donde iracunda

Vela la envidia que excitó tu gloria,
Y el vil puñal de la sospecha aguza.
Un acento, un suspiro que aquí exhales,
Puede allá resonar. — ¡Oh! ¡las resultas
Teme, David, de tu imprudencia extraña!
¿Qué falaz esperanza te deslumbra?

¿Estás ansioso de morir, ó ignoras
Que aquí te aguarda perdicion segura?

DAVID. Sé, Jonathas, que el campo de mi pueblo
Es éste; sé que lá guerrera lucha

Va presto á renovarse; que el contrario,
—A quien antiguos daños estimulan,—
Corre veloz, sediento de venganza,
Con grande fuerza y con tremenda furia.

¡A morir vengo, sí; mas en el campo
Por mi patria lidiando; sin que aguda
Espada alcance de mi rey al pecho,
Si paso por el mio ántes no busca!

JONAT. El valor, la virtud dictan tus voces;
Mas no dejes, David, que te seduzcan
Y te hagan sordo á la prudencia cauta.

¡Ella te habla por mí; su voz escucha!
A los levitas míseros recuerda,
Y preserva á tu rey de nuevas culpas.

DAVID. ¡Oh memoria cruel!.....

JONAT. Ruinas, escombros

Es ya la triste Nobe, y sepultura

De los que fueron del Señor ministros.
 Sólo escapó de la sentencia injusta
 — Por un prodigio — el sumo sacerdote,
 El viejo Achimelech, que acaso encubra
 Su santa vida en extranjero suelo.

DAVID. ¡Silencio!..... mira: cándida figura
 Por entre aquellas breñas aparece.

JONAT. ¡Cielos! ¿Será Micol?

DAVID. Mi alma lo anuncia.

JONAT. Observemos ocultos; la matára
 Del bien que llora la presencia súbita.

ESCENA II.

LOS MISMOS, *medio ocultos entre las malezas. MICOL, que sale por la derecha, en actitud pensativa, trayendo en las manos los restos de su corona nupcial, ya seca y deshojada.*

MICOL. ¿En dónde estás, modelo del valiente!
 ¿En dónde estás, oh electo de la gloria!.....
 Devoró el rayo el lauro de tu frente,
 Y á su hijo desconoce la victoria.
 Subir, subir bizarro
 Te vimos, como suben las espumas.....
 Mas ¿dó te lleva de tu triunfo el carro?.....
 ¡Se disipó entre brumas!

(*Se sienta melancólica en un trozo de roca, hácia el prosenio, fijos los ojos en su deshecha guirnalda.*)

DAVID. ¡Oh Jonathas! no acierto á contenerme.

JONAT. Un momento no más.

DAVID. Cedo á tu súplica.

MICOL. Frágiles flores que en los campos huellas,
 Simbolizan — te dije — mi hermosura;
 Mas yo ignoraba, sí, que la ventura
 También su imágen encontraba en ellas.
 — Adios, hasta mañana —
 Parece que las dice el sol poniente;
 Pero las busca al retornar riente,
 Y es diligencia vana.
 ¡Míralas!..... polvo son las que corona

Fueron de amor y de esperanza un dia....
 Todo á un tiempo pasó..... nada perdona
 Del destino, mi bien, la mano impía.

El nuestras dichãs trunca;

Él marchitó tu gloria y mi contento....
 ¡Cual sus perfumes, que disipó el viento,

No volverán ya nunca! (*Indicando las flores.*)

DAVID.

(*A Jonathas, que aun quiere detenerlo.*)

¡Déjame, por piedad!

JONAT.

Bien : yo vigilo

Y aviso te daré de cuanto ocurra.

(*Se retira hácia el campamento.*)

ESCENA III.

MICOL.—DAVID.

MICOL.

(*Hablando á sus flores.*)

¿Dónde, dónde estarán vuestras hermanas,
 Prendas perdidas de infeliz ternura?.....

DAVID.

(*Presentándose.*)

¡Aquí, en mi corazon!

MICOL.

(*Levantándose.*)

¡Ah!!.....

DAVID.

¡Virgen bella!

¡Vén, y esas flores con aquestas junta!

MICOL.

(*Llegando á su esposo y examinándole de cerca con agitacion indecible.*)

¿No estoy loca?..... ;no!..... ;no!..... ;David!

(*Se echu en sus brazos.*)

DAVID.

¡Bien mio!

¡Qué placer celestial mi pecho inunda

Cuando por fin te estrecho entre mis brazos!

MICOL.

¿Aun me amas, pues?..... La bárbara conducta
 Del engañado rey; el anatema

Que los derechos de su prole anula;

La ausencia atroz, cuyas eternas horas

Me han llevado—¿lo ves?—una por una

De la risueña juventud las gracias.....

¿Nada ha vencido la constancia tuya?

¿Nada, David, me arrebató el cariño

- En que mi orgullo y mi placer se fundan?
 DAVID. (*Mostrándola las flores secas que él conserva también.*)
 Que te digan, Micol, estas cenizas
 De tu guirnalda—que en mi pecho ocultas
 Por doquier me han seguido—cuantas veces
 Del corazón sintieron las angustias;
 Mientras pensando en tí, noches tras noches,
 Me halló la aurora al despertar jocunda.
 Manda que te enumeren, si es posible,
 De mis lágrimas ¡ay! la inmensa suma....
 Lágrimas que de amor el fuego avivan,
 En lugar que el incendio disminuyan.
 MICOL. Harto lo sé, ¡David! que aunque en mi rostro
 Deja el llanto también huellas profundas,
 Pábulo ha sido de la ardiente llama,
 Que aún de la falta de esperanza triunfa.
 Mas ¡ah! que sacie déjame mis ojos,
 Contemplando tu faz, mientras la luna
 Sus últimos destellos nos concede....
 DAVID. (*Enlazándola de nuevo en sus brazos.*)
 ¡Oh! ¡si muriese así!.... ¡Cuánta dulzura
 En esa muerte hallára, esposa mía!
 MICOL. ¿Por qué morir? Por más que se conjuran
 Contra nosotros los malvados todos,
 Nada existe ¡David! que nos desuna,
 Pues me guardas tu amor.
 DAVID. ¿De qué manera
 Podrémos conseguir que no interrumpa
 La suerte avara instantes tan queridos?
 MICOL. Huyendo lejos de la vil calumnia
 A un ignorado asilo, á una caverna
 —Porque al amor, David, nada le asusta,—
 Donde los dos reverdecer veamos
 Las secas flores de las tristes nupcias,
 Y hagamos que por siempre en nuestras sienes
 Su hálito den, que al corazón perfuma.
 ¡Sí, caro esposo! llévame contigo;
 No hay tiempo que perder.... las horas últimas
 Son éstas de la noche, cuyas sombras
 Protegerán propicias nuestra fuga.

- DAVID. ¡Ah, querida Micol! deja que ántes
Deber austero con mi patria cumpla:
Deja que armado en el guerrero campo
Me encuentre el sol, cuando su luz fecunda
Lance á este suelo, que empapado en sangre
Al partir dejará, sin duda alguna.
- MICOL. ¡Qué! ¿pretendes cruel....
- DAVID. (*Amorosamente.*) Hacerme digno
De aquella dicha con que al alma adulas,
Reverdeciendo mi laurel ¡oh vírgen!
Como despues — con amorosa industria —
Nueva fragancia á tu nupcial guirnalda
Los dos daremos en la ignota gruta.
¿No es verdad que consientes? ¿Que á tu esposo
Quieres con honra y gloria?
- MICOL. ¡Siempre, y mucha!
- DAVID. Pues bien, aguarda que el Señor decida
Nuestra suerte comun.
- MICOL. ¡Mas jura, jura
Que en vida y muerte juntos para siempre....
- DAVID. ¡Lo juro, y que los cielos me confundan
Si no es ése, Micol, mi ardiente voto!
- MICOL. ¡Calla!.... fuerza será que al punto huyas.
¡Viene álguien!
- DAVID. Nada temas; es tu hermano.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — JONATHAS.

- JONAT. En la tienda real ruido se escucha.
Véte pronto, Micol.
- MICOL. (*Volviendo á abrazar á David.*) ¡Oh esposo mio!
- DAVID. Dios es bueno, mi bien, tu llanto enjuga....
Y estas reliquias dulces, si Él me llama,
(*Indicando la guirnalda que tiene en sus manos.*)
Recoge amante en mi sangrienta tumba.

- MICOL. ¡Ah! ¡no! los dos al par descansarémos;
No olvides ya nuestra promesa mutua.
- JONAT. (*Conmovido, y separando á su hermana de los brazos de David.*)
¡Basta, por Dios!
- MICOL. (*Al marcharse.*) ¡David!..... ¡mi alma te sigue!
- DAVID. ¡Vivo ó muerto, Micol, la mia es tuya!

ESCENA V.

DAVID.—JONATHAS.

- JONAT. ¡Pronto! ¡de aquí te aparta! Pero deja
Que mi casco, David, tu frente cubra
En prenda de amistad, y á mí me honre
Ése, que premio fué de tu bravura,
De Terebinto en el frondoso valle.
(*Truecan los cascos.*)
- DAVID. Gozoso acepto el que tu gloria ilustra.
- JONAT. (*Más y más conmovido.*)
¡Adios..... quizá por siempre!
- DAVID. ¡Qué?.....
- JONAT. Decretos
Soberanos, me abaten y te encubran.....
Mas su justicia, hermano, reconozco,
Y estrecho al corazon tu mano augusta.
- DAVID. ¿Qué has dicho, Jonathas!.....
- JONAT. (*Reprimiendo su enternecimiento.*) El filisteo
Ya toma posesion de las alturas,
Y se dispone á acometer pujante
Cuando el dia á la noche sustituya,
Que ya toca á su fin. ¡Espada en mano
Nos halle el sol cuando en Oriente luzca!
(*Se va por la derecha.*)
- DAVID. Dolorosa emocion me oprime el pecho.....
¿Qué presiento, gran Dios!..... ¿Por qué retumban
De Jonathas las voces en mi alma?.....
Quiero volverle á ver..... de mi ternura
No le he dado bastantes testimonios.....

Quiero.....

En ademán de seguir á Jonathas, pero deteniéndose al ver venir á Saul y á Abner.)

¡ Dos hombres!..... ¡ huyo!

(Se va por la izquierda, y aparecen al mismo tiempo por el lado opuesto los nuevos interlocutores.)

ESCENA VI.

SAUL, ABNER, y luego LA PITONISA, que saldrá por el fondo.

ABNER. ¿ Ves? ninguna

Persona aquí se encuentra.

SAUL. Yo jurára

Haber visto hácia allí sombra confusa.

ABNER. Fué ilusion de tus ojos.

SAUL. Pues que venga

Pronto esa maga, Abner.

ABNER. Que la conduzcan

Al instante á tu vista ya dispuse,

— Bien que el salir de su antro la repugna —

Y no puede tardar.

PITON. ¡ Dejadme!

(Se deja ver por entre los riscos del fondo, apénas ha pronunciado la anterior exclamacion.)

ABNER. ¡ Es ella!

¡ Mirala!

PITON. *(Descendiendo á la escena.)*

¿ Para qué de mi espelunca

Me han arrancado á mi pesar? Detesto

La vista de los hombres; me importuna

La luz del sol, que se aproxima rápida.

ABNER. Aun densa noche al horizonte enluta,

Y aquel sólo te pide breve instante.

(Se va Abner, indicando á Saul.)

ESCENA VII.
SAUL. — PITONISA.

- SAUL. ¿Sabes quién soy, mujer?
PITON. Los que con dura
Violencia me trajeron, te anunciaban
Como guerrero de modesta alcurnia;
Mas sé tu nombre.
- SAUL. Dilo; de tu ciencia
Esa prueba me da.
- PITON. Si de ella dudas,
¿Por qué ¡Saul! con ansiedad me llamas,
Tú, que otro tiempo con insana furia
A mis tristes hermanos perseguiste?
- SAUL. Tan necio proceder no me atribuyas.
Los sacerdotes y Samuel decían
— Para instigar á la ignorante turba —
Que del infierno espíritus maléficos
Dictaban vuestro acento.
- PITON. Sólo es una
La gran cadena de los seres; toca
Un extremo á la nada, y la otra punta
Se pierde en lo infinito, y allá sólo
Se inspira todo el que verdad pronuncia.
¿Quién del gran Sér, principio sin principio,
La voz remeda omnipotente y única,
O quién á su presciencia soberana
La posesion del porvenir le usurpa?
- SAUL. Poco me importa ya que el cielo sea,
O el abismo, quien oiga mi consulta.
Haya un poder contrario á mi enemigo,
Y á él se asocia Saul.
- PITON. Lo que te impulsa
No ignoro, no; mas tiembla de que toque
— Aquí á tu vista — la funesta urna
Donde el destino sus secretos guarda.....
A esa fatal curiosidad renuncia.
- SAUL. Me harás pensar que tu saber es falso,

- PITON. Si el demostrarlo ante tu rey rehusas.
 Bien que aborrezca la miseria humana,
 No tengo un alma de piedad desnuda.
- SAUL. Penetro tu intencion; amedrentarme
 Pretendes porque acepte tus excusas;
 Pero es preciso que hables, y que quede
 Patente tu poder ó tu impostura.
 ¡Tenlo entendido, maga!
- PITON. ¿Tú lo exiges?
 ¡Pues bien, rey de Sion! ¿qué me preguntas?
- SAUL. El odioso rival, que hallar anheló,
 ¿En qué confin recóndito se oculta?
- PITON. Cerca de tí respira.
- SAUL. ¿De mí cerca
 Puede hallarse David?.....
- PITON. Sus huellas busca
 En la tierra que pisas.
- SAUL. ¿No me engañas?
- PITON. No te engaño, Saul.
- SAUL. ¡Ah! ya columbra
 Mi mente la verdad: su espada vende
 Al enemigo vil..... le presta ayuda,
 Y se introduce como espía infame
 De su pueblo en el campo.
- PITON. Tú lo juzgas
 Como te place, rey.
- SAUL. ¿Dónde se encuentra
 Ansiaba hallarlo mi furor! ¡Ocupa
 Un puesto digno de su gloria insigne!
 ¡Sí! que al incircunciso se reuna.....
 Que con él venga á disputarme el cetro.....
 ¡Ya mi impaciencia su pereza acusa!
- PITON. ¡Ah! lo verás, por tu desgracia, tarde.
- SAUL. ¡Aun en los bordes de la huesa oscura
 Conmigo le hundiré!
- PITON. *(Inspirada.)* ¡Qué horrible suerte!
 ¡Profundo espanto mi garganta anuda!.....
 ¡Un helado sudor baña mis miembros!.....
- (Retrocediendo horrorizada, como si tuviese delante algun objeto espantoso.)*
 ¡Ah! ¡qué cuadro fatal!..... Mi vista anubla

ESCENA VIII.

SAUL. — ABNER, *que entra precipitado, en el momento de perder Saul los sentidos. La sombra se empieza á nublar, y desaparece.*

ABNER. *(Al entrar, ántes de ver á Saul.)* Pues apunta
(Viendo á Saul exánime.)

La alborada, señor.... ¡Cielos! ¡qué miro!

(Se acerca y lo incorpora.)

Un helado sudor su frente inunda.

¡Saul!..... ¡Saul!..... ¿qué tienes? ¿no me oyes?

SAUL. ¿En dónde está Samuel?..... *(Con espanto.)*

ABNER. ¿Qué idea absurda

Te asalta ahora? De Samuel no resta

Más que el mísero polvo. Que sacuda

Serena tu razon vanos terrores.

SAUL. *(Señalando el sitio en donde apareció la sombra.)*

¡Allí lo he visto, Abner!

ABNER. ¡Oh desventura

De la triste Sion! Los enemigos

—Como las olas de la mar sañuda—

Contra nosotros rápidos avanzan,

Y á nuestro rey el juicio le perturban

Vanos fantasmas, que su mente crea.

SAUL. *(Delirante.)*

Vuelve la vista, ¡mira! se derrumba

Peña tras peña el enriscado monte,

Dejando ver en multitud confusa

Sangrientas sombras.... ¡pero no las temo!

¡Míralas! mi desprecio las insulta.

¡En vano, en vano contra mí se lanzan

Para abatir mi orgullo!.... ¿Ves? sus uñas

Me clavan en el pecho, desgarrando

Vena por vena, sin dejar ninguna....

Ellas se ceban.... ¡pero yo me rio!

(Suelta una carcajada convulsiva.)

ABNER. ¡Saul! ¡Saul! tu gloria no desluzcas

Por un loco pavor.

SAUL. Sabes qué mano

- Me hiere, Abner..... ¡pero que no me abruma!
 ABNER. *(Se oyen en este momento y como á distancia los ecos del clarín.)*
 ¡Pues bien! da muestras del antiguo esfuerzo,
 Que ya los ecos del clarín retumban,
 Y los valientes que tu nombre invocan
 Marchan á combatir.
- SAUL. *(Desnudando la espada.)* Mas no presuman
 Adelantarse á mí. ¡Vén! ¡Mi diadema,
 Mi manto dame! ¡Insignias tan augustas
 Jamas, vivo Saul, han de faltarle,
 Y si perece, que con él se hundan!
(Se va por la derecha, seguido de Abner.)

ESCENA IX.

ACHIMELECH, *que entra en la escena, por la izquierda, con báculo y en traje sacerdotal, y un momento despues* MICOL, *que sale por la derecha, hácia el foro, y empieza á subir la pendiente del monte, sin ver al pontífice.*

- ACHIM. *(Mirando hácia la derecha.)*
 Un campamento miro..... ¡Es el hebreo!.....
 Y el brazo que á este sitio me encamina
 Por invisible empuje, ora detiene
 De súbito mi marcha, y aquí fija
 Mis fatigadas plantas. ¿Qué misterio
 Es aquéste, gran Dios! ¿Por qué me guías
 Adonde alienta el bárbaro monarca,
 Cuyas manos sacrílegas destilan
 Nuestra sangre infeliz? Tú, que salvaste
 Esta blanca cabeza en aquel día
 De espantosa matanza, ¿por qué quieres
 La presente yo mismo á la cuchilla
 Del verdugo cruel?..... ¡Mas te obedezco!
(Se sienta en el trozo de roca en que lo hizo ántes Micol.)
 Aquí me hallará el sol, que ya la cima
 A iluminar de Gelboé comienza.
- MICOL. *(Empezando á trepar hácia la cumbre del monte.)*
 Sin duda ya la lucha se encarniza,

Y algo desde este monte se descubra.
¡Oh angustia inexplicable! No me rindas.

(Se detiene, apoyándose en las rocas.)

ACHIM. *(Levantándose.)*

¡Ah!..... si no es ilusion, la que allí veo
Es la jóven Micol, de Saul hija.

MICOL. ¡Prestadme fuerzas, cielos!..... *(Sigue subiendo.)*

ACHIM. ¡Triste esposa!

Humo fugaz, que el aquilon disipa,
Fué su ventura.

MICOL. Los lejanos sonos

Me llegan del clarin; mas no divisan
Nada ¡gran Dios! mis ofuscados ojos.....

Es menester llegar aún más arriba.

ACHIM. Hablarla quiero; el corazon presente
Que por ella tendré graves noticias.

(Se acerca al foro.)

MICOL. Ya empiezo á distinguir..... guerreras masas

— Que cual sudario envuelve la neblina —

Allá furiosas se revuelven..... chocan,

Y parece que ruedan confundidas.

No puedo más; un vértigo me asalta.

ACHIM. *(Levantando la voz.)*

¡Micol! ¡Micol!..... Hablarte solicita
De tu esposo un amigo.

MICOL. *(Descendiendo algunos pasos.)* ¡Quién me nombra?

¡La frente ornada de la sacra mitra

Un hombre miro!.....

ACHIM. El último que resta

De una estirpe infeliz. Rama caida

De aquel tronco de Aron, á cuya sombra

Tanto creció la gloria israelita,

Es, hija de Saul, el peregrino

Que tienes ante tí.

MICOL. *(Que ha continuado descendiendo.)* ¿No se alucinan

Mis ojos?..... Ese rostro venerable.....

¡Oh Achimelech!..... ¡Achimelech! ¡bendita

La suprema bondad! ¿Vives, y vienes

Ministro de perdon, nuncio de dicha?

ACHIM. A lo que vengo ignoro: ¿quién penetra

- Los designios de Dios? Mas pronostica
 Secreta voz del alma, que tu esposo
 Triunfará al cabo de la suerte impía.
- MICOL. Infúndele á mi pecho esa esperanza,
 Pontífice sagrado. Ya le inspiras
 Con sólo tu presencia algun aliento.
 Mas ¿cómo aquí te encuentras, si proscrita
 Tambien ha sido tu persona augusta?
 ¿Ignoras que las tiendas que allá miras
 Son las del rey y sus caudillos? ¿Sabes
 Que una batalla ruda, decisiva,
 Se ha trabado, señor, de aquí no léjos;
 Que grandes son las fuerzas enemigas,
 Furibundo su anhelo de venganza,
 Y qué—ya vencedoras, ya vencidas—
 La sangre en breve inundará estos campos?
- ACHIM. De mi amado país nada sabía,
 Micol, en el destierro; mas traído
 A este lugar por voluntad divina,
 Y allá mirando el campamento hebreo,
 Me dijo el corazon con voces íntimas
 Cuanto tus labios de expresar acaban.
 ¡Oh pueblo desdichado! ¡Con que hoy libras
 Al azar de las armas tu destino,
 Y á tu lado no está la espada invicta
 De tu adalid glorioso, cuyo nombre
 A la cobarde chusma incircuncisa
 Bastára á confundir?.....
- MICOL. ¡Oye! esa espada,
 Cual el valor y la virtud lo dictan,
 Allá combate, Achimelech.
- ACHIM. ¡Qué dices!
- MICOL. Pero aquel nombre, que la inmundada envidia
 Se atrevió á mancillar, ya no es el grito
 Que anuncia el triunfo en la guerrera liza.
 Desconocido, oscuro, perder puede
 Nuestro amado David su ilustre vida
 En el feral combate, y si la salva
 Será ¡oh Achimelech! para rendirla
 De un verdugo cruel al golpe infame.

¡Tal es, tal es la fiera alternativa
Que, horrorizando á mi afligido pecho,
Me presenta la mente!

ACHIM. No prosigas;
Que al cielo ofendes con temores tales.
¡Cómo! ¿al qué heroico por su pueblo lidia
Contra idólatras viles, Dios pudiera
Sacrificar así?

MICOL. Mi fe vacila
A impulsos del dolor.... Lástima tenme,
Ministro del Eterno, y fortifica
Con tu santa palabra mi flaqueza.

ACHIM. Sí, valor cobra, vírgen dolorida,
Pues el poder supremo no abandona
Jamás al corazón que en él confía.
Mas ¿no oyes ruido? (*Se acerca hacia la derecha.*)

Movimiento reina
Allá fuera, Micol.—¡Ah! se aproxima
Despavorido, con espada en mano,
Un guerrero.

MICOL. (*Que se ha adelantado también á la derecha.*)
¡Es el rey!..... ¡Huye su vista!

ESCENA X.

MICOL.—SAUL.—ACHIMELECH, *oculto al fondo.*

(*Saul sale á la escena delirante, la espada en la mano y la corona en la frente.*)

SAUL. ¡Siempre me has de seguir, sombra implacable!

MICOL. ¡Padre!.....

SAUL. ¡Incesante de la saña antigua
Guarda tu exhausto corazón el fuego,
Y enciende las inmóviles pupilas
De tus vidriosos ojos!— Mas ¿adónde
Me quieres conducir? ¿Por qué esa fila
De sangrientos espectros te acompaña,
Que tendiendo sus manos amarillas
Y exhalando sus hálitos de muerte,
Me llaman, me trastornan, me fascinan?

- ¡ Oh, qué vértigo atroz ! ¡ Cual hojas secas,
Que el viento con su soplo arremolina,
Peñascos, sacerdotes, batallones,
Con raudó movimiento en torno giran !
- MICOL. ¡ Vuelve en tí, padre ! tu ofuscada mente
Engendra esas visiones.
- SAUL. *(Sin oirla.)* Mas ¿ no vibra
Ya mi diestra la espada ?..... ¿ Quién presume
Mi corona tocar ? ¿ Quién la mancilla,
Dictando al corazón cobarde espanto ?.....
¡ El combate me llama ! ¡ Corre, aguija,
Caudillo de Israel, á tus legiones !.....
¡ Suena el clarín !..... ¡ al campo !..... ¡ aprisa, aprisa,
Mis valientes !..... — ¡ Tened ! ¡ me cierra el paso
Un piélago de sangre sin orillas,
Hondo, espumante, inmensurable !.....
- MICOL. ¡ Cielos !
- SAUL. ¡ Al borde estoy de una profunda sima !
¡ Es el sepulcro de una estirpe entera !.....
¡ Húndense allí de Nobe las reliquias !

ESCENA XI.

LOS MISMOS. — ABNER.

- ABNER. *(Entrando precipitadamente y desarmado.)*
Su voz escucho.
- MICOL. *(Indicando al rey.)* ¡ Abner ! ¡ mira su estado !
- ABNER. ¡ Sálvate, rey Saul, de la ignominia
De ser esclavo, pues vencidos somos.
- SAUL. ¡ Vencidos !..... ¿ quién lo dice ?.....
- ABNER. Fugitivas
Se desbandan las huestes, que te han visto
Lleno de horror y de pavora indigna,
Tu campo abandonar.
- SAUL. ¡ Yo !
- ABNER. Si aquí aguardas,
Del cautiverio la sentencia firmas.
Aun puedes evitarlo diligente,
Pues el cielo tu fuga patrocina.

Cuando el campo dejé por encontrarte
Y librar del peligro á tu familia,
Allá un guerrero intrépido quedaba,
Que—ayudado de tu hijo—detenia
A las cobardes huestes, y al combate
Procuraba de nuevo conducir las.
Muchos caudillos con su ejemplo heroico,
Con su elocuente voz se reaniman,
Y si no por el triunfo, por la honra
De su pueblo y su rey se sacrifican.
Aprovecha el momento..... las cadenas
Del vencedor no esperes.

SAUL. (*Con doloroso sarcasmo.*) ¡Ya cumplidas
Quedan tus amenazas, Samuel fiero!
Gózate al ver mi gloria que se eclipsa.
¡Y aplaudirle podeis, sombras sañudas,
Pues que su obra magnánima termina,
Y os toca á todas el sublime lauro
De esta insigne victoria!—¡La predicha
Dominacion de vuestro electo aclame
El idólatra vil que nos humilla.....
Alce su trono en el sangriento campo
Con los despojos que la muerte hacina,
Y luminarias á la pompa presten,
Con fulgor rojo, funerarias piras!
¡Oh día de dolor!

MICOL. Veo en tumulto
ABNER. Guerreros que hácia aquí se precipitan.
MICOL. ¡Fugitivos serán!

ABNER. ¡Tal vez furiosa
La vencedora gente nos persiga!

SAUL. (*Adelantándose hácia la derecha.*)
¡Venga en buen hora, que á encontrarla salgo!
Pero ¡qué miro!..... ¡Abner!... Aquella insignia...
Aquel casco real..... ¡Oh! ¡lo conozco!
¡Se lo puso á David mi mano misma!
¡Potencias del abismo! ¡yo os aplaudo!

(*Se lanza dentro.*)

MICOL. ¡Deten su brazo, Abner! (*Abner sigue á Saul.*)

ESCENA XII.
ACHIMELECH.—MICOL.

- ACHIM. (*Saliedo de donde se habia ocultado.*)
Que en mí sus iras
Sacie el cruel; mas á impedirle corro
Otro crimen mayor.
- MICOL. (*Mirando dentro.*) ¡Ya no lo evitas!
¡Ah! por dos veces su funesta espada
Al pecho penetró, y en sangre tinta.....
- ACHIM. Mas ¿es David la víctima?
- MICOL. ¡Su casco
Y el furor del verdugo lo atestiguan!
- ACHIM. ¡Qué horror!
- MICOL. (*A Saul, que entra en el instante que ella sale.*)
¡A ese cadáver enlazados,
Vuelve á buscar los restos de tu hija!

ESCENA XIII.
ACHIMELECH.—SAUL.—ABNER.

(*Se oye rumor de pasos y voces.*)

- ACHIM. ¡Qué has hecho, rey! ¿Con hórridos delitos
Provocas aún á la eternal Justicia?
- SAUL. (*Con alegría feroz y delirante.*)
¡Ah, me escuchasteis! ¡A cantar victoria
Os alzais todos de la tumba fria;
Mas burlada encontrais vuestra esperanza,
Y en deshonor la prediccion maligna!
¡Él allí muere de mi espada al golpe,
Y ella, ¡miradla! en mi cabeza brilla!
- (*Señalando primero hácia donde acaba de inmolar al que cree David, y
luego la corona que adorna su frente.*)
- ACHIM. No impune quedarás, ¡rey reprobado!
Que el cielo sabe por ignotas vias
Sus designios cumplir.
- SAUL. Su fuerza ostente

Al idólatra alzando en las ruinas
De su escogido pueblo; mas su presa
No arrancará al sepulcro. (*Crece el rumor.*)

¡Vén, inicua
Chusma de incircuncisos! Yo te aguardo,
Y á enorme precio venderé mi vida.

ABNER. Enemigos no son los que aquí llegan.

ACHIM. ¡No hay duda..... de Israel es la divisa!

SAUL. ¿De Israel?.....

ABNER. ¡De Israel! — Pero ¡qué veo?

ESCENA XIV.

DAVID, *con espada en mano, seguido de guerreros, y despues* MI-
COL, *todos por la derecha.*

DAVID. El enemigo cede, y se retira
— Supersticioso — al escuchar mi nombre.

ACHIM. ¡David!

ABNER. ¡Qué asombro, cielos!

ACHIM. (*Con regocijo.*) ¡La infinita
Misericordia alabo!

SAUL. (*Dudando creer á sus ojos.*) ¿No es un sueño?.....

¡David!.....

DAVID. Que espera humilde que el rey diga
Si áun le juzga traidor.

SAUL. Mas ¿quién ha sido
La víctima infeliz?..... ¿La espada mía
Qué sangre derramó?.....

MICOL. (*Presentándose desparorida.*) ¡Mísero padre!
Has muerto á Jonathas.

SAUL. (*Como herido de un rayo.*) ¡Ah!!

ACHIM. ¡Parricida!

¡Contra el poder de Dios te rebelaste,
Y el poder infernal ahora te abisma!

SAUL. Que el cielo y el infierno juntamente
Vengan á disputarse mis cenizas.....

¡El poder invencible que me postra
Deshecho me hallará, no de rodillas!

(*Se hiere y cae.*)

MICOL. *(Corriendo á él, y desde este momento permaneceré de rodillas á su lado.)*

¡Padre!.....

DAVID. ¡Saul! ¿qué has hecho?

ABNER. *(Sosteniendo á Saul.)* ¡Desdichado!

SAUL. *(Con voz espirante.)*
¡Jonathas! ¡Jonathas!.....

DAVID. ¡Por tí suplica
Ante el trono de Dios!

SAUL. *(Haciendo un último esfuerzo para arrancar la corona de su frente.)*

¡Toma la herencia
Que anhela tu ambicion:.... Cuando la ciñas
A tu frente, ¡David! seré vengado:....
Que en ella va la maldicion escrita!

(Arroja Saul su corona, y muere.)

ACHIM. *(Levantando la corona y poniéndola en la frente de David.)*

¡Ella, Israel, perpétuo patrimonio
Será de sacrosanta dinastía;
Que el reinado que aquí comenzar vemos,
Otro reinado eterno simboliza!

FIN DEL DRAMA.

BALTASAR,

DRAMA ORIENTAL

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

A S. A. N.

EL SERMO. SR. D. ALFONSO DE BORBON,
PRÍNCIPE DE ASTÚRIAS (1).

SERENÍSIMO SEÑOR :

La excelsa Madre de V. A. se ha dignado permitirme que honre esta humilde obra con el augusto y querido nombre de V. A.; y llena de agradecimiento, me creo en el deber, al rendir á vuestras reales plantas la pobre ofrenda de mi respeto, de manifestar las razones que me alentaron á solicitar merced tan señalada; razones que — si mi obra logra sobrevivir, bajo tan alto patrocinio, á su próxima aparicion en la escena — alcanzarán algun dia del régio ánimo de V. A. benévola excusa de mi atrevimiento.

Baltasar, última produccion dramática que doy al público, fué terminada en los gratos momentos en que saludaba España el fausto natalicio de V. A.; pudiendo decirse que la última pobre flor de mi vida literaria brotó alumbrada por los primeros res-

(1) El mal estado de salud en que se encuentra la autora en los días en que se imprime este drama, nos obliga á conservar tal cual apareció en la primera edicion la carta dedicatoria, toda vez que es, ademas, prólogo importante de dicha obra, y que — si en las actuales circunstancias puede, como carta dedicatoria, parecer extemporánea — en el concepto de prólogo no lo creemos suprimible por completo.

plandores del astro brillante de vuestro destino. *Baltasar* tuvo, además, la dicha de ser honrado desde ántes con benévolas simpatías de los augustos Padres de V. A., que se han dignado alentar muchas veces mi desmayado espíritu con tan bondadosa indulgencia, que sólo ella ha podido resolverme á presentar en la escena obra de tan severa índole y difícil asunto.

En efecto, Serenísimo Señor, la caída del imperio babilónico, señalada por celeste prodigio, fué más que el hundimiento de un trono: fué un gran suceso providencial, de más alta trascendencia que otras revoluciones análogas. *Ciro*, anunciado por los profetas, era el escogido para romper las cadenas del pueblo de Dios, para levantarle el nuevo templo..... aquel templo en que resonó la palabra divina del Mesías. Con *Baltasar*, y como él — la copa del festín en las manos y la hiel de la impotencia en el alma — se hundió una civilización gastada y corrompida, que entre las púrpuras de la orgullosa reina del Eufrates parecía haber soñado en la fusión de las razas por medio de la prostitución; celebrando — según la enérgica expresión de un escritor moderno — con una pascua de libertinaje su primer pensamiento de unidad. Cayó aquella civilización, anunciando otra ruina más grande, más profunda, más trascendental: la del mundo antiguo, la de la sociedad idólatra, cuya última hora vibraba ya en los oídos de *Daniel* al término de las setenta semanas, por entre cuyas sombras columbraba los crepúsculos del día eterno de la verdad.

La cabeza de oro de la simbólica estatua de Nabucodonosor rodó deshecha á los pies de los soldados de *Ciro*, dando lugar á un nuevo imperio, que, por nuevo paso providencial del progreso humano, sucumbió á su vez bajo la espada de Alejandro, preparando la unidad del mundo para recibir la luz del Evangelio. El heredero del genio de la Grecia; el que difundió sus ideas, sus ciencias y sus artes con el mismo soplo con que desbarataba los imperios; el que, enlazando los dos continentes, aspiraba con todas las fuerzas de su gigantesco pensamiento á la fusión universal, no encontró, no podía encontrar la ruta del destino; la

clave augusta de aquel enigma santo estaba reservada al Rey de paz, al Deseado de las naciones. Como Baltasar, Alejandro celebró en la orgía la noche de su gloria, y arrastrando á su sepulcro los heroicos sueños de su genio, dejó en agonía la sociedad sensual y politeista, que tenía ya sucesora y heredera en Roma..... ¡ en la Roma guerrera y pagana, que abría — sin saberlo — con su espada, por entre las oleadas de los pueblos, ancho camino á la nueva idea, cuyo advenimiento se habia anunciado en medio de los escombros de Babilonia idólatra, haciendo estremecer los ámbitos inmensos del Asia panteista!

Los siglos son instantes en la vida de la humanidad. En pos de la cabeza de oro de la estatua se habian fundido la plata y el bronce..... los dos grandes imperios persa y griego; y del mismo modo, Serenísimo Señor, al golpe invisible de la piedrecita desprendida del monte, debia fundirse el hierro sobre los piés de barro del coloso romano. Así, despues de cumplirse las setenta semanas de Daniel, lució la luz para los que yacian entre las sombras de la muerte, y la civilizacion latina cedió el trono del mundo á la civilizacion cristiana, alumbrando desde el Capitolio con desconocidos resplandores las sombras y las ruinas de lo pasado, y haciéndolas de grande enseñanza para lo porvenir. Entónces el mundo nuevo comprendió y explicó el antiguo, y el festin sacrilego de Baltasar surgió á los ojos de la filosofia como una de las páginas más elocuentes de la historia de la humanidad; como el gráfico sello de una civilizacion materialista.

Bajo este aspecto se presentó á mi vista cuando en un momento de temeridad osé comenzar este drama, intentando encerrar en las estrechas dimensiones de una composicion teatral un gran pensamiento filosófico. Confieso, Serenísimo Señor, que no me lisonjea la presuntuosa esperanza de haberlo conseguido, porque siento la debilidad de mis fuerzas; pero he procurado indicar al ménos mi idea, haciendo que ningun incidente, ningun personaje, ninguna palabra desdiga del carácter que quise dar á mi obra.

Elda y Ruben representan en este pequeño cuadro los dos seres más débiles y abyectos de la sociedad antigua: la mujer y el esclavo, rehabilitados sólo por el Cristianismo. En aquellos dos seres encuentra, sin embargo, el déspota oriental el límite invencible de su poder tiránico. Baltasar, el alma devorada por el hastio de la vida entre todos los goces materiales y todas las pompas de la vanidad mundana; el alma sin Dios, que no se satisface con recibir de la tierra las adoraciones que ella le niega al cielo; el alma soberbia, que se imagina sin semejante entre los hombres, encuentra en la mujer y en el siervo la primera revelación de la dignidad humana y de la pequeñez de las potestades terrestres. El cetro del dios mortal de Babilonia se estrella en la virtud de dos corazones fieles, y en balde les pide el amor y la felicidad, de que se halla desheredado en la cumbre solitaria de su grandeza egoísta. Ciego Baltasar con la impotencia de su primer deseo, venga su desventura de hombre con su tiranía de déspota; huella la virtud que ha negado en su escepticismo, y que encuentra y reconoce para su castigo. La virtud, negándole la dicha, le deja el remordimiento: comprende en la desesperación de su soledad que existen para el alma goces purísimos, que Dios no rehusa á las más bajas condiciones sociales, pero sí al soberbio que desconoce á sus semejantes en la tierra y á su infalible Juez en el cielo. Siente, en fin, el vacío inmenso de un alma sin fe ni amor, y quiere ahogar en vano entre los vapores de la orgía el grito de aquel dolor profundo, expiación providencial del orgullo.

Baltasar—representante del despotismo de los reyes paganos, á par que de la corrupción é impotencia de una sociedad caduca—no es, sin embargo, en mi obra un personaje de repugnante odiosidad. He querido pintar en él lo poco que es la más grande alma cuando no la ilumina la fe ni la fecunda el amor; y en el instante supremo en que se consuma la expiación, un rayo de claridad celeste viene á alumbrar aquella alma descreída, arrancando al arrepentimiento el gemido que no desoye nunca la inagotable

clemencia. Joaquín extiende sus manos sobre la cabeza del sacrilego moribundo, perdonándole en nombre del Dios de Abraham, del Dios único universal..... y resonando todavía aquellos ecos de misericordia sobre la tumba del escéptico —que proclama en su último suspiro la justicia de Dios y la dignidad del hombre— se alza el inspirado acento del profeta, anunciando entre las ruinas de la civilización arrollada por el soplo divino, la libertad del pueblo escogido y la reedificación del templo en que será promulgada la nueva ley de gracia, que, rompiendo las cadenas de los pueblos y disipando las sombras de la idolatría, hará santa la potestad y gloriosa la obediencia: la ley regeneradora que hará del esclavo el hermano del monarca, y de la mujer la compañera del hombre: la ley, en fin, Serenísimo Señor, que renovando la faz del mundo y abriendo inmenso campo por el seno de los siglos al progreso de la humanidad, ha formado ya tantos reyes cristianos, padres, bienhechores de los pueblos, y entre los que cuenta V. A. ilustres progenitores.

Tales son, sucintamente indicados, el carácter y el pensamiento que he querido prestar á estas páginas. Graves, numerosos defectos descubrirá en ellos la crítica; pero yo suplico á V. A., al ofrecerlas humildemente á sus reales plantas, que cuando llegue el día en que pueda y se digne juzgarlas, sólo vea benévolo los sentimientos religiosos que me las han inspirado, y la sinceridad con que pido al cielo colme á V. A. de todas las sublimes virtudes de los más grandes monarcas de la civilización cristiana, y muy particularmente de la acrisolada fe y caridad in exhausta que tanto resplandecen en los augustos Padres de V. A. —Serenísimo Señor.— A. L. R. P. de V. A.—GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELDA, <i>sobrina de Daniel (joven de 16 años)</i>	SEA. RODRIGUEZ.
NITÓCRIS, <i>madre de Baltasar (de 45 á 50 años)</i>	SEA. MARTIN.
BALTASAR, <i>rey de Babilonia (de 28 á 30 años)</i>	SR. D. J. VALERO.
JOAQUIN, <i>ex-rey de Judea (muy anciano)</i>	SR. CALVO.
RUBEN, <i>nieto suyo (de 20 años)</i>	SR. ZAMORA.
DANIEL, <i>profeta hebreo (de 40 á 45 años)</i>	SR. BERMONET.
RABSARES, <i>cortesano (tambien de mediana edad)</i>	SR. PEREZ (D. LÁZARO).
NEREGEL, <i>ministro (id.)</i>	SR. CORIA.
SÁTRAPA 1.º	SR. SANCHEZ.
SÁTRAPA 2.º	SR. HERNANDEZ.
MAGO 1.º	SR. MAFEL.
MAGO 2.º	SR. TORS.
SÁTRAPAS.—CORTESANOS.—MUJERES DEL REY Y DEL SÉQUITO DE LA REINA.—ESCLAVOS.—GUARDIAS.—PUEBLO.	

Representado por primera vez en el teatro de Novedades en Abril de 1858.

BALTASAR.

ACTO PRIMERO.

Prision de Joaquín. Puerta al foro, y otra pequeña al lado izquierdo, que conduce al dormitorio del preso. Á la derecha una ventana alta, con reja de hierro, por la que penetra la débil luz que alumbra únicamente aquella lúgubre estancia. (La derecha é izquierda que se señala en todo el drama, debe entenderse siempre con respecto al actor.)

ESCENA PRIMERA.

JOAQUÍN.—ELDA. *El primero sentado en un banco de madera y pobremente vestido á la usanza hebrea. La segunda sentada á sus piés, leyendo en alta voz el libro de los Profetas, que apoya sobre las rodillas del anciano.*

ELDA. (*Leyendo.*)

«¡Cuán triste y solitaria
De cien provincias la ciudad señora!
La que ayer reina, hoy viuda y tributaria,
Su duelo ostenta y su baldon devora.

Luto visten sus valles;
No hay en las aras de su Dios ofrendas;
La yerba crece en sus desiertas calles,
Y guarda muda soledad sus sendas.»

JOAQ. Hija, suspende un momento
Tu triste y santa lectura.

¡De ese cuadro la amargura
Grabada en el alma siento!

ELDA. Voz también de Jeremías
Es ésta; escucha, señor,

Y mitiguen tu dolor
Las sagradas profecías.

(*Leyendo.*)

«Llegará tiempo en que del pueblo mio,
— Dice el Señor, — escucharé las preces,
Y su cáliz fatal romperé, pío,
Antes que apure las postreras heces.
¡Oh, virgen de Judá! ¡deten el llanto
Y suspende la voz de tus gemidos,
Que aún se unirá tu jubiloso canto
Del címbalo y salterio á los sonidos!»

JOAQ.

Arrodíllate y bendice
De tus padres al Dios justo,
Que por su profeta augusto,
Ya aplacado, nos predice
Misericordia y perdon.

ELDA.

(*Arrodillada.*)

¡Bendito, bendito sea,
Y que cumplida se vea
La dichosa prediccion!

JOAQ.

(*Acariciando la cabeza de Elda con su trémula mano.*)

¡Pobre flor, que tu perfume
En esta mazmorra exhalas,
Y cuyas virgíneas galas
Mi triste aliento consume!.....
¡Flor que — nacida entre abrojos —
Ni aún llanto tienes por riego.....
Pues ni aún lágrimas, del ciego
Conservan los muertos ojos!.....

¡Luzca pronto, luzca el día
Que Dios te ofrece piadoso,
Y al pobre ciego reposo
Dé entónces la tumba fría!

ELDA.

¡Tú morir?..... No; ten presente
Que eres del Señor ungido,
Y que al trono que has perdido
Aún quiere alzarte clemente;
Pues si alcanza redencion
El pueblo que fué tu grey,
Volverá en triunfo su rey

Al s6lio de Salomon.

JOAQ.

De la grandeza pasada
Ya ni 6un conservo memoria.
¡ Huy6 cual humo mi gloria.....
Mir6 mi p6rpura hollada!
¡ El cetro!..... mi flaca mano
Alzarlo pudiera 6p6nas,
Despues que infames cadenas
Arrastra de un vil tirano.
Para diestra m6s pujante
Gu6rdelo el Dios de David;
Y aquel supremo Adalid
Me otorgue, cuando triunfante
A sus hijos rescatados
Bajo su escudo reuna,
Que en la tierra de mi cuna
Rinda mis huesos cansados.
Pero ¿y tus hijos?

ELDA.

JOAQ.

Mis hijos.....

¿No me han prestado consuelo
Del cautiverio en el suelo
Y entre pesares prolijos?
D6les Dios la recompensa,
Y 6 t6 tambi6n, Elda m6a;
A t6, que animosa y p6a,
En esta atm6sfera densa
Marchitando tu beldad,
Tu juvenil atractivo,
Eres para este cautivo
6ngel de santa piedad.

ELDA.

Sirvo 6 mi rey y 6 mi padre;
¿Qu6 hay en ello que te asombre?

JOAQ.

¡ Ah!..... Suprime el primer nombre;
Basta que el otro me cuadre.
Tu padre, s6; de adopcion
Lo he sido siempre, y espero
Serlo en breve verdadero
Por una pl6cida union.
Llegue, llegue presuroso,
Cual Rub6n anhela amante,

- De vuestra boda el instante.
 ELDA. En tu nieto generoso
 No impera sólo el amor;
 Que aunque nacido en destierro
 Y bajo el yugo de hierro
 Del más indigno opresor,
 No en balde sangre real
 Siente correr por sus venas.....
 ¡Al compas de las cadenas
 No alzaré el himno nupcial!
 Aguardemos; confianza
 Tengo en la augusta promesa.
 JOAQ. *(Levantándose.)*
 Mi alma en el Dios que confiesa
 Pone tambien su esperanza.
 Mas ¡ay! no há mucho que en vano
 Presumí que en nuestra suerte
 Cambio causase la muerte
 De nuestro dueño inhumano,
 Y Nabucodonosor
 Ya duerme en la tumba helada,
 Sin que nada ablande ¡nada!
 A su infausto sucesor.
 ELDA. Calla, que se acerca alguno.
 JOAQ. No son pasos de mi nieto.
 ELDA. Suele venir sin objeto
 Tu carcelero importuno.
(Se adelanta á ver quién entra.)

ESCENA II.

LOS MISMOS. — NITÓCRIS. — RABSARES.

- ELDA. *(Al ver á Nitócris y á Rabsares, que se detienen un instante en la puerta.)*
 ¡Ah!.....
 RAB. Señora, yo anunciarte
 Debo.....
 NIT. No, no es menester. *(Se adelanta.)*

- RAB. (Mi instrumento vas á ser,
¡ Oh reina!)
- NIT. (*Arrojando una mirada por aquel horrible calabozo.*)
(¡ El alma se parte
De compasion!)
- JOAQ. (*Bajo á Elda.*) ¿ Quién?.....
- ELDA. Lo ignoro.
- NIT. (*Llegándose á ellos.*)
Los dioses os den salud.
- ELDA. (*Saludándola.*)
Señora.....
- NIT. (*Mirándola con emocion.*) (¡ Qué juventud!)
- JOAQ. Joaquín..... tu suerte deploro.
¿ Quién eres tú, que hallas franca
La puerta de esta prision?
- NIT. Quien sabe tu situacion,
Que piedad del pecho arranca.
La madre de Baltasar.
- JOAQ. ¡ La reina!.....
- NIT. La reina, sí,
Que benigna llega aquí
Vuestro infortunio á templar.
De Daniel, tu noble tío, (*A Elda.*)
En mucho aprecio el saber,
Y anhelo favorecer
Por él al pueblo judío.
¡ Oh, señora!.....
- ELDA. ¡ Qué oigo!
- JOAQ. (*A Elda.*) Quiero
Darle amparo á tu orfandad;
Y obtener tu libertad
Muy pronto, Joaquín, espero.
Poco há que alcancé esa gracia
Para tus hijos del mío,
Y que no niegue confío
Nuevo alivio á tu desgracia;
Pues si aún no es llegado el día
De entera reparacion,
Consolarte en tu afliccion
Será desde hoy mi alegría.

- JOAQ. Pueda mi alma agradecida.....
 NIT. Basta. — Tú, vírgen hermosa,
 No en la cárcel tenebrosa
 Sepultes tu edad florida.
 Junto á mí, y en el palacio,
 Asilo augusto te doy,
 Y á tener vas desde hoy
 Hogar, madre, luz y espacio.
- ELDA. ¡Yo!..... *(Con cierto pavor.)*
 JOAQ. Permite que á tus piés.....
 NIT. ¡No, levanta!
 JOAQ. Su hermosura
 Se marchita en esta impura
 Mazmorra..... sí, tú lo ves.
 ¡Cumple tu promesa!..... ¡Salva
 A ese ángel de mi destierro!
- NIT. No le hallará en este encierro
 De nuevo la luz del alba.
- RAB. *(¡ Mi designio se logró!)*
 ELDA. *(A Joaquín, con espanto.)*
 ¡Yo abandonarte?.....
- JOAQ. Hija cara,
 Harto de tu piedad rara
 El triste viejo abusó.
- ELDA. ¡Nunca! Déjame á tu lado.
 ¡Tu cárcel es mi universo!
- JOAQ. El cielo me fuera adverso
 Si aceptára despiadado
 Tu sublime sacrificio.
 No, Elda amada, sé dichosa,
 De esta princesa gloriosa
 Recibiendo el beneficio.
- NIT. Veros podréis con frecuencia.
- JOAQ. ¿Oyes?..... *(A Elda.)*
 ELDA. ¡Ah!.....
 JOAQ. Verme podrás.
- NIT. Y libre en breve.
 JOAQ. ¡Eso más!
- ¿Qué importa tan corta ausencia?
 ELDA. ¡Padre!..... *(Echándose en sus brazos.)*

JOAQ. (*Estrechándola contra su corazón.*)

¡ Oh hija !..... ¡ oh hija !.....

NIT.

Os dejo

Explayar vuestra ternura.
Elda sabrá en su cordura
Seguir dócil el consejo
Del que su padre apellida;
Y tú, venerable anciano,
No afligido, sino ufano,
Recibe su despedida.
Para llevarla á mi lado
Rabsares volverá presto,
Y yo á cumplirte me apresto
La esperanza que te he dado.
¡ Las deidades que venero
Cambien tu suerte enemiga !

JOAQ. ¡ Que á tí, oh reina, te bendiga
El solo Dios verdadero !

NIT. (*A Rabsares, al salir.*)

Grato deber he cumplido,
Rabsares ; gracias te debo. (*Se va.*)

RAB. (*Al seguirla.*)

(Yo á dártelas no me atrevo,
Aunque á mi antojo servido.)

ESCENA III.

JOAQUIN.—ELDA, y despues RUBEN.

JOAQ. ¿ Ves cuán pronto del profeta
Las promesas bienhechoras
Van á cumplirse?..... ¿ Y tú lloras !.....
¿ De qué tu pecho se inquieta?

ELDA. Perdóname, padre mio.....
Razon mi espanto no tiene,
Y aquí nuestro Ruben viene
Para darme esfuerzo y brío.

RUB. (*Que se supone ha encontrado á la reina, y la sigue con la vista, sorprendido.*)

¡ Es ella !..... ¡ sí !..... (*Acercándose.*)

¿Qué me anuncia

De Nitócris la visita?

JOAQ. Que sea ¡oh hijo! bendita,
Antes que todo pronuncia.

RUB. ¡Padre!..... ¡me sorprendes tanto!.....

JOAQ. (*Señalando á Elda.*)

Ya no verás su belleza
Marchitarse en la tristeza
Y consumirse en el llanto.
Que ella propia te refiera
De su suerte la mudanza,
Y la imprevista esperanza
Que hoy nos luce lisonjera;
Yo entre tanto en soledad
Mil gracias rendiré á Dios,
Encomendando los dos
A su infinita bondad.

(*Se va por la puerta lateral, guiándolo Elda, que vuelve á la escena.*)

ESCENA IV.

RUBEN, y luego ELDA.

RUB. (*Después de un momento de silencio.*)

¿Mi padre anuncia un cambio venturoso
Y Elda los ojos baja estremecida?.....

¿Qué quiere decir esto?

(*A Elda, que vuelve llorosa.*) ¡Por tu vida!

¡Habla presto, mi bien! ¡habla á tu esposo!

¿Por qué lloras así?

ELDA. ¿Posible fuera

Dejar esta mansion sin duelo y llanto,
Si en ella vi correr mi edad primera
Y aquí escuché tu juramento santo!

RUB. ¿Es pues tu ausencia, ¡oh Dios! tu ausencia impía
Es el comienzo de la nueva suerte?.....

¡Yo ni el cetro del mundo compraría

A precio, oh Elda, de cesar de verte!

¿Dónde quieren llevarte? ¿Con qué intento?

¿Qué dicha puede haber que yo ambicione
A trueque de tan bárbaro tormento?.....
¿Quién la fatal separacion dispone?
¡Dilo!

ELDA. La desventura que nos hiere
De Nitócris lastima el pecho egregio,
Y darme asilo venerable quiere
De Babilonia en el alcázar régio,
Cual principio feliz de otros favores.

RUB. (*Con impetuosidad.*)
Yo los hubiera al punto rechazado,
—«Y aquí! — la hubiese dicho — ¡aquí he pasado
Todos mis goces, todos mis dolores!
En el recinto de tan triste estancia
Mi juventud se alberga desvalida,
Y aquí mi amante y yo desde la infancia
Vivimos juntos de una misma vida;
Bien como dos arbustos infelices
Que bajo extraño sol lánguidos crecen,
Y entrelazando ramas y raíces,
Arrimo mutuo y fraternal se ofrecen.»

ELDA. Así le hablára yo; mas ¿no sería
Con mi nacion y con mi rey injusta,
Si rechazando la clemencia augusta
La convirtiese en odio?.... No debía
A tal riesgo exponerme, ni he podido.

RUB. Pero ¿la reina?....

ELDA. Aligerar el yugo
Quiere de nuestro pueblo, y aún le plugo
Aquí anunciar con labio conmovido
La libertad del ciego desgraciado.

RUB. ¡Qué dices!.....

ELDA. Su piedad trocarse en saña
Sin duda haré con mi repulsa extraña,
Y agravaré nuestro infeliz estado.....
Pero dispuesta estoy si tú lo ordenas;
Yo lo pospongo todo á tu deseo,
Y en las dichas mayores nada veo
Que me consuele de causar tus penas.

RUB. No; no soy sordo del deber al grito.

Tengo una patria..... un padre, á quien adoro.....
 ¡Acepta!..... ¡Acepta, sí! Yo lo permito.....
 Yo te prometo sofocar mi lloro.

ELDA. Al escucharte se redobla el mio,
 Inundando mi rostro.

RUB. (*Tomándola la mano.*) ¡Virgen cara!
 ¡Amiga! ¡hermana!..... ¡amante!..... Yo confío
 En que para bien nuestro nos separa
 La Providencia. Término dichoso
 A tantas pruebas compasivo el cielo
 Pondrá sin duda, y cumplirá mi anhelo
 De verme pronto tu feliz esposo.

ELDA. En el fondo del alma brotar siento,
 Por más que la razon se esfuerza y lucha,
 No sé qué vago, atroz presentimiento.....

RUB. (¡Tambien yo!)

ELDA. ¿Ves cuál tiemblo?

RUB. ¡Oh Elda! escucha.
 Ya gozo libertad; nada me impide
 Correr á disfrutar — donde tú mores —
 Horas de dulce encanto. Sí; no llores.
 No es grande el sacrificio que nos pide
 El sagrado deber. Más grato es vernos
 Fuera de esta mazmorra, en que respiras
 Atmósfera letal.

ELDA. Doquier que miras,
 ¿No hallas, caro Ruben, recuerdos tiernos
 Que estimar debe el triste que los deja?.....
 Allí al primer destello matutino

(*Señalando los sitios de que habla.*)

Que traspasaba por la angosta reja,
 Orábamos los dos al Sér divino;
 Y el pajarrillo que acudir solia
 A recoger un grano de mi diestra,
 Sus dulces cantos jubiloso unia
 Al triste són de la plegaria nuestra.
 Allá tomamos el frugal sustento,
 Que ántes bendijo la paterna mano,
 Y en ese banco se adurmió el anciano,
 Dándole arrullo mi amoroso acento.

RUB. (¡ Ah!.....)

ELDA. ¡ Cuántas noches de vigilia inquieta,
— En que medrosa se agitaba su alma —
Tú le volviste la perdida calma
Con la santa lectura del profeta!
¡ Cuántas mi mano con amor secaba
La última gota de su lloro amargo,
Cuando en sus labios, con murmurio largo,
Aun la postrera bendicion vagaba!

RUB. ¡ Calla! (*Vivamente conmovido.*)

ELDA. (*Señalando la ventana.*)

Esa nube, que celajes rojos
Tiende del cielo en el azul brillante,
¡ Es la misma tal vez que nuestros ojos
Ayer siguieron en su curso errante!.....
¡ Y luego, luego brillará la estrella
A que dimos los dos nombres ignotos,
Y cada noche se aparece bella,
Testigo á ser de nuestros tiernos votos!
¡ No más!.....

RUB.

ELDA. ¡ En dónde hallar estas memorias
De gozo y de dolor, dulces al pecho?....

RUB.

ELDA. ¡ Elda!
¡ Qué resplandor de ajenas glorias
Me hará olvidar la sombra de este techo?

RUB.

ELDA. ¡ Mi padre! — Ten valor. (*Mirando dentro.*)

Sí; no adivine

Estas lágrimas.....

RUB.

No; sécalas pía.....

Sólo el deber tu corazon domine.....

¡ Mi fortaleza imita, esposa mia!

(*Se adelanta á prestar apoyo al ciego.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS. — JOAQUIN.

JOAQ.

(*Al tomar el brazo de Ruben.*)

¿ Rendisteis gracias al cielo
Por las mercedes de hoy?

RUB. ¿No lee en los corazones
¡Oh padre! su excelso Autor?
Siéntate. (*Lo hace Joaquín.*)

Pronto, lo espero,
Dejarás esta prision
Tan horrible.

JOAQ. Aunque quisiera
Calentarme libre al sol,
Y respirar auras puras
En vez de infecto vapor,
No por gozar tales bienes
Mis vivos afanes son.
Cerca estarás de Nitócris; (*A Elda.*)
Si mereces su favor,
No olvides ¡oh hija! que esclava
Gime la triste Sion.

ELDA. No, padre.

JOAQ. ¡Fiel á tu pueblo
Sé siempre; fiel á tu Dios!

ELDA. ¡Ah, yo lo juro!

JOAQ. (*Señalando al cielo.*) ¡Él te escucha!

ELDA. (*Arrodillándose.*)

Y aquí á tus plantas, señor,
Ratifica el sacro empeño
Con nueva fuerza mi voz.

(*Con solemnidad.*)

¡Juro conservarme fiel
A Dios, mi patria y mi amor!

RUB. (*Arrodillándose tambien.*)

Y yo, aceptando tus votos,
Mi mano ¡oh Elda! te doy
Ante mi padre y el cielo.

JOAQ. (*Levantándose y extendiendo sus manos, con ademán solemne, sobre las cabezas de los dos jóvenes, arrodillados á sus piés.*)

¡De Abraham, de Isaac, de Jacob
Padre inmortal! ¡Sér sublime,
De cielo y tierra Hacedor!
Yo, en tu nombre sacrosanto,
Que adora la creacion,
Recibiendo las promesas

Que han pronunciado los dos;
 Una y tres veces bendigo
 Su casta y eterna union.
 ¡Santificala en tu gloria,
 Y sé de ellos protector!

RUB. (*Levantándose, y tambien Elda.*)

Este anillo que te entrego
 Mi santa madre llevó
 Hasta su último suspiro.

ELDA. Y hasta marchar de ella en pos,
 Cual prenda de fe sagrada
 Te ofrezco llevarlo yo!

JOAQ. Pisadas oigo.

RUB. ¡Se acercan!

ELDA. (Se me oprime el corazon.)

RUB. (*Bajo á Elda.*)

¡Oh esposa! ¡llega el instante
 Temido!

ELDA. Tendré valor.

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—RABSARES.—ESCLAVOS, *con presentes.*

RAB. La excelsa madre del rey,
 De quien siervo humilde soy,
 Estos regalos te envia,
 En muestra de proteccion,
 Noble vírgen. Llegar debes
 Ornada con esplendor
 A su presencia.

ELDA. ¡Yo!.....

JOAQ. ¡Cuántas

Bondades!

RAB. Sin dilacion

Prepárate á complacerla.

ELDA. Te seguiré, pronta estoy;
 Mas no trueco por ninguno
 El traje de mi nacion,

- Ni á una cautiva convienen
 Joyas de tanto valor.
- JOAQ. Discúlpela su modestia.
- RAB. Yo he cumplido mi mision.
 Nitócris te espera. (*A Elda.*)
- JOAQ. (*Con voz conmovida.*) Parte,
 ¡Oh hija amada! Del Señor
 A la guarda te encomiendo.
- ELDA. (*Besando su mano.*)
 ¡Adios, padre mio!
- JOAQ. (*La abraza.*) ¡Adios!.....
 ¡Los ángeles te acompañen!
- ELDA. (*Tendiendo la mano á Ruben.*)
 ¡Hermano!.....
- RUB. Contigo voy.
- ELDA. No; reemplázame á su lado,
 Consolando su afliccion.....
 Mas no me olvides.
- RUB. ¡Yo!.... ¡nunca!
- ELDA. (*A Rabsares.*)
 ¡Salgamos!
- (*Se va con esfuerzo, y la siguen Rabsares y los esclavos.*)
- JOAQ. (*Con angustia, despues de un momento de silencio.*)
 ¿Marchó?.....
- RUB. (*Acercándosele.*) ¡Marchó!

ESCENA VII.

JOAQUIN. — RUBEN. (*Otra pausa.*)

- JOAQ. (*Que oye los ahogados sollozos de su nieto.*)
 ¡Llora, sí, llora!..... tus ojos
 Ya no verán cada instante
 Aquel hermoso semblante,
 Que ahuyentaba los enojos.
 No ya del labio inocente
 Gozarás la dulce risa,
 Que cual balsámica brisa
 Purificaba este ambiente;

Ni llenará mi prision
De aquella voz el sonido,
Que regalando el oido
Confortaba el corazon!

RUB.

¡Oh, padre!.....

JOAQ.

Nuestra amargura

Tiene, no hay duda, el consuelo
De saber que quiere el cielo
De Elda labrar la ventura,
Y que al pueblo esclavo y triste
No pone Dios en olvido.

RUB.

Gran deber hemos cumplido,
Y ese gozo nos asiste.
Pero álguien llega. — Es Daniel.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. — DANIEL.

DAN.

Que Dios con vosotros sea.

JOAQ.

Él de la nacion hebrea
Se ostenta protector fiel.

DAN.

Lo sé, Joaquin; su justicia
Puede afligirnos severa,
Mas que triunfe no tolera
Del perverso la malicia;
Pues si aquél astucia alcanza,
Dió el cielo prudencia al bueno.

RUB.

¡Turbado estás!.....

DAN.

No..... sereno;

Porque en su fe se afianza
Mi corazon, y á burlar
Viles planes vengo aquí.

JOAQ.

¡Cómo!

RUB.

¡Explicate!

DAN.

(A Joaquin.) De tí
No dejes nunca apartar
A mi inocente sobrina.

RUB.

¡Elda!.....

JOAQ.

(¡ Cielos!)

DAN.

Su quietud,

Su pureza y su virtud
Peligran.

JOAQ.

(¡ Piedad divina!)

RUB.

¡ Peligran?.....

DAN.

¡ Oh, sí!..... ¡escuchad!

(Breve y solemne pausa, durante la cual Joaquin y Ruben respiran apénas, en angustiosa expectativa.)

De Nabucodonosor,
 Aquel tirano opresor
 De la triste humanidad,
 Nació el déspota que al mundo
 Postrado á sus plantas mira,
 Y no lo huella con ira,
 Mas sí con desden profundo.
 No puso Dios en su seno
 Un corazon bajo, no,
 Pero temprano agotó
 De los vicios el veneno.
 Desde la cuna potente,
 Dichoso desde la cuna,
 No encontró gloria ninguna
 Que conquistarse valiente.
 Todo lo tuvo al nacer;
 De todo pudo abusar;
 Poseyó sin desear
 Y disfrutó sin placer.
 Vió en sus dioses vanos nombres,
 Sus caprichos en las leyes,
 Su herencia en el mundo..... ¡y greyes,
 Viles greyes, en los hombres!
 ¡ Sigue!

RUB.

JOAQ.

¡ Sigue!

DAN.

Saciado

De mando, grandeza y goces,
 Ya con arrugas precoces
 Se halla su rostro surcado;
 Y en la edad bella y florida,
 Mustia y enervada su alma,

Se postra — sin hallar calma —
 Por el tedio consumida.
 ¡Tal es el rey Baltasar!
 ¡Tal la extraña situacion
 En que lo ve esta nacion,
 Que desdeña gobernar!
 Aquel príncipe absoluto
 Que manda en provincias tantas,
 Y á cuyas soberbias plantas
 Los reyes rinden tributo,
 De su molicie al exceso,
 Y por desprecio al poder,
 En manos de una mujer
 Del cetro depone el peso.
 ¿Su madre?.....

JOAQ.

DAN.

Que es generosa
 Y de su imperio no abusa;
 Aunque de hacerlo la acusa
 Toda la corte celosa.
 Son por su influjo ofendidos
 Los que ejercerlo ambicionan,
 Y su virtud no perdonan
 Los sátrapas corrompidos.
 ¿Rabsares?.....

JOAQ.

DAN.

Cobarde adula
 A la misma en cuyo daño
 — Con maña y talento extraño —
 Las intrigas acumula;
 Mas todas hasta el presente
 Se estrellan en la desidia
 Del rey, y en balde la envidia
 Con él se esfuerza elocuente.
 Ministros y cortesanos,
 Por sacarle de tal sueño,
 Se ligan con grande empeño
 Y agotan arbitrios vanos.
 Pero..... (*Con ansiedad.*)

JOAQ.

RUB.

DAN.

¿Y Elda..... (*Vivamente.*)
 Entre millares
 De recursos que se inventan,

- Uno hay nuevo, con que cuentan
Por consejo de Rabsares.
- JOAQ. ¿Cuál?..... (*Con ansiedad.*)
- DAN. Del amor le energía
Presumen la reanime,
Si con su fuego sublime
Enciende aquella alma fría.....
- RUB. ¡Qué?.....
- DAN. Las mujeres más bellas
Que adornan el régio haren,
Ya sólo alcanzan desden.....
- JOAQ. ¡Acaba!.....
- DAN. ¡Pero hay doncellas
De pureza inmaculada
Entre la gente judía!.....
- RUB. ¿Y osarán?....
- DAN. ¿Qué jerarquía
Pudiera ser respetada!
¡Justo Dios!
- JOAQ. Conozco el plan;
Sé lo que intentan malvados,
Que sentimientos sagrados
Con perfidia explotarán.
Sé que las nobles piedades
De la princesa á quien venden,
Es el manto en que pretenden
Envolver iniquidades.....
¡Sé que han visto á mi sobrina;
Que nos la quieren robar,
Destinando á Baltasar
Su belleza peregrina!.....
- RUB. ¡Ah!..... ¡corramos!
- DAN. ¡Ruben!.....
- JOAQ. ¡Muero!
- (*Cae desfallecido en el banco.*)
- RUB. ¡Juro salvar á mi esposa!
- DAN. ¡Tente!..... ¡Oh Dios! esa espantosa
Agitacion.....
- RUB. ¡Golpe fiero
Te anuncia! — ¡Sígueme!

DAN.

¿Adónde?

RUB.

¡Al alcázar del tirano!

JOAQ.

(Con desesperacion.)

¡Yo mismo la entregué insano!

RUB.

¡Salvarla me corresponde!

(Se va precipitadamente.)

JOAQ.

¡Oh! ¡sí! ¡sálvala, hijo mio!

DAN.

(Levantando las manos al cielo y avanzando al medio del teatro.)

¡Rey de reyes, tu voz mande!

ii Yo mi causa te confio,

Porque Tú solo eres grande!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Es de noche. — El teatro representa los jardines del palacio de Babilonia, decorados con fuentes, obeliscos, estatuas, etc., y profusamente iluminados. — A la derecha, lujosos asientos para el rey y su madre, bajo dosel de flores. — Al fondo, por entre alamedas en que se pierde la vista, aparecen grupos de mujeres ataviadas con magnificencia, que templan instrumentos músicos, tejen guirnaldas, y queman perfumes en pebeteros de oro.

ESCENA PRIMERA.

NITÓCRIS.—RABSARES, *saliendo ambos por la derecha.*

- NIT. Todo está bien; mas ¿qué causa
 Tiene tan súbita fiesta?
- RAB. Para distraccion del rey
 La han dispuesto, con su vénia,
 Los ministros.
- NIT. ¡ Distraccion !.....
 Pues ¿qué cuidados le asedian?
 ¡ Harto olvida Baltasar
 Que empuña un cetro su diestra!
- RAB. Si nuestro augusto monarca
 Suele, señora, dar treguas
 A los deberes del trono,
 Bien á sus reinos compensa
 De aquella leve desidia
 Tu maternal providencia.
 Tú mandas cuando el rey calla;
 Cuando él se aduerme, tú velas;
 Y tu gloria se engrandece
 Cuanto más la suya amengua.
 ¿Qué no debe Babilonia
 A tu bondad?

NIT.

Basta ; cesa.

RAB.

Si el Eufrates caudaloso
 Se apartó de su carrera,
 Durmiendo en lagos profundos,
 Que aún hoy absorta contempla
 Nuestra vista ; si al soltarse
 Con impetuosa soberbia
 Para volver á besar
 Sus dos distantes riberas,
 Las encontró ya enlazadas
 Con puente inmenso de piedra.....
 Si murmurando sus ondas
 Corren, en canales presas,
 Y con mil giros tortuosos
 Vastísimos campos riegan ;
 ¿Qué mano, sino la tuya,
 Pudo obras tan gigantescas
 Llevar á cabo, y legarlas
 Al porvenir para eterna
 Gloria del asirio nombre?

NIT.

Hay quien beneficios siembra,
 Y recoge ingratitudes.

RAB.

(Turbado.)

Señora.....

NIT.

Se juzga afrenta

Que rija mi débil mano
 De un grande estado las riendas.

RAB.

Yo ignoro..... (¿Me habrán vendido?)

NIT.

Contra mí planes conciertan
 Los sátrapas. — No te turbes,
 Ni en tu pecho el temor quepa
 Que yo no acojo en el mio.
 ¡Plegue á los dioses que sean
 De mis contrarios los votos
 Cumplidos : que de su inercia
 Saliendo al fin Baltasar,
 Llenar sus deberes quiera ;
 Y yo en modesto retiro
 Gozando oscura existencia,
 De su glorioso reinado

- Admire ilustres empresas !
- RAB. Para ese empeño, señora,
Poco son humanas fuerzas.
- NIT. ¡ Ah! ¡ no! yo tengo esperanza.
No se postra por flaqueza
Del rey el ánimo grande :
Duerme su alma, no está muerta.
- RAB. ¿ Y presumes?.....
- NIT. Que habrá día,
Y aún acaso ya esté cerca,
En que salga del letargo
Por sacudida violenta.
- RAB. (¿ Sospechará?.....)
- NIT. Del reposo
Que su viril pecho enerva,
Puede arrancarlo el peligro
Que á mí, mujer, me amedrenta.
- RAB. ¿ Un peligro?.....
- NIT. Se coligan
Contra nos Medos y Persas.
- RAB. Aun guardan en sus cervices
Del yugo asirio las huellas
Esas naciones, que al nombre
De Babilonia se aterran.
Si olvidáran lo pasado,
Aun ven surgir por doquiera,
Para escarmiento de audaces,
Lecciones harto sangrientas.
Que le pregunten á Tiro
Si la salvó su opulencia
Del rigor de nuestro enojo.
¡ Que alcen Samaria y Judea
Su abatida faz, y digan
Qué hicimos de sus diademas!
- NIT. ¡ Ay! esos pueblos hollados
En nuestro seno se albergan,
Circulando la venganza
Sorda y profunda en sus venas.
Ser como Dios adorado
De las naciones sujetas

- Por sus armas, de Nabuco
 Fué la ambición altanera,
 Y desdeñó el ser querido;
 Baltasar su orgullo hereda,
 Sin que su gloria le excuse,
 Ni sus triunfos le enaltezcan.
- RAB. Pero tus nobles piedades
 Los enconos que ponderas
 Aplacar saben. ¿No gozan
 De tu proteccion excelsa
 Los cautivos de Judá?
 Daniel, porque tú lo ordenas,
 ¿No es del pueblo venerado
 Y entre los sabios se cuenta?
 ¿No se abren de las prisiones,
 A tu mandato las puertas,
 Y hasta al ciego destronado
 No se extiende tu clemencia?
- NIT. ¡El corto bien que hacer pude,
 Cuánto ya los dioses premian,
 Dándome el afecto puro
 De un alma cual noble tierna! —
 Es un tesoro, Rabsares,
 De gracia y virtudes Elda.
- RAB. Por mi consejo piadoso
 Hoy á tu lado se encuentra.
- NIT. Sí, mi pecho agradecido
 La obligacion te confiesa.
- RAB. Pues ahora depon temores
 Indignos de tu alma régia;
 Que Baltasar se aproxima,
 Y aquí su ministro llega.
- NIT. Al encuentro de mi hijo
 Debo correr la primera.

(Se va por la izquierda al entrar Neregel, que la saluda inclinándose profundamente, y luego se llega á Rabsares, que le sale al encuentro.)

ESCENA II.
RABSARES. — NEREGEL.

RAB. Neregel.....
 NER. ¿Verá esta noche
 El rey á la esclava hebrea?
 RAB. Entre sus damas la trae
 La reina.
 NER. Y ¿nada sospecha?
 RAB. Pone en mí su confianza;
 Ni aún columbra nuestra idea.
 NER. Y ¿es tan grande la hermosura
 De esa esclava.....
 RAB. Vas á verla:
 Aquí viene.
 NER. Yo me áparto.

ESCENA III.
LOS MISMOS. — ELDA. — DAMAS.

RAB. (*Saliendo al encuentro de Elda.*)
 Recibe, jóven.....
 ELDA. ¿La reina?.....
 RAB. Recibe mis parabienes.
 Con tu dicha se enajenan
 Corazones que tomaban,
 No há mucho, parte en tus penas.
 ELDA. Gracias. — Busco á mi señora.
 RAB. Con su hijo augusto se acerca,
 Pues la régia comitiva
 Ya en estos jardines entra.
 (*Comienza á entrar el séquito real.*)
 ELDA. (*A sus compañeras.*)
 A nuestro puesto corramos.
 RAB. (*Bajo.— Deteniéndola.*)
 No olvides, noble doncella,

Que á un gesto de Baltasar
Se quebrantan las cadenas
De los míseros cautivos.

ELDA. Que de Dios cumplida sea
La voluntad soberana.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—RUBEN', *entre los de la comitiva, con traje babilonio, y despues* BALTASAR Y NITÓCRIS. *La comitiva que precede á Baltasar, compuesta de cortesanos y esclavos, se extiende por ambos lados del teatro, donde tambien se colocan las damas de la reina. Del fondo se destacan las esclavas del rey, á la entrada de éste.*

ELDA. *(Que al ir por la izquierda á recibir á Nitócris, se encuentra con Ruben.)*

¡Ah!!.....

RUB. ¡Silencio! ¡no te pierdas!

(Este corto diálogo, muy vivo y en voz baja.)

ELDA. ¡Tú disfrazado!..... ¡tú aquí!

RUB. Se halla en riesgo tu inocencia.

ELDA. ¡Cielos!.....

RUB. ¡Pero yo la guardo!

ELDA. Si te descubren.....

RUB. ¡No temas!

(Hace seña á Elda de que continúe, y ella sale un instante en pos de sus compañeras, para entrar en seguida con la reina.)

NER. *(Bajo á Rabsares.)*

Me parece que la esclava
Y aquel hombre, con cautela
Breves palabras trocaron.

RAB. *(Sin mirar á Ruben, que se oculta entre otros.)*

¡Si es en la corte extranjera!
Hé aquí al rey.

NER. *(A las mujeres del rey, que se agrupan al fondo.)*

¡Nubes de aromas

Por todo el aire se extiendan,
Y de sus gracias y encantos
Alarde haciendo las bellas,

Resuenen plácidos sonos,
Que ufano el eco devuelva!

(Rompe una música suave, que se supone de cítaras y otros instrumentos que tañen las esclavas, mientras varias de ellas esparcen perfumes, y otras se adelantan con cadenciosos pasos, al compas del himno que entonan las demás, formando en el centro graciosas figuras y mudanzas, y entrelazando guirnaldas, que al fin de la danza rinden á los piés del rey.—Baltasar entra con su madre al comenzar el himno; atraviesa la escena y va á sentarse en el divan dispuesto para él, ocupando Nitócris su izquierda.—Todos se inclinan profundamente al entrar el rey.)

HIMNO.

Deslumbra con sus rayos
La majestad suprema
Que brilla en la diadema
Del nieto de Nemrod :
Fatigan á los vientos
Los ecos de su fama ;
La tierra le proclama
De Babilonia dios.
Suyo es cuanto el Eufrates
Con su caudal fecunda,
Cuanto el Tígris circunda,
Cuanto baña el Jordan :
Los dioses le sonrien,
Le adoran los amores,
Y ante sus pasos flores
Derrama la beldad.

BALT. ¡ Basta ! *(Con cansancio.)*

NER. Señor, prosternada
A tus plantas la hermosura,
Bendecirá su ventura
Si le das una mirada.

BALT. ¡ Siempre lo mismo !.....)

NER. Temblando

Oso esperar que la fiesta
Para obsequiarte dispuesta,
Mires con aspecto blando.

BALT. Sí..... despliegas mil primores.....

Me circundas de placeres.....

(Levantándose y dando con el pié á las guirnaldas extendidas ante él, pasa sin mirarlas por entre las mujeres arrodilladas, que se desvian confusas y avergonzadas.)

Mas ¡váyanse estas mujeres,
Y arroja de aquí estas flores!

NER. Perdona mi rey..... *(Todo turbado.)*

RAB. *(¡No hay medio!)*

BALT. ¡Tanto incienso me sofoca!

NER. *(Balbuciente.)*

Queriendo, en mi audacia loca,
Luchar contra el hondo tedio
Que sólo te causa enojos.....

BALT. ¿Fué tu arbitrio omnipotente
El condensarme el ambiente
Y el fatigarme los ojos?

NER. *(Doblando una rodilla.)*

Torpe soy..... que tu clemencia.....

RAB. *(Tambien en ademan suplicante.)*

Discúlpelo, oh rey, su celo.

NIT. Fué complacerte su anhelo.

BALT. Bien está. — ¡Tendré paciencia!

Mas di, Neregel, ¿no hay nada
Nuevo en el mundo?

NER. Señor.....

BALT. ¿No hay más que viejo esplendor?

¿No hay más que pompa gastada.....

Placeres que se acumulan,

Y ni aún vil antojo encienden.....

Hermosuras que se venden

Y cortesanos que adulan?

(Todos los cortesanos confusos se miran unos á otros, y las mujeres se retiran humilladas.)

NER. Señor.....

BALT. Si quieres vencer

Este infecundo fastidio,

Contra el cual en balde lidio,

Porque se encarna en mi sér,

¡Muéstrame un bien soberano,

Que el alma deba admirar!.....
 Y que no pueda alcanzar
 Con sólo extender mi mano.
 ¡ Dame — no importa á qué precio —
 Alguna grande pasion,
 Que llene un gran corazon,
 Que sólo abriga desprecio!
 ¡ Enciende en él un deseo
 De amor..... ó de ódio y venganza;
 Pero dame una esperanza,
 De toda mi fuerza empleo!
 ¡ Dame un poder que rendir.....
 Crímenes que cometer,
 Venturas que merecer
 O tormentos que sufrir!
 ¡ Dame un placer ó un pesar
 Digno de esta alma infinita,
 Que su ambicion no limita
 A sólo ver y gozar!.....
 ¡ Dame, en fin — cual lo soñó
 Mi mente en su afan profundo —
 Algo..... más grande que el mundo!
 ¡ Algo..... más alto que yo!
 Un imposible deseas.
 No es dable, gran rey, que exista,
 Ni fuerza que te resista,
 Ni dicha que no poseas.
 ¿ Sí?..... ¡ con que, soy tan dichoso!
 ¡ Los inmortales te envidian!
 Quizá tambien se fastidian
 De su sublime reposo.
 ¡ Oh Neregel! si es verdad
 Que el agradarme es tu intento,
 ¡ Hazme olvidar un momento
 Mi inmensa felicidad! (*Vuelve á sentarse.*)
 Pues te dieron, oh hijo mio,
 Tan vasto imperio los cielos,
 Te imponen hartos desvelos
 Con que llenar el vacío
 De esa alma grande y ardiente.

NER.

RAB.

BALT.

NER.

BALT.

NIT.

¿Por qué, pues, se ostenta en vano
El sacro cetro en tu mano,
La áurea corona en tu frente?
Y ¿qué he de hacer?

BALT.

NIT.

¡Gobernar!

BALT.

Sobran en los pueblos leyes.

NIT.

Pero es deber de los reyes

El hacerlas observar.

BALT.

Y ¿será el mundo más bueno

Si ese cuidado me afana?

¿No lleva la especie humana

Desórden, vicio en su seno?

¿Castigo y premio, señora,

Qué bienes han producido?

¿Lo mismo que ántes han sido,

No son los hombres ahora?

NIT.

Pero rigiendo á esos hombres

Tus preclaros ascendientes,

Se hicieron armipotentes

Y eternizaron sus nombres.

BALT.

(Con sarcasmo amargo.)

¡Oh!..... ¡sí!..... yo envidio su suerte,

Y en esto, madre, me fundo.....

Los hizo dioses el mundo,

A par que polvo la muerte.

NIT.

Son sus glorias inmortales.

BALT.

¿Y en qué consisten sus glorias?

NIT.

¡En conquistas, en victorias,

Que conserva en sus anales

El tiempo!

BALT.

Yo no haré guerra,

—Que brinde pasto á los cuervos,—

Por un palmo más de tierra

Y un rebaño más de siervos.

NIT.

¿Pero no tienes deberes?.....

BALT.

¡Sí! devorar mi impotencia.

NIT.

¿Qué mal sufres?

BALT.

¡La existencia!

NIT.

¿No encuentras doquier placeres,

Y no lo es grande, señor,

- Prestar consuelo al que llora?
- BALT. ¡ Soy tan dichoso, señora,
Que tengo envidia al dolor!
- NIT. El derramar beneficios....
- BALT. Se convierten en veneno,
Cayendo en indigno seno.
- NIT. Méritos hay.
- BALT. Sobran vicios.
- NIT. Mas es la virtud bien sumo....
- BALT. Que no alcanzan los humanos.
- NIT. Los dioses....
- BALT. Son nombres vanos.
- NIT. La gloria eternal....
- BALT. Es humo.
- NIT. Con tan triste indiferencia
Por todo, y tal abandono,
Deslustrarse puede el trono
Que fué tu gloriosa herencia.
- BALT. (*Levantándose.*)
Y ¿qué es un trono? ¿Qué son
Su pompa y brillo fulgente,
Si no remontan la mente
Ni dan vida al corazón?
Yo — nacido en esta altura —
No puedo, madre, admirarla....
¡ Gloria fuera el conquistarla;
Su posesion no es ventura!
- NIT. Recordar, aunque te asombres,
Al gran Nabuco debieras.
- BALT. Se fué á olvidar entre fieras
La gloria de regir hombres.
- NIT. Sólo decirte me resta....
- BALT. ¡ Nada más! — Mi poderío
A tu excelsa mano fio. —
Siga, Neregel, tu fiesta.
- (*Vuelve á sentarse y á caer en su apatía.*)
- RAB. (*A la reina.*)
En la música descuella
Toda la judaica gente;

Que hoy ante el monarca ostente
 Su talento esa doncella. (*Indicando á Elda.*)
 Llega, jóven; tu señora
 Quiere escuchar tus acentos.

NIT. (*Señalando al rey.*)

Que sus tristes pensamientos
 Disipe tu voz sonora.

ELDA. ¡Oh reina! excúsame pía;
 Pues en triste cautiverio
 No hallo voz en el salterio,
 Ni hay en mi acento armonía.

RAB. ¡Te niegas?.....

ELDA. (*Con dignidad.*) Sólo las aves
 Divierten á su opresor
 Exhalando su dolor
 Entre cánticos suaves. (*Baltasar la mira.*)
 ¡Cómo!.....

RAB.

NIT. ¿Qué dices?.....

ELDA. ¡No hay ya

Para el Dios del cielo altares,
 Ni festejos ni cantares
 Para la viuda Judá!
 Pende su arpa sin sonidos
 Del sauce de estas riberas,
 Do las brisas extranjeras
 Sólo le arrancan gemidos.....
 ¡Que en la infausta soledad
 Es el llanto nuestro acento.....
 Y alas no halla el pensamiento
 En donde no hay libertad!

NER. ¡Insolente!.....

NIT. (*Con interes.*) El rey te escucha.

BALT. Y te manda cantar.

ELDA. ¡No!

¡No puedo obedecer!

RAB. ¡Oh!

¡Te pierdes! (*Bajo á ella.*)

NER. ¡Qué audacia!

(*Movimiento entre los cortesanos escandalizados.*)

NIT. Es mucha

- Tal resistencia, Elda mía.
 ELDA. ¡Mi pueblo gime, señora,
 Bajo atroz yugo!
- BALT. ¿Y se ignora
 Entre esa turba judía,
 Que de su rey y señor
 Es la voz sagrada ley?
- ELDA. En tí ven su vencedor,
 Pero no acatan su rey.
- NIT. ¡Elda!
- RAB. *(En voz baja y con espanto.)*
 ¡A muerte te condenas!
- NIT. *(Bajo tambien.)*
 ¡Cede por los dioses!
- NER. *(Poniéndole el salterio en las manos.)*
 ¡Toma,
 Esclava, y tu orgullo doma!
- ELDA. ¡No hay en el mundo cadenas
 Que rindan la voluntad!
- (Arroja el salterio. Gran agitacion. Baltasar se levanta y la mira con sorpresa, pero sin cólera.)*
- NER. ¡Dioses!.....
- RAB. ¡Infeliz!.....
- NIT. ¡Qué has hecho?
 ¡Oh, señor! que halle en tu pecho *(Al rey.)*
 Su insano arrojó piedad.
- RAB. *(Tambien suplicante.)*
 Tiene á su padre en prision,
 Y tu indulgencia merece.
- BALT. *(Despues de mirarla un instante.)*
 Pedírmela no parece.
- NIT. *(Acercando á Elda.)*
 Llega á implorar tu perdon
 A sus plantas.
- RAB. ¿No te humillas?.....
- ELDA. Las gentes de mi creencia,
 Sólo de Dios á presencia
 Deben doblar las rodillas.
- NIT. *(Con tono de reconvención dolorosa.)*
 ¡Jóven!.....!

- RAB. (¡Todo está perdido!)
- NER. (¡No cabe mayor exceso!)
- (Pausa de general asombro y espectacion.)
- BALT. Y su padre, que está preso,
¿Qué crimen ha cometido?
- ELDA. El defender su corona,
Que el tuyo abatió tirano.
- RAB. ¡Calla!
- BALT. ¡Joaquin!.....
- NIT. Ese anciano,
— A cuyo nombre aún se encona
Tu ódio, señor, — gran castigo
Tuvo ya.
- ELDA. ¡Con saña impía,
Hasta de la luz del día
Lo privó vil su enemigo!
- RAB. ¡Qué!..... (Con nuevo asombro de la audacia de Elda.)
- NIT. ¡No más!
- BALT. (A Neregel.) Sin dilacion
Libre quede, y de tu cuenta
Corre el señalarle renta
Digna de su condicion.
- NER. ¡Cómo!.....
- NIT. (A Rabsares.) ¡Venció la piedad!
- RAB. (¡O el amor!..... Logré mi idea.)
- ELDA. (Juntando las manos con gratitud.)
¡Ah, señor!.....
- BALT. (A Neregel, que le mira dudoso.)
¡Cumplida sea
Al punto mi voluntad!
- NER. (Inclinándose.)
Te obedezco.
- NIT. Y yo te pido
Que tu alta vénia me des
Para mandar á tus piés
Al anciano agradecido.
- (Se va presurosa con Neregel, y la siguen sus damas.)
- ELDA. ¡Vamos de la reina en pos!
- BALT. (Deteniéndola.)
Tú no.

- ELDA. Rey.....
 BALT. Hablarte ansío.
 ¡Salid todos!
 RUB. (*Que ha seguido con ansiedad toda la escenn.*)
 (¡¡ Ah!!)
 RAB. (¡ Ya es mio!)
- Obedezcamos. (*A los cortesanos.*)
 (*Se van todos, ménos Ruben.*)
- ELDA. (¡ Gran Dios!
 ¡ Sostenme!)
- RUB. (¡ Si los consejos
 De la ira escucho!.....)
- BALT. ¿Qué aguardas,
 Que en obedecerme tardas?
 (*Elda mira á su amante con actitud suplicante; él vacila, pero cede.*)
- ELDA. ¡ Oh!.....
 RUB. Nada.....
 BALT. ¡ Sal!
 RUB. (¡ No iré léjos!)

ESCENA V.

BALTASAR.—ELDA; *momento de silencio.* — *Baltasar se sienta.*

- BALT. Doncella de Judá, gracia has hallado
 De tu rey á los ojos.
- ELDA. Lo que has hecho
 Sabe, señor, agradecer mi pecho.
- BALT. Es leve muestra de mi augusto agrado.
 Tu soberbia me encanta.—Sí; tu acento
 No deben escuchar esclavos viles,
 Que á tus plantas verás, como reptiles,
 A una mirada mia, un movimiento.
 ¡ Para mí solo tus cantares guarda;
 Para mí solo tu hermosura activa!
- ELDA. (¡ Qué oigo!.....)
- BALT. ¡ Mi sangre á tu mirar se activa!
 Llegá. Acércate más.—¿Qué te acobarda?
- ELDA. ¡ Tal lenguaje, señor!.....

BALT.

Triunfo brillante

Alcanzas hoy, y que beldad ninguna
 Pudo pedirle, osada, á la fortuna.
 ¡Tú has conmovido un pecho de diamante!
 Mira en mis ojos tu ventura escrita;
 Gózate en tu atractivo, que me inflama;
 Y corriendo al harem, leda proclama
 Que eres desde hoy mi esclava favorita.

ELDA.

¡Yo!

BALT.

Mi eleccion te eleva á gloria tanta.

ELDA.

¡Yo en tu harem!.....

BALT.

Brillarás entre millares.

Cesen ya, pues, los llantos y pesares;
 Depon el ceño y la cerviz levanta.

ELDA.

¡No más, señor! ¡Engañase tu mente,
 O no te entiendo yo! — ¡Sueño sin duda!

BALT.

(Levantándose.)

Pues que el amor á despertarte acuda.

ELDA.

¡Tente!.....

BALT.

¡Cómo!..... *(Con asombro.)*

ELDA.

¡Señor! ¡llegar no intente

Tan loco amor á mí! — ¡Nací judía!

BALT.

(Después de un momento de suspensión.)

Yo soy quien dudo si me agita un sueño.

¿No soy yo Baltasar?..... ¿No soy tu dueño?

ELDA.

¡Mi vida es tuya, pero mi alma es mía!

BALT.

¿Qué dice?.....

(Como alumbrado por una idea súbita.)

(¡Ah! sí; tan hábil resistencia

Incentivo eficaz presta al deseo.)

Gracias te doy, mujer, pues ya no veo
 Siempre en torno de mí muda obediencia.

Te miro á tí..... tu seductor desvío,

Tu soberbia beldad, tu ingenio raro.....

Y á ningun precio me parece caro

El bien que aguarda de tu amor el mío.

¡Oh! ¡tásalo tú misma! ¡Ten audacia!

Lo que quieras demanda, y lo prometo.

ELDA.

¡Te pido, Baltasar, aquel respeto

A que tiene derecho la desgracia!

No de orgullosa mi nacion se precia,
Y acato el cetro de qué tú dispones.....
Pero guarda tu amor, guarda esos dones,
Que en su humildad mi corazon desprecia.

BALT. (*Más y más asombrado.*)

¡Los desprecia!.....

ELDA.

¡Sí, rey; que si ambicionas
Comprarme la virtud, que es mi tesoro,
No basta de cien mundos todo el oro,
Ni son nada en tu frente mil coronas!

(*Hace ademán de irse.*)

BALT.

¡Aguarda!

ELDA.

¡No! ¡no más!

BALT.

¡Yo te lo ordeno!

ELDA.

¡Señor!.....

BALT.

(*Impaciente.*) ¡Ya basta!—Admiro la fiereza
—Que nuevo hechizo añade á tu belleza—
Y por honrarla mi anhelar refreno.....
Pues me place deberle á tu albedrío
El grato triunfo cuyo precio aumentas;
Mas no prolongues el teson que ostentas
Hasta cansar mi sufrimiento!

ELDA.

(*¡Impío!*)

BALT.

Que ya esta lucha se termine quiero.

ELDA.

¿Puedes vil abusar?.....

BALT.

(*Interrumpiéndola.*) Concedo amante,
Que de mi dicha escojas el instante.

ELDA.

¡Eso nunca! ¡jamás!—¡Morir primero!

BALT.

(*Con cólera.*)

¿Nunca?..... ¿jamás?.....

ELDA.

¡Jamás!

BALT.

¿Te atreves loca.....

ELDA.

¡Cumpló un deber!

BALT.

¡Son leyes mis antojos!

ELDA.

¡Las de Dios guardo!

BALT.

¡Teme los enojos

Que tan absurda obstinacion provoca!

ELDA.

¡Sólo temo el delito!

BALT.

¡Está en mi mano

Un cetro del que tiemblan las naciones!

- ELDA. ¡ Para rendir, señor, los corazones,
No alcanza el cetro de ningún tirano!
- BALT. ¡ Esclava!.....
- ELDA. ¡ Tu furor no me intimida,
Ni tu grandeza y majestad me asombra;
Que un poder, ante el cual el tuyo es sombra,
Protege mi inocencia desvalida!
- BALT. *(Como fuera de sí y asiéndola por un brazo.)*
¿ Dónde está ese poder? ¿ Dónde ¡insensata!
Que haces que en ira mi favor se mude?
¿ Quién mi suprema voluntad no acata?
¿ Quién á salvarte de mi antojo acude?
(Ruben se lanza entre los dos.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS.— RUBEN, y *luego* RABSARES
Y CORTESANOS.

- RUB. ¡ Yo, déspota!
- ELDA. *(¡ Gran Dios!)*
- RUB. ¡ Mientras yo viva
No esperes conseguir tu indigno anhelo!
- BALT. *(Suspenso de asombro.)*
¿ Quién es este demente?.....
- ELDA. *(¡ Justo cielo!)*
- RUB. Un hombre soy que en saña vengativa
Se abrasa contra tí.— Patria, opulencia,
Dicha, gloria, poder..... todo arrancado
Por los tuyos me fué; ¡ pero he guardado
Este ódio, que mantiene mi existencia
Y amenaza la tuya!
- ELDA. ¡ Oh! ¡ Qué profieres!
(Baltasar se acerca al lado por donde salieron sus cortesanos.)
- RUB. Llama á tu córte, sí; llama ¡ cobarde!
A esa turba de esclavos y mujeres,
Haciendo entre ella de tu fuerza alarde.
- ELDA. ¡ Ruben! ¡ piedad de mí!.....
- BALT. *(Volviendo hácia él.)* ¿ Quién soy ignoras?

RUB. No; ¡te conozco bien! Sé que á tu frente
 Ciñes una diadema que desdoras,
 Y no sabrias defender valiente.
 Sé que sin gloria, sin virtud, sin brío,
 Cansado de tí propio, entre perfumes
 Tu inútil vida, cual mujer, consumes,
 Miserable presa de infecundo hastío.
 Sé que á la ley de tu capricho loco
 Viendo postrado un pueblo envilecido,
 La inmensa humanidad tienes en poco,
 Y hasta de Dios blasfemas descreído.
 ¡Mas por él, Baltasar, reinan los reyes,
 Que deben ser su imágen; y es en vano
 Pida respeto al mundo el vil tirano
 Que impera sólo sobre indignas greyes!

(Mientras que pronuncia Ruben los anteriores versos, entran en la escena Rabsares y algunos cortesanos; pero, atónitos de lo que escuchan, permanecen un instante suspensos.)

CORTS. ¡Ah!!..... *(Se lanzan contra Ruben todos, con esta exclamacion de ira.)*

BALT. *(Llevando la mano á su espada, pero deteniéndose al llegar junto á Ruben, que le presenta su pecho.)*

¡Miserable!

ELDA. *(Interponiéndose.)* ¡No!.....

RUB. ¡Hiere! Cercado

De cien aceros, descargar el tuyo
 Puedes impunemente.—Desarmado
 Entre asesinos tantos, no les buyo.

BALT. *(Cuyo rostro revela el asombro que le causa su propio furor, y llevándose la mano al pecho con una especie de júbilo al sentir su agitacion.)*

(¡Ah!..... ¡corazon!.....)

RUB. ¡Qué dudas? ¡Hiere! acaba

De un golpe mi existencia; pues la anima
 Un alma nunca de tu cetro esclava.
 Un alma que en los hierros se sublima
 Como la tuya en el dosel se abate,
 Y que ufana al romper tu indigno yugo,
 Te deja en este desigual combate,
 Por toda gloria, el lauro de verdugo!

- BALT. (*Con estremecimiento de cólera, y de gozo por sentirla.*)
¡Oh!.....
- RAB. ¡Perezca!
- ELDA. ¡Infeliz!.....
- BALT. (*Deteniendo las espadas que se levantan sobre la cabeza de Ruben.*) ¡Nadie le toque!
- (*Larga pausa.*)
- ¿Quién es este hombre?
- RAB. Un hijo del judío
Cuyas cadenas quebrantaste pío.
- BALT. ¡Su hermano!
- ELDA. ¡Oh, sí! Tus iras no provoque.
Sé piadoso, señor, pues eres fuerte.
- RUB. (*Con tono de reconvencion.*)
¡Elda!.....
- ELDA. (*Siempre suplicante.*) No mires su culpable audacia...
Recuerda solamente su desgracia.
¡De todo, oh rey, lo despojó la suerte!
- RUB. ¡No del valor y la virtud!
- ELDA. Yo sola
La causa soy del criminal exceso.....
Caiga en mí, pues, de tu rigor el peso:
Salva la suya, y mi existencia inmola.
- RUB. ¡Basta!
- RAB. ¡Señor! tus órdenes espero.
- BALT. ¡Esta esclava á mi harem!
- ELDA. ¡Ah!!
(*Cae desfallecida en brazos de los cortesanos, que se la llevan.*)
- RUB. (*Sacando un acero que lleva escondido bajo su disfraz de esclavo babilonio.*)

¡Muerta ántes!

(*Al arrojarse á Elda, á quien se llevan algunos cortesanos y guardias, Baltasar le detiene, asiéndole vigorosamente por el brazo. Ruben hace la siguiente exclamacion, trémulo de rabia.*)

¡Oh!..... ¡Tiembra!

BALT. (*A los suyos.*)

¡Salid!

RAB. (*Con asombro y duda.*)

Rey.....

BALT. (*Con ademan imperioso.*)

¡Que salgais quiero!

(*Los cortesanos se van admirados. Ruben mismo, atónito de la accion del rey, y sin acertar cuál puede ser su intencion, se queda suspenso.*)

ESCENA VII.
BALTASAR.—RUBEN.

RUB. (¡Solo conmigo..... aquí!.....)

BALT. (*Volviendo á él.*) Ya están distantes.

RUB. ¡Qué! ¿presumes....

BALT. (*Con alegría terrible.*)

¡Que un hombre hallar consigo
Que se me opone con rencor acerbo!
Mas ¡ay de tí, si ataco al enemigo,
Y tu flaqueza me descubre al siervo!

(*Embiste impetuosamente á Ruben, que, turbado, desprevenido, ciego por su propia ira y su asombro, es desarmado al momento.*)

RUB. ¡Ah!.....

BALT. (*Señalándole su acero caído.*)

¡Levántalo!

RUB. ¡No! — Hé aquí mi pecho.

BALT. (*Con desdén, y envainando su espada.*)

Alza tu acero, mísero insensato.

RUB. (*Con desesperación.*)

¡Mátame! Dios te otorga ese derecho,
Y yo su fallo incomprensible acato.
¡Mátame!

BALT. (*Con ironía amarga.*)

¡Ya lo ves! — Ese Dios justo,
Que todo lo ordenó con su sapiencia,
Y del que debo ser remedo augusto,
Hizo — mostrando su alta providencia —
Que presa del leon fuese el cordero,
Del águila el milano, del milano
La paloma indefensa. El mundo entero
— ¡Obra estupenda de la excelsa mano! —
Doquier la ley te muestra inexorable,
Que hace que al débil lo devore el fuerte,
Al chico el grande, el rico al miserable....
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!

RUB. ¡Aniquílame, pues!

BALT. ¡No..... te perdono.....

Porque te debo más que le he debido
 A mi grandeza, al mundo, al régio trono!
 ¡Aquí hallé una emocion! ¡Aquí he sentido
 Arder mi pecho en poderosa saña!.....
 ¡Cuánto en ella gocé!..... ¡Sí! no te asombre.....
 Pues al fin logro, con ventura extraña,
 Olvidar que soy rey, sintiéndome hombre!
 ¡Eres libre! (*Se va.*)

ESCENA VIII.

RUBEN, *luego* JOAQUIN, *y al final de la escena*, DANIEL.

RUB. (*Con desesperacion.*)

¡Yo!..... ¡yo!..... ¡yo perdonado!.....
 ¡Yo vencido por él! ¡Oh postrer mengua!
 ¡Antes que llegue á blasfemar mi lengua,
 Rompe mi pecho, acero deshonorado! (*Levantándolo.*)
 ¡Ah!..... no soy dueño de mi infausta vida.....
 (*Deteniéndose.*)

Dios me la dió..... y aunque al honor no cuadre,
 Él quiere que la arrastre envilecida.....
 ¡Mas no puedo, Señor!

JOAQ.

(*Dentro.*)

Ruben.....

RUB.

¡Mi padre!

JOAQ.

(*Saliendo á la escena.*)

A este lugar un hombre me conduce
 Por orden de la reina, y se me anuncia
 Que nuestra gracia Baltasar pronuncia.
 ¡Ruben!..... ¡Elda!..... ¡Venid!— Si no seduce
 Un sueño mis sentidos.....

RUB.

¡Padre!.....

JOAQ.

¡Oh hijo!

Que Elda llegue tambien..... que llegue presto,
 Bendiciendo al Señor, pues ha dispuesto
 Trocar la desventura en regocijo.
 ¿En dónde, en dónde está?

RUB.

(*¡Cielos!.....*)

JOAQ.

¡Qué!..... ¿Callas?.....

- ¿Y tu mano temblar siento en la mia?.....
 RUB. (¡ Misero corazon! ¿Por qué no estallas?)
 JOAQ. ¿Ruben!..... ¡Habla por Dios! ¡Ve mi agonía!
 Tu esposa, ¿dónde está?
 RUB. ¡Cesa!
 JOAQ. (Con grande agitacion.) ¡Inhumano!
 ¡No quieres responder! ¡Oh hija adorada!
 ¡Yo te sabré buscar!.....
 RUB. (Con desesperacion.) ¡Búscala, anciano,
 Y la hallarás perdida, mancillada!
 JOAQ. ¡Ella!..... ¿y lo dices tú?.....
 RUB. ¡Yo, miserable,
 Que mi vergüenza aquí gimo impotente!
 ¡Yo, que á la faz del cielo inexorable,
 Que ni aun la muerte á mi dolor consiente,
 Pondré á mi suerte ignominiosa el sello;
 Pues su presa dejando al enemigo,
 La espada vil que empuño—y que maldigo—
 Lanzo con risa, y con desden la huella!

(Lo hace, y cae, como ahogado por la desesperacion, sobre un banco.)

- JOAQ. ¿Y ella en tanto!.... ¡No! ¡no! mis nobles canas
 Corro á humillar ante el raptor infame,
 Gritando sin cesar:—¡A mi hija dame!

(Con trágica transicion.)

Pero si no me escucha..... si son vanas
 Para el cruel las súplicas paternas.....
 Si ve correr con ojos despiadados
 Lágrimas de estos ojos, condenados
 A encontrar por doquier sombras eternas.....
 ¡Entonces, ¡ah! con mi dolor por guía,
 Sabré encontrar su corazon de acero!.....
 ¡Esa espada!..... ¡esa espada!.....
 (Buscándola á tientas.) ¡Ah! ¡sí! ¡ya es mia!
 ¡Ahora un rayo de luz, Dios justiciero!

(Se lleva la mano á los ojos, como queriendo arrancar el velo sempiterno
 que los cubre, y dice luego con voz sombría.)

¡Nunca!..... ¡Noche profunda! ¡Noche horrenda,

Que el odio mismo á iluminar no alcanza!.....

(Con resolucion.)

¡Ah! ¡No me detendrás! — ¡Yo hallaré senda!.....

(Busca salida con pasos vacilantes, y extendidas sus trémulas manos.)

DAN. *(Saliéndole al encuentro, y deteniéndole.)*

¡No! ¡sólo á Dios le toca la venganza!

(Joaquín cae de rodillas, soltando el acero á los pies del profeta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del harem, decorado al estilo oriental. Puertas grandes al foro, y al abrirse aquellas se descubre un vasto vestibulo, al que se sube por algunas gradas, y cuyo fondo se abre sobre una plaza, desde la cual se lanzará el pueblo, al fin del acto, invadiendo el vestibulo y llegando hasta las gradas que le separan del salon en que pasa la escena.— Ventanas laterales, puertas idem.— Es de mañana.

ESCENA PRIMERA.

NEREGEL.—RABSARES. *Ambos entrando por el foro.*

NER. Sí, Rabsares, de tus planes
 Casi á espantarme comienzo.

RAB. ¿Por qué?

NER. La raza judía
 Desde la cuna detesto,
 Y el influjo de esa esclava
 Que escogiste, poco cuerdo,
 Pudiera—en vez de servirnos—
 Ser para entrambos funesto.

RAB. Deliras.—Ya de este harem
 Baltasar me dió el gobierno,
 Y soy de la hermosa hebrea
 Fiel custodio y consejero.

NER. ¿Seguro estás que si logra,
 Cual anhelas, valimiento,
 Obre en pro de nuestras miras,
 Y no más bien de su pueblo
 En beneficio?

RAB. Y ¿qué osáran,
 Neregel, seres abyectos?
 Los honras con tus temores.

- NER. Columbro que tu desprecio
Favorecerles podria.
Muy recientes pruebas tengo
De la audacia de esos hombres,
Que no han domado los hierros,
Y que hoy el rey las conozca
Y los castigue pretendo.
- RAB. Cuidado no perjudiques
A nuestros fines con ello.
Al más temible enemigo,
Al obstáculo perpétuo
De nuestra noble ambicion,
Sólo en Nitócris contemplo;
Y aunque el mundo se aprestase
A disputarnos el cetro
Que de sus tenaces manos
Arrancar nos proponemos,
Conseguir este alto triunfo
Es, Neregel, lo primero.
- NER. Te diré, porque te asombres,
Que — segun dicen y observo —
La insensata israelita
Tenaz resiste á su dueño.
- RAB. Lo sé con júbilo grande.
- NER. ¡Cómo!.....
- RAB. Poderoso y nuevo
Tiene que ser el estímulo
Que excite el ánimo régio.
- NER. ¿Con que, tú das por seguro.....
- RAB. Que si aún nos queda algun medio
De encender en Baltasar
Un interes, un deseo,
En la salvaje virtud
De esa mujer lo tenemos.
- NER. Mas ¿presumes que el rey sufra.....
- RAB. ¡Oh Neregel! Lo estás viendo.
Lo que era fugaz capricho,
Que muriera satisfecho,
Adquiere de dia en dia
Carácter de sentimiento.

El rey sufre las repulsas ,
Que le parecen un sueño,
Ya impaciente, ya gozoso
Con encontrar tal portento.
No temas, no, que le canse
La lucha que pone en juego
Profundas fibras de su alma
Con rudo sacudimiento.

NER. Mas di, ¿no has mirado un río
Correr con mudo sosiego,
Mientras que á su fácil curso
Dócil se presta el terreno,
Y que si obstáculos halla
Que le resistan soberbios,
Se irrita, agolpa sus ondas,
Las encrespa con estruendo,
Y en cascadas espumantes
Se precipita violento?

RAB. ¿Recelas.....

NER. ¡ Que acaso un día
Los dos á sentir lleguemos
Haber sacado al que manda
De su inercia!

RAB. Yo estoy cierto
Que en los brazos del placer,
Lo mismo que en los del tedio,
Se adormirá el soberano
Dejando rodar su cetro.

NER. ¿Y sabe ya que un rival.....

RAB. ¡No, jamas! Fueran los celos
Un aguijon harto rudo
Para un rey; yo lo desecho.
Padre llaman á Joaquin
Elda y su esposo; recelos
No ha concebido el monarca
Del que juzga amor fraterno.
NER. Pero si ella del engaño
Le saca.....

RAB. Condensa el velo,
Porque la hago comprender

Que el perdon de sus excesos
Debe Ruben á ese error,
Que desarma al juez excelso.
Quizás Nitócris.....

NER.

RAB.

Los ama,

Y fiel guardará el secreto;
Ademas que al vil marido
Desparecer harás presto.

NER.

Baltasar llega. En su rostro
Nueva luz brilla. Te dejo
Que le hables de sus amores
Antes que yo del imperio. (*Se va.*)

ESCENA II.

BALTASAR. — RABSARES.

RAB.

(*Observando al rey, que entra.*)

¡Triunfamos! — Gran rey.....

BALT.

¡Rabsares!

¿Ves cuán brillante y sereno,
Cuán puro se ostenta el dia?

RAB.

Sí, señor.

BALT.

(*Acercándose á una ventana.*) Del firmamento

Nunca ese campo infinito

Fué tan hermoso.

RAB.

Lo advierto.

Al ver de tu faz sagrada
Templarse el adusto ceño,
Se aumentan del sol las luces
Y se alegra el mismo cielo.

BALT.

¿Y la atmósfera?..... ¿No sientes
Que aquellos vapores densos
Se truecan en auras tibias,
Donde se exhala el aliento
Fácil, libre?

RAB.

Sí, gran rey.

BALT.

¡Oh! parece que despierto
De un larguísimo letargo.

Parece que el universo,
Que entre brumas se sumia,
Renovado se alza y bello.
Parece que vida ardiente
Circula por su ancho seno,
Y que al calor poderoso,
Yo también, yo me renuevo!

RAB. ¡Ah!..... *(Con regocijo.)*

BALT. No hay duda; el pecho mio

Sacude su enorme peso.....
Y palpita..... ¡oh! ¡sí! ¡palpita!.....
—¡Yo vivo al fin! ¡Yo deseo!

¡Yo columbro, oh esperanza,
Tus horizontes inmensos!

RAB. ¡Bendigo á los altos dioses!

BALT. *(Hablando como consigo mismo.)*

Pero ¡qué extraño misterio!.....
¡Me confunde!— Los dos seres
Más débiles, más abyectos
Que muestra en su extensa escala
La humanidad que desprecio,
¿Cómo han logrado la gloria
De agitar mi augusto pecho,
Despertando en él impulsos
De que me asombro..... y me alegre?
¡Una mujer y un esclavo
Me han resistido!..... ¡Yo siento
Que hay un poder que rendir.....
En una mujer y un siervo!
Si en ello gozas.....

RAB.

BALT.

¡Sí! gozo
Un placer grande, supremo,
Al saber que guarda el mundo
—Del que soy infeliz dueño—
Dos voluntades, dos almas
Que no rindo con un gesto;
Que por raras las codicio,
Que por fuertes las respeto.
Siento un placer inefable
Al contemplar que amar puedo,

Que demostrarlo ambiciono
 Y que ser amado espero.
 Sí, Rabsares, cien provincias
 Diera por este momento
 En que repito asombrado :
 — ¡Yo soy hombre! ¡yo deseo!
 Puesto que á Ruben perdonas.....
 Que aquí lo traigas te ordeno
 Con su padre.

RAB.

BALT.

RAB.

¡A tu harem sacro!
 Nunca hollaron extranjeros,
 Señor, sus altos umbrales.
 Nunca se vió.....

BALT.

RAB.

BALT.

¡Yo lo quiero!
 Gran rey..... (*Turbado.*)
 Desde hoy de estos sitios,
 Que habitaba el servil miedo,
 Para siempre la opresion
 De indignos usos destierro.
 ¡Elda aquí reina! ¡ella sola!
 Que á cuanto dicte su acento
 Todos se postren sumisos.
 ¡Que huya el terror, que huya léjos
 De estos muros venturosos,
 Donde al amor hallar debo!
 Son tus palabras augustas
 Leyes santas que venero;
 Pero pensaba, señor,
 Que con hablar á sus deudos
 La beldad que te resiste
 Cobrára mayor denuedo.

RAB.

BALT.

RAB.

¿Por qué?
 No ignoras que son
 Fanáticos con extremo
 Los insensatos cautivos,
 Y que tienen por precepto
 Divino, el no contraer
 Ningun vínculo ó empeño
 Con nosotros, los que al Dios
 Que adoran desconocemos.

¿Qué harán, pues, sino aumentar
 Los terrores de un sér tierno,
 Que aún se niega á tus bondades
 Porque en tí contemplo inquieto
 Del Dios á quien teme tanto
 Un enemigo sangriento?
 Deja á esa niña privada
 De todo auxilio y consejo,
 En la soledad tranquila,
 Y verás en breve tiempo
 Que al yugo — que ahora rechaza —
 Se rinde dócil su cuello,
 Quedando tanta hermosura
 De tus antojos trofèo.

BALT. ¿Qué importa una mujer más?
 ¡Yo aspiro á un alma, no á un cuerpo!
 — Vengan su padre y su hermano.

RAB. (¡Perdido soy!) — Te obedezco.

(*Al salir se encuentra con Neregel que entra, y le dice, bajo, lo siguiente.*)

— Di en contra de los judíos
 Cuanto sepas.

NER. A eso vengo.

ESCENA III.

BALTASAR. — NEREGEL.

NER. (*Deteniendo al rey, en el momento en que va á entrar á lo interior del harem.*)

Señor.....

BALT. ¿Qué ocurre?

NER. En alarmas

Se agita medroso el pueblo.

BALT. ¿Por qué?

NER. Se dice que Ciro,
 Coligado con los Medos
 Y otras naciones de Oriente,
 Con grande órden y silencio
 Se dirige á Babilonia.

- BALT. ¿Y á mí con absurdos cuentos
Me vienes?
- NER. Son los cautivos
La causa de cuanto expreso.
- BALT. ¿Los cautivos?.....
- NER. Que aseguran
— ¡De decirlo me avergüenzo! —
Que existen no sé qué libros,
Que guardan con sumo aprecio,
Y en los que claro se anuncia
La destruccion de tu reino.
Con tales voces la plebe
Se altera loca, y sospecho
Que exaltan su espanto y saña
Los sátrapas descontentos.
- BALT. Sueñan todos; despertarlos
Basta, Neregel.
- NER. ¿Qué medios.....
- BALT. Que en mi palacio esta noche
Se sirva banquete espléndido,
En que olviden sus intrigas
Los sátrapas turbulentos,
Y al pueblo imponle mañana.....
- NER. ¿Qué cosa?
- BALT. Un tributo nuevo.
- NER. Dicta tambien la sentencia
De los cautivos malévolos.
Tu mandato aguardo.
- BALT. Dime :
¿Cuántos dioses tienen templo
En Babilonia?
- NER. ¡Son tantos!.....
El más suntuoso está á Belo
Consagrado.
- BALT. Sí, tesoros
Costó, si mal no recuerdo.
Tesoros que á duras penas
Cien provincias reunieron.
- NER. Es verdad.
- BALT. Y á menor coste

- A ese Dios de los hebreos
Pueden alzársele altares,
Que los dejen satisfechos.
- NER. *(Retrocediendo con espanto.)*
¡Cómo, señor!..... ¿Prestas fe
A ese Dios del extranjero?
- BALT. *(Con ironía burlona.)*
— ¡Oh! ¡muy grande! No lo dudes.
¡Tanta fe..... como á los nuestros!
- NER. ¡Señor!..... No sé qué decirte.....
Quizá cien dioses tenemos.
- BALT. Pues con tener ciento y uno,
No habeis de aumentar el peso.
- NER. A ese Dios de los judíos,
Tus inmortales abuelos
Guerra eterna le juraron.
- BALT. Se mostraron asaz necios
Mis abuelos inmortales.
- NER. Yo te suplico.....
- BALT. Yo ordeno
Que el Dios de mi bella esclava,
Con vuestros dioses caldeos
Se asocie desde este día.
— Vé á publicar el decreto.
- NER. *(¡Qué horror!.....) (Se va.)*
- BALT. *(Mirando dentro.)* ¡Es ella!..... Aquí llega.
¡Su triunfo verá perfecto!

ESCENA IV.

BALTASAR. — ELDA.

- ELDA. No excite, señor, tu enojo
Si—de inquietud devorada—
Sin ser por tu voz llamada
Vengo y á tus piés me arrojo.
- BALT. *(Impidiéndoselo.)*
¿Qué temes?
- ELDA. Desde esas rejas

Correr he visto á la plaza
 A un pueblo que no disfraza
 La injusticia de sus quejas,
 Y que con sordos baldones
 Maldiciendo á los judíos,
 A sus rencóres impíos
 Te piden los abandonos.

BALT. No, depon toda inquietud;
 Pues cuantos te son amados
 Serán objetos sagrados
 Para esa vil multitud.

ELDA. ¿Lo prometes?.....

BALT. Te lo juro
 Por el gran bien que me has hecho.
 ELDA. ¡Yo, señor!

BALT. Toca este pecho,
 Que en un ambiente más puro
 Ya comienza á respirar,
 Y que de la muerte el frio
 Guardaba en su hondo vacío,
 Cansado de despreciar.
 Dime si tu pecho alcanza
 Lo que es el mal inclemente
 Que luz le niega á la mente
 Y al corazon esperanza.....
 Que sofoca al sentimiento
 Y los sentidos embarga.....
 Que hace la vida una carga
 Y un azote el pensamiento.
 Dime si ves la luz nueva
 Que absorta mi alma columbra.....
 ¡Todo á mi vista se alumbra!
 ¡Todo á mi mente se eleva!
 ELDA. Rey.....

BALT. ¿Qué cosa negar puedo
 A la que me hace sentir?.....
 Cuanto imagines pedir,
 Otro tanto te concedo.
 ELDA. Si la eterna gratitud
 De esta esclava reverente.....

BALT. ¡ Dame un alma libre, ardiente!.....
No me hables de esclavitud.

ELDA. (¡ Cielos!.....)

BALT. Si no me haces dón

De ese bien que yo ambiciono,
¡ Qué fuera en mi yermo trono
Del mundo la posesion!

ELDA. En ese mundo los hados
Te dieron gloria y poder.....

BALT. Que yo desdeño ejercer
Sobre seres degradados.

ELDA. ¡ Hazte amar! Pues tú lo puedes,

Caiga, señor, de tus manos
La dicha de los humanos.....

¡ No ingrato los desheredes!

Si el mando te causa hastío,

Si no hay placer que te cuadre,

Sé de cien pueblos el padre,

Y de tu pecho el vacío

Llenará su amor inmenso!

BALT. (*Con sorpresa de lo que oye.*)

¿ Su amor?.....

ELDA. Ciegos tus mayores,

Fueron del mundo opresores.....

Hasta de Dios el incienso

Su soberbia usurpó loca,

Maldiciendo su impiedad

La doliente humanidad.

Enaltecer hoy te toca

Su cetro, ¡ oh rey! — ¡ De esas greyes

Que envileció el egoismo,

Haz hombres! ¡ Como á Dios mismo

Te aclamarán rey de reyes!

BALT. Viertes extrañas ideas,

De las que me encuentro ajeno.....

Pero concibo que es bueno

Cuanto dices y deseas;

Pues si este sér descreído

Puede al cabo creer y amar,

Tú sola le has de alcanzar

Aquel cambio apetecido.
 Tú, que pruebas que una esclava
 Le puede dar dicha á un rey.....
 Pues los iguala una ley
 Del amor que yo ignoraba.
 ¡Oh, sí! ¡que me sienta amado
 Por esa alma noble y pura;
 Que te deba la ventura
 Que ni aún en sueño he gozado;
 Y entónces—¡yo lo afianzo!—
 Todo á ella se lo concedo,
 Todo por ella lo puedo,
 Todo con ella lo alcanzo!
 ¡Ah, señor! la virtud sola
 Nos da ventura eminente,
 Y hoy puede brillar tu frente
 Con su sagrada aureola.
 Hoy, que Dios en su bondad,
 Por este sér imperfecto,
 Le muestra á tu ánimo recto
 Que es noble la humanidad.
 Muéstranos tú que eres digno
 De regirla, ¡oh Baltasar!
 No te dejes dominar
 Por un influjo maligno:
 No en rara contradicción,
 Mientras me oprimes tirano,
 Me pidas con ruego insano
 De un alma libre alto dón.....
 Ni olvides que la que aquí
 Gime en perenne vigilia,
 Del seno de su familia
 Se ve arrancada por tí.
 ¡Que ve á su Dios sin altares,
 Su ley santa escarnecida,
 Su nación envilecida
 Y á sus deudos sin hogares!
 Lo que anhelo de tí—amante—
 Ya lo has podido entender;
 Lo que por tí quiero hacer

ELDA.

BALT.

Voy á mostrarlo al instante.

ELDA. ¿Qué?.....

BALT. Cautiva no eres ya.

ELDA. ¡Oh, señor!.....

BALT. Goza tu gloria.

ELDA. ¿Me anuncias?.....

BALT. ¡Alta victoria!

ELDA. ¿Puedo esperar?.....

BALT. ¡Mira!

ELDA. ¡Ah!!

(La puerta se abre y aparecen Joaquin y Ruben, retirándose Rabsares, que los conduce. Tambien deja la escena Baltasar en el momento de arrojarse Elda en brazos de Joaquin.)

ESCENA V.

ELDA.—JOAQUIN.—RUBEN.

ELDA. *(Llevándole hacia el proscenio, mientras Ruben, pensativo y sombrío, permanece á alguna distancia.)*

¡Padre mio!.....

JOAQ. ¡Hija adorada!

¿No es sueño?..... Que otra vez toque

Tu cabeza..... ¡Oh, sí, es mi hija!

¡Dios quiere que la recobre!

ELDA. ¡Sí, padre, sí! — ¡Ruben!.....

(Tendiéndole la mano y yendo hacia él.)

RUB. ¡Tente!

¿De esposa el sagrado nombre

Aun puedo darte?

ELDA. *(Con dignidad.)* ¡Yo existo!

RUB. *(Cayendo á sus piés y besando sus manos con transporte.)*

¡Perdon!.....

ELDA. ¡Ruben!

JOAQ. ¡No prolongues

Mi inquietud; cuéntalo todo!

RUB. Lo adivino..... índole noble

Tiene el rey..... no es inclemente.....

Volverme, padre, dispone

- ELDA. Mi tesoro. — Di; ¿no es cierto?
 ¡Quiero que tu triunfo goces,
 — Hace un instante decia —
 Y tu ventura coronas!
 JOAQ. ¿Quién duda?..... Si aquí nos llama,
 Y en nuestros brazos te pone,
 ¿Pudiera ser para luego
 Arrancarte de ellos?
 RUB. ¿Dónde,
 Dónde está?..... ¡Que yo á sus plantas,
 Lleno de gozo me arroje!.....
 ELDA. Dejarnos en libertad
 Quiso sin duda. — Mas ¡oye!
 Son sus pasos: ¡viene!
 JOAQ. ¡Oh Dios,
 Cólmale de bendiciones!
 RUB. Y tú, corazon soberbio,
 Sofoca ya tus rencores.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. — BALTASAR. *Éste sale con un escrito en la mano,
 y casi al mismo instante empiezan á oirse algunos sordos rumores del
 pueblo, que se agolpa en la plaza.*

- BALT. *(A Ruben, que se adelanta y dobla una rodilla ante él.)*
 Si no consiente el destino
 Que el cordero al leon postre,
 Tambien hizo generoso
 Al fiero rey de los bosques. *(Le levanta.)*
 RUB. ¡Oh señor! mi gratitud.....
 BALT. Que lo pasado se borre.
 Sólo recordar me place
 Que entre esclavos hallé un hombre,
 Y lo hago desde este dia
 — Como á él solo corresponde —
 De mis reinos el segundo,
 Y el primero de mi corte.
 ¡Toma! *(Le da el escrito.)*

RUB.

¡ Señor!.....

BALT.

Tú, Joaquín,

Tranquila morada escoge,
 En la que de tantos años
 De duras penas reposes,
 Y allí donde te fijares
 Yo haré que todo te súbre.

JOAQ.

Nada en el mundo deseo,
 Como mis hijos me otorgues:
 Con ellos me das la dicha,
 Y sus pasados dolores
 Olvida el pecho.

RUB.

Sí, rey;

Aunque mi acento se ahogue
 Por la emocion, con mi padre
 Te ruego que no nos honres
 Con tal exceso. Una choza
 Escondida entre los montes
 De la patria, bajo el cielo
 Que cubre de mis mayores
 Las venerables cenizas;
 Un hogar humilde y pobre
 Con los objetos queridos;
 Nada más hay que ambicionen
 Tus cautivos desgraciados,
 Que bendecirán tu nombre
 Si esos bienes les permites.

JOAQ.

¡ Dios hay que te galardone!

ELDA.

¡ Yo te lo pido también,
 Señor! ¡ De tres corazones
 Conquistate afecto eterno!

(Se aumentan los rumores de afuera.)

JOAQ.

Llegan aquí los clamores
 De tu pueblo, que nos odia.
 No más su saña provoque
 Nuestra presencia: concede
 — ¡ Y Dios de gloria te colme! —
 Concede que al suelo patrio
 Los tristes cautivos tornen.

BALT. *(Que escucha con sorpresa é indignacion los lejanos alaridos del pueblo.)*

— ¡Aguardad!

(Se adelanta al encuentro de Neregel, que viene hácia él.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—NEREGEL.

NER. Señor.....

BALT. ¿Qué causa

Hace que así se alborote
La muchedumbre?

NER. Señor,

Fué siempre adicta á sus dioses,
Y con rancos alaridos
Tu fatal decreto acoge.

BALT. ¿Se atreve.....

NER. Su saña aumenta

Al saber que aquí se esconden
Esos dos hombres audaces,
Y el no ignorar que el más jóven
Contra tu augusto decoro
Cometió crimen enorme.

ELDA. *(Acercándose á su esposo, como para protegerle contra el furor que se anuncia.)*

¡Ruben!.....

JOAQ. ¡Oh Dios!.....

NER. Ya lo escuchas.

¡Su sangre te pide á voces!

JOAQ. ¡Su sangre?.....

BALT. ¡Francas al punto

Queden las puertas!

NER. *(Dudoso.)* ¿Dispones.....

BALT. ¡Que el pueblo penetre aquí!

(Se va Neregel, dejando abiertas las puertas del fondo, por las que se ve pronto á la multitud invadir el vestibulo.)

ELDA. ¡Señor!..... *(Llegándose á él inquieta.)*

BALT. ¡Que á tus piés se postre,

Y en una vírgen judía
A mi régia esposa adore!

JOAQ.

¡Elda!.....

RUB.

(¡Qué ha dicho!.....)

ELDA.

(¡Dios bueno!.....)

BALT.

¡Hoy con nuevos resplandores

De Semíramis el manto

Quiero, esclava, que te adorne!

ELDA.

(¡Ah!.....)

JOAQ.

¡Señor! ¡Es imposible!

RUB.

¡Qué! ¿Son éstos tus favores?

¿Con ellos quieres pagarme

Mi mujer?.....

BALT.

(Suspense y atónico.) ¡Cómo!.....

RUB.

¡Recoge

El precio infame!

(Rasga y arroja el escrito que le dió Baltasar.)

BALT.

¡Tú!..... ¡tú!.....

JOAQ.

¡Señor! no pienso que ignores
Que tiene esposo.

RUB.

¡Yo! ¡sí!

¡Yo, que no gozo en el orbe

De otra gloria, otra ventura,

Otro bien! — No me despojes

De ese amor, que es mi universo!

¡No de un mísero te apropiés

La única, la postrer prenda,

Tú, colmado de los dones

Del cielo!

BALT.

(Inmóvil y con voz sorda.)

¡No son hermanos!.....

ELDA.

Se opusieron mis temores

A que esa verdad, señor,

Te confesára. Perdóne

Tu compasion mi flaqueza.

¡Mi llanto á tus plantas corre!

JOAQ.

(Cayendo tambien á los piés del rey.)

¡Sé grande, rey Baltasar!

¡No tus promesas revoques!

RUB. (*Lo mismo.*)

No quebrante tu justicia
La pasión al primer choque,
Pues del déspota al instinto
Tu propio instinto se opone.

BALT. ¡No son hermanos!..... ¡mentían!
¡Y yo encontrar pechos nobles
Pensé iluso!..... ¡La verdad
Yo quise hallar en los hombres!

(*Suelta una carcajada convulsiva.*)

RUB. (*Poniéndose en pie, lo mismo que Elda y Joaquín.*)
¡Rey!.....

JOAQ. (¡Yo tiemblo!)

BALT. (*Con sarcasmo acerbo.*) ¡Y aún me piden
Que yo su triunfo corone,
Y que el siervo y la mujer
De mi impotencia se mofen!.....

ELDA. ¡Oh! ¡no! ¡te pido justicia!
¡Te pido mi esposo, en nombre
De la virtud, de tu gloria,
De Dios!

BALT. (*Arrojándola en brazos de sus soldados.*)
¡Vuelve á tus prisiones,
Sierva vil! ¡Que entre esas greyes
Tu cuello al yugo se doble,
Y me vengue tu vergüenza
De mis locas ilusiones!

JOAQ. (*Queriendo defender á su hija, que se lleva la guardia.*)
¡No, bárbaro!

RUB. ¡Mi cadáver
Has de hollar, ántes que oses
Cumplir tu amenaza impía!

(*El pueblo invade el vestíbulo en este instante, y se agolpa con sordos murmullos en las gradas que separan á aquél del salón de la escena.*)

ELDA. (*Luchando desesperadamente con los que quieren llevársela.*)
¡Oh señor! ¡no te deshonres
Ante ese pueblo que riges,
Y que aquí llega!

RUB. (*Entre Elda y el rey.*) ¡No agotes
De un infeliz la paciencia!

- BALT. *(Fuera de sí.)*
 Una presa tus furores
 Me piden, pueblo..... — ¡ Ahí la tienes!
- (Arroja á Ruben entre el populacho, que lo recibe rugiendo, y deja la escena el rey precipitadamente.)*
- ELDA. ¡ Cielos!
- JOAQ. ¡ No!.....
- RUB. ¡ Turbas feroces!
- ¡ Soltad!
- JOAQ. ¡ Mis hijos!.....
- ELDA. ¡ Mi esposo!
- ¡ Gracia! ¡ perdon! ¡ ah!.....
(Se la llevan sin sentido.)
- NER. ¡ Destrocen
- Vuestras manos á ese infame,
 Y que á la plaza se arrojen
 Sus restos sangrientos!
- VOCES. *(Del populacho, que se ha posesionado de la victima, y la arrastra al vestibulo.)* ¡ Muera!
- RUB. ¡ Padre!.....
- JOAQ. *(Yendo hácia él, pero cayendo desfallecido en medio de la escena, mientras aparece la reina y corre en defensa de la victima.)*
 ¡ Yo con él..... yo!.....
- NIT. ¡ Dioses!.....
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon del banquete, adornado con magnificencia y resplandeciente de luces. En primer término, cerca del proscenio y á la derecha del actor, un divan, que ocupará el rey al levantarse el telon. En segundo término la gran mesa semicircular, preparada para la cena. Arden aromas en pebeteros de oro y plata, y se ven mezclados trofeos guerreros con guirnaldas de flores que tapizan los muros. Este salon está separado del terrado por un órden de columnas, y despues de ellas se ven las estatuas y fuentes de aquel jardin aéreo, que sirve de fondo á la escena, y á cuyo último término se destacan — de un cielo nebuloso — cúpulas y torres de Babilonia, alumbradas de vez en cuando por la siniestra luz de los relámpagos. Éstos son más frecuentes á proporcion que avanza el acto, y algunos truenos lejanos se dejan oír desde el momento en que concluye la tercera escena, mezclándose á intervalos con los ecos de la música, que suena en el jardín al mismo tiempo.

ESCENA PRIMERA.

BALTASAR.—NITÓCRIS. *El primero — echado en el divan — parece entregado á sombría cavilacion, y se estremece, como despertando de un sueño penoso, á las primeras palabras de la reina; que entra en la escena al levantarse el telon, y se le aproxima lentamente en silencio, hasta ponerse á sus piés.*

NIT. Señor, vengo á devolvarte
 Este sello soberano
 Que me dió tu excelsa mano.

BALT. ¿Por qué causa?

NIT. (*Levantándose.*) ¡Te la advierte
 Mi dolor!—Con esta prenda
 —Declarártelo no temo—
 Quise en instante supremo
 Impedir victoria horrenda
 De un populacho cobarde....
 ¡Oh, sí! con angustia inmensa,
 De la víctima en defensa
 Corrí, llegué.... ¡ya era tarde!

BALT. Bien..... no más. (*Apartando la vista.*)

NIT. Desde este día

Renuncio todo poder.....
Que el que empiezas á ejercer
Te aplauda la turba impía
Que el triunfo odioso pregona,
Y que al cebarse en su presa
Con su sangre dejó impresa
Negra mancha en tu corona.

BALT. ¡Señora!.....

NIT. (*Dándole el sello real.*) Ten.—Yo esperaba

Que en premio de mis desvelos
Me concediesen los cielos
Un cambio que ambicionaba.
Que tu letargo fatal
Sacudiendo, al fin, brioso,
Te alzáras grande y glorioso,
De este pecho maternal
Remontando la ufanía
Con gloria del cetro augusto,
Y dando —monarca justo—
Ventura á tus pueblos.

BALT.

Fia

De tus dioses al poder
Esa mision singular;
Porque yo no alcanzo á dar
Lo que no alcanzo á tener.
¡La dicha!..... ¡fantasma vano,
Que sigue loco el mortal!.....
¡Nada hay cierto sino el mal!
¡Sólo el dolor no es arcano!
Yo tambien, tambien, señora, (*Levantándose.*)
Pude— en un vértigo extraño —
Concebir, para mi daño,
Una esperanza traidora.....

NIT. ¡Oh, Baltasar!.....

BALT. (*Con desaliento doloroso.*) Humo leve,

Que pasa sin dejar huella,
Fué todo.— ¡Volóse aquella
Ilusion de un sueño breve!

¡Volóse!..... Volví á caer
 En esta tierra maldita,
 Donde todo se marchita,
 Donde es sarcasmo el placer.
 Torno á escuchar ese acento
 Que la esperanza prohíbe.....
 Y que mi oído percibe
 En cada soplo del viento.
 ¡Ese acento que aquí gira,
 Que en todas partes murmura
 — «No hay amor, verdad, ventura,
 Todo es miseria y mentira!»
 (¡Desdichado!)

NIT.

BALT.

Esa voz triste,
 Que no permite alegría,
 Se envuelve en la noche umbría,
 Con la luz del sol se viste....
 De aquélla turba la calma,
 Del otro el brillo sereno,
 Y ecos arranca del seno
 Del universo y del alma!

NIT.

BALT.

¿Quieres.....
 (Con sordo acento.) ¡Quiero que la apague
 Con su bullicio la orgía,
 O el mundo con su agonía!

NIT.

BALT.

¡Ah!.....
 ¿Qué importa? Que no vague
 Esa voz en mis oídos,
 Y me serán gratos sonos
 Cantares ó maldiciones,
 Carcajadas ó gemidos.

NIT.

¡Ah, señor! si no existieran
 Amor, virtud, fe constante,
 Otra suerte en este instante
 Dos nobles seres tuvieran!
 Mas tú — que de despreciar
 Cansada tu alma sentías —
 Odiaste lo que debías,
 Por su grandeza, admirar.....
 Tú, por rara y fatal ley,

Que hace que el juicio se asombre,
 Lo que buscabas como hombre
 Lo has hollado como rey.
 ¡Quizá sea expiacion
 De aquella soberbia loca,
 Que encuentre en el bien que toca
 Tormento tu corazon.....
 Y que del hombre ultrajado
 No comprendas el valor
 Sino al sentir el dolor
 De no verte nunca amado!
 BALT. ¡Pues bien! si al infausto trono
 No ha de llegar la esperanza;
 Si el sér más mísero alcanza
 Lo que yo en balde ambiciono.....
 Si es de los reyes herencia
 La soledad de esta cumbre,
 Do no hay un astro que alumbre
 Las sombras de la existencia.....
 Quiero, con negro egoismo,
 Que este poder infecundo
 Pese, señora, en el mundo
 Tan rudo como en mí mismo!
 —¡Véte!—¡Quizás logre al fin
 De monarca digna palma!
 ¡Quizás me conforte el alma (*Con ironia acerba.*)
 La crápula del festin!
 Hónralo con tu presencia,
 Y de eso sólo te cuida. (*Se deja caer en el divan.*)
 NIT. Será, señor, complacida (*Con tristeza.*)
 Tu voluntad.

(*Se va, y Neregel aparece al mismo tiempo por otra puerta.*)

ESCENA II.

BALTASAR.—NEREGEL.

NER.

(¡Qué insolencia!)

Señor, se empeña en hablarte
 Daniel, el mago cautivo.

BALT. ¿Para qué?

NER. Quizás la esclava
Reclame, de quien es tío;
Y tal se encuentra esa jóven,
Que á indicarte me decido
No pierdes nada en perderla.

BALT. Explicate más.

NER. Su juicio
Padece horrible trastorno.

BALT. ¿Cómo!

NER. En constante delirio,
Tan pronto quiere escaparse,
Mostrando vehemente ahinco,
Para implorar tu clemencia
Por el esposo en peligro;
Tan pronto —de otros recuerdos
Su corazon oprimido—
La frente oculta en el polvo,
Y con frenéticos gritos
Divulga.....

BALT. ¡Basta! — (*Levantándose.*) El banquete
Ya debe estar prevenido.

NER. Toda tu corte brillante
Aguarda ya.

BALT. Necesito
Cercarme de orgullo necio.....
De estúpido regocijo. (*Con exaltacion dolorosa.*)
¡Que brille mi pompa régia;
Que el ambiente que respiro,
De perfumes que den vértigos
Se impregne; que salte el vino
En cincelados metales;
Que del placer al bullicio
Uniéndose la embriaguez,
Me haga olvidar de mí mismo!
NER. Se cumplirá cuanto ordenas. (*Se va.*)

ESCENA III.

BALTASAR, y luego DANIEL, y luego NEREGEL
y GUARDIAS.

BALT. ¡Está loca!..... — ¡Oh quebradizo (*Con sarcasmo.*)
Barro, que al choque primero
(*Entra Daniel á espaldas del rey.*)

Rompe, destroza el destino!.....

¡Huye léjos, compasion!

¡Todo afecto es desvarío!

(*Va á dejar la escena, y le sale al encuentro Daniel.*)

DAN. Soy Daniel, rey Baltasar.

BALT. (*Retrocediendo.*)

¿Qué es lo que quieres? — Me han dicho
Que eres un mago eminente.

DAN. Te engañaron; yo no estimo

La ciencia de tus caldeos.

BALT. Que la superas colijo

Con la tuya.

DAN. No soy sabio.

BALT. Pues ¿por qué extraño artificio

Has logrado parecerlo?

DAN. Cual eco humilde repito

Voz de suprema verdad.....

¡Que es la que aquí te dirijo!

BALT. ¿Cómo?..... ¿Tu Dios.....

DAN. ¡Nuestro Dios,

El único, el infinito

Señor de cielos y tierra,

Sér de todo sér principio,

Es quien te habla, Baltasar,

Por este su siervo indigno!

BALT. ¿Y qué me dice ese Dios,

Para mí desconocido?

DAN. ¡Su nombre publica el mundo;

Lo ves en el cielo escrito;

Lo proclama el mar soberbio;

Lo anuncia el viento en su giro;

Con sus tinieblas la noche;
 El sol con su ardiente brillo;
 La tempestad con sus truenos
 Y el aura con sus suspiros!

BALT.

(*Con sarcasmo.*)

Sí, yo me encuentro en un mundo
 Donde, con nombres distintos,
 Oigo que invocan los hombres
 No sé qué árbitro escondido.....
 Que no responde jamas.
 Yo tiendo la vista, y miro
 A las nubes lanzar rayos;
 Al mar entreabrir abismos;
 Producir ponzoña el suelo;
 Al aire en miasmas nocivos
 Difundir mortales pestes.....
 Yermar campos el granizo.....
 Una fuerza loca y ciega
 Que produce sin designio,
 Y cuanto engendra destruye,
 Sin más ley que su capricho.....
 La ventura, fugaz sombra
 Que se escapa de continuo.....
 La justicia, nombre vano
 De que hace el fuerte ludibrio.....
 Y cerrando el horizonte
 De este cuadro — tan magnífico —
 ¡Siempre el sepulcro..... mezclando
 En su polvo inmundo y frio,
 La ignominia con la gloria,
 Las virtudes con los vicios!
 Por tales rasgos se ostenta,
 Daniel, á los ojos míos
 Esa Providencia sabia,
 A que das culto sumiso.....
 ¡Ponle el nombre que te cuadre:
 Préstale voz á tu arbitrio!

(*Se sienta, y escucha desdeñosamente á su interlocutor.*)

DAN.

Si triunfa en la tierra el mal, (*Acercándosele.*)
 ¡Como lo pruebas tú mismo!

Si sucumbe la inocencia
Bajo el poder del impío,
Y en la tumba se confunden
Los justos con los inicuos,
¡Del más allá de la tumba
Reconoce el alto aviso!

BALT. Y de tu Dios en el nombre,
¿No dices más?

DAN. ¡Sí! te digo

Que en su balanza suprema
Son pesados los delitos
Y virtudes de los reinos.....
Que si rompe el equilibrio
El mal al fin, si se borra
De honor el postrer vestigio,
Y caducando un imperio
Devorado por sus vicios,
La tierra llega á infectar
Con su aliento corrompido.....

¡Entónces Dios lo renueva
Por horrendos cataclismos,
Que á las viejas sociedades
Sepultan en hondo abismo!

BALT. Más que hábil, te juzgo loco,
Si amedrentarme has creído
—Como á la vil muchedumbre—

Con tus presagios fatídicos.
¿Dónde estaba tu Dios justo
Cuando su templo abatimos,
Y sus aras venerables
Dejamos sin sacrificios?

¿En dónde, cuando los surcos
De este suelo, en que cautivos
Gemis, con sudor y lágrimas
Regais, en trabajos ímprobos,
Para que den nuestras vides
Un jugo más exquisito?

DAN. ¡El castiga nuestras culpas
Y venga nuestros martirios!
¡Sí! ¡nos negó la victoria;

- Bajo tus armas caimos;
 Pero ese pueblo humillado
 Romperá pronto sus grillos!
- BALT. Y ese glorioso suceso,
 ¿Qué profeta os lo predijo?
- DAN. ¡El mismo, rey, que te anuncia
 Que contra tí viene Ciro,
 Y que al golpe de su espada
 Se va á hundir el trono asirio!
- BALT. (*Levantándose, pero reprimiendo su ira.*)
 Por desprecio solamente
 No desmiento el vaticinio.
- DAN. ¿De qué modo?
- BALT. Libertad
 Promete á tu pueblo mísero,
 Y hoy, si quiero, con un soplo
 A ese vil pueblo aniquilo.
- DAN. ¡No puedes!
- BALT. ¡Cómo!.....
- DAN. Ese pueblo,
 —¡Tambien, rey, está predicho!—
 Ni tú, ni monarca alguno
 Podrá jamas destruirlo.
- BALT. ¿No?.... (*Con sarcasmo.*)
- DAN. (*Con energia.*) ¡No!— Con miras eternas
 Aquel pueblo fué escogido
 Por cuna de la verdad,
 Por su perenne testigo,
 Y ha de durar en la tierra
 Miéntas duraren los siglos!
- BALT. ¡Bien! ¡yo quiero que se pruebe
 De tu Dios el poderío!—
 ¡Neregel! Guardias!
- DAN. (*Con tono de lástima.*) ¡No agraves,
 Oh infeliz rey, tu destino!
- BALT. (*A Neregel y guardias, que entran.*)
 ¡A ese insensato prended!
 ¡Que todo el pueblo judío
 Postre mañana su frente
 A los que osa llamar ídolos,

Y si resistir intenta,
Perezca del hierro al filo!

DAN. ¡Baltasar!.....

BALT. (Con ironía.) ¡Venga de Dios
La excelsa mano en tu auxilio!

(Se va por una puerta; por otra se llevan á Daniel, que le sigue un instante con mirada compasiva, y la escena queda sola. Mientras tanto comienza la música, con la que se unen á intervalos los truenos.)

ESCENA IV.

NITÓCRIS.—RABSARES.—SÁTRAPAS.—MAGOS.

Mujeres del rey, que van entrando sucesivamente á la escena.

NIT. Pronto el rey con su presencia
Colmará vuestro placer,
Y yo me alegro de ver
Reunida con la ciencia
La nobleza cortesana
En nuestra mansion.

SÁT. 1.º Señora,
De esa córte que te adora
Y de servirte se ufana,
Los homenajes recibe.
¿Cuándo será su caída? (Bajo á Rabsares.)

MAGO 1.º La ciencia, reconocida,
Gloria mayor no concibe
Que merecer tu bondad.

NIT. Y yo preguntarle anhelo
¿Qué nos anuncia ese cielo
Con su densa oscuridad?
¿Los astros en que leéis
Nada dicen?

MAGO 1.º Dicen mucho.

NIT. Refiérelo, que te escucho.

MAGO 1.º Todos saberlo podeis. (A la córte, que le rodea.)
Por indicios á millares, (Gravemente.)
Que entiende el saber profundo,
Belo inmortal manda al mundo

Que al rey se le alcen altares
 Dignos de su majestad;
 Que con pompa se decoren;
 Y que los pueblos le adoren
 Como á celeste deidad!
 (Pontífice espero ser.)

SÁT. 2. Con regocijo y respeto
 Yo acojo el alto decreto.
 MAGO 2.º Que se cumpla es menester.
 MAGO 1.º Lo espero así.

(Señales generales de asentimiento.)

NIT. (Al sátrapa 1.º) Tú, ¿qué sabes
 De tu vasta satrapía?
 SÁT. 1.º Prospera más cada día.
 NIT. Pues corren noticias graves.
 SÁT. 1.º No alcanzo.....
 NIT. Se dan razones
 De queja.
 SÁT. 1.º ¡Bah! Nada en suma.
 Dicen que se les abruma
 Con enormes exacciones.
 NIT. Se habla de violentas muertes
 Tambien.
 SÁT. 1.º ¡Vaya! cien cautivos.
 NIT. ¿Se rebelaron altivos?
 SÁT. 1.º Se hicieron torpes é inertes.....
 Casi inútiles por viejos.
 RAB. El rey se acerca.
 MAGO 1.º ¡Victoria
 Siempre alcance, y de su gloria
 Nos alumbren los reflejos!
 TODOS. ¡Gloria al rey!

(Se inclinan profundamente, y entra Baltasar con Neregel.)

ESCENA V.

LOS MISMOS. — BALTASAR. — NEREGEL. *Esclavos que sirven la mesa. La música, colocada en el jardín, une sus ecos con los truenos de la tempestad, que van haciéndose más frecuentes y prolongados.*

BALT. ¡Sátrapas! quiero

Que reine aquí la alegría
Sin límites.

RAB. *(Bajo al sátrapa 1.º)* Tan sombría
Nunca vi su frente.

BALT. Espero
Que haya tumulto, bullicio,
Frenesí..... locos placeres.
¡Que entre aromas y mujeres
Se turbe, se pierda el juicio!
¡A la mesa!

RAB. *(Bajo al sátrapa 1.º)* Nunca oí
Dictar con tan raro tono
Del placer el abandono.

SÁT. 1.º Obedezcamos.

(El rey ha ocupado su asiento, en la cabecera de la mesa, á la izquierda del actor, é indica á su madre el asiento del otro extremo.)

BALT. Tú allí.

(Se sientan todos, y los esclavos permanecen de pié detras de la mesa.)

NER. Salte en las copas el vino.
Éste es Chipre, del mejor. *(Sirviéndole.)*

SÁT. 1.º Embriaga sólo su olor.

SÁT. 2.º Cierto.

MAGO 1.º ¡Es un néctar divino!

RAB. ¡Por el gran rey Baltasar! *(Levantando su copa.)*

MAGO 1.º ¡Por el dios Baltasar!

SÁT. 1.º ¡Vea

Babilonia, cual desea,
Alzarse pronto su altar!

UNOS. ¡Gloria al gran rey!

OTROS. ¡Gloria al dios!

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ELDA, *que entra por la derecha del actor, desme-
nada, el vestido en desórden, y pintado en todo su aspecto el extravió
de la razón.*

NIT. ¡Cielos!..... ¡Es ella!..... *(Al aparecer Elda.)*

BALT. *(¡Qué miro!)*

ELDA. *(Que parece no echar de ver al rey ni á su córte.)*

¡Penetro al cabo!..... ¡Respiro!

Nadie viene de mí en pos.

BALT. *(Poniéndose en pié, y lanzando á Rabsares una mirada de re-
convencion y enojo.)*

¡Rabsares!.....

RAB. *(En humilde tono.)* ¡Señor!..... mi ausencia

Del harem.....

NER. Yo haré al instante

Que á la infeliz delirante

Se arroje de tu presencia.

*(Todos se ponen en pié, y algunos se desvían de la mesa como para ir
adonde está Elda.)*

NIT. *(Al rey.)* ¡Por piedad!.....

BALT. De ella dispon.

NIT. *(Acercándose vivamente á Elda, que recorre agitada el régio
salon, y parece reconocerlo con cierta alegría.)*

¡Elda!.....

ELDA. ¡Ah! ¡Tú!—¡Llévame! ¡Quiero

Pedirle al déspota fiero

Para mi esposo perdon!

NIT. *(Apartando la vista de ella con dolorosa emocion.)*

(¡Desdichada!.....)

ELDA. ¡La órden cruel

Aun resuena en mis oídos!.....

¡Aun escucho los rugidos

De la turba, que en tropel

Sobre su presa se lanza!.....

NIT. (¡Oh!.....)

ELDA. ¡Corramos! ¡No consientas

Que aquellas fieras hambrientas....

Vén, vén!..... ¡yo tengo esperanza!
¡Corramos!

NIT. (¡Triste ilusion!)

ELDA. ¡Ah!..... ¿No escuchas? (*Suspendiéndose.*)

NIT. Silba el viento.

ELDA. Parece un largo lamento.....

NIT. Te turba vana aprension.

— Estás en nuestra morada, (*Con tristeza.*)

¡Y nada hay ya que temer!

ELDA. ¿Nada?.....

NIT. Sí..... debes creer.

ELDA. (*A la reina con misterio.*)

¡Pude al cabo hallar entrada!

Me escapé..... ¡guarda el secreto!

Me escapé sin hacer ruido.

Plazas, calles he corrido,

Temblándome el pecho inquieto.

Que por sangre resbalaban

Mis plantas me parecia.....

Pero yo corria..... corria!.....

¡Cien espectros me acosaban! (1).

NIT. «¡Elda!.....

ELDA. » Al fin llegué á las puertas

» De este alcázar..... ¡sí!..... ¡este mismo!

» Me asaltaba un parasismo,

» Mas vi que estaban abiertas.

» Toda la corte en tropel,

» Como buscando su centro,

» Se precipitaba dentro,

» Y ante el augusto dosel

» Iba su incienso á quemar.....

» ¡Y yo, yo sentí en el pecho,

» De mi pavura á despecho,

» Nueva esperanza brotar!

» Quise las plantas mover,

» Llamando todo mi brío.....

(1) Todos los versos señalados con comillas al margen, se suprimieron en la representacion por parecer largo el delirio de Elda á la actriz que desempeñaba el papel de ésta.

» Quise por entre el gentío
 » Ir ante el trono á caer,
 » Clamando : ¡ Gracia , perdon
 » Para mi infeliz esposo!
 NIT. » ¿ Y qué?.....
 ELDA. » ¡ Y en balde afanoso
 » Redoblaba el corazon
 » Sus esfuerzos ! ¡ No podia
 » Llegar á la régia puerta !
 » ¡ Pugnaba..... pugnaba..... y yerta ,
 » Yerta estatua me sentia ! »
 NIT. Ya estás conmigo , y espero
 Que más tranquila.....

ELDA. ¡ Es verdad !
 ¡ Dios tuvo al cabo piedad !
 Por un esfuerzo postrero
 Pude pasar los dinteles.....
 Y ahora aquí..... ¡ cuántos trofeos
 De los monarcas caldeos !.....
 ¡ Cuántas púrpuras , laureles ,
 Luces que afrentan al día
 Con sus vivos resplandores !.....
 ¡ Y olor de mirra y de flores !.....
 ¡ Y ecos de dulce armonía !.....

(Se suspende como escuchando la música , pero de repente se oscurece su rostro y parece poseída de espanto.)

NIT. (¡ No puedo más !.....)
 ELDA. Al brillante
 Resplandor que ántes lucia ,
 Sucede noche sombría.....
 Cesa el perfume fragante.....
 Calla el Víctor jubiloso.....
 Los halagüenos sonidos
 Mueren en lentos quejidos.....
 Todo es silencio espantoso.....
 Todo tinieblas..... De un frío
 Sudor se cubre mi frente.....

(El rey , que atiende con semblante sombrío , se le va acercando maquinalmente ; los cortesanos le imitan.)

Se me condensa el ambiente.....

(Con desesperada resolucion.)

¡Mas no importa!—Yo porfio!.....

¡Quiero hallar al rey! (Da algunos pasos.)

¡Mi acento

Le invoca!—¡Nadie responde!

¡Todo en las sombras se esconde!

(Da otra vez algunos pasos, y torna á detenerse con pavora.)

¡Como hueco el pavimento

Bajo mis pasos retumba!.....

BALT. (Adelantándose más.) ¡Infeliz!.....

NIT. ¡Tu soberano

Te tiende benigna mano!

ELDA. (Señalando espantada un objeto, que parece ver en el lugar que ocupa el rey.)

¡Mira!

NIT. Es el rey.

ELDA. ¡¡ Una tumba!!

¡Y otra!..... ¡y otra!..... ¡y otra!..... ¡y cien!.....

¡Cien tumbas el suelo brota,

Y nunca el tesoro agota

Que fúnebre ostenta!

NIT. ¡Ah! ¡vén!.....

ELDA. ¡Así se aclara el misterio,

De tiempo en tan breve espacio!

¡Pensé hallarme en un palacio.....

Y es un vasto cementerio! (1).

NIT. ¡Elda!.....

ELDA. ¡Huyamos!.....

(Lo hace, y se detiene con horror.)

(1) Para caracterizar bien cuanto dice Elda en esta escena, debe tener presente la actriz encargada del papel, que no hay aquí un simple delirio, sino una intuición misteriosa de la grande y próxima catástrofe. En medio de aquella pompa régia, de aquella delirante alegría, el monarca ateo, condenado por el cielo, va á hundirse para siempre con su imperio, con la corrompida sociedad que representa; y Elda, su víctima, anuncia ya, aunque con la exaltación de la demencia, aquel gran suceso providencial, sintiendo — por decirlo así — el olor de la muerte entre los perfumes del festín.

Ah!..... ¡Sangrientos
 Fantasma!..... ¿qué me quereis?
 ¡No el camino me cerreis,
 Lanzando largos lamentos!
 ¡Qué!..... ¿Los inmóviles ojos
 Clavais en mí?..... ¿me llamais,
 Y mi sitio señalais
 Entre esos yertos despojos?.....
 ¡No! ¡no! — ¡Yo quiero vivir!
 ¡Soy jóven y soy querida!
 Quiero al dueño de mi vida
 Por todas partes seguir,
 Como amante digna y fiel,
 Como esposa tierna y pura.....

(Suspendiéndose, como si oyera algo que la horroriza.)

¡Qué!.....

(¡Pavorosa locura!)

NIT.

ELDA.

¿Qué carcajada cruel
 Lanzais de los pechos frios,
 Que se repite en cien ecos
 Por esos fúnebres huecos
 De los sepulcros vacíos!.....
 ¿Por qué señalais mi frente
 Con burla acerba?..... — ¡Mentira!
 ¡No hay mancha en ella!..... ¡Delira,
 Si tal sospecha, la mente!
 En vano la atroz violencia.....
 En vano..... ¡No! ¡no!..... ¡jamás!
 ¡Detente, tirano!..... ¡Atras!
 ¡Ten piedad de mi inocencia!
 ¡Qué!..... ¿no me escuchas? ¿Tu anhelo
 Es mi deshonor?..... ¡Ah!..... ¡yo corro!
 ¡Ruben!..... ¡Padre! ¡á mí!..... ¡socorro!.....

(Huye, y encontrándose con el rey, que avanza hácia ella como para imponerle silencio, le reconoce, y retrocede dando un grito.)

¡No!! ¡ya es tarde! ¡es tarde!!.....

(Cae desplomada en tierra.)

NIT.

¡Cielo!

RAB. *(Acudiendo con otros adonde está Elda desmayada.)*
¡Desventurada!

BALT. ¡Llevala!
(Lo hacen Rabsares y dos esclavos. Momento de pausa.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ménos ELDA Y RABSARES.

NIT. *(Con doloroso acento de reconvencion.)*
¡Baltasar!.....

NER. Harto turbó,
Gran rey, tu alegre festin
La imprevista aparicion
De esa insensata.

BALT. *(Queriendo sacudir su remordimiento y con animacion febril, que va aumentándose hasta rayar en vértigo.)*
¡Sí! Corran
De nuevo en giro veloz
Los néctares incitantes;
Y hasta que á romper el sol
No salga ese manto oscuro,
Bebamos sin tregua!

*(Se acerca á la mesa, y tambien los cortesanos, agrupándose en las cabece-
ras y en el centro del semicírculo, pero sin sentarse, aunque toman las
copas.)*

SÁT. 1.º Voy
A proponer otro brándis,
Si lo permites.

BALT. ¡Propon!

SÁT. 1.º Por la pobre loca hebrea,
Que tan á tiempo llegó
Para aumentar del banquete
El desórden seductor.

BALT. ¡Bien! ¡por ella!.....

*(Levantán todos las copas, y aparece Joaquín, que se adelanta con pasos
trémulos y semblante desencajado. Sule á la escena por la misma puerta
por la que acaban de sacar á su hija moribunda.)*

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. — JOAQUIN.

JOAQ. ¡Y por tu gloria!

¡Vengo á brindar tambien yo!

BALT. ¡Tú!.....

NIT. ¡Joaquin!.....

JOAQ. Les faltaria

A tus goces lo mejor

Si á responder no viniera

De este padre el corazon!

BALT. ¡Anciano!.....

JOAQ. ¡Bebamos, sí!

¡Tú eres nieto de Nemrod!

¡Tú eres ídolo de un pueblo

De quien la tierra tembló,

Porque ancha huella de sangre

Por doquier dejaba en pos!

Y si hollada la justicia

Se ve por capricho atroz;

Si haces la fuerza derecho,

Flaqueza la compasion,

La virtud vano sonido,

La desgracia deshonor.....

¿Qué importa? ¡Del Juez supremo

Tú aclamas la negacion!

¡Tú á los hombres les enseñas

Que es su destino el dolor.....

Pues si dueños les da el mundo,

No les guarda el cielo un Dios!

BALT. ¡Basta ya!

JOAQ. (*Con energia.*) ¡Pero te engañas,

Rey Baltasar! — No es error

La esperanza de los pueblos,

Del alma la aspiracion.

¡Hay ese Dios, que tú niegas,

De los señores Señor,

Ante el cual el rey y el siervo

Iguales, hermanos son,
Y á su justicia suprema
Contra tí se alza mi voz!

NIT.

¡Ah!

BALT.

¡Bien! Que ostente su gloria
Ese gran Dios de Jacob,
Y para brindar por él,
Haciéndole digno honor.....

¡Vengan los vasos sagrados
Del templo de Salomon!

JOAQ.

¡Qué has dicho!..... *(Retrocediendo con espanto.)*

BALT.

Del alto bríndis
Quiero mostrarte el valor. *(Toma los vasos.)*

JOAQ.

¡Tente, sacrílego!

BALT.

(Presentándole uno.) ¡Toma!

JOAQ.

¡Jamás!

BALT.

¡Te lo mando yo!

JOAQ.

¡Tiembla!

BALT.

(Con tono de irrisión, y alzando su copa.)

¡Por el Rey de reyes,
Ante el cual citado estoy!

(Los cortesanos, ebrios, sueltan una carcajada, y al ir á llevar las copas á los labios, una ráfaga violenta de viento abre de golpe todas las ventanas y puertas del régio salón, derribando las estatuas de sus pedestales y apagando instantáneamente las luces. La música cesa; las copas sagradas caen de las manos de los sacrílegos; y entre la oscuridad y el estupor general, al estampido de un gran trueno, aparece al frente del rey, con caracteres de fuego, el célebre letrero histórico: Mane, Thecel, Phares. Todos se apartan de la mesa, desparavidos.)

NIT.

(Señalando el letrero.)

¡Mirad..... mirad!.....

SÁT. 1.º

(¡Yo tiemblo!)

MAGO 1.º

¡Hórrido arcano!

SÁT. 2.º

¡Se me hiela la sangre!

MAGO 2.º

¡Enigma oscuro!

NIT.

¡Mirad, magos famosos,

Por invisible mano

Trazados en el muro

Esos rasgos de fuego misteriosos,

Que con siniestro resplandor fulguran!.....

- NER. ¡Miradlos!..... Si mentira
No es vuestra ilustre ciencia,
Por los dioses mis labios os conjuran
Que digais su sentido!
- MAGO 1.º Ese misterio, que terror inspira.....
Ese misterio.....
- BALT. (*Que hasta este momento permanece inmoble, fijos sus ojos en el fatal letrero.*) ¡Pronto! ¡La existencia
En ello os va; tenedlo comprendido!
- NIT. ¡Hablad!
- NER. ¡Decid!
- MAGO 1.º ¡No puedo
Ese misterio penetrar profundo!
- BALT. ¡Vosotros! (*A los otros magos.*)
- MAGO 2.º (*Miéntras los demás hacen consternados ademanes negativos.*)
No, señor, nadie en el mundo
Alcanza á tanto.
- SÁT. 1.º ¡Los embarga el miedo!
- NIT. ¡Oh rey! en Babilonia existe un hombre
Que sueños intrincados
Supo explicar á tu glorioso padre.....
- BALT. ¿Daniel?.....
- NIT. No osaba pronunciar su nombre.....
Se encuentra entre los tristes sentenciados.....
Mas que llamarlo á tu bondad le cuadre.
Preso en palacio está.
- NER.
- BALT. ¡Venga al momento!
(*Se va Neregel.*)
- JOAQ. (¡Daniel!..... ¡Juicio de Dios!)
- NIT. Siempre su acento
Órgano fué de la verdad divina.
- BALT. (¡De la verdad!) (*Estremeciéndose.*)
- JOAQ. ¡Dios mismo le ilumina!
- NIT. Él de esos rasgos, que á la mente aterran,
Sabrá el misterio.
- BALT. Si me explica presto
El anuncio que encierran,
Ora próspero sea, ora funesto,
Juro adornarle con mi régio manto,
Y otorgar á su voz cuanto me pida.

NIT. ¡Él llega!
 SÁT. 1.º ¡Él llega!
 BALT. (¡A mi pesar me espanto!)
 JOAQ. (¡De emocion siento el alma estremecida!)

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—DANIEL.—NEREGEL. *Esclavos con hachones.*

DAN. ¡Héme aquí, Baltasar! Di lo que quieres.
 BALT. *(Con voz trémula.)*
 Que me explique tu voz aquel escrito,
 Y que altas gracias de mi mano esperes.
 DAN. Tus dones guarda, rey : no los admito;
 Pero esos rasgos descifrarte debo.
 NIT. ¡Ah!.....
 BALT. ¡Yo te escucho!
 NIT. (¡El pecho se me oprime!)
 JOAQ. (¡A tí, Señor, mi corazon elevo!)
 BALT. ¡Presto! ¿Qué aguardas? ¡Su sentido dime!
(Momento de silencio.)
 DAN. Pesó Dios tu justicia..... hallóla falta,
 Y el término marcó de tu carrera.
 ¡Esa corona, que tu orgullo exalta,
 Te la viene á arrancar mano extranjera!
 ¡Entre Persas y Medos destrozada
 Queda desde hoy tu inmensa monarquía,
 Que —de siglos de crímenes cargada—
 Su sangriento poder al cabo expía!
 SÁT. 1.º ¡Es venganza!
 NER. ¡Es mentira!
 NIT. ¡Oh hijo mio!
 JOAQ. *(Alzando al cielo sus manos.)*
 ¡Tu insondable justicia reverencio!
 SÁT. 1.º ¡Castigo tenga el pérfido judío!
 NER. ¡Muerte merece el impostor!.....
 BALT. *(Con grandeza.)* ¡Silencio!
 Una promesa pronuncié sagrada,
 Y al punto mando que cumplida sea.....
(Se quita el manto y lo arroja á manos de Neregel.)

¡La púrpura á los reyes destinada,
Que ora en sus hombros ese esclavo vea!
DAN. ¡Ciro llega á pedirla! (*Rechazándola.*)
BALT. Todavía
La ostenta Baltasar. Lo que ambiciones
Demanda y lo tendrás; mas si este dia
No se cumplén, Daniel, tus predicciones,
¡Ni restos hallará la nueva aurora
Del pueblo de Sion!

ESCENA X.

LOS MISMOS. — RABSARES.

RAB. ¡Ármate presto,
Rey Baltasar!
BALT. ¡Qué dices?.....
RAB. ¡Sin demora!
¡Ciro á tus puertas llega!
NIT. ¡Hado funesto!
BALT. ¡Ciro!.....
NER. ¡Qué vil traicion.....
RAB. Ninguna existe.
¡Tu imprevision fatal.... (*A Nitócris.*)
NIT. ¿Qué?.....
RAB. La corriente
Del vasto rio encadenar supiste
En hondos lagos, pero no prudente
Cegarlos luégo imaginaste.
NIT. ¡Oh cielo!
RAB. Hoy Ciró con acierto te ha imitado,
Aprovechando de la noche el velo,
Y el rio — de su curso desviado —
El paso franco le dejó á su gente.
NIT. ¡Ah!.....
RAB. Todo lo previne á la defensa,
Y espero que hallará quien lo escarmiente;
Pero es doquier la confusion inmensa.

- NIT. *(Al rey, que tomando las armas que le da Rabsares, se las viste rápidamente.)*
 ¡Hijo mio, hijo mio! ¿arrostrar quieres
 La cólera de un Dios?..... ¡Huye conmigo!
- BALT. ¡Retírense al instante las mujeres!
 Nosotros.....
- NIT. ¡Baltasar!.....
(Juntando las manos en actitud suplicante.)
- BALT. ¡Al enemigo!
(Sale con Neregel, Rabsares y los demas convidados. Las mujeres se refugian en lo interior del palacio.)

ESCENA XI.

NITÓCRIS.—DANIEL.—JOAQUIN. *Luego* RABSA-
 RES, *y al final* BALTASAR Y NEREGEL.

- NIT. ¡De esta madre sin ventura
 Compadeced las congojas,
 Y á vuestro Dios indignado
 Pedidle misericordia
 Para el hijo de mi vida!
- DAN. (¡Señor, su tormento acorta!)
- NIT. *(A Daniel.)* Con mi llanto, con mi sangre
 La cruda sentencia borra.
 ¡Mírala, mírala!..... ¡horrible
 Centellea entre las sombras!
- JOAQ. (¡Mísera madre!.....)
- NIT. ¿No hallais,
 Para calmar mis zozobras,
 Ni una esperanza siquiera?.....
- DAN. ¡Del cielo, reina, la implora!
- NIT. ¡Ese cielo es mi enemigo! *(Con desesperacion.)*
 ¿No escuchais?— Las armas chocan
 De este palacio á las puertas,
 Y aquí llegan voces roncás
 De furor.....
- JOAQ. (¡Funesto día!)
- DAN. (¡Cuál vengas, Señor, tu gloria!)

- NIT. (*Que escucha con ansiedad.*)
 ¡ Crece el tumulto!..... ¡ se acerca!
 ¡ Oh hijo mio! ¡ oh Babilonia!
 ¡ Vuestra suerte se decide
 En esta noche espantosa!
- RAB. (*Entrando desarmado y desprovado.*)
 ¡ Dónde ocultarme?.....
- NIT. ¡ Rabsares!
- ¿ Qué es del rey?
- RAB. Defensa heroica
 Le opone en vano al destino,
 Pues cierta es ya su derrota.
- NIT. ¡ Y tú.....
- RAB. Salvo mi existencia :
 Haz tú lo mismo, señora,
 Si áun es tiempo.
 (*Huye por el lado opuesto de su salida á la escena.*)
- NIT. ¡ Miserable!
 — Lucha solo..... ¡ ah! no; ¡ que rompan
 Tambien de su madre el pecho
 Las espadas vencedoras!
- DAN. ¡ Tente! ¡ Mira!
- (*Neregel y otros entran al rey herido. Dos esclavos alumbran con hachones.*)
- NIT. ¡ Baltasar!.....
- NER. Su vida al término toca.
 (*Lo llevan al divan en que apareció al principio del acto, y Neregel se retira en seguida.*)
- JOAQ. Ya estais vengados, ¡ oh hijos!
 ¡ Que la piedad triunfe ahora,
 Pues el poder que castiga
 Es tambien el que perdona!

ESCENA XII.

BALTASAR. — NITÓCRIS. — DANIEL. — JOAQUIN
y los esclavos que han entrado con hachones.

BALT. Esa voz..... ¡ ah!..... la justicia
 Que invocó no era ilusoria.....

- ¡ Le ha escuchado..... y su victoria
 Todo un imperio desquicia!
 NIT. (Sucumbe mi ánimo firme
 A tal prueba.....)
- BALT. Llega, anciano.....
 Que pueda estrechar tu mano.....
 Y no te oiga maldecirme
 En este instante.....
- JOAQ. ¡ Jamas!
 Nuestra santa religion
 Hace un deber del perdon.
 ¡ Muere en paz , rey!
(Tiende su mano venerable sobre la cabeza del moribundo.)
- BALT. ¡ Ah!..... ¡ no más!.....
 Ese Dios..... ¡ Madre!..... yo muero.....
 ¡ Mas la verdad resplandece!.....
 El Dios que al hombre engrandece.....
 Ese..... ése es el verdadero!
(Hace un esfuerzo supremo para incorporarse al confesar á Dios, y vuelve á caer en brazos de su madre.)
- JOAQ. ¡ Ah!.....
- DAN. ¡ Tal fin borre su vida!
- NIT. No existe ya : y esas voces,
 Que lanzan turbas feroces,
 Me anuncian que está invadida
 Por ellas nuestra mansion;
(Indicando á su hijo.)
 Mas no hollarán sus despojos,
 Ni han de contemplar mis ojos
 Del cetro asirio el baldon!
(Arranca una tea de mano de un esclavo, y se va con ella á lo interior del palacio.)

ESCENA XIII.

DANIEL.—JOAQUIN, luego NITÓCRIS.

- JOAQ. ¡ Huye, Daniel, á su ejemplo;
 Que ese Ciro triunfador.....

- DAN. (*Con voz solemne, y avanzando hácia el medio de la escena.*)
 ¡Es el que escoge el Señor
 Para alzarle el nuevo templo!
 ¡Setenta semanas de años (*Con inspiracion.*)
 Pasan con rápido giro,
 Y ese templo — que alzar miro —
 Con resplandores extraños
 Se alumbra en dichosos dias!.....
- JOAQ. ¿Qué?..... ¡Daniel!
- DAN. ¡Oh gloria nueva!
 ¡Ese templo que se eleva
 Oirá la voz del Mesías!
- JOAQ. (*Cayendo de rodillas y juntando las manos con trasporte.*)
 ¡¡ Ah!!.....
- NIT. (*Que al salir á la escena arroja el hacha, con la que acaba de incendiar el palacio.*)
 ¡Huid, que aún podeis! — ¡Baltasar,
 Yo vuelvo á tus restos frios.....
 Nuestra mansion los impíos
 No pueden ya profanar!

(*Al arrojarse la reina sobre el cadáver de su hijo, se ven las llamas que devoran lo interior del palacio, y aparecen los vencedores por el foro, alumbrados por el incendio.*)

FIN DEL DRAMA.

CATILINA,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

REFUNDICION Y ARREGLO AL CASTELLANO
DEL ESCRITO EN FRANCÉS Y EN PROSA, CON IGUAL TÍTULO,
POR LOS SEÑORES DUMAS Y MAQUET.

PERSONAJES DEL DRAMA.

AURELIA, *mujer de Catilina.*
FULVIA, *querida del mismo.*
CARINO, *niño de diez años, hijo de Catilina y de Aurelia.*
ISMENE, *esclava griega.*
LUCIO SERGIO CATILINA, *senador.*
MARCO TULIO CICERON, *cónsul.*
LÉNTULO SURÁ, { *senadores.*
CETHEGO, {
CURIO, {
RULLO, *tribuno de* { *amigos de Catilina.*
 la plebe, {
CAPITON, {
LUCIO SÉNIO, *senador.*
VÍCTOR, *veterano de Sila.*
PAULO, *jefe de centuria.*
STORAX, *esclavo de Fulvia.*
CLINIAS, *liberto de Aurelia.*
LETO, *mozo de la plebe.*
EL JEFE DE LOS LICTORES.
GLADIADORES 1.^o Y 2.^o
UN ESCLAVO DE CATILINA.
SENADORES.—LICTORES.—GUERREROS.—PLEBE.—UNA ESCLAVA.

NOTA. Este drama no ha sido dado por la autora á ningun teatro, pero se ha impreso recientemente en Sevilla.

CATILINA.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Catilina, con puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

RULLO. — VÍCTOR. — PAULO. — LETO. *Todos entrando por una de las puertas del foro.*

RULLO. Adentro..... sin ceremonia :
Entrad como en vuestra casa.

VÍCTOR. ¡Voto á Baco! ¿por qué no?

RULLO. Bien sé, Víctor, que tus plantas
No huellan por vez primera
Estos umbrales.

PAULO. Ni espantan,
— Aunque acaso indignan, Rullo,—
Este lujo, esta elegancia
De la opulencia patricia.

RULLO. La que aquí reina no es tanta
Como parece, buen Paulo.

PAULO. Así al ménos se propala.

RULLO. Lucio Sergio Catilina
Ve su fortuna amenguada
Hace tiempo.

LETO. (¡Malo!.....)

VÍCTOR. ¡Y qué!
¿Qué nos importa?..... ¿No guarda

- Siempre tesoros inmensos
Aquel grande hombre en el alma?
- RULLO. ¡Eso sí! tienes razon.
- VÍCTOR. Él solo estima y ampara
A los viejos veteranos
De Sila.
- RULLO. Él es la esperanza
De todos los oprimidos
Que hay en Roma.
- PAULO. Pues lo ensalza
Un tribuno de la plebe,
Fuerza es que aquel noble valga
Mucho más que sus iguales.
- RULLO. Si álguien lo duda, me agravia.
¡Oh! ¡yo lo juro! Aunque adorne
Su pecho la roja banda
Senatoria, Catilina
Siempre es del pueblo, á quien ama:
Siempre es nuestro! Lo veréis
Si cónsul le haceis mañana,
De Marco Tulio impidiendo
La reeleccion aciaga.
- LETO. A mí del tal Ciceron
No me seduce la charla.
- PAULO. Váyanse fuera esos hombres
Falsos padres de la patria,
Que engordando á costa suya,
Dicen al pueblo:—¡Trabaja!—
¡No más trabajo!—¡Soy libre!
Todos queremos holganza.
- VÍCTOR. Y capitanes pedimos,
Que no letradillos maulas.
- RULLO. ¡Ah! mostrais sabiduría
Que me asombra y me entusiasma.
Sí, amigos; Sergio es el hombre
Que las deidades nos mandan
Para labrar la ventura
De Roma, que hoy gime esclava
De aquel senado insolente
Y corrompido.— Que salgan

En buen hora á la palestra,
 Para darnos la batalla,
 Patricios y caballeros,
 Y toda la turba insana
 De artistas y hombres de letras.....

¡Poco importa! Si compacta
 La plebe sigue á su jefe,
 La victoria asegurada

Tenemos; vuestro tribuno
 Sin vacilar la afianza.

PAULO. Queremos la particion
 Del campo público.

VÍCTOR. Y que haya
 Guerra, botin, proscripciones.....

PAULO. Ya la lanceta me cansa.

¡Voto á Jove!..... yo tambien
 Quiero suntuosas estancias,
 Como ésta..... Quiero pisar
 Mármoles y alfombras blandas,
 Y mirar en torno mio
 Lujosos muebles, estatuas,
 Tapices, púrpuras, flores.....
 Descansar en muelles camas.....
 Y en asientos como éste..... (*Sentándose.*)

—¡Eso es vivir, camaradas!
 ¡Lo que hoy tenemos no es vida,
 Sino engaño, oprobio, rabia!

VÍCTOR. ¿Pues y yo, que tuve tierras,
 Esclavos, reses y casas,
 Que heredé de los proscritos,
 Y hoy hasta el pan me faltára
 A no ser por Catilina!.....

RULLO. No se sufre tal mudanza.

VÍCTOR. Me despojaron los mismos
 Que de ladrones nos tachan
 A los viejos veteranos
 De Sila.—¿No es una infamia?

RULLO. ¡Grande!

VÍCTOR. ¡Ladrones nosotros!.....
 Pues ¿quién, quién veis que reclama

- Las riquezas que tuvimos?
 LETO. Nadie.
- VÍCTOR. ¡Nadie! — Cosa clara.
 Como que al par que la hacienda
 Quitábamos la palabra.
- PAULO. Pues ¿qué dices de Caton?
 ¿No practica virtud sándia
 Sólo por tener derecho
 De censurar nuestras faltas?
- LETO. Y en cambio hacina tesoros,
 Que no hay miedo de que parta
 Con nadie.
- RULLO. Sí; diez ó doce
 La república se tragan.
 ¡Diez ó doce! — Lo que es Sergio,
 Con mano abierta derrama
 Cuanto tiene.
- VÍCTOR. Y cuando no,
 Nos dice con mucha gracia:
 — Cabeza de Senador
 Es hoy nuestra bolsa; en calma
 Esperad, que vendrá día
 En que podamos llenarla. —
 Y nos vamos tan alegres,
 Aunque hambrientos.
- RULLO. Que á campaña
 En la próxima eleccion
 Se arroje tu gente brava,
 Y cumplidas quedarán
 Pronto las promesas gratas.
- VÍCTOR. Mi gente está en movimiento,
 Y en impaciencia se abrasa.
- RULLO. Tú, cual jefe de centuria, (*A Paulo.*)
 Y hombre de influjo en las masas,
 Puedes, Paulo.....
- PAULO. Si es tu amigo
 Tal como tú lo proclamas,
 Suyo soy.
- RULLO. Contigo cuenta (*Dándole la mano.*)
 Y en tu proteccion descansa,

¡Gran ciudadano barbero!

Tú, jóven..... (*A Leto.*)

LETO. A mí me basta

Que, como habeis ofrecido
A otros muchos de mi laya,
Pague con esplendidez
Catilina. — Es gente avara
La que apoya á Marco Tulio.

RULLO. Y ¿puedes.....

LETO. Con abundancia

Darle votos al patrono
Que me escoja.

RULLO. Sé que arrastras

Gran turba en pos.

LETO. ¿Quién lo duda!

Sobra gente perdularia,
Y de votar el derecho
Gozan cuantos tienen barbas.

PAULO. ¡El sufragio universal

Es un gran recurso!

LETO. ¡Vaya!

En la voz tenemos renta
Los pobres, y es cosa llana
Que al que más diere.....

RULLO. Muy justo;

Pide, pues, lo que te plazca.

LETO. Veinte sestercios por voto.

RULLO. Los teneis, y mesa franca

En el jardín esta noche.

LETO. Pues ¡que viva Sergio!

PAULO. ¡Y caigan

Esos ladrones del pueblo,
Que con discursos lo embaucan!

VÍCTOR. Mas ¿dónde está nuestro jefe?

RULLO. A Fulvia, su hermosa dama,

Y á varios nobles amigos

Que obtienen su confianza,

Da un gran banquete esta noche,

Y eso acaso nos retarda

La dicha de verle.

LETO.

¡Y qué!

Pues tambien se nos regala
Con profusa colacion,
Vamos.....

RULLO.

¡Ya viene! (*Mirando dentro.*)

VÍCTOR.

(*A Paulo.*)

Repara

Con qué agasajo y llaneza
Ese hombre ilustre nos trata.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—CATILINA.

CATIL.

(*Por la izquierda del actor.*)

¡Hola, Rullo!—¡Ciudadanos,
Salud!

VÍCTOR.

¡Salud! (*Saludándolo militarmente.*)

RULLO.

Deseabas (*Indicando á Paulo.*)

Conocer á este excelente
Romano, y él se adelanta
A ofrecerte sus respetos.

PAULO.

Muchos son los que te alaban,
Y si no mienten.....—Yo ignoro
Aquel lenguaje que halaga
A los ricos..... Nunca supe
Adularles, pues me ensañan
Más que me imponen.

CATIL.

Lo creo,

Y casi harás que me aplauda
De no ser rico.

PAULO.

En tí fuera

Por cierto bien empleada
La riqueza..... ¡pero hay otros!.....
No sé qué virtudes altas
En ellos miran los dioses,
Para otorgarles sin tasa
Sus favores; miéntras gimen
Seres de la misma raza
En perdurable miseria.

- CATIL. Al cielo acusas sin causa.
 Él en la cuna y la tumba,
 De toda la especie humana
 La igualdad dejó patente.
 Él nos dió la tierra vasta
 Por patrimonio comun,
 Y el sol, que sale á alumbrarla,
 No niega á nadie sus luces.
- LETO. ¡Cierto!
- VÍCTOR. ¿Qué dices?..... (*Bajo á Paulo.*)
- PAULO. ¡Me encanta!
- CATIL. Los hombres, Paulo, los hombres
 — Que no las deidades sacras, —
 Son autores de esas leyes
 Tan absurdas como bárbaras.
 Leyes que el comun derecho
 Destruyen, y que otro fraguan,
 Segun el cual todo estriba
 En que nuestros ojos se abran
 Bajo artesones soberbios
 O bajo humilde cabaña.
 Como el azar lo dispone,
 Queda en unos vinculada
 La grandeza y la fortuna,
 Y en los otros la desgracia
 Y la miseria. — Así veis
 Cómo se despuebla Italia,
 Y que en Roma, ciudad libre,
 Reina del mundo llamada,
 ¡Tres templos tiene la fiebre!.....
 ¡Y si al ménos partidaria
 De los ricos de la tierra
 No fuera tambien la Parca!.....
 Pero ellos tienen palacios,
 Cuyos muros no traspasan
 Los calores ni las lluvias.....
 Ellos gozan puras auras
 Entre floridos vergeles,
 Mientras la peste devasta
 Las ciudades, y que hambrientas

Y en tugúrios hacinadas,
 Hay millares de familias
 Que luz apénas alcanzan.
 La muerte—que pintan ciega—
 Allí acude, allí se instala,
 Sin temor de que las víctimas
 Que escoge, á arrancarle vayan
 De Esculapio los alumnos,
 Que venden su ciencia cara.
 Eso, Paulo, eso debeis,
 —No al cielo, que nos iguala
 En los males y en los bienes,—
 Sino á esa codicia infanda
 De los mismos que os predicán
 Orden, paciencia, constancia,
 Y denominan virtud
 La sumision torpe y baja.

LETO.

¡Dice bien!

PAULO.

Mas ¿no hay remedio?

¿Esa injusticia tirana
 Debe durar para siempre?

CATIL.

¡En siglos está basada!

VÍCTOR.

Ya..... pero.....

CATIL.

(Tocándole familiarmente en el hombro.)

¿Qué dice Víctor,

El gran veterano?

VÍCTOR.

Él calla,

Pero piensa que habrá alguno
 Que si en volver se empeñara
 Lo de abajo arriba..... ¡Pues!.....

PAULO.

Si miras entronizada,
 Como has dicho, la injusticia,
 Fuerza es, señor, derrocarla.

CATIL.

Sólo el brazo de un gigante
 A tal empresa bastára.

VÍCTOR.

Y ese gigante, gran Sergio.....

PAULO.

¿No le conoces? ¿no le hallas?

CATIL.

Uno hay. *(Después de una breve pausa.)*

PAULO.

¡Uno!..... *(Con esperanza.)*

CATIL.

Pero espira.

- VÍCTOR. ¡Cómo!.....
 CATIL. ¡Cabeza le falta!
 PAULO. Ese gigante.....
 CATIL. ¡Es el pueblo!
 VÍCTOR. ¿El pueblo?.....
 RULLO. Suenan pisadas :
 CATIL. Idos los tres al jardín,
 Donde teneis preparada
 La mesa : luego hablaremos.
 PAULO. ¡Yo antes te juro por Pálas
 Que el gigante moribundo
 Sabrá encumbrarte mañana
 A la silla consular!
 CATIL. ¡Y yo empeño mi palabra (*Dándole la mano.*)
 De darle entónces cabeza
 Que dirija la pujanza
 De su brazo destructor!
 PAULO. ¡La promesa está aceptada!
 CATIL. (*A Victor, dándole tambien la mano.*)
 Con los veteranos cuento.
 VÍCTOR. ¡Son tuyos en cuerpo y alma!
 PAULO. ¡Es otro Graco! (*A Rullo, al salir.*)
 VÍCTOR. (*Al mismo.*) ¡Otro Sila!
 ¡Habrá guerra!
 PAULO. ¡Oh! ¡ley agraria!
 LETO. (Lleva el viento las promesas,
 Pero hay cena y habrá paga.)

ESCENA III.

CATILINA. — RULLO.

- RULLO. Aún vendrá mucha más gente,
 Que fué en tu nombre invitada.
 CATIL. Te portas á maravilla,
 Mostrándome amistad rara.
 RULLO. Ella en mi alma es lo primero;
 Pero es justo satisfaga
 Todas mis deudas.

CATIL.

Si explicas

Cuáles son.....

RULLO.

Ya ves que abraza

Con decision valerosa

Toda la plebe tu causa.....

CATIL.

¿Y tú quieres.....

RULLO.

No es mi anhelo

Por personales ventajas.....

¡No !..... ¡me sobra abnegacion !

Pero mi pecho se inflama

En noble amor por el pueblo,

Que justicia te demanda,

Y he menester garantías,

En vez de promesas vagas.

CATIL.

De esa justicia que pide

—Y á mí otorgarle me cuadra —

Te haré ministro primero.

RULLO.

Basta. Mi conciencia acallas.

¡Serás cónsul!

CATIL.

Y tú edil.

Mas di, Rullo, si frustrará

Mi caprichoso destino

Tan halagüeña esperanza.....

¿Qué harémos?.....

(Fija en Rullo su mirada escrutadora.)

RULLO.

Vendrá otro año,

Y no ha de sernos contraria

Siempre la suerte.

CATIL.

¿Eso es todo

Lo que concibe tu audacia?

RULLO.

¿Presumes.....

CATIL.

¡Pobre tribuno!

¿No comprendes que es palanca

Formidable en esta diestra,

Esa plebe, que no aguarda

Sino un impulso?.....

RULLO.

¡Ah !!.....

CATIL.

(Mirando dentro.)

Ya invaden

Tus gentes aquella estancia,

Y entre ellas, Rullo, distingo *(Con intencion.)*

¡A un fabricante de armas!
 ¡Tenlo presente!—Aquel hombre
 Nos es de más importancia
 Que diez jefes de centuria.

RULLO. Te entiendo : haré lo que mandas.

ESCENA IV.

CATILINA, y luego STORAX.

CATIL. ¡Cuando el triunfo toco, oh suerte, (*Sentándose.*)
 No te me muestres avara!

¡Vuélveme al hijo que adoro!.....

STORAX. ¡Señor! proteccion reclama (*Entrando presuroso.*)
 Este esclavo fugitivo,
 Que sabe que no rechazas
 A ninguno.

CATIL. ¡Tú!.....

STORAX. Mi muerte
 Decreta Fulvia, mi ama.

CATIL. ¡Tu muerte!..... ¿Por qué delito?

STORAX. Se me escapó de la jaula
 Su bella tórtola egipcia.

CATIL. ¿Y por eso.....

STORAX. En sus venganzas
 Es mi señora inflexible;
 Lo sabes, no tiené entrañas.

CATIL. ¿De la que amo, á mi presencia
 Osas así hablar?.....

STORAX. No la amas;
 Que lo crea te conviene,
 Y no ignoro que eso basta
 Para que mi voz desoigas;
 Mas los dioses me deparan
 Recompensa que ofrecerte
 Si á todo trance me salvas.

CATIL. ¡Recompensa!.....

STORAX. Trocar puedo
 En gozo las tristes ánsias

Que dentro el alma devoras.

CATIL. ¡Tú!.....

STORAX. ¿No huyó de tu morada,
Llena de espanto y de celos,
La que recibió en las aras
Tu fe?

CATIL. ¡Lo sabes!..... (*Levantándose.*)

STORAX. ¿No inquieres,

Con afán y vigilancia,
Dónde oculta su amargura
Y al hijo que te arrebató?.....

CATIL. ¡Storax!..... ¡sí! de mi hijo,
¿Qué puedes decirme?..... ¡Acaba!

STORAX. ¿Respondes de mi existencia?
¿Mi defensor te declaras?

CATIL. ¡Te lo juro!

STORAX. Pues bien; Fulvia

— Esa mujer que se abrasa
Por tí en furiosa pasión —
Sus hondos celos no aplaca
Con que infiel le sacrifiques
La esposa más digna y casta;
Pues tu afecto paternal
Mira con disgusto y saña.

CATIL. ¡Y bien! ¿qué más?

STORAX. Ella, astuta,

Cercó á Aurelia de asechanzas;
Con anónimos escritos
Llenó su pecho de alarmas;
Hasta lograr que medrosa
De tí á Carino ocultára.

CATIL. ¡Cómo!..... ¡Fulvia?.....

STORAX. Se propone

Lanzar á remotas playas
A tu mujer y á tu hijo;
Y la pobre abandonada
Presume romper sus redes,
Mientras que en ellas se enlaza.

CATIL. ¿En dónde se ocultan? ¡dilo!

STORAX. De Roma al lucir el alba

Deben partir, y ya Fulvia
Gozosa su triunfo canta;
Pero esta noche, si quieres,
Y algo tu aspecto disfrazas,
Te llevaré junto á Aurelia.

CATIL. ¡Oh! ¡sí! ¡muy pronto! ¡ya tarda
A mi impaciencia el instante!
Y tú, esclavo, pide gracias:
Cuantas quieras te concedo.

STORAX. No serán mal empleadas
Por cierto; que aunque hoy me ves
En condicion bien infausta,
No siempre tuve la misma.

CATIL. Fuí ciudadano. ¿Te pasmas?
A la infame servidumbre
No alcanzo se degradára
A un ciudadano.

STORAX. El gran Sila
Nunca en leyes reparaba.

CATIL. ¿Fué Sila....

STORAX. Les puso precio
A muchas cabezas. Várias
Corté yo, pues nos valia
Cada una cuatro mil dracmas.
¡Por Júpiter! no era cosa
De perderse; trabajaba
En el oficio..... mas siempre
Con honradez consumada.

CATIL. Lo comprendo.

STORAX. No cual otros,
Que á la menor semejanza
Que notasen, sin reparo
Daban el golpe de gracia,
Equivocado mil veces.
Yo usé siempre mucha pausa.

CATIL. Es laudable la prudencia.

STORAX. El mal estuvo en la extraña
Resolucion del gran Sila,
Que á la cuota señalada
No quiso al fin atenerse,

- Y mandó que en la balanza
Se pusiesen las cabezas
Y que al peso se pagáran.
CATIL. Es verdad.
- STORAX. Se hizo forzoso
El darle al volúmen caza.....
Y hube tan poca fortuna,
Que miéntras que otros lograban
Hacer presa en magistrados,
Filósofos, gente sábia,
—Que pesaron que era un gusto,—
Me tocó á mí la desgracia
De atrapar á un poetastro
Presumido..... y ¡cosa clara!
Por dar peso á tal cabeza,
Fué menester emplomarla.
CATIL. ¿Emplomarla?.....
- STORAX. Sí, señor.
¡Oh! ¡yo soy hombre de maña!
Le inyecté por los oídos
La cantidad necesaria.....
—Juzgaron digna de muerte
Aquella inocente trampa;
Pero Sila tuvo á bien
Que al mercado me sacáran,
Perdonándome la vida.
CATIL. Vida que adquiere importancia
Con el relato que has hecho
De tus gloriosas hazañas.
¡Storax! ¡tú me convienes!
- STORAX. Sí, señor; lo adivinaba.
- CATIL. (*Señalando una puerta.*)
¡Sal! A buscarte iré pronto.
- STORAX. No olvides que si llegára
A verme Fulvia.....
- CATIL. No temas,
Y allí un instante me aguarda.
- STORAX. Corro, pues se acerca alguno.
¡Es ella!..... ¡Fulvia! ¡dame alas, (*Mirando dentro.*)
Oh miedo! (*Se va.*)

CATIL. ¡ Pecho indignado,
Tus sentimientos recata,
Que esa mujer — que desprecias —
Aun le hace á tu ambicion falta!

ESCENA V.

CATILINA.—FULVIA.

FULV. ¡ Salud, Sergio! — Me adelanto
Un momento á tus amigos,
Porque hablarte sin testigos
Quisiera.

CATIL. Lo anhelo tanto,
Bella Fulvia, que temia
No alcanzar hoy tal ventura.
Dígnate..... (*Invitándola á sentarse.*)

FULV. (*Haciéndolo, y Catilina tambien.*)
 ¡ Sergio!..... es oscura.....

Falsa la posicion mia
Respecto á tí. Nos conviene
Dejarla ya decidida.

CATIL. Verte en todo complacida
Es mi afan. — ¿ Qué te detiene
Para exigir cuanto quieras?

FULV. Te muestras harto galante.

CATIL. ¿ No soy tu amigo y tu amante?

FULV. Yo esperaba que lo fueras
Con más fervor. — No te asombre
Tal lenguaje.

CATIL. Expon tu queja.

FULV. De la mujer que te deja,
Aun llevas de esposo el nombre.

CATIL. ¿ Qué importa un título vano?

FULV. Si el repudio prometido
Pudieras dar al olvido.....

CATIL. ¿ No está mi vida en tu mano?
Pienso que el mutuo interes
Dicta, Fulvia, nuestra union,

- Y no hallo en la situacion
 La oscuridad que tú yes.
- FULV. Siempre hablas de conveniencia,
 Y yo de amor te hablo sólo.....
 Pero mi orgullo te inmolo,
 Como te doy mi existencia.
 Conozco bien, Catilina,
 Que no basta mi pasion
 A la insaciable ambicion
 Que tu alma inmensa domina;
 Y pues César la pretura
 De España en balde anhelára,
 Si un Craso no se encontrára,
 Yo..... — mi altivez no murmura —
 ¡Yo seré, Sergio, tu Craso!
 Sigue tus planes..... No ignoro
 Que nada se hace sin oro,
 Y que de él te hallas escaso.
 De sestercios, ¿qué millones
 Por de pronto has menester?
 Quince.
- CATIL.
- FULV. Es poco : á tu placer
 De doble suma dispones.
- CATIL. Gracias, Fulvia. Á do me encumbre,
 Allá tambien subirás.
 — ¿Te basta? — ¿Pretendes más?
- FULV. No hay gloria que me deslumbre,
 Mas la tuya es mi corona.
- CATIL. Si se anubláre mi estrella,
 Rompe el pacto que hoy se sella
 Y mi destino abandona.
 Yo te enlace á mi fortuna,
 Mas no, Fulvia, á mi desgracia.
- FULV. Soy valiente; tengo audacia (*Levantándose.*)
 Como tú; no hallo ninguna
 Desdicha que me acobarde:
 Fausto ó triste tu destino,
 Te seguiré en tu camino,
 De tu nombre haciendo alarde.
 ¡Tu socia soy!..... ¡tu instrumento!

¡Tu cómplice, si es preciso!.....
 Sé que sobre un volcan piso,
 Mas no desmaya mi aliento.
 Si me dices algun día
 Que para alzarte otra grada
 A la altura ambicionada
 Mi pecho bien te vendria,
 Te diré: — ¡sube veloz!
 Marcha á tu objeto derecho,
 Pisando sobre mi pecho,
 Mientras te aplaude mi voz! —
 Y si el que hermana me nombra
 Nublo en tu vida causára,
 Mi propia mano arrancára
 De tu camino esa sombra.
 Lo sé, Fulvia.

CATIL.

FULV.

Pero sabe

Tambien que soy exigente;
 Que á par del amor ardiente,
 Orgullo en mi pecho cabe.
 Quiero ser sola..... ¿lo entiendes?

CATIL.

Lo entiendo.

FULV.

No me darás

Rival ninguna jamas.

CATIL.

Con recelarlo me ofendes.

FULV.

— ¡Nadie y nada entre los dos!

CATIL.

Es cláusula del concierto.

FULV.

La primera; te lo advierto.

De tí, Sergio, de tí en pos;

Pero de tí solamente.

CATIL.

Es justo. — Toma este anillo,
 Que aunque es, oh Fulvia, sencillo,
 Le doy aprecio eminente.
 La nave en él esculpida
 Con notable habilidad,
 Demuestra la antigüedad
 De mi estirpe esclarecida.
 Del compañero de Enéas,
 Sergesto, mi abuelo altivo,
 Fué esta prenda.

FULV. La recibo.
 CATIL. Yo quiero que en ella veas
 Del pacto un gaje sagrado.
 FULV. Y ella me otorga un derecho
 Por el cual queda deshecho
 Todo vínculo pasado.
 No lo olvides; pues si alcanza
 A grande altura mi amor,
 ¡Aun pudiera ser mayor
 El vuelo de mi venganza!
 CATIL. Se acercan mis convidados,
 (*Entra Ismene.*)
 Y aquí está tu esclava griega.

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ISMENE.—LÉNTULO.—CETHEGO
 Y CURIO.

CATIL. (*Saliendo al encuentro de sus amigos.*)
 Bien venidos....
 LÉNT. ¡Salud!
 FULV. (*Bajo á Ismene.*) Llega.
 ¿Qué sabes?
 ISMENE. Depon cuidados:
 Dejan á Roma esta noche,
 Sin falta, Aurelia y su hijo.
 FULV. En cambio del regocijo
 Que me das, toma este broche.
 (*Se quita del manto uno de diamantes y se lo da.*)
 ISMENE. Otro aviso.—Storax se halla
 En esta casa.—Aunque listo
 Trató de huirme, lo he visto
 En esa pieza....
 FULV. Bien; ¡calla!
 CETH. (*Acercándose á Fulvia, mientras habla Catilina con Léntulo y Curio en voz baja.*)
 Hermosa Fulvia, salud.

- FULV. Llegue en buen hora Cethego.—
(*Siguen hablando.*)
- CATIL. ¿Tu recelas....
- LÉNT. No lo niego:
Me da el senado inquietud.
- CURIO. ¡Ja, ja!..... ¡Qué mandria!—Te ofrezco
Mi homenaje, Fulvia bella. (*Acercándosele.*)
- CATIL. (*Siempre con Léntulo.*)
Léntulo, fio en mi estrella,
Mas tu cuidado agradezco.
- LÉNT. De César no miro en claro
La decantada adhesion.....
Mas nos llega Capiton:
Sabrémos por él.....

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—CAPITON, y luégo UN ESCLAVO.

- CAPIT. ¡Uf!..... caro
Tu consulado me cuesta.
¡Cómo corro!..... ¡cómo grito!
- CATIL. Siéntate.
- CAPIT. (*Haciéndolo.*) Lo necesito.
Se va engrescando la fiesta.
- CATIL. Y ¿has visto á César?
- CAPIT. No.
- CATIL. ¡No!.....
- CAPIT. Mas sé que puedes contar
Con sus votos.
- LÉNT. ¿Y á cenar
Vendrá luégo?
- CAPIT. Lo ofreció.
- CATIL. Y yo he contado con él.
- CETH. ¿Qué hay de nuevo? (*Acercándose.*)
- CAPIT. Que el senado,
Como hormiguero pisado,
Se está moviendo en tropel.

- CURIO. Que se mueva poco importa :
Pero Cesar.....
- CATIL. Vendrá presto.
- ESCL. *(Entrando y dando una carta á Catilina.)*
Del noble Julio. *(Se va en seguida.)*
- CAPIT. *(Levantándose.)* ¿Qué es esto?.....
- LÉNT. *(A Catilina, que abre y lee para sí.)*
¿Se excusa?
- CATIL. En carta muy corta.
- LÉNT. Me lo esperaba.
- FULV. *(Que se aproxima.)* Tampoco
A mí me sorprende mucho.
- LÉNT. No me engaña, aunque es muy ducho,
- CURIO. ¡Vaya! ese César es loco.
(Catilina sigue pensativo, con los ojos fijos en la carta.)
- CETH. ¡Qué hombre!.....
- FULV. Ayer le preguntaba
Si por Sergio votaria,
Y eludiendo su artería
El responder, exclamaba :
—«¡ Catilina es un salvaje,
Que anhela destruirlo todo!»
- CATIL. ¿Sí?..... *(Con sonrisa amarga.)*
- CAPIT. ¿Se expresó de ese modo?
- LÉNT. Eso es decir — sin ambaje —
Que merece su eleccion
El plebeyo Marco Tulio.
- FULV. ¡Oh! no tal; que el noble Julio
Dijo tambien : — «Ciceron,
Aunque dan en ensalzarlo,
Me entusiasma poco ó nada;
Porque aquella alma apocada
Todo quiere conservarlo.
- LÉNT. Ese hombre, Sergio, te excede
En ambicion y en talento.
No puede ser tu instrumento.
- CATIL. *(Con acento profundo.)*
Mas ser mi víctima puede!

ESCENA VIII.

LCS MISMOS, y RULLO, *que entra apresurado. Luego UNA*
ESCLAVA, en traje de ninfa.

- RULLO. Señores, suceso grave.
 — ¡Nonio ha sido asesinado!.....
- CURIO. ¡De Sergio el amigo amado!.....
- CAPIT. Mas ¿quién.....
- LÉNT. ¿Cómo.....
- CETH. ¿Qué se sabe?
- FULV. ¿Qué dicen de un hecho tal?
- RULLO. Sólo que tan triste muerte.....
- CATIL. (*Con voz y ademán terribles.*)
 ¡Anuncia cuál es la suerte
 Del amigo desleal
 Que acepta mis confianzas
 Y merecerlas rehusa!
- LÉNT. }
 CETH. } ¡Cómo!.....
- RULLO. }
 CAPIT. } ¡Tú!.....
- FULV. (*Le oigo confusa.*)
- CATIL. ¡Son cual rayos mis venganzas!—
 (*Pausa y pavor general.*)
 ¡Mirad! sus guirnaldas Flora (*Mudando de tono y gesto.*)
 Viene risueña á ceñiros,
 Y con ello á preveniros
 Que es ya de cenar la hora.
- (*Entra la esclava representando á Flora, con guirnaldas para los convidados, y entre ellas una con ricas joyas—que Catilina presentará á Fulvia cuando lo indica el diálogo.*)
- CURIO. ¡Si! ¡fuera tristes ideas! (*Toma su corona.*)
- CETH. (*Haciendo lo mismo.*)
 ¡Huya la piedad mezquina!
- LÉNT. (*Tomando también corona.*)
 Siempre obra bien Catilina.
- RULLO. ¡Siempre! (*Toma su guirnalda.*)
- CATIL. (*A Fulvia.*) Acepta estas preseas.

CURIO. ¿Y no obsequia á los demas (*Festivamente.*)
El rey del festin?

CAPIT. Larguezas

Merecen nuestras proezas.

RULLO. Y no ha excedido jamas

A nuestro rey nadie.

LÉNT. Hermana

Munificencia y bondad.

CETH. ¡Hable, pues!

TODOS. ¡Hable!

CATIL. ¡Escuchad!

— Tiende el águila romana
Su vuelo, midiendo el mundo,
Que con sus alas sombrea;
Y rival del sol, otea
De Europa el suelo fecundo,
Que cortan bosques sombríos;
El Asia, de auras fragantes,
Con sus perlas, sus diamantes,
Con sus auríferos rios,
Sus púrpuras, sus pensiles,
Sus siempre poblados puertos.....
Y de África los desiertos,
Las minas y los marfiles.
Tantos dominios dos mares
Abarcar pueden apénas,
Y de entrambos las arenas
No exceden á los millares
De tributarios que cuenta,
De súbditos que amontona,
Bajo su inmensa corona
Aquella águila opulenta;
Ni á los monarcas que agitan
Sus bélicas veleidades,
Y al enjambre de ciudades
Que entre sus garras palpitan.
¡Y bien, amigos! — ¡Contad!
¡Somos seis! — Con fuertes brazos
Rompamos en seis pedazos
Todo ese mundo..... ¡y tomad!

- RULLO. ¡Viva el rey del festin!
- TODOS. ¡Viva!
- LÉNT. Ya sabes que el Asia quiero.
- RULLO. Yo á Italia y Roma prefiero.
- CETH. Opto por la Galia altiva
Y la Germania.
- CURIO. Yo España.
- CAPIT. Yo el África.
- CATIL. Convenido.
- FULV. Te muestras harto sufrido (*Bajo á Catilina.*)
Con esa codicia extraña.
¿Qué te dejan? Lo mejor
Su loca ambicion te quita.
- CATIL. ¡Procónsules necesita
De la tierra el dictador!
—¡Pronto á la mesa, señores! (*Alto á ellos.*)
- LÉNT. Tú el primero.
- CATIL. Juzgo urgente
Que permitais que me ausente.
Fulvia os hará los honores.
- LÉNT. ¡Cómo!.....
- FULV. ¿Sales?.....
- CATIL. Me es preciso.
- RULLO. ¡Pero esto es una traicion!..... (*Con tono festivo.*)
- FULV. (¡La recela el corazon!)
- CURIO. Decid si alcanza permiso.
- CETH. Te doy momentos escasos.
- CATIL. Me bastan.
- LÉNT. ¡Pues á la mesa!
- RULLO. Contamos con tu promesa.
- FULV. (Yo haré que sigan sus pasos.)
- CURIO. Te esperamos pronto.
- CATIL. Sí.
- LÉNT. ¡Adentro!
- CURIO. Fulvia presida. (*Alargándole la mano.*)
- FULV. Sí, Curio; muy complacida.
(*Se van todos por una de las puertas de la izquierda,—Fulvia volviendo la cabeza para lanzar á Catilina miradas recelosas.*)
- CATIL. ¡Carino! ¡yo vuelo á tí!
- (*Va á salir por donde ántes Storax, y se encuentra con Ciceron, que aparece por el fondo, al retirarse los convidados.*)

ESCENA IX.
CATILINA. — CICERON.

CICER. ¡Aguarda!

CATIL. *(Retrocede, y avanza Ciceron hasta colocarse en frente de él.)*

¡Ciceron!.....

CICER. *(Después de un instante de silencio.)*

Con duelo y pasmo

Fijo en tí las miradas; veo un hombre
Que pudiera alcanzar alto renombre
Y merecer de un pueblo el entusiasmo.
Un hombre que, al traves de odiosos vicios,
Aun deja ver su natural grandeza,
Y al que quiso colmar naturaleza
De sus más envidiables beneficios.

¡Y bien! ese hombre puede todavía
Ser de su patria honor. ¿La gloria busca?
Yo romperé la niebla que le ofusca;
Yo vengo á darle la verdad por guía.
¡Sí, Sergio Catilina! No á tí llego
Como adusto censor, como adversario
Que se opone á tu afán; vengo, al contrario,
A darte luz, porque caminas ciego.

CATIL. Es brillante el exordio, mas no alcanza
Su objeto mi razón; muéstralo claro,
Porque soy de mi tiempo muy avaro.

CICER. Haré que lo comprendas sin tardanza.
¿Quieres el consulado?

CATIL. Sí.

CICER. Conmigo

Cónsul serás mañana; mas primero
Un juramento de tu labio espero,
Y él solo de un rival te hará un amigo.

CATIL. Y ¿qué debo jurar?

CICER. Ser buen romano.

CATIL. Lo fuí desde el nacer.

CICER. ¡No, Catilina!

¡Sed de exclusivo imperio te domina,
Y yo te llamo á ser buen ciudadano!

- Los dos á la república debemos
 Grande, filial amor: los dos unidos,
 Y á bastarda ambicion no dando oídos,
 Por su gloria y su paz trabajaremos.
- CATIL. Yo por mi ruta marchó solitario,
 Y socios para el bien no necesito.
 Lo que ha de ser, los dioses lo han escrito.
- CICER. ¡Ciega tú mente orgullo temerario!
- CATIL. Veo muy claro.
- CICER. ¿Y me rechazas?
- CATIL. ¡Cierto!
- CICER. ¿Nada te vencerá?
- CATIL. Nada en el mundo.
- CICER. Mira, infeliz, que á orillas de un profundo
 Abismo pisas, que te aguarda abierto.
- CATIL. ¡Yo lo sabré cegar!
- CICER. ¿Qué anhelas?..... ¡dime!
- ¿Ser con Pompeyo general?..... ¡Te haremos!
- ¿Riquezas?..... ¡Las tendrás!
- CATIL. ¡Tales extremos!.....
- CICER. ¡Te muestran, Sergio, mi anhelar sublime!
 ¡Yo amo la libertad, yo amo la gloria,
 Y sé que las destruye la licencia;
 Sé que de la opresion la infame ciencia
 Busca por el desórden la victoria.
 Porque del mal en el postrer extremo,
 La sociedad — de muerte amenazada, —
 Recurso sólo encontrará supremo,
 Del dictador en la sangrienta espada.
 ¡Yo no lo quiero! — Yo á la tiranía
 No le abriré jamas nefaria senda.....
 Quiero que Catilina, el mundo entienda
 Que guerra haré sin tregua á la anarquía.
 Guerra al inicuo que adulando aleve
 Los más dañosos vicios y pasiones,
 En provecho de infandas ambiciones
 Pretenda insano revolver la plebe;
 Y que á la libertad — cual vil bacante —
 Ebria de sangre presentarnos quiera,
 Para que al mundo con su aspecto espante,

Y al fin ahogada en sus excesos muera.
 ¡Yo no lo quiero! ¡no! — Llegó el momento
 De cumplir cada cual su mision grave,
 Y — yo estoy cierto — la que á mí me cabe,
 Si no es marcar del siglo el movimiento,
 Es la de darle direccion.

CATIL.

No dudo :

Mas tú lo has dicho; tiene cada hombre
 Su mision que llenar..... que no te asombre
 Si al cumplimiento de la mia acudo.

CICER.

Te llamo á ser mi socio y aliado.

CATIL.

No: seré franco, Ciceron; escucha.

¡Hay dos principios en eterna lucha,
 Y uno solo á vencer está llamado!

CICER.

¡El que yo represento, — no lo olvides, —
 Es el orden, el bien!

CATIL.

Sostenlo fuerte

Con la anunciada guerra.

CICER.

¿Tú la pides?

¡Pues bien! guerra tendrás, ¡y guerra á muerte!

CATIL.

¡Ay de tí, Ciceron!

CICER.

¡Ay del que insano

Desgarrar quiere de la patria el seno!

CATIL.

De ese pavor fatídico me rio.....

CICER.

De esa loca ambicion miro el veneno,
 Y antídoto pondré.

CATIL.

¡Bien! yo me ufano

De que le pruebe Ciceron al mundo

Que es algo más que un orador fecundo.

CICER.

¡Le probaré que soy digno romano! (*Se va.*)

ESCENA X.

CATILINA, *y al final del acto* FULVIA *con* ISMENE.

CATIL.

¡Y bien! ¡no hay retroceso! ¡está empeñada
 La pugna colosal!..... — ¿Qué voz mezquina
 Aun murmura, en mi pecho recatada :
 — Tú eres tambien romano, Catilina?.....

¡ Virtud ! ¡ Libertad ! ¡ Patria ! Nombres vanos ,
¡ Huid de mí ! ¡ huid de mí ! ¡ Que el viento os lleve !
¡ La corona del mundo está en mis manos ,
Y el hijo aguarda que heredarla debe !

(Se lanza fuera, y en el mismo instante sale Fulvia con Ismene, y con ademán imperioso indica á ésta que siga á Catilina. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala modesta de la habitación de Aurelia. — Puertas laterales. — Al fondo la trampa que sirve de entrada á un pasadizo subterráneo, del cual sale Clinias al levantarse el telón.

ESCENA PRIMERA.

AURELIA. — CLINIAS. *La primera sentada cerca de una mesa en la que hay un cofrecito, que cierra.*

CLIN. *(Saliendo del subterráneo.)*
¿Hay algo más que bajar?

AUREL. Nada, sino el cofrecito
De mis joyas.

CLIN. Venga, pues.

AUREL. Mas ¿por qué llevas tú mismo
Los equipajes? Al siervo
Corresponde tal servicio.

CLIN. No es prudente descubrir
A otro alguno el pasadizo
Subterráneo, por el cual
Salir puedes sin peligro
De ser por nadie acechada.

AUREL. A tales horas partimos,
Que aún sin esas precauciones
Nada temo.

CLIN. No me fio
Yo, sin embargo, de nadie.
Todos los preparativos
Los hice solo, y abajo
Tengo ya los cofres listos.

AUREL. Al mirar cuánto te afanas,
Pobre Clinias, me contristo.

CLIN. Mas ¿por qué, Aurelia? ¿no soy
Tu esclavo tambien?

AUREL. ¡Qué has dicho!

¿Esclavo?..... no, noble anciano;
Eres de Aurelia el amigo.....
¡El solo amigo!..... y el padre
De un huérfano desvalido.

CLIN. No pienses que tenga á ménos
Mi esclavitud; me glorío
De servir á tal señora,
Y por eso solo estimo
La libertad que me has dado.

AUREL. ¿De mí, del pobre Carino,
Qué hubiera sido sin tí?
No tenemos otro arrimo
Que tú en el mundo.

(Enjuga algunas lágrimas que se desprenden de sus ojos.)

CLIN. *(Conmovido.)* Dejemos

Eso..... ¿para qué afligirnos?
En la marcha hay que pensar.

AUREL. ¡Cierto, Clinias!..... ¡Fugitivos
De Roma, en la noche oscura
Fuerza es salir, cual bandidos!

CLIN. Sí; no alcanzan tus virtudes
A desarmar al destino.

AUREL. Fueras, ¡Catilina! fueras
Con esta mujer impío,
Mudable, pérfido, ingrato,
Y el perdon de esos delitos
Te concediera mi pecho.
Mas ¡entregarle tu hijo
A mi rival inhumana!.....

¡Naturaleza su grito
Contra tí eleva!..... ¡El averno
Se espanta de tal designio!

CLIN. La tremenda acusacion,
Contenida en los escritos
Que anónimos te han llegado,
Rechaza, Aurélia, mi juicio.
Catilina es ambicioso,

Infel, duro, libertino;
Pero ¡pensar que se preste
A un horrible parricidio!.....
Debo dudarle.

AUREL. Hubo un tiempo
En que mi pecho sencillo,
Cual semi-dios le adoraba.
Si álguien se hubiera atrevido,
Clinias, á anunciarme entónces
El abandono en que hoy gimo,
¿Le diera asenso mi alma?
Y si al presente vacilo
En prestar crédito fácil
A los infaustos avisos,
¿No temeré con razon
Un desengaño tardío,
Cual aquel que estoy pagando
Con este llanto continuo?

CLIN. ¡Su propia sangre verter!.....
De pensarlo me horrorizo.
Pero, en efecto, se sabe
Que Sergio está decidido
A repudiarte; que Fulvia
Ejerce en él gran dominio;
Que descuella esa mujer
Por su fiereza y sus vicios.....

AUREL. Y que sus grandes tesoros
Para todo abren camino.

CLIN. Por desgracia razon tienes.....
De tu miedo participo.
¡Partamos!

AUREL. A mi hijo llama. (*Levantándose.*)

CLIN. Hasta con él he tenido
Reserva; de nuestra fuga
Ni una palabra le he dicho.

AUREL. Ya es forzoso que la sepa.

CLIN. Él corre aquí.

AUREL. ¡Pobre niño!

ESCENA II.

LOS MISMOS.—CARINO.

- CARINO. (*Corriendo á abrazar á Aurelia.*)
¡Venga un abrazo!—¿Qué es eso?
- AUREL. ¿Qué?.....
- CARINO. Parece que has llorado.
- AUREL. Te engañas, Carino amado:
Tranquila estoy.
- CLIN. Por supuesto;
Como siempre.
- CARINO. Parecia.....
¡Oh! ¡sí! ¡sí!..... que están tus ojos
—No me los ocultes—rojos
Por el llanto todavía.
- AUREL. Es verdad..... mas no te alteres.....
Fueron lágrimas..... de gozo.
- CLIN. La causó mucho alborozo
El saber lo asiduo que eres
En tus estudios.
- CARINO. ¡Pues no!
Quiero agradar á mi madre
Y ser digno del gran padre
Que el cielo me dispensó.
Ademas, desde que aquí
Vivimos, soy prisionero,
Y es Clinias un Argos fiero
Con sus cien ojos en mí.
Ahora bien; para matar
El tiempo en este retiro
A que forzado me miro,
¿Qué he de hacer, sino estudiar?
Claro está, preferiria,
Si supiera no enojarte,
Correr al campo de Marte
—Como en otro tiempo hacia,—
Y humillando la arrogancia
De más de un jóvenpreciado,

Lanzar el disco pesado
A respetable distancia.

CLIN. Lo que dice ejecutó. (*A Aurelia.*)
Fuerza tiene.

CARINO. En mí es de herencia.

Áun sueño con la ocurrencia
Que asombro en Roma causó.
¿Te la conté? (*A Aurelia.*)

AUREL. No recuerdo.

CARINO. ¡Ah!..... pues entonces, escucha.

— Era una tarde de mucha
Animacion.— Nunca pierdo
Su memoria.— En aquel día
De Marte en el Campo estaba
Toda Roma, y se tiraba
El disco con gran porfía.
El de Remo ponderoso
(Que á una columna sujeto,
Poniendo en todos respeto,
Gozó siglos de reposo)
Miraba el pueblo asombrado;
Y luégo—en tono burlon—
Invita al grave Caton
A que lo mueva esforzado.
Entraba en aquel instante
Mi padre en el campo; al punto
El filósofo el asunto
Toma de muy mal talante,
Y alto exclama:— ¡Catilina!
Tú, semi-dios de la plebe,
Ve si tu audacia se atreve
Al honor que me destina.
— Lo haré,— responde mi padre,—
Como á esos nobles romanos,
Mis iguales, mis hermanos,
Indicármelo les cuadre;
Porque no hay nada imposible,
Si un pueblo grande lo quiere.—
Apénas esto profiere,
Con entusiasmo indecible

Gritan todos :— ¡Bravo! ¡Viva!—

Mi padre, con faz serena,
Rompe entónces la cadena
Que al férreo disco cautiva.
Lo levanta..... el pueblo absorto
No se mueve, no respira;
Mientras él al Tíber mira
Por un momento muy corto,
Y con gigantesco brío
La mole inmensa lanzando,
Se la ve volar zumbando
A sepultarse en el río!

AUREL. Bien has narrado esa historia. (*Acariciándole.*)

CLIN. No hay detalle que descuide.

CARINO. ¿Cómo es posible que olvide
Lo que es de mi padre gloria?

AUREL. (*Procurando reprimir su llanto.*)

Tu amor filial mucho alabo.

CLIN. Pero ahora dentro, ¿qué hacías?
¿Dibujabas? ¿traducías?.....

CARINO. Una cosa y otra.

CLIN. ¡Bravo!

CARINO. Dos frisos del Partenon
Copio, y en breve momento
De Eurípides un fragmento
Traduje. (*A Aurelia.*) La invocacion
A la divina Dïana.

¿Quieres que te la recite?

AUREL. No sé si Clinias permite.....

CARINO. ¿Por qué no?

CLIN. Lo harás mañana,

Pues ahora se hace preciso

Partir..... (*Movimiento de Carino.*)

— Viaje de recreo,—

Que mucho te plazca creo,

Y así, no te andes remiso.

CARINO. ¡Partir!.....

CLIN. Con tu madre y yo.

CARINO. ¿Sin mi padre?.....

CLIN. Se halla ausente;

Lo sabes.

CARINO. Pero ¿es urgente
Ese viaje?

CLIN. Tal vez.....

AUREL. *(Turbada.)* No.

CARINO. Pues debemos de aguardar
La vuelta.....

CLIN. Tu madre ordena.....

CARINO. Mi madre siempre es muy buena, *(Acariciándola.)*
Y prefiere en todo dar
Gusto á su amante Carino.
¿No es cierto?

AUREL. Sí, dulce amor.....

Pero, no obstante..... es mejor.....

CARINO. ¡Otra vez llanto!

AUREL. *(Prorumpiendo en sollozos.)* ¡Oh destino!

CLIN. *(No puedo resistir más.)*

Ten, oh niño, compasion

De ese pobre corazon,

Al que destrozando estás.

CARINO. ¡Mi madre!..... ¡Dioses!..... ¡pues qué!.....

¿Qué sucede, madre mia?

¡Dilo, pues ves mi agonía!

AUREL. Nada..... nada..... partiré..... *(Entre sollozos.)*

Partirémos..... los tres solos.....

Tu padre, Carino..... ¡ay triste!.....

Tu padre.....

CARINO. ¿Qué? *(Con ansiedad creciente.)*

AUREL. ¡Ya no existe!

CARINO. ¿Ha muerto?

CLIN. *(¡Huyera á los polos!)*

CARINO. ¿Ha muerto mi padre?

AUREL. ¡Sí!.....

Para nosotros murió.

CARINO. ¿Cómo?..... ¿cómo?.....

CLIN. Seré yo

Siervo y padre para tí.

Sábelo ya de una vez,

Y que acabe este tormento.

CARINO. ¿Mi padre.....

CLIN. De oro sediento,
Sin justicia ni honradez,
Sólo merece tu olvido;
Siendo del mundo execrado
Por perjurio y por malvado.....

CARINO. ¡Silencio, esclavo atrevido,
O por Júpiter!.....

AUREL. ¡Carino!

CARINO. ¡Hablar con tal insolencia
De mi padre á mi presencia!.....

CLIN. Perdóname..... obré sin tino.

CARINO. ¡Si no fueras un anciano!.....

AUREL. Es mi amigo, y tu sosten.

CLIN. Perdona, repito.

CARINO. Bien.
¡Aléjate! (*Con ademan imperioso.*)

ESCENA III.

AURELIA.—CARINO.

AUREL. Nunca insano,
A ese noble viejo insultes.

CARINO. (*Vivamente y tomándole las manos.*)
— Y tú, Aurelia, los dolores,
Las desventuras que llores,
Nunca, por piedad, me ocultes.

AUREL. (¡Qué instante!)

CARINO. Sin más tardar
Háblame de Catilina.....
Tal vez mi mente adivina
Lo que aún quieres recatar.

AUREL. ¡Hijo mio! (*Dejándose caer desplomada en una silla.*)

CARINO. (*Corriendo á ella.*) ¡Aquí, en mi pecho,
Exhala tus quejas, madre!
¡De acusar al que es mi padre,
Tú sola tienes derecho!
¡Dilo todo!..... ¡nada, nada
Me calles!

AUREL. ¡Hijo infelice!.....
 ¡Harto este llanto te dice!.....
 CARINO. ¡Ah! ¡sí! ¡estás abandonada! (*Se abrazan llorando.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — CLINIAS.

CLIN. El esclavo portador
 De los escritos que sabes,
 — Y que fué mudo hasta ahora, —
 Pide con empeño hablarte.
 AUREL. ¡Ah! quizás averigüemos.... (*Levantándose.*)
 CLIN. Un hombre de buen talante
 Y embozado hasta los ojos
 Le acompaña.
 AUREL. Nuevos males,
 O acaso alguna esperanza,
 Vendrá piadoso á anunciarme.
 CLIN. Pues teme ser conocido,
 Sin duda noticias graves....
 AUREL. ¡Entren los dos!
 CLIN. No es prudencia....
 AUREL. Oculta á Carino ántes.
 CARINO. ¡A mí!
 AUREL. Conviene, hijo mio.
 CLIN. Peligros corres muy grandes.
 CARINO. ¿Y tú?.....
 AUREL. Por mí nada temas.
 Sigue á Clinias.
 CLIN. No distante
 Está el asilo mejor:
 Que esos escalones baje, (*Abriendo la trampa.*)
 Y allá dentro no haya miedo
 Que pueda encontrarlo nadie.
 CARINO. ¿Me persiguen?
 AUREL. Baja pronto;
 Lo sabrás todo más tarde.
 CARINO. ¡Un subterráneo!.....

CLIN. Luz hay
Allá dentro; no te espantes.
CARINO. ¿Tengo yo cara de miedo?
CLIN. Ya sé que no eres cobarde:
Véte, pues.
CARINO. (*A su madre.*) Bajaré poco,
Y con tal que la voz alcés.....
AUREL. Nada temas. (*Le da un beso.*)
CARINO. ¡Adios! (*Baja.*)
AUREL. ¡Cierra!
CLIN. ¡Si evitáramos el viaje!..... (*Cerrando la trampa.*)
AUREL. Ya esos hombres entrar pueden.
CLIN. A verlos vas al instante. (*Se va.*)

ESCENA V.

AURELIA, y luego CATILINA.

AUREL. ¡A este infortunio terrible
Volved, dioses inmortales,
Vuestras miradas benignas!
¡Oid las preces de una madre,
Que implora por su hijo único
Vuestras divinas piedades!
CATIL. ¡Aurelia! (*Entrando presuroso.*)
AUREL. ¡Oh cielos!..... ¡qué miro!.....
¡Catilina! (*En ademán de huir.*)
CATIL. ¡No te apartes
Sin escuchar mis acentos!
AUREL. ¿Qué esperanza aquí te trae?..... (*Con espanto.*)
Nada tienes que decirme;
Nada tengo que escucharte;
Y la víctima que anhelas
Buscan tus ojos en balde.
CATIL. Mi hijo reclamo; ¡mi hijo!
¡Oh! ni las sacrás deidades,
Del secreto en que lo escondas
Me impedirán que lo arranque.
AUREL. ¡Ah, monstruo! ¡qué! ¿no le basta

A ese tu pecho inconstante
 Sacrificar mi existencia
 Al logro de tus afanes?
 ¿Pretendes tambien que Fulvia
 Impune vierta tu sangre?.....
 ¿Quieres por víctima á un hijo
 En las aras de tu enlace
 Con una vil cortesana?

CATIL. ¡Aurelia!

AUREL. ¡Sí! ¡sé tus planes!
 ¡He sido á tiempo advertida
 De tu designio execrable!

CATIL. Te han hecho perder el juicio.
 ¿Es posible que no alcances
 A adivinar la enemiga
 Mano, que terrores tales
 Siembra en tu pecho? ¿Es posible
 Que el Catilina que amaste,
 Un monstruo á tus ojos sea?.....

AUREL. ¿Negar osas.....

CATIL. Soy culpable
 Contigo, y aquí no vengo
 De mis faltas á excusarme;
 Pero te pido el tesoro
 Que un tiempo me diste amante,
 Y sin el cual es el mundo
 Para mí yerto cadáver.

AUREL. ¡Ah! ¡no mientas!.....

CATIL. ¡Oye, Aurelia!

Acaso en estos instantes,
 De la tierra los destinos
 A decidir se preparen
 Los dioses; miéntras yo llego
 A tus plantas suplicante,
 Haciendo que mi ambicion
 Su voz poderosa acalle.

AUREL. ¡Sergio! ¡Sergio!.....

CATIL. Trae tu mano:

Toca este pecho, que late
 Con una esperanza inmensa,

Y acaso el tuyo se ablande,
Sintiendo en cada latido
Lo que te pide anhelante.

AUREL. Ese corazon ¡oh ingrato!
No es el que ha sido, ni se abre
Ya á los plácidos afectos.

CATIL. Acaso, Aurelia, te engañes.
Acaso— aunque no lo veas
Y de esa suerte le ultrajes—
Es el mismo que orgullosa
En otro tiempo aceptaste.....
El mismo que al recibir
De tus brazos maternos
Aquella prenda querida,
Sintió, de amor palpitante,
Que sólo dándote un cetro
Pudiera tal dón pagarte.

AUREL. ¡Ah!..... ¡qué dichosa era entonces!.....

CATIL. ¿Te acuerdas?— ¡Diez años hace!
Era una noche como ésta,
Serena, apacible y grave,
En que sólo se escuchaban
Suspiros de auras fugaces.
Después de horas de zozobra,
Todo era calma en los aires,
Y esperanza en nuestros pechos,
Y júbilo en nuestros lares.
Allá, junto á ebúrnea cuna
— En que el bellissimo infante
Su primer sueño dormía—
Yo, sin nunca saciarme,
De rodillas contemplaba
Sus facciones celestiales;
Mientras que tú, ya en olvido
Poniendo pasados ayes,
Con delicia me dictabas
Su nombre tierno y suave;
Vagando ufana sonrisa
Por tu pálido semblante.
AUREL. Si evocar, Sergio, pudieras

Memorias tan inefables,
Y allá de tu alma en el fondo
La vil traicion.....

CATIL. ¡ Ah! ¡ no acabes!

AUREL. ¡ Oh, no, dioses! no es posible
Que así el crimen se disface.....
¡ El no es ya de Aurelia esposo,
Pero siempre, siempre es padre
Del inocente Carino!

CATIL. ¡ Si tus ojos traspasasen
El antifaz que me cubre!.....
¡ Oh, Aurelia! quizás no tarde
El momento apetecido
En que todo se te aclare.
Mas ni ahora ni nunca dudes
De la ternura entrañable
Que consagro al hijo mio.
¡ Ah! tú no sabes, no sabes
Que no hay humana grandeza
Que me parezca bastante
Para ser la herencia suya.
No sabes que si aquí arde
Una ambicion infinita, (*Se toca el pecho.*)
No halla pábulo más grande
Que el inmenso amor paterno.
¿ Qué glorias habrá que alcancen
A dar á mi alma ventura,
Si seca sus manantiales
Aquel sacro sentimiento,
Al que otro no hay que se iguale?
¿ Qué es todo el mundo, si en él
No tengo un sér á quien ame?

AUREL. Dices verdad, yo te creo:
Nunca alcanzó ese lenguaje
La mentira..... tal perfidia
En pecho humano no cabe!
¡ Catilina! te perdono
Mis largos y hondos pesares,
Mis tristes y oscuros dias,
Mis vigiliass devorantes.....

— ¡Su padre mi hijo recobra,
Y eso me basta! — ¡Oh deidades,
Que escuchasteis compasivas (*Cayendo de rodillas.*)
Las plegarias de una madre,
Permitid que en estas lágrimas
De gozo, tributo os pague!
¡Aurelia!

CATIL.

AUREL.

¡Vén! ¡que Carino (*Levantándose.*)
Oiga á su padre y le abraze!.....

(*Va á llevar á Catilina hácia la entrada del subterráneo, y entra Clinias
al mismo instante.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—CLINIAS.

CLIN.

Lictores guardan tus puertas;
Pues Ciceron arrogante
Proclama que aquí está Sergio,
Y quiere por fuerza hablarle.

CATIL.

¡Ciceron!.....

CLIN.

(Al conocerlo.) ¡Ah! ¡Catilina!!

CATIL.

Entre Tulio;

Que no me oculto de nadie.

AUREL.

(A Clinias, que parece dudar.)

¡Obedece, Clinias! (*Se va Clinias.*)

— ¡Sergio!

Me asusto y tiemblo cobarde.

Ciceron..... esos soldados

Que guardan las puertas.....

CATIL.

Cálmate.

No comprendo por qué viene
Tulio á tu albergue á buscarme;
Pero su miedo me explica
El que llegue haciendo alarde
De fuerza. — Véte allá dentro,
Y tu alma el temor rechace,
Pues hombres cual Ciceron
No es fácil que se desmanden.

- AUREL. Mis inquietudes mitigas.....
 Pero haz que ese hombre se marche.
 CATIL. *(Llevándola hasta la puerta por donde se retira.)*
 Cuando me espera mi hijo,
 ¿Temes que el tiempo malgaste?

ESCENA VII.

CATILINA, y luego CICERON, armado.

- CATIL. ¿Qué quiere ese plebeyo envanecido,
 Y quién que me hallo aquí le ha descubierto?
 Este misterio á comprender no acierto,
 Y solo, inerme estoy..... desprevenido.....
 Mas ¡no importa! Mi nombre solamente
 Hace temblar á ese ánimo apocado.
 ¡Aquí está! — Ciceron, llegas armado
 Y con escolta de guerrera gente
 A este albergue tranquilo..... ¿Acaso amaga
 Grave peligro á nuestra patria augusta?
- CICER. *(Arrojando en torno miradas recelosas.)*
 ¡Lo temo, Catilina! Mas no asusta
 A un corazon leal traicion aciaga.
 ¡Ya lo ves! — Por doquier ojos y manos
 Tiene mi vigilancia. — Tú creías
 Que en misterio profundo te encubrias,
 Mas yo sé penetrar nieblas y arcanos.
- CATIL. Es una gran ventaja.
- CICER. En el que nombras
 Tranquilo albergue, ó plácido retiro,
 ¿Por qué con tal disfraz, Sergio, te miro
 Llegar veloz entre nocturnas sombras?
- CATIL. ¿Lo vienes á indagar?
- CICER. ¡Y pronto espero
 Dejarlo todo, á tu pesar, patente!
 No me engaña la calma de tu frente,
 Ni ese desden que finges altanero
 Mis pasos detendrá. — Sé que se trama
 Conspiracion profunda..... Que hay malvados,

- Que en lugares oscuros congregados,
Forjan siniestros planes.
- CATIL. (*Con gesto y tono de burla.*) Busca, llama,
— En medio de la escolta que te sigue, —
A esos conspiradores tenebrosos,
Por todos los rincones silenciosos
De esta odiosa mansion. — Nada te ligue
Esas manos activas; nada ofusque
Tus ojos penetrantes. — ¡Eh! ¿qué tardas?
¿Cuando tocas el triunfo te acobardas?
¡Que éntre esa gente! Que las armas busque
Que aquí se ocultan. — ¡Ya lo ves! ninguna
Llevo yo, Ciceron, que me defienda.
Deja patente, pues, la trama horrenda,
Hoy, que hallas ocasion tan oportuna.
- CICER. No aguarda tus consejos mi prudencia,
Y los lictores ya.....
- CATIL. Su jefe viene,
Y gran noticia acaso te previene.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. — EL JEFE DE LOS LICTORES.

- CICER. Y bien..... (*Saliéndole al encuentro.*)
- JEFE. ¡Señor! con suma diligencia
La casa toda recorrió mi gente;
Pero son vanas las pesquisas. Nada
Se pudo descubrir, y acongojada
A una mujer hallamos, solamente,
Y á dos inermes siervos.
- CATIL. ¡Ya lo escuchas!
Todos los conjurados que conspiran
Entre las sombras, y á tu pecho inspiran
Ese inmenso pavor, contra el que luchas,
¡Son, Tulio, dos esclavos y una dama!.....
¡Tu vigilancia y prevision pondera!.....
¡Ellas salvan á Roma! (*Suelta una carcajada.*)
- CICER. (*Al jefe de los lictores.*) Aguarda fuera.

ESCENA IX.

CICERON. — CATILINA.

CICER. Si el amor de esa Roma, que me inflama,
 Exaltando mi mente la condujo
 A infundado recelo, yo me ufano
 De que—ya libre del afan tirano—
 Pueda mi alma seguir más grato influjo.
 Sí, Catilina: aplaudo complacido
 —Ahora que pruebas contra tí no veo—
 Que el senado, cumpliendo mi deseo,
 Para llegar aquí me haya escogido,
 Trayéndote esta muestra señalada
 De cuanto estima tu talento y nombre.

(Le da un escrito, que Catilina recorre rápidamente, mientras le observa su interlocutor con mirada escrutadora.)

CATIL. *(Con acerbo sarcasmo.)*
 ¡No hay duda, Ciceron, eres un hombre
 De talento sublime!.....

CICER. *(Con irónica modestia.)* ¡Me anonada
 Ese tan alto elogio!.....

CATIL. *(Siempre con sarcasmo.)* ¡Sí; muy grande
 Gracia el senado me hace.... lo concedo!
 ¿Con qué justa razon quejarme puedo
 De que—lleno de honor—á Asia me mande?

CICER. Su absoluto gobierno te confiere,
 Que Pompeyo en persona ha de entregarte;
 Y para más probar que anhela honrarte,
 Que se apresure tu partida quiere.

CATIL. ¡Justo!

CICER. La nave en Ostia preparada
 A recibirte, con su aguda prora
 Ya te señala el Asia, y con la aurora
 Alzarse debe el áncora pesada.

CATIL. *(Con acento cada vez más acre.)*
 ¡Muy bien pensado!—Fuera de los muros
 De Roma, nadie puede ser electo
 Cónsul de Roma; queda sin efecto

La votacion.— ¡Oh Tulio! ¡son oscuros
 Vuestros designios generosos!.....
(Con explosion de cólera.) ¡Basta!
 ¡Basta ya de sufrir torpes manejos,
 Sospechas viles, pérfidos consejos,
 Insolencia procaz!— Todo se gasta,
 Y ya de mi prudencia habeis tocado
 El límite postrero.
(Rompiendo el escrito.) ¡Esto merece
 La gracia que tu acento me encarece,
 Y esta respuesta llevas al senado!

(Arroja á los piés de Ciceron los fragmentos del escrito.)

CICER. Estás en un error; cuando dispone *(Con calma.)*
 De sus hijos la patria, nadie tiene
 Derecho de decir si le conviene
 Obedecer ó no.

CATIL. *(Impetuosamente.)* ¡Qué! ¿Se me impone
 Como honor el destierro, y yo obediente
 Lo deberé aceptar?

CICER. Yo te prevengo
 Que á consultar tu voluntad no vengo,
 Sino á cumplir resolucion urgente.

CATIL. ¡Ah, te comprendo!..... ¡Para tal proeza
 Toda esa gente armada te acompaña?

CICER. Exacto juicio.

CATIL. ¡La invencion extraña
 Hace, por cierto, honor á tu nobleza!
 ¡La virtud de Caton, la alta justicia
 De Marco Tulio, brillan sin celajes!.....

CICER. Atiendo á la razon, no á los ultrajes.

CATIL. ¡En gran secreto á mi pesar me inicia
 Tu conducta!— ¡Sí, sí! ¡veo el respeto
 Que merecen las leyes, á esos hombres
 Que del orden y el bien los altos nombres
 Pronuncian sin cesar!

CICER. Yo te prometo
 Que de mi fiel amor les daré prueba
 A esas leyes que acato y que venero....
 Pero salvar la patria es lo primero,

Y la virtud mi decision aprueba.
 CATIL. ¿La virtud?..... ¡sí! ¡vuestra palanca! ¡En esa
 Palabra hueca os apoyais altivos!.....
 Y es un medio de accion; presta motivos,
 O pretextos más bien, á toda empresa.
 Mas lo que adustos denominais vicio,
 Es palanca tambien en hábil mano,
 Y á probaros su fuerza yo me allano,
 Minando vuestro sólido edificio.
 ¡Verémos si el poder de resistencia,
 —Que halla en todos los siglos Cicerones—
 Detiene los humanos turbiones
 Que al mundo arrollarán con su violencia!

CICER. ¡Cómo!..... ¿osarás.....

CATIL. (*Acercándose más, y con acento de profunda intencion.*)

Mil veces paseando

Por las calles de Roma bulliciosas,
 Viste sin duda, como yo, dos cosas
 Que—aunque opuestas—se van siempre chocando.
 Son la opulencia y la miseria suma;
 Hombres que arrastran púrpuras brillantes,
 Y hombres casi desnudos, mendigantes,
 Que un débil resto de existencia abruma.
 A los primeros con orgullo aclama
Patricios Roma, y se alzan á su cumbre:
 A la otra despreciada muchedumbre,
 En la libre ciudad *pueblo* se llama.
 Limosna le ofreceis los venturosos
 Que la fortuna espléndida acaricia.....
 Yo, que rico no soy, ¡le haré justicia!
 CICER. ¡No profanes con labios mentirosos
 Esa palabra augusta!

CATIL. ¡Yo al torrente

Que sordo brama, quiero dar salida,
 Y que esa sociedad, constituida
 Por hombres como tú, rompa rugiente!
 ¡Quiero escuchar de esa explosion el trueno,
 Que al mundo arrojará nuevos Titanes!
 ¡Quiero abrir los millones de volcanes
 Que de ese mundo hierven en el seno!

- CICER. (*Cruzándose de brazos.*)
Y cuando así destruyas cuanto existe,
En su lugar, ¿qué piensas levantar?
- CATIL. Lo veremos despues.
- CICER. ¡Cierto! el azar.
Puede ser muy fecundo. ¡Oh error triste!
¡Oh locura feroz, que jugar quiere
Con las leyes, los hombres, los imperios!.....
¡Catilina! ¡ya alcanzo los misterios
De tu esperanza! — ¡Y bien! condena, hiere
Instituciones y costumbres; mina
La sociedad por sus cimientos..... ¡bravo!
Los Titanes recuerdas; ¡yo lo alabo!
Pasiones y miserias pronto hacina,
Cual ellos montes, para alzarte al cielo.....
Tu suerte por la suya está anunciada,
Iluso destructor, que no ves nada
Desde la altura de tu horrible vuelo.
Encélado intentó lo que tú intentas,
Y — por celeste rayo derrocado —
Fué en el Etna su orgullo sepultado!
- CATIL. Júpiter serás tú, que ufano cuentas
Su victoria feliz; sosten la lucha
Que este moderno Encélado te ofrece,
¡Y se verá quién triunfa y quién perece!
- CICER. La duda de mi espíritu no es mucha,
Pues no al acaso la victoria fio.
¡Yo creo en una fuerza soberana,
De cuya esencia todo bien dimana,
Y de quien es eterno el poderío!
Ella al mundo moral, como al visible,
Sábias leyes dictó, cuyo quebranto
Jamás permite que se extienda á tanto,
Que de nuevo los hunda en caos horrible.
Aquel poder supremo en Roma puso
La corona del orbe, y él me ordena
A tus delirios dar término y pena,
Si la razón rehusas.
- CATIL. ¡La rehuso!
Puedes al Asia desterrarme.

CICER.

¡No!

Pensaba desterrar á un insensato;
Pero pues veo un monstruo.....

CATIL.

¿Qué?.....

CICER.

¡Le mato!

—Lo que me has dicho te repito yo.
¡Hay dos principios en perenne guerra.....
El bien y el mal, el órden y el desórden!
¡Antes que tus torrentes se desborden,
El bien y el órden salvarán la tierra!
¡Yo—que los represento—te confundo
A tí, mal y desórden! Cae vencido;
Porque, si hoy no te dejo destruido,
Mañana acaso destruirás el mundo!

CATIL.

¡Cómo! ¿sangre tambien es necesaria
A los hombres del bien?

CICER.

¡La que aquí corra,

Mucha tal vez al porvenir le ahorra!

CATIL.

(Deteniéndole, al acercarse Ciceron á la puerta por la que salió antes el jefe de los lictores.)

¡Tente, villano!—¡Accion tan temeraria.....

CICER.

¡Un instante te doy!

CATIL.

¿Ciceron toma

De vil verdugo el repugnante oficio?.....

CICER.

¡Le tributo al deber gran sacrificio!

CATIL.

¿Mancillando tu honor?

CICER.

¡Salvando á Roma!

ESCENA X.

CATILINA, y al final del acto, CARINO.

CATIL.

Esa ventana.....—¡Ah! ¡no! ¡brillan las lanzas
Debajo de ella!—Por la opuesta acaso.....

(Retrocediendo tambien, despues de abrirla.)

¡Gente tambien, y en número no escaso!

—Esta puerta! *(Forcejea hasta abrirla.)*

¡Ah!... tambien! ¡No hay esperanzas!

¡Lictores por doquier!—¡Me hallo cercado!

¡Aurelia! — ¡Llamo en balde! — ¡Es prisionera!
 — ¡Me ha cogido en sus redes, como á fiera,
 Ese cobarde y pérfido senado!

(*Con desesperacion y rabia.*)

¡Y ni un arma! ¡ni un arma! — Nada veo
 Que arbitrio me presente de defensa....
 ¡Asesinado, entre la sombra densa,
 El término al tocar de mi deseo!.....
 — Y no hay remedio. — ¡Oh dioses vengadores!
 ¡Se me escapa del mundo el poderío!
 — El momento llegó..... — Suenan rumores....
 ¡Quién me puede salvar?

CARINO. (*Apareciendo con una tea en la mano á la boca del subterráneo.*) ¡Yo, padre mio!

(*Catilina, con un grito de gozo, se lanza hácia su hijo, y en el momento de precipitarse ambos dentro del subterráneo, y aparecer Ciceron con los victores, cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala del templo de Telus en que se reúne el senado.— Doble hilera de asientos en semicírculo, y en el centro, algo más elevado, el de Ciceron.— Puertas al foro y laterales.— Es de día.

ESCENA PRIMERA.

FULVIA.—ISMENE. *Entrando ambas por la izquierda del actor.*

ISMENE. Señora, tus pasos sigo
Turbada. ¿Cómo penetras
En este recinto augusto,
Do sus graves conferencias
Suele tener el senado?

FULV. Para hallar francas las puertas
Del templo de Telus, basta
La grande amistad que ostenta
Por Sergio el gran sacerdote.
Pero, además, con la vénia
De Ciceron llego aquí,
Para entrevista secreta.

ISMENE. De lo que escucho me asombro,
Y no alcanzo.....

FULV. ¡Qué! tu lengua,
Tu misma lengua, ¿no ha sido
La que me anunció mi ofensa?
¿No viste, ¡di! con tus ojos,
Correr entre las tinieblas
De la noche, al vil perjurio
A la mansion de su Aurelia?
¿No sabes que fuí vendida
Por un esclavo?..... ¿que quedan

Mis afanes malogrados,
 Mis intrigas descubiertas,
 Mis proyectos destruidos,
 Mis esperanzas deshechas?

ISMENE. Catilina.....

FULV. En esa noche, (*Sin dejaría continuar.*)

En que la traicion perversa
 Pagaba de un siervo infame;
 En esa noche, en que — llena
 Su alma de antiguos recuerdos —
 Contando las horas lentas
 Sólo anhelaba volver
 A su ya rota cadena.....
 En esa misma, ¡oh Ismene!
 Su artificiosa elocuencia
 Mis celos adormecía
 Con mentirosas promesas.
 En esa noche, este anillo
 La suya puso en mi diestra,
 De una union apetecida,
 Cual firme y sagrada prenda.

ISMENE. Acaso.....

FULV. ¡Todo era engaño!

¡Todo mercantil empresa,
 En la que yo prodigaba
 Mi corazon, mis riquezas;
 Y en cambio se me volvian
 De ambicion palabras pérfidas!

ISMENE. No te niego.....

FULV. ¡Es otra! ¡es otra

La mujer á quien respeta!.....
 ¡La madre del hijo amado!.....
 ¡La esposa indulgente y tierna!
 ¡Yo soy la socia en el vicio,
 La cortesana opulenta,
 Que debe tener á orgullo
 Se le otorgue la apariencia
 De un efimero reinado!.....
 ¡La que — ufana con su afrenta —
 Paga con oro el placer

De que toda Roma sepa
Que es dama del hombre ilustre
Que alzarse á su trono espera!

ISMENE. Y ¿te propones.....

FULV. Probarle

Que la sangre de mis venas
No desmiento ; que no olvido
Que soy patricia soberbia ;
Si en mis amores liviana,
En mis rencores tremenda.

ISMENE. ¿Quieres.....

FULV. ¡Vengarme!

ISMENE. ¡Ah, señora!

FULV. ¡Perezca mi amor! ¡Perezca
La seductora alianza,
Que es ya de mi orgullo mengua!
¡Sépalo él!..... ¡Sepa al instante
Que soy su enemiga eterna!
¡Toma! ¡arrójale este anillo
A la faz! — ¡Mire y entienda
Que en donde cómplice busca,
Acusador sólo encuentra!

ISMENE. ¡Su anillo! ¡cómo!..... ¿Es posible
Que tan fácil le devuelvas
Joya que en tanto estimaste?

FULV. Quiero, Ismene, que él lo crea.....
Mas no olvido que esa alhaja,
Que ya nada representa
Para mí, siempre es el sello
De aquel hombre, que detesta
Mi corazon.

ISMENE. ¿Y con todo,
Que se la entregue me ordenas?

FULV. Te ordeno darle una joya ;
Mas poco mi alma penetras
Si presumes que, imprudente,
Hoy de un arma me desprenda
Que á cualquier precio pagára.
¡Mira!

(Mostrándole otro anillo igual al que antes dió á Ismene.)

ISMENE. ¡ Otro anillo !.....

FÚLV. Es perfecta
La imitacion que en tu mano
Tienes....

ISMENE. Sí.... ¡no hay diferencia!

FULV. Pues bien; tú vuelves la copia,
Y el original conserva
Mi rencor.... ¡puede servirle
De mucho, Ismene! (*Con gozo feroz.*)

ISMENE. ¿Qué intentas?.....

FULV. En la prision Mamertina
Tal vez hoy mismo se vea
De Nonio el crudo asesino,
Y entónces ¡ah! ¿quién me veda,
En nombre del caro esposo
Sacar de su asilo á Aurelia,
Enviándole esta señal
Que no permite sospechas?....

ISMENE. ¿Y á la rival que aborreces.....

FULV. Veré, Ismene, á mi presencia, (*Con sonrisa cruel.*)
En el lugar que yo escoja.
¡Oh!..... ¡mi pecho se enajena
Con esa esperanza!

ISMENE. El mio
Se espanta, señora, y tiembla
Al escucharte, aunque admira
De tu furor la grandeza.

FULV. Rumor oigo.—Vé á cumplir
Tu mision.

ISMENE. La falsa prenda
Será al instante entregada.

FULV. Tambien te mando que inquieras
Dónde se halla esa mujer
Y su hijo.— ¡Tal vez imperan
Ya en el palacio, en que anoche
Yo sola, Ismene, era reina!

ISMENE. Corro á indagarlo.

FULV. Es preciso
Que mis gladiadores sepan
Dónde se oculta Storax,

Y de vista no le pierdan.
 ISMENE. Ya los tengo prevenidos.
 FULV. Corre pues, no te detengas.

ESCENA II.

FULVIA.

El fruto de una union casta,
 La esposa de fama ilesa,
 Se han de ver bajo mis piés.....
 ¿Quién hay que salvarlos pueda?.....
 ¡En balde, Sergio, el imperio
 Del mundo tu ambicion sueña;
 Pues que el amor ofendido
 Para arrancártelo vela,
 Y ni el poder te permite
 De preservar de su fiera
 Venganza, los dos objetos
 Que haber recobrado piensas!
 ¡Oh! ¡sí! veo á Ciceron.
 ¡Némesis! ¡mi esfuerzo alienta!

ESCENA III.

FULVIA Y CICERON.

CICER. Fulvia, acudo á tu llamada. (*Entrando.*)
 FULV. Gracias..... gracias. (*Con agitacion.*)
 CICER. Pues tus letras
 Me anuncian que un gran servicio
 Hacer á la patria anhelas,
 Yo á tí te las debo, Fulvia,
 Y te las rindo sinceras.
 ¡Habla, pues! Muéstrame franca
 Los peligros que recelas
 Puedan amagar á Roma.
 FULV. No presunciones inciertas,

- Como tú, cómo el senado,
 Abrigo; tengo certeza.
- CICER. Sé que de hombres sospechosos
 Harto ¡Fulvia! te rodeas.....
 Que sus designios te fian.....
 Que con tus tesoros cuentan.....
 Mas sé también que circula
 Patricia sangre en tus venas,
 Y que á vil complicidad
 No es posible te resuelvas.
 Cumple, pues, el deber alto
 Que Roma te impone; expresa
 Cuanto en su daño se trama;
 Haz que un servicio te deba
 Que exija á su gratitud,
 Digna, grande recompensa.
- FULV. Ninguna quiero; me basta
 Vengarme de indigna afrenta.
- CICER. ¡Cómo!..... ¿Acaso Catilina.....
- FULV. ¡Ciceron! ¡quiero que muera!.....
 ¡Sin honra..... en cadalso infame!.....
- CICER. ¡Dame pruebas! ¡dame pruebas!
 Yo no ignoro de aquel monstruo
 Las espantosas ideas.....
 Sé que un suplicio merece;
 Pero lo salva su estrella
 De los secretos castigos,
 Y para públicas penas
 No bastan indicios vagos
 Ni acusaciones ligeras.
- FULV. Las que hoy lance contra él
 Sostendré, fuerte, serena,
 Ante el cielo, ante el senado,
 Ante el mundo!
- CICER. Y ¡qué! ¿pudieras
 Probar que aquel hombre audaz
 Preside, entre sombras densas,
 Una gran conjuración?
 ¿Puedes probar que se atenta
 A la libertad de Roma?

- FULV. Probaré más : que revueltas
Cien provincias — por amaños
Que Ciceron ni aún sospecha —
A secundar se preparan
La vil traicion : que sedienta
De sangre, ruje la plebe,
Ya señalando sus presas :
Que el ejército de Manlio
Ya alza rebelde bandera ;
Y los agudos puñales ,
Que desnudos centellean ,
Hácia este sacro recinto
Ya por millares se asestan.
- CICER. ¡ Ah ! no abultaba mi ánimo
La verdad triste y sangrienta.
¡ Fulvia ! corro á convocar
Al senado, y que sostengas
Tus graves revelaciones
Ante la augusta asamblea ,
Te exijo.
- FULV. Sí ; pronta estoy.
- CICER. No cansaré tu paciencia,
Y á Probo dejo encargada
Tu custodia ; nada temas. (*Se va.*)

ESCENA IV.

FULVIA, *sola.*

¡ Hecho está !..... ¿ Por qué te oprimas ,
Corazon ?..... ¿ Por qué te hielas ?.....
¡ Me engañaban !..... ¡ me vendian !
¡ Y bien ! ¡ yo vengo mi ofensa !
No cabe arrepentimiento
En mi odio..... no cabe tregua.
¡ Que acuda pronto el senado !.....
¡ Que la acusacion tremenda
Oigan todos por mi voz !.....
¡ Que pronuncien la sentencia

Del ambicioso perjuró,
Y Fulvia aplaudirla pueda!

ESCENA V.

FULVIA.—CATILINA. *Este entrará en la escena al comenzar Fulvia la penúltima cuarteta de la escena anterior, y se colocará junto á aquélla en el momento en que termina su monólogo.*

CATIL. ¡Podrás! ¡no dudes!

FULV. (Con grito de sorpresa.) ¡Ah!.....

CATIL. Ufana

Gózate en esa proeza,
Tan digna de la nobleza
De una patricia romana.
¡Es noble, grande victoria,
El deshonnar, Fulvia, al hombre
Que quiso darte su nombre,
Que te asociaba á su gloria!.....
Anunciando esa esperanza
Me devuelves este anillo,
En que mi pecho sencillo
Miró un gaje de alianza;
Y yo acudo á tu deseo,
Para que al gran Ciceron,
Después de la delacion,
Puedas presentarle el reo.

FULV. ¡Bien en tus labios parece (Con amargo sarcasmo.)

La queja!..... ¡Tu alma leal
De esta mujer criminal
Poco la mengua encarece!
¡Oh perjuró! ¿Lavaria (Con explosion de cólera.)
Tu sangre, exprimida á gotas
De todas tus venas rotas,
La cobarde alevosía
Que cometiste conmigo?.....
La más horrible venganza,
¿Presumes, Sergio, que alcanza
A darte el justo castigo?

Los tormentos que he sufrido
 En esa noche fatal,
 Que á los piés de mi rival
 Y junto al hijo querido,
 De mi fe se burlaria
 Tu pérfido corazon,
 ¿Hallarán expiacion
 En tu tremenda agonía?.....
 ¡Basta! Tanta ceguedad
 Y tan injustos furores,
 No te hago que al punto llores
 Porque me inspiras piedad.
 — Conserva tu error; conserva
 La conviccion de mi crimen.....
 Los celos que ahora te oprimen,
 Y esa saña injusta, acerba,
 Que pide la sangre mia,
 Te hacen quizá ménos daño
 Que te hiciera el desengaño
 Que aquí lanzarte podria.
 ¿Tú?..... ¡mientes!

CATIL.

FULV.

CATIL.

FULV.

¡Miseria! *(Con tono de compasion.)*

¡Es tarde

Para negar la evidencia!
 ¡De tu engañosa elocuencia
 En vano hicieras alarde!
 ¿Qué..... qué puedes alegar
 En tu defensa, traidor?
 Nada.— Guarda tu rencor.
 No me vengo á sincerar.
 — Soy culpable en sumo grado,
 Porque impedir he querido
 Ver tu nombre maldecido
 Y ver mi honor mancillado.
 Debí, de tu imprevision
 Imitando el triste exceso,
 Dejar que me hundiera el peso
 De más grave acusacion
 Que aquella que aquí me amaga.
 ¡Oh infeliz! ¡qué! ¿no sabías

CATIL.

El fruto que cogieras
De una imprudencia aciaga?
¿No miraste que un puñal,
Con que á los dos nos hiriera
En venganza justa y fiera,
Le dabas á tu rival
Tú misma?.....

FULV.

¡Yo!.....

CATIL.

¡Tú, que insana

Un crimen me atribuías
Del que cómplice te hacías;
Sin recelar que mañana,
— Cuando el triunfo por que lidio
Coronára mi ambicion —
Me hiriera la acusacion
De un vil plan de parricidio!.....
¡Sin ver que armas contra mí
Anhela el senado hallar,
Y que una le ibas á dar
En tu ciego frenesí!.....
— Tú, que, en daño de tí propia,
Patrocinabas la huida
De una mujer ofendida,
Que los rencores que acopia
Llevaba ¡Fulvia! consigo.

FULV.

(¡Ah!.....)

CATIL.

¡Tú, sí! ¡tú, que demente

Mandabas aquel presente
Al crudo bando enemigo!

FULV.

¿Pues qué..... *(Con creciente turbacion.)*

CATIL.

Llamado con prisa

Se acerca á Roma Pompeyo,
Y aún se dice que Petreyo
Ya de Ostia las playas pisa.

FULV.

¿Y ellos.....

CATIL.

¡Eran la esperanza

De Aurelia, que á ellos corria,
Y que por Fulvia tenía
Hartos medios de venganza!

FULV.

¿A ellos iba?.....

CATIL.

¡Y ellos son

Mis adversarios crueles,
Y los protectores fieles
Del senado y Ciceron!

FULV.

¡Sergio! (*Agitada y dudosa.*)

CATIL.

Tú, tú nos perdias,

Ciega por celos fatales;
Y mis hechos criminales,
Mis negras alevosías,
Son, Fulvia, haber impedido
De tu funesta locura
La consecuencia segura.

FULV.

(¿Qué dice?) (*Más y más turbada y seducida.*)

CATIL.

¡Puse en olvido
Que era tu pecho inconstante;
Que era mi estrella traidora.....
Y que hallarte acusadora
Pudiera, al buscarte amante!

FULV.

¿Aurelia..... Aurelia?.....

CATIL.

Está léjos

De Roma, en hondo retiro.....
Ya la victoria á que aspiro
No impedirán los manejos
De los hombres que explotar
Pudieran su ódio sañudo.....
¡Pero el tuyo, que es más crudo,
Aquí me viene á premiar!

FULV.

(*Con extrema perturbacion.*)

¡No es cierto..... no! ¡tú me engañas.....
Tú me engañas, Sergio! — ¡Ausente
No está Aurelia..... no! ¡Desmiente
Esas noticias extrañas!
¡Desmíentelas!

CATIL.

No las creas,
Si ellas turban tus furores.

FULV.

(*Viendo entrar á Ismene.*)

¡Ah! ¡yo las tendré mejores!.....

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ISMENE.

FULV. (*Corriendo hácia Ismene y asiéndola por un brazo con mano convulsa.*)

¡Habla, Ismene!

ISMENE. ¿Qué deseas?

FULV. ¡Esa mujer..... su hijo..... dime,
Dime al punto dónde están!

ISMENE. (*Como dudando hablar delante de Catilina.*)

¿Me ordenas.....

FULV. ¡Mira el afán

Que mi triste pecho oprime!

¡Habla!

ISMENE. De Roma han salido

Los dos, al romper la aurora.

FULV. ¿Adónde?..... ¿adónde?.....

ISMENE. Se ignora;

Sólo inquirir he podido

Que los manda Catilina

De Roma á distancia mucha.

FULV. (¡Ah!..... ¡no mintió!.....)

CATIL. Pues escucha

Ya Fulvia que no es mezquina

Invencion cuanto aquí dije,

Nada que añadirle tengo.

¡Adios! (*Hace ademán de salir.*)

FULV. ¡Sergio!.....

CATIL. ¡Te prevengo,

— Mi orgullo, Fulvia, lo exige,—

Que nada nos liga ya! (*Va á salir, y ella lo detiene.*)

FULV. ¡No un instante me rehuses!.....

CATIL. (*Desprendiéndose de sus manos.*)

Volveré cuando me acuses.....

¡Adios, hasta entónces!

FULV. ¡Ah!

¡Tente, Sergio, por tu vida!

CATIL. A tus furores la entrego.

FULV. ¡Por mi amor!.....

CATIL. ¡Murió su fuego!

FULV. ¡Por tu suerte!.....

CATIL. ¡Está cumplida!

(Va á salir, y Fulvia se arroja en brazos de Ismene.)

FULV. ¡Ah!!.....

ISMENE. (A Catilina, que se ha detenido al umbral de la puerta, desde la cual mira á Fulvia con sonrisa de triunfo.)

¡Señor! compadecer

Debes su mísero estado.

CATIL. (Mi objeto queda alcanzado :

Nada tengo que temer.)

ESCENA VII.

FULVIA.—ISMENE.

ISMENE. ¡Fulvia!..... ¡Señora!.....

FULV. ¿Qué hice?.....

¡Oh Ismene!..... ¡celos tiranos!.....

¿Adónde me han conducido!.....

ISMENE. ¿Te arrepientes?

FULV. ¡Fué turbado

Mi juicio!..... ¡demente estuve!.....

—¡Tal vez no.....! Nuevos engaños

Tal vez me cercan..... ¡Tal vez

De mí se burla el ingrato!

Pero ¿qué importa?..... ¿Qué importa,

Si aún criminal, yo le amo?

ISMENE. ¡Señora!.....

FULV. Lleno de horror

Me huye, Ismene, y yo me causo

Tambien horror á mí misma.

En mi furioso arrebató

Nada miré..... Por indicios

Dudosos, y aún quizá falsos,

Vendí al que adoro..... ¡Vendí

Al que tal vez soberano

Fuera mañana del mundo!

- ISMENE. Comprendo tu duelo amargo;
Pues si Sergio está inocente....
- FULV. Si no lo está—por mi mano,
Por mi propia mano debo
Sin compasion castigarlo;
¡Pero venderlo traidora!.....
¡No!..... ¡no lo hice!..... ¡lo he soñado!.....
¡Dímelo!..... ¡dime que fué
Todo aquello un sueño infausto!
- ISMENE. Yo espero que habrá remedio,
Señora. Si aún no has hablado
Con Ciceron....
- FULV. ¡Calla! ¡calla!.....
- ISMENE. ¿Tu tiembles?.....
- FULV. Quiero salvarlo....
¡Y aquí pronto..... aquí verás
A ese enemigo senado,
Que corre á buscar su presa!
¿Qué hacer, dioses!.....
- ISMENE. Suenan pasos.
- FULV. ¡Ah!..... ¡Marco Tulio!..... ¡Esos hombres!.....
¿Por qué no me hundo en el báratro?
- ISMENE. Si huir Probo nos permite....
- FULV. ¡De mi custodia encargado
Lo dejó el cónsul fatal!.....
Pero él llega..... ¡oh! ¡vén! ¡huyamos!
- (Se van las dos por donde salieron á la escena al principio del acto.)*

ESCENA VIII.

CICERON.—LÉNTULO.—CETHEGO y OTROS
SENADORES.—LICTORES *al fondo.*

- CICER. No extrañéis que en este dia,
En que el gran pueblo romano
A sus cónsules elige,
Os llame del campo Marcio
Con afan, padres conscriptos;
Pues es grave, extraordinario

El motivo.

LÉNT.

Si es que existe,
O el cónsul lo sueña acaso.....

CICER.

¡Pluguiese, Léntulo, al cielo,
Que fueran riesgos soñados
Los que amenazan á Roma!

CETH.

Si otros hay, muéstralos claro.

CICER.

¡Harto sabeis qué pavora,
Qué horror embarga los ánimos!.....
En nuestra augusta asamblea,
En todo el pueblo sensato,
Se habla há tiempo de traiciones
Ocultas, de un plan nefario
Que se combina entre sombras,
Y que es cual horrible vasto.
Mucho con vagos rumores
Ya se ocupó del senado
La atencion.

CICER.

Mas hoy, Cethego,
Hay más que rumores vagos.
Hay que la voz popular
— Esa voz que ya tan alto
El peligro nos denuncia
Que está corriendo el Estado—
Viene á apoyar un testigo,
Que ofrece terribles datos.
¡Un testigo!.....

LÉNT.

CICER.

Para nadie
¡Padres de Roma! es arcano
Que cual jefe de la inmensa
Conjuracion, señalado
Por todos es un patricio,
Cuyo nombre causa escándalo.
En vuestra digna prudencia
Medio hallasteis de alejarlo
Con el decoro debido
A su clase; pero escarnio
De vuestros sacros decretos
Se atrevió á hacer temerario.

(*Movimiento en el senado.*)

Quizá el averno protege
 Su vida, pues aún borrados
 De nuestra mente no están
 Hechos insignes, que aplaudo,
 Mas que imitar no he podido.
 ¡Sí! mató á Tiberio Gracco
 Publio Scipion, y no era
 Tan peligroso y culpado
 Aquel motor de la plebe,
 Como el hombre que hoy señalo.
 Tambien de Spurio en la sangre
 Tiñó Servilio sus manos.....
 Y aún no faltan de esos hombres,
 Que ardiendo en el amor patrio,
 Rinden grandes sacrificios
 A Roma.—No están exhaustos
 De noble esfuerzo los pechos,
 Ni están inermes los brazos.
 —¡Pero aún vive Catilina!.....
 ¡Vive..... porque encuentra amparo
 En las furias infernales,
 Que á la tierra le arrojaron!.....
 Nada más debo deciros,
 Padres conscriptos.—Si á salvo
 De mi justicia se encuentra
 Catilina, el grave fallo
 De la vuestra nada puede
 Detener, y á darle os llamo!
 Pruébese el crimen.

LÉNT.

CETH.

Sí; pruebas

Que justifiquen los cargos
 Que resuenan sin cesar
 En este recinto sacro.

LÉNT.

Y que hieren á un patricio
 Que en este momento acaso
 Proclama el pueblo de Roma
 Su cónsul.

CICER.

¡Yo lo rechazo
 De esa silla augusta!

LÉNT.

¡Cómo!.....

- CICER. ¡Derechos de ciudadano
No conservan los traidores!
- CETH. Cuando está el crimen probado.
- LÉNT. ¿Quién acusa? ¿en dónde está
El testigo que esperamos?
- CICER. Ni á Caton ni á César veo;
Pero tu anhelo complazco
Sin más tardar. (*A los lictores.*)
¡Que el testigo
Presente Probo! — A escucharlo
Vais al punto, senadores.
(*Ocupa su asiento, y cada senador el suyo.*)
- CETH. (Disimula..... estás turbado.) (*Bajo á Léntulo.*)
- CICER. Fulvia, romana patricia,
E iniciada en los arcanos
De la gran conjuracion,
Es la que acude — escuchando
De su conciencia el consejo —
La vil trama á revelaros.
- LÉNT. (¡Fulvia!.....)
- CICER. El grave testimonio
Que van á prestar sus labios,
Os hará ver lo eminente,
Lo terrible y lo cercano
Del peligro que amenaza
A la patria. — ¡Oh! ¡sí! pisamos
Los bordes de un hondo abismo.....
Pero ya contemplo ufano
Vuestra noble indignacion,
Y yo espero, yo afianzo,
Que en ese abismo que ahondan
Encontrarán los malvados
Su propia tumba. — ¡Sí, dignos
Padres de Roma! ¡ha llegado
El momento de probarle
Que por su gloria velamos,
Y de nuestra alta justicia
Sólo al sentir los amagos,
Huirá — lleno de pavora —
El criminal insensato,

Encubriendo su vergüenza
Allá en confines lejanos!

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—CATILINA.

CATIL. No teme ni huye. (*Apareciendo cerca de Ciceron.*)
(*Movimiento en el senado.*)

LÉNT. (¡Qué miro!.....)

CATIL. ¡Con faz serena á tu lado
Viene, Tulio, á confundir
Al que se atreva á acusarlo!

CICER. (*Que se ha puesto en pié á la aparicion de Catilina.*)
¡Tú!

CETH. (¿Qué intenta?.....)

CATIL. Salgan pronto,
—Yo á responderles me allano,—
Salgan pronto cuantos quieran
Dar testimonio en mi daño.
¡Yo los reto, los provoco,
Y aquí á todos los aguardo!

CICER. (*Siempre de pié, como Catilina.—Los otros senadores sentados.*)
No te harán que esperes mucho,
Y hablarás, Sergio, más bajo
Al hallarte á su presencia.
—¡Hé aquí á Fulvia!

ESCENA X.

LOS MISMOS.—FULVIA, *conducida por los LICTORES.*

LÉNT. (¡Estoy temblando!.....)

CATIL. ¡Y bien! ¡Hable!

CICER. Cual pediste,
Te encuentras ante el senado,
Noble romana. ¡Él te escucha!

FULV. —¡Yo!..... ¡yo aquí!..... (*Con extrema agitacion.*)

CICER.

Tu sobresalto

Calma y tus deberes cumple.

La patria, el objeto caro

De todo romano pecho,

Tu voz espera, y te mando

Yo, en su nombre, que reveles

De Catilina y de Manlio

Las negras maquinaciones.

CATIL.

¡Dilo todo! (*Fascinándola con su mirada.*)

CICER.

¡Todo!

FULV.

(¡Oh bárbaros!.....)

CATIL.

¿Qué te detiene?

CICER.

¿Qué esperas?

FULV.

No os entiendo.

CICER.

¡Cómo!.....

FULV.

¿Qué hago

En este sitio?..... ¿Qué quieren

De mí esos hombres tiranos?.....

CICER.

(*Con asombro y agitacion.*)

Tus graves revelaciones.....

FULV.

¡Nada dije!..... ¡nada!..... ¡es falso!

CICER.

¡Fulvia!.....

FULV.

Dejadme salir.....

Fueran los esfuerzos vanos.....

Nada que deciros tengo.

CICER.

¡Fulvia!.....

FULV.

Fiel á tu mandato,

Me retuvo el sacerdote,

Y aquí vengo — mal mi grado —

Por lictores conducida;

Mas mi libertad reclamo.

No espereis por el terror

Someter mi pecho flaco.

CICER.

¡Miserable!.....

CATIL.

(*Cruzado de brazos y con sonrisa desdeñosa.*)

¿No hay adentro

Acusador ménos raro?

LÉNT.

El que aquí se halla presente, (*Levantándose.*)

¿Puede afirmar que es extraño

A cuanto el cónsul pregunta?

FULV. A todo.

CETH. . ¿No es acusado (*Tambien de pié.*)
Por tí Sergio Catilina?

FULV. ¡Yo su inocencia proclamo!—
(*Silencio de asombro.*)

CATIL. Llame el cónsul más testigos.

CICER. (*Lanzándole una mirada terrible.*)

—¡Basta ya!—¡Todo lo alcanzo!

(*Hace seña á los lictores de que se lleven á Fulvia, y es obedecido. — Léntulo y Cethego vuelven á ocupar sus asientos. — Sólo Ciceron y Catilina permanecerán de pié. — Momento de silencio.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, ménos FULVIA y LOS LICTORES. *Éstos vuelven á aparecer luégo al fondo.*

CICER. ¡Hasta cuándo, hasta cuándo, Catilina,
Te burlarás de la paciencia nuestra!.....
¡Hasta cuándo veré tu astucia diestra,
Que el averno sin duda patrocina,
Escarnio hacer de la justicia santa!.....
¡No alcanzan, no, tu audacia y tu fortuna,
Aunque en mi daño todo se reuna,
A encubrir la verdad que nos espanta!
Logras que acento acusador te abone,
Porque de seducir tienes la ciencia;
Mas de cada romano en la conciencia
Se alza otra voz, que contra tí depone.
Si este reprobador silencio entiendes,
Con elocuencia muda te confunde.
Si afuera sales, del horror que infunde
Tu solo nombre, en vano te defiendes.
¿Y no basta?..... ¿no basta?..... ¿Tus delitos
Piden más evidencia? ¿Aguardar osas
Que tus maquinaciones tenebrosas
Denuncie el universo con sus gritos?.....
¿Y vienes á este sitio ¡Catilina!
Y aún aquí giran tus sangrientos ojos,

Las víctimas contando, los despojos
 Que ya á la muerte tu furor destina?...
 ¡Sal, desdichado! ¡Sal del venerable
 Recinto, que profana tu presencia!
 ¡No esperes que por pública sentencia
 Te se declare al fin monstruo execrable!
 ¡Huye á confin remoto con tu gente,
 Léjos de la ciudad que te maldice!
 ¡Huye sin dilacion! ¡huye, infelice!
 ¡Y exhala allá tu aliento pestilente!
 CATIL. Calla el senado á tu clamor insano,
 Y él sólo puede desterrarme. Él sabe,
 —Y te lo prueba en su silencio grave—
 Lo que merece un consular romano.
 ¡Qué! yo patricio.... yo, que cien abuelos
 Ilustres cuento, de la patria gloria....
 Yo, deslustrando su inmortal memoria,
 ¿Cifraré mi ambicion y mis anhelos
 En destruir á Roma, que es mi cuna,
 Cuando ostenta de patria amor sagrado
 Un Ciceron..... un noble improvisado,
 Que no heredó al nacer gloria ninguna?....

(Sensacion de disgusto en el senado.)

CICER. ¡Sí, ninguna heredé! ¡Yo lo proclamo!
 En mí la gloria de mi estirpe empieza,
 Y el brillo de la tuya y su nobleza
 Se han acabado en tí.

LÉNT. *(Levantándose.)* ¡Basta! reclamo
 Del senado atencion, y le suplico
 Se digne declarar por terminada
 Esta contienda indigna y desusada.
 ¿Qué está pasando aquí?—¡No me lo explico!
 Se nos anuncia acusacion tremenda
 Contra uno de nosotros, y no veo
 Acusador que nos señale al reo.
 Pido, pues, que al instante se suspenda
 La ya inútil sesion, y sin desdoro
 El que fué sospechado libre salga;
 Pues aunque estimo á Tulio en lo que valga,
 Nada de Sergio se amenguó el decoro.

- CETH. (*Levantándose tambien.*)
 ¡Sí! salir puede, y con su fama indemne.
 CICER. ¡Contra esa injusta indemnidad protesto!
 LÉNT. ¿Pretende Ciceron.....
 CETH. ¿Su odio funesto
 Osa estallar en junta tan solemne?
 CICER. ¡Ese hombre es criminal, es ominoso
 A la patria!
 CETH. ¡Las pruebas necesito!
 LÉNT. Más que la voz del miedo pavoroso,
 Piden las leyes, la justicia, el uso.....
 Si Sergio es criminal, ante el senado
 Debe quedar su crimen demostrado.
 CATIL. ¿Quién es mi acusador?
 CICER. (*Descendiendo de su asiento.*) ¡Yo! ¡yo te acuso!
 ¡Yo ante el senado y Roma te declaro
 De la patria enemigo!
 (*Todos los senadores se ponen en pié.*)
 LÉNT. ¿En qué se funda
 Ciceron para hacerlo?
 CETH. ¡Que confunda
 Al criminal, con testimonio claro!
 CATIL. ¡Pruebas pide el senado!

ESCENA XII.

LOS MISMOS.—LUCIO SENIO, *que se precipita en medio del senado, llevando en la mano una carta, que presenta en seguida á Ciceron.*

- LUC. SEN. ¡Aquí está una!
 CICER. ¡Ah!!.....
 LUC. SEN. De un romano consular el sello
 Autoriza ese escrito.
 LÉNT. (*¡Acaso Mello?.....*)
 (*Pausa y atencion. Ciceron lee.*)
 CICER. «Haz que el senado augusto se reuna,
 » Y ante él declara — con solemne acento —
 » Que en Fésulas, do estoy, ya sin recato
 » La rebelion se muestra. — Un hombre ingrato,

» Que en la curia sagrada tiene asiento,
 » Por todos los infames conjurados
 » Es proclamado jefe. Manlio aleve,
 » Que el pendon de la guerra á alzar se atreve,
 » Y que á los buenos tiene consternados,
 » Ya se aproxima á Roma, siendo el grito
 » De toda su legion rebelde y fiera,
 » — ¡A saco Roma! ¡y que el senado muera!»

(*Gran sensacion.*)

LUC. SEN. De la verdad respondo de ese escrito.

CETH. ¡Yo conozco á su autor, y lo desecho!

LÉNT. No veo en él nombrado á Catilina.

CATIL. ¡Es tal acusacion vaga y mezquina!

CICER. De otro modo la estimo, y el derecho,
 El deber tengo de salvar á Roma,
 Pues soy su cónsul.

CATIL. Que te engañes temo,
 Pues ya puedes no serlo.

CETH. (*A Ciceron.*) De ese extremo
 Fervor prescinde; tu impaciencia doma,
 Y—más prudente—á conocer espera
 Quién de esa patria venerable alcanza
 El sufragio de amor y confianza.

LUC. SEN. Sé que la suerte, caprichosa y fiera,
 De ese hombre las dañadas intenciones
 Ha, por desgracia nuestra, protegido
 En el campo de Marte.

CICER. ¡Aun no he perdido
 Mi investidura sacra! ¡Aun no los sonos
 Del bronce escucho, y cónsul todavía
 Soy de Roma!

CATIL. ¿Osarás.....

CICER. Guardo un decreto
 Que, si me plugo conservar secreto,
 Hoy me autoriza á que á la luz del día,
 Y del senado á la presencia augusta,
 Ejercza su justicia vengadora.

— ¡Lictores! (*Agitacion en el senado.*)

LÉNT. ¡Qué!.....

CETH. ¿Qué intentas?

CICER. *(A los lictores.)* ¡Sin demora
A ese hombre asegurad!
LÉNT. ¡Medida injusta!
CETH. ¡Indigna accion!
CATIL. ¡No pongas en olvido
Que seré cónsul presto!
CICER. ¡Aun no lo eres!
CATIL. ¡Padres de Roma!.....
CICER. ¡Callan! ¡nada esperes!
— La órden obedeced que habeis oido.

(A los lictores, que se adelantan hácia Catilina, el cual retrocede, llevando la mano al puño de su espada. Suena en el mismo instante una campanada. Los lictores se detienen turbados. Los senadores todos se ponen en pié y escuchan agitados.)

LÉNT. } ¡Ah!.....
CETH. }
CATIL. ¡Ciceron!..... ¡Escucha!
LUC. SEN. ¡Suerte impía!)

(Suena segunda campanada.)

LÉNT. ¡Cónsules tiene Roma!
CETH. ¡Aquí muy presto
La voz que aclame sus ilustres nombres
Llegar oiréis en jubilosos ecos!
(Tercera campanada.)

CATIL. ¡Atencion!.....
CETH. ¡Atencion!.....
LÉNT. ¡Van á aclamarlos!
(Momento de pausa.)

VOZ. *(Fuera.)* De Roma eterna el año de seiscientos
Noventa y uno, proclamados cónsules
Son, por la voz del soberano pueblo,
António y Ciceron.

LÉNT. ¡Qué escucho!...
CETH. ¡Oh rabia!...
(Vitores fuera; muestras de aprobacion en el senado.)

CICER. ¡Dioses del Capitolio, que el imperio
Del mundo le cedeis, y de su gloria
Mirais con gozo henchido el universo!
¡Yo ante vosotros y el senado augusto
Mis votos sacros con placer renuevo!

¡Juro guardar la libertad de Roma,
Su inmortal gloria, su esplendor excelso!

LUC. SEN. Yo le pido al senado que declare
Que aplaude de los cónsules el celo,
Y para asegurar la paz y el orden
Reviste á entrambos del poder supremo.

TODOS. (*Ménos Léntulo y Cethego.*)

¡Sí!!

CATIL. (*Avanzando á ponerse en frente de los senadores, que cercan á Ciceron.*) ¡Yo de ese senado miserable,
Que á las plantas se postra de un plebeyo;
De ese senado, corruptor del mundo,
Maldigo el nombre, y la divisa huello!

(*Se arranca la banda y la arroja.*)

LÉNT. ¡Catilina!.....

LUC. SEN. ¡Infeliz!.....

CATIL. Como quisisteis,
Salgo de Roma y mancillarla os dejo;
Mas ¡ay de Ciceron y sus secuaces
Si de esa Roma ante los muros vuelvo,
Pues os juro apagar, con sangre y ruinas,
Del odio infame que abrigais el fuego!

(*Se va.—Gran tumulto en el senado.*)

CICER. ¡Deténgase al traidor!

LÉNT. (*Interponiéndose.*) Pues del senado
Cumple el afan y acepta su destierro,
¿Qué más exige Ciceron?

CETH. La saña

Nunca dió, senadores, buen consejo.

LUC. SEN. Harto castigo lleva el que nos huye,
De mengua y rabia y confusion cubierto.

CICER. ¡Huya, pues; huya, pues; y en pos le sigan
Tantos que aquí con antifaz contemplo!.....
¡Declárense por fin, y únanse todos,
Y á todos juntos les daré escarmiento!

LÉNT. ¡Ciceron!.....

CETH. ¡Cónsul!.....

CICER. ¡Sí! ¡tiendo la vista,
Y aquí, aquí mismo conjurados veo!.....
¡Los veo, y los conozco, y los señalo!.....

Pero no los acuso ni los temo!.....
¡Síguenme los que son fieles á Roma,
Y aunque vomite furias el averno,
Con la ayuda del cielo y de la espada,
A Roma, al mundo libertar sabrémos!

(Los senadores, con Cicerón, se marchan por una puerta, y por otra Léntulo y Cethego, cayendo el telon en el mismo instante.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un campamento cercado por una empalizada, en la que se suponen cuatro puertas en diversas direcciones. Una parte de dicha empalizada debe verse hacia el fondo, y algunos soldados que la guardan.— La tienda de Catilina en medio del campo, y otras á su alrededor, suponiéndose que se extienden hasta un número considerable, fuera ya de la vista del espectador.— Delante de la tienda del jefe, la insignia romana.— Al fondo, y en último término, los montes Apeninos.— Es de noche, y la luna alumbrá únicamente la escena al principio del acto.

ESCENA PRIMERA.

VÍCTOR.—PAULO.—LETO.— *Algunos SOLDADOS y HOM-
BRES DE LA PLEBE, y DOS GLADIADORES de Fulvia.
Éstos últimos, echados en el suelo, aparentan dormir, levantando de vez
en cuando la cabeza para observar recatadamente cuanto se hace y dice.
—Paulo, Leto, varios soldados y hombres de la plebe cenán y beben,
sentados en el suelo, y Víctor se pasea entre ellos.*

VÍCTOR. ¡ Eh! venga el último trago,
Y á descansar, que ya es hora.
PAULO. Es máscico del mejor, (*Dándole vino.*)
Y hasta el borde va la copa.
VÍCTOR. ¡ Por nuestro buen general! (*Bebiendo.*)
LETO. ¡ Bravo! (*Bebiendo, y todos los demas tambien.*)
VÍCTOR. No queda una gota. (*Devolviendo la copa vacia.*)
PAULO. ¿ Levantarémos el campo
Mañana?
VÍCTOR. Segun disponga
El gran Sergio; sus designios
Quizá ni áun Manlio conozca.
PAULO. Pero yo afirmo que en breve
Cantar podrémos victoria.
LETO. Medran siempre en las revueltas

- Las gentes de nuestra estofa;
O al ménos, se gana el gusto
De ver lo que pierden otras.
- VÍCTOR. ¡Nos dará el jefe un botín
Supremo!
- PAULO. Con mazas y hondas
Mandó armar cien veteranos,
Para hacer no sé qué cosa.
- VÍCTOR. Allá prevenidos velan;
Pero indagar no nos toca
Su mision.
- PAULO. Lo que yo ansío
Es verme al frente de Roma.
- VÍCTOR. Dentro de ella nos aguardan,
Con impaciencia no poca,
Nuestros fieles partidarios.
- PAULO. La plebe — que se alborota
Y sus rencores añejos
Con harta pena sofoca —
Apénas cerca nos vea
En llamas devoradoras
Convertirá el Capitolio.
- VÍCTOR. ¡Hará bien!
- PAULO. Lo que me asombra
Es la actividad del jefe.
¡Qué hombre, Víctor!
- LETO. No le importa
Fatiga alguna.
- VÍCTOR. ¡Es un Hércules!
- PAULO. ¿Presumiréis que reposa?
Nada de eso; con su Aurelia
Platica.
- VÍCTOR. ¡Pobre señora!
Los trabajos de esta marcha
Con harta pena soporta.
- PAULO. Desde ántes de salir Sergio
De Roma, con buena escolta,
Y sirviéndola Storax
Y Clinias, mandó á su esposa
A Etruria, do estaba Manlio.

VÍCTOR. ¡Y hay lenguas murmuradoras
Que dicen que es mal marido!.....

PAULO. Si lo fué, cosa notoria
Es que ha dejado de serlo.

VÍCTOR. Y ¡qué padre!..... Al hijo adora.

PAULO. Es verdad.—Con que, á las tiendas!

VÍCTOR. Sí; sacudir la modorra,
Y á las tiendas.

(Tocando con el pié á los dos gladiadores de Fulvia.)

¿No me oís?

Que todos ya se recojan.

LETO. Harto nos lo pide el cuerpo.

Levantemos las alforjas.....

(Se levanta, y todos con él, ménos los dos gladiadores, que se desperezan sin dejar su sitio.)

¡Y adentro!..... ¡Muerde el vinillo

Que es un gusto!

(Se van, ménos los gladiadores, Paulo y Víctor.)

VÍCTOR. ¡Qué pachorra

Gastan esos dos!

PAULO. Sus caras

Me parecen sospechosas.

VÍCTOR. Tanta gente se nos une,

Que hay por fuerza mucha broza.

Adentro descansaréis mejor. *(Alto á ellos.)*

(Los gladiadores vuelven á acostarse.)

PAULO. ¡Bah!..... no hay quien te oiga.

(Se van Víctor y Paulo, y los dos gladiadores se levantan al instante vivamente.)

ESCENA II.

GLADIADORES 1.º y 2.º

GLAD. 1.º ¡Malditos!..... se van al cabo.

GLAD. 2.º Pero por aquí no asoma

El vil Storax.

GLAD. 1.º ¡Silencio!

(Indicando la tienda de Catilina, á cuya puerta aparece éste con Aurelia. Se alejan los gladiadores.)

ESCENA III.
CATILINA.—AURELIA.

- CATIL. Sí, Aurelia, sí! Me acongoja
Ver que la suerte enemiga
A mis trabajos te asocia;
Mas locura hubiera sido
Haberte dejado en Roma.
- AUREL. Por Carino es que me afano.
Su alma se ostenta animosa
Y fuerte, pero su cuerpo
Padece y se desmejora.
- CATIL. Por eso he determinado
Que ambos vayais á Pistoya,
Donde, por mí prevenido,
Os espera Publio Cotta,
Mi mejor amigo. Sabes
Que media distancia corta
Entre este campo y aquella
Ciudad, donde sin zozobra,
Y en un albergue seguro,
Lo que la suerte disponga
Esperaréis.
- AUREL. Y ¿ha de ser
Nuestra partida tan pronta
Como indicaste?
- CATIL. Al momento;
Porque al marcharse las sombras
Levantaremos el campo.
- AUREL. ¿Te dejo, pues?.....
- CATIL. Por tu propia
Tranquilidad te lo ruego.
- AUREL. Mi corazon se conforma,
Porque es en pro de mi hijo.
- CATIL. Pero ¡qué miro!..... ¿Tú lloras?
- AUREL. Aunque no alcanzo á ver claro
Tu situacion; aunque ignotas
Para mí tus intenciones,

- Harto columbro que arrostras
 Peligros que me estremecen.
 CATIL. Pues ¡qué, Aurelia! ¿no me odias?
 ¿Aun miras en mí un esposo,
 Y por él lágrimas brotas?
 ¡Oh! ¡sí! ¡dime, por los dioses,
 Que mis ofensas perdonas
 En este instante solemne!
 AUREL. Saben los dioses que invocas,
 Que en los tiempos de amargura
 Cuyo recuerdo aún me agobia,
 Que no vengasen mi agravio
 Les rogué siempre afanosa.
 CATIL. ¡Mujer noble! ¡tus bondades
 Con este culpable colma!
 Dime que es para la tuya
 Dulce y cara la memoria
 De aquel cariño primero,
 Que nada de mi alma borra.

(Durante esta escena y las siguientes se ve á los dos gladiadores de Fulvia asomarse de vez en cuando cautelosamente y como acechando.)

- ¡Di que me amas todavía!
 AUREL. *(Tendiéndole la mano con viva emocion.)*
 ¡Su padre mi hijo te nombra!
 CATIL. Y yo, á la faz de los cielos,
 Por esa prenda preciosa
 De tu ternura, te juro
 Que cuanto mi alma ambiciona,
 Por no volver á afligirte
 Sacrificára.—Ya próspera
 Mis altivas esperanzas
 Corone la suerte, y gloria.....
 Gloria excelsa me circunde!.....
 Ya en pobre y humilde choza
 Vaya á ocultar mis desastres
 Allá en regiones remotas,
 Tú serás la compañera
 De mi destino..... ¡tú sola!
 AUREL. ¡Oh Sergio! ¡te amo y te creo!.....
 Mas de ti otra gracia implora

Tu Aurelia.

CATIL. Di lo que quieres.

AUREL. Si es —por desdicha— forzosa

La triste separacion,
Estos momentos prolonga.

CATIL. ¡Ah! sobrado el pecho mio

Ese grato ruego apoya.....

Mas Cotta aguarda; la noche,

Que casi al término toca

De su curso, del secreto

Es la mejor protectora.

AUREL. Aprovecharla conviene

Para Carino; custodia

Clinias le presta segura:

Partan los dos con la escolta,

Y yo despues que reciba

Tu último adios.

CATIL. ¡No!..... se forja

Mi mente extraños peligros....

AUREL. Si los hay, valor me sobra.

¡Soy romana!

CATIL. ¿De Storax

Tienes confianza?

AUREL. Lo abona

Su grande adhesion por tí.

CATIL. Pues bien, cedo; hasta que rompa

La luz de la noche el manto,

Quédate; mas que se ponga,

Con Clinias, Carino en marcha.

Que ántes que luzca la aurora

Sepa yo que el hijo mio

Reposo seguro goza.

AUREL. Voy á ordenar.....— ¡Hélo aquí!

La pereza no le postra.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—CARINO, *con arco y dardos*, y CLINIAS.

CARINO. ¿Levanta el campo la gente,
General Sergio?

CATIL. Primero
Responda el señor arquero.
¿Durmió bien?

CARINO. Perfectamente.
En verdad, no es una piel
De tigre lecho mullido;
Pero yo soy aguerrido.
— Un beso. (*A su madre.*)

CATIL. A partir con él (*A Clinias.*)
Vas al punto.

CLIN. Muy gustoso.

CATIL. Y ¿no hay beso para mí? (*A su hijo.*)

CARINO. Al jefe saluda así
El soldado respetuoso. (*Le hace un saludo militar.*)

CATIL. ¡Muy bien!

AUREL. (¡Mi pecho embelesa!)

CARINO. Pero dime, ¿qué aguardamos,
Que el campo no levantamos?

CATIL. Aun reina la sombra espesa.

CARINO. Pues ¿á qué me has despertado, (*A Clinias.*)

Si aún no debemos partir?

¡Andar mucho y no dormir!.....

Tengo el cuerpo quebrantado.

CATIL. Sí, mi Carino, lo veo,
Y anhelante por tu bien,
He dispuesto que te den
Albergue, calma y recreo
En la cercana ciudad.

CARINO. Mas ¡qué! ¿de tí me separo?

CATIL. Por algun tiempo.

CARINO. A tan caro

Precio no ansío, en verdad,
El descanso que me ofreces.

- AUREL. Yo marcharé de tí en pos.
 CARINO. Mas ¡siempre solos los dos!....
 CLIN. Cuando á tu padre obedeces,
 ¿Qué temes?
 CARINO. Valor me sobra;
 Pero confieso, no obstante,
 Que dentro mi alma anhelante
 Despierta extraña zozobra.
 CATIL. No hay causa.....
 CARINO. Escucha; mentí
 Si dije estar fatigado.
 CATIL. Volverás pronto á mi lado.
 AUREL. Y yo estaré junto á tí.
 Parte, pues, parte sumiso.
 CARINO. Quiero probar mi vigor,
 Y despues, padre y señor,
 Me alejaré si es preciso.
 — En la carrera me ensaya,
 O en el tiro mi arco emplea;
 Verás si el brazo flaquea,
 O si el aliento desmaya.
 ¡Eh! ¡blanco indica! (*Aprestando su arco.*)
 AUREL. ¡Carino!
 CARINO. Ya tengo en la cuerda el dardo,
 Y no permite retardo.
 ¡Un blanco!
 CLIN. Si es desatino,
 Pues la noche no consiente
 El acierto.
 CARINO. ¡Excusa vana! (*Apuntando.*)
 — Contra el águila romana.
 (*Lanza el dardo, que pega en la cabeza del águila que corona la insignia.*)
 CLIN. (*Levantando el dardo.*)
 ¡Se rompió el dardo en su frente!
 CATIL. Aunque el presagio es muy malo,
 Que yo abraza al buen arquero.
 CARINO. Ya estás viendo que al primero,
 En cuanto á fuerza, me igualo.
 CATIL. Sí, te ufanas con razon;
 Mas dicta tu corta ausencia

La general conveniencia.....

CARINO. (*Con aire de importancia.*)

¿Me encargas grave mision?.....

CATIL. Tal vez..... Clinias con despacio

Te informará de mi objeto.

CARINO. Celo y reserva prometo.

CLIN. Eh, pues, no te andes reacio.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—STORAX, *que sale despezándose.*

CATIL. ¡Hola, Storax!

(*Storax se acerca.*) Distraido

Por cuidados asaz graves,

La recompensa que sabes

Te debo, puse en olvido.

STORAX. Miéntas que no falte el pan.....

CATIL. Algo más que eso mereces,

Si digno celo me ofreces.

¡Toma! (*Le da un bolsillo lleno.*)

STORAX. Servirte es mi afán.

CATIL. Lo sé, y probando lo mucho

Que en tu lealtad confío,

Un nuevo encargo te fio.

STORAX. Di cuál, que atento te escucho.

CATIL. Con Clinias parte mi hijo

Al instante, y de mi esposa

—Que le seguirá afanosa—

Por compañero te elijo.

Con los primeros albores

Levantaré el campamento,

Y tú en el mismo momento

—Con cincuenta gladiadores—

La llevarás á Pistoya.

STORAX. Siervo soy del que me ampara.

CATIL. Tú, Clinias, llega y repara

Atentamente esta joya.

STORAX. ¿Un anillo?.....

- CATIL. Y con primor
Grabada en él una nave.
- CLIN. La de Sergesto,—se sabe,—
Tu ilustre progenitor.
- CATIL. Cierto.—Pudiera el destino
Trastornar todos mis planes,
Y hacer nulos mis afanes
Porque Aurelia y mi Carino
Se encuentren pronto á mi lado.
Siendo así, tal vez mandára
Que otra mano se encargára
Del depósito sagrado (*Indicando á su hijo.*)
Que hoy á la tuya encomiendo.
- CLIN. ¿Y en ese caso?.....
- CATIL. Obediente
Al que este anillo presente
Te has de mostrar.
- CLIN. Ya comprendo.
Sólo el anillo es segura
Señal de la mision grave.
- CATIL. Sólo el anillo.
- STORAX. No cabe
Error.
- CATIL. La marcha apresura. (*A Clinias.*)
(*Clinias saca de la tienda algunos efectos.*)
- CARINO. ¿Con que, es preciso?.....
- AUREL. ¡Otro abrazo!
- CATIL. ¿Llorais los dos?..... ¡Qué demencia!
¿No sabeis que de la ausencia
Ha de ser muy corto el plazo?
- CARINO. (*A su madre, que lo retiene en sus brazos.*)
¿Irás pronto?
- AUREL. Al despuntar
Del alba el primer albor.
- CARINO. No lo olvides.
- AUREL. No, mi amor.
Llégate ahora á demandar
De los labios paternos
La bendicion.
- CARINO. Padre amado,

- Héme á tus plantas postrado.....
 ¡ Bendíceme!
- CATIL. *(Con acento conmovido, y extendiendo las manos sobre la cabeza de su hijo.)* ¡ Oh inmortales,
 Que teneis el porvenir
 A vuestros ojos patente!
 De esta cabeza inocente,
 Que me escuchais bendecir,
 Toda desgracia apartad.....
 ¡ Si airados estais conmigo,
 Que en mí se agote el castigo,
 Y alcance mi hijo piedad!
- (A Clinias, mientras Carino se levanta enjugándose algunas lágrimas, despues de besar su mano.)*
 Allá están cien veteranos
 Que por escolta os destino.
- CARINO. ¡ Adios!..... *(A su madre, volviendo á abrazarla.)*
 AUREL. ¡ Adios, mi Carino!
- CATIL. ¡ Clinias! lo pongo en tus manos.

ESCENA VI.

CATILINA.—AURELIA, *que se retira en seguida*, Y STORAX.

- STORAX. ¡ Me hizo el chicuelo llorar!.....
 CATIL. Entra y procura reposo. *(A Aurelia.)*
 Irá á llamarte tu esposo.
(La conduce á la tienda, y vuelve á la escena.)
- STORAX. ¿ Debo el anillo observar
 Yo tambien?
- CATIL. No es necesario.
 Despues de que con sigilo
 Dejes á Aurelia en su asilo,
 Eres libre.
- STORAX. ¡ Y propietario! *(Haciendo sonar su oro.)*
 CATIL. *(Recorreré la trinchera.)*

ESCENA VII.

STORAX, *y luego los* DOS GLADIADORES *de Fulvia.*

STORAX. ¡Oro todo!..... ¡oro sonante!.....
 ¡Mi corazon palpitante
 Se quiere lanzar afuera
 Por contemplarle!.....— El mejor
 Camino para medrar
 Es la honradez; ¡sin dudar!
 La concurrencia es menor.

(Aparecen por detras los gladiadores.)

Lo que no me es lisonjero
 Es ver toda esta tramoya.
 Cuando era pobre, ¡arda Troya!
 Mas ya rico, el orden quiero.
 Apenas junto á su hijo
 Deje á Aurelia, tomo el vuelo,
 Y no vuelve á verme el pelo
 Toda esta gente; ¡de fijo!

(Los dos gladiadores se le echan encima con puñal en mano.)

¡Ah!.....

GLAD. 1.º ¡Silencio!

STORAX. (¡Suerte fiera!.....)

GLAD. 2.º ¡Como exhales un suspiro
 Eres muerto!

STORAX. No respiro.

GLAD. 1.º Pues vén, que Fulvia te espera. *(Se lo llevan.)*

ESCENA VIII.

CATILINA.—*Despues* VÍCTOR.

CATIL. Todo está bien. Que descansen
 Mis valientes; que no huya
 De otros ojos que los míos
 El sueño. La blanca luna,
 Que hace un momento lucia,

Ya entre celajes se oculta.
 ¡Oh noche, noche solemne,
 Que ora condensas tus brumas,
 De mi existencia brillante
 Tú serás la sombra última!
 ¡Mañana, cual metëoro,
 Que espanta, á la par que alumbra,
 Yo daré al mundo la luz!.....
 ¡La luz que teme y que busca!
 VÍCTOR. ¡Señor!..... ¡señor!..... (*Presuroso.*)
 CATIL. ¿Qué me quieres?
 VÍCTOR. Curio ha llegado, y pregunta
 Por tí afanoso.
 CATIL. ¡En mi campo
 Curio!
 VÍCTOR. Sí; con prisa mucha
 Ha venido, pues su yegua
 — Que era en vigor sin segunda —
 Al tocar la empalizada
 Cayó muerta.
 CATIL. ¡Qué me anuncias!.....
 Corro á saber.....
 VÍCTOR. ¡Hélo aquí!

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—CURIO, *desordenado el traje.*—*El campo comienza á agitarse.—La oscuridad es casi completa.*

CATIL. ¿Dejas á Roma.....
 CURIO. La fuga
 Salvó mi vida.
 CATIL. ¡Tu vida!
 CURIO. ¡Fuimos vendidos!
 CATIL. ¡Qué!..... ¿Fulvia.....
 CURIO. Poco temo de sus odios,
 Pues sin pruebas nos acusa;
 Mas las que tiene el senado
 No dejan la menor duda.

Pavesas son humeantes
 Nuestras casas y la tuya;
 Y en la prision Mamertina,
 Con hierros que los abruman,
 Están Léntulo, Cethego,
 Rullo.....

CATIL. ¡Curio! tú me abultas
 La desgracia..... No es posible.....
 CURIO. ¡Oh Catilina! ¡es segura!
 CATIL. ¡Tres magistrados de Roma!.....
 CURIO. En su venganza iracunda
 Nada respetan los cónsules.
 Capiton tuvo fortuna;
 Huyó á tiempo..... los demas
 Ni una esperanza columbran.
 CATIL. ¿Presos todos!.....

ESCENA X.

LOS MISMOS.—CAPITON, *desgreñado y sangriento*.—PAULO.
 —LETO.—SOLDADOS y HOMBRES DE LA PLEBE, *que traen*
algunas hachas de viento, y al final de la escena, AURELIA.

CAPIT. (*Con tono sombrío.*) ¡Ya están libres!
 CATIL. }
 CURIO. } ¿Libres?.....
 CAPIT. ¡Sí, Sergio!..... ¡en la tumba!
 CATIL. ¡Ah!!.....
 CURIO. ¡Capiton!.....
 (*Movimiento y agitacion en los soldados.*)
 CAPIT. ¡La hecatombe
 Vi con mis ojos!
 CURIO. ¡Oh inicua
 Venganza!
 CATIL. ¿Y el pueblo?..... ¿Y Roma?.....
 CAPIT. ¡Roma y el pueblo saludan
 A Ciceron con el nombre
 De padre de la república!

CATIL. ¡Basta!

CAPIT. Tus hondos designios
— Que aquellos que los divulgan
A su placer ennegrecen —
Se extienden en la voz pública.
Los ricos tiemblan medrosos
Ante tus hambrientas turbas;
Y en el amigo potente,
Que hoy le acaricia y le adula,
A su futuro tirano
El pueblo teme y vislumbra.

CURIO. Sí, no nos queda esperanza
De encontrar en Roma ayuda.
Las armas lo han de hacer todo;
Que á ellas, Sergio, se recurra.

CAPIT. Tu cabeza en la tarifa
Senatoria, se avalúa
En un millon de sestercios.

CATIL. ¡Les costará más!

PAULO. Si abunda
La perfidia en los romanos,
No es general tan vil culpa.
¡En torno de este estandarte (*Tomándolo.*)
Mi brava gente se agrupa,
Y probará valer más
Que los que nos llaman chusma!

CURIO. (*Acercándose para quitar de manos de Paulo la insignia que
tremola.*)

CATIL. No corresponde á plebeyos....
¡Silencio! En cuantos reuna (*Tomando la enseña.*)

Y cobije esta bandera
No hay distinciones ningunas.
No hay plebeyos, no hay patricios;
No hay más que hombres, que se juntan
Para no dejar de Roma
Vestigio ó señal alguna.
¡Caiga el águila soberbia,

(*Arrancándola de la insignia.*)

Que á la tierra esclava insulta;
Que una divisa sangrienta

Desde hoy nuestro pendon luzca,
Y los nombres sólo expresen
La saña que nos impulsa.
— ¡Tú eres puñal! ¡Yo soy fuego!

TODOS. ¡Bien!

(Aurelia en este instante aparece á la puerta de la tienda, y con creciente agitacion y adelantándose poco á poco á espaldas de los conjurados, escucha sus palabras, asombrada y trémula.)

CATIL. ¡Con las sombras nocturnas
Marchemos! — Vamos á Roma
Como fué Sila; en la una
Mano la incendiaria tea,
Y en la otra la espada aguda!

CAPIT. ¡Que un juramento solemne
Selle el pacto!

VOCES. ¡Sí! — ¡Sí!

CURIO. ¡Mudas

De las víctimas las sombras,
Para presenciarlo acudan!

CATIL. ¡Fuera las espadas! (Desnuda la suya, y todos le imitan.)

CAPIT. ¡Brillan
Ya todas, Sergio, desnudas!

(Catilina en medio del teatro, teniendo en una mano el pendon y en la otra la espada — y agrupados en torno suyo todos los conjurados con los aceros desnudos — pronuncia el juramento en voz solemne.)

CATIL. ¡Pluton! ¡Némesis! ¡Euménides!
Divinidades sañudas,
Que reinais del negro báratro
En las regiones oscuras!
¡Lucio Sergio Catilina
Os invoca! — ¡En la profunda
Solemne noche, su acento
¡Dioses del abismo! os jura
Con la voz de sus legiones
Consagraros la república
Que tirana al mundo oprime
Y vil de vicios lo inunda!
¡Cuanto bajo esta bandera
Por la venganza se adunan,
Todos al pacto se obligan;

Y por la Estigia laguna,
 De abatir la ciudad reina
 Todos el voto pronuncian!
 ¡Lo que hizo ella con Cartago
 Será hecho en ella! ¡Mis turbas,
 Mis caballos pisarán
 Sobre las bases augustas
 Del deshecho Capitolio!
 ¡Ciudad de Rómulo injusta!
 ¡Roma venal!..... ¡Tú, que esperas
 —Segun lo dice Yugurta—
 Quien con el oro te compre
 Como á meretriz inmunda!
 ¡Roma vil! ¡maldita seas!.....
 ¡Maldita Roma la impura!

CAPIT.

VÍCTOR.

CURIO.

PAULO.

TODOS.

CATIL.

¡Maldita siempre!!
 ¡Maldita!!
 ¡Maldita!!!
 ¡Encubra

Su vergüenza en los abismos
 Quien este voto no cumpla,
 O sobreviva cobarde
 Si es derrotado en la lucha!

(Le da el pendon á Capiton.)

¡Las tinieblas son propicias;
 Marchemos ántes que huyan!

(Gran morimiento en el campo.)

CURIO.

CAPIT.

¡Marchemos!

¡Marchemos!

(Se van los dos y todos, ménos Catilina, Paulo y Victor.)

AUREL.

(Deteniendo á Catilina.)

¡Tente,

Catilina!..... ¡Tente!..... ¡Escucha!

CATIL.

Storax cuida de tí;

¿Dónde está?

PAULO.

Con prisa suma

Le vi entre dos gladiadores

Salir, tomando la ruta,

Al parecer, de Pistoya.

CATIL.

¡Oh, qué ausencia inoportuna!

¡Victor!

VÍCTOR.

Señor.....

CATIL.

Con cien hombres

—Que has de escoger con premura—

Vas á quedarte en el campo.

VÍCTOR.

¡Cómo! ¿mi brazo rehusas?

CATIL.

A mi esposa te confío;

Vaya á Pistoya segura

Al palacio de los Cottas,

Do con su hijo se reúna.

(Se va Victor y tambien Paulo, y acaba de desaparecer el resto de conjurados que aún se veian en la escena.)

ESCENA XI.

CATILINA.—AURELIA.

CATIL.

Vé tranquila, Aurelia mia.

AUREL.

¡Tranquila yo, cuando aún zumba
Pavorosa en mis oidos

Tu imprecacion furibunda!

¿Qué vas á hacer, inhumano?

¿Qué atroz delirio te ofusca,

Y te ha dictado los votos

Que escuché, de horror convulsa?

CATIL.

Aurelia, en balde quisiera

Yo explicarte mi conducta.

¿Contemplar puede el incendio

Quien de una chispa se asusta?

¡Adios!

AUREL.

¡No! no me abandones

Al dolor que me atribula,

Y destrozándome el alma,

Todos mis sentidos turba.

De la madre de aquel hijo

En quien tus delicias fundas;

De la hija fiel de esa Roma

Que fué tambien madre tuya,

No deseches inclemente

Las lágrimas y las súplicas.

CATIL. ¡Aurelia!

AUREL.

En el suelo santo
Que ha maldecido tu furia,
Gozamos de nuestro amor
Las inefables dulzuras.
Allá nació tu Carino,
Prenda de casta ternura,
Y el nombre de aquella patria,
Que con respeto articula,
A la par de nuestros nombres
Balbuceó desde la cuna.

CATIL. ¡Calla! ¡Calla! (*Conmovido á su pesar.*)

AUREL.

Mis abuelos
Tienen allá sepultura:....
Y allá los tuyos reposan,
Que no hicieron temblar nunca
—Sino al temor de perderlos—
A esa Roma que hoy insultas.

CATIL.

¡Ah!.....

AUREL.

Sirviéndola alcanzaron
La fama que el nombre ilustra,
Que te dieron por herencia,
Y aún sus sepulcros circunda.
¡Sergio! ¡Sergio! ¡cuando impío
A nuestra patria destruyas,
Y á miserables pavesas
Su antigua gloria reduzcas,
Las cenizas de tus padres
Se han de esparcir con las tuyas!
CATIL. ¡No más!..... no es mi alma de acero,
Y le estás dando tortura.
Oye, Aurelia : una obra emprendo
Terrible, pero no absurda
Ni criminal.—¡Todo un mundo
Quiere mi mano robusta
Levantar!..... quizás recaiga
Y con su peso me hunda,
Porque aún llegada no sea
La hora fatal y oportuna.

Si es así, como los hombres
 Por solo el éxito juzgan,
 Mi nombre será infamado
 Hasta en edades futuras.
 Mas tú, Aurelia, á nuestro hijo
 Dile que mancha ninguna
 Su padre le lega; dile
 Que, desechando la injuria,
 Con respeto mi memoria
 Guarde su filial ternura.....
 ¡Y que si ordenan los dioses
 Que mis proyectos sucumban,
 Sólo siento no dejarle
 Un imperio!

AUREL.

¡Él lo rehusa!

No, la banda de Tarquino
 No quiere en sus sienes puras.....
 Sólo anhela de su patria
 La libertad, la ventura.
 —Y yo mujer—yo su madre—
 Cuando su edad llegue adulta,
 Yo propia armaré su brazo
 Diciéndole:—¡Vé! tributa
 Por esos sacros objetos
 Mi sangre, que en tí circula,
 Porque aprendí á ser romana
 Antes que madre.

CATIL.

(¡Oh! ¡qué dura....

Qué atroz prueba!)

AUREL.

¡Catilina!

¡Tu infanda empresa renuncia!
 ¡Veme á tus piés suplicante!
 ¡Tus manos mi llanto inunda!

CATIL.

¡Cara esposa!..... *(Como cediendo á su emocion.)*

ESCENA XII.

LOS MISMOS.—CURIO.—CAPITON.

CURIO. Te aguardamos,
Y el sol en Oriente apunta.
CAPIT. Las legiones por su jefe
Claman ya.
AUREL. ¡Sergio!..... *(Sin soltar sus manos.)*
CATIL. *(Con esfuerzo.)* ¡Adios!.....
AUREL. ¡Una.....
Una palabra!.....
CATIL. ¡Los dioses
Templen, mujer, tu amargura!
—¡A Roma!—
AUREL. ¡Ah!!
(Se cubre la cara con ambas manos sin dejar su actitud.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS.—VÍCTOR, y luego PAULO.

VÍCTOR. De ir á buscarla
Ella el trabajo te excusa.
CATIL. ¡Cómo!
CURIO. ¡Qué!.....
VÍCTOR. Con los albores
—Que ya los campos alumbran—
Se descubre claramente
Que avanza, con fuerza mucha,
Un ejército.
(Aurelia se levanta y escucha con agitacion.)
PAULO. *(Entrando.)* Ha llegado
Un hombre, que nos anuncia
Que es Cayo Antonio en persona
Quien viene contra tí.
CATIL. Suma
Es la proteccion que el cielo

Nos dispensa en esta pugna,
 Pues nos trae al enemigo
 Y nuestro triunfo apresura.
 ¡Al campo todos!

CURIO. }
 CAPIT. } ¡Al campo!.....

(*Salen precipitadamente.*)

AUREL. (*Volviendo á caer de rodillas.*)
 ¡Oh dioses, que veis mi angustia!
 ¡Salvad la patria y salvad
 Al que la huella en su furia!

(*Se oye el sonido de los clarines, y el movimiento del ejército, que se pone en marcha, y aparece Fulvia.*)

ESCENA XIV.

AURELIA. — FULVIA, *con velo á la cara.*

FULV. ¿De Sergio pides la vida,
 Triunfando Roma?..... ¡Mujer!
 No has podido merecer
 El verte por él querida.
 Tu alma débil no es capaz
 De elevarse á la region
 De aquel grande corazon,
 De aquel espíritu audaz.

AUREL. ¿Quién eres? (*Que se ha levantado con espanto.*)

FULV. ¿No te lo dice
 Esa emocion que te altera?
 ¡Soy Fulvia, tu rival fiera! (*Se levanta el velo.*)
 ¡Ya lo estás viendo, infelice!

AUREL. ¿Qué buscas aquí?.....

FULV. ¡Venganza!

AUREL. ¿Qué intentas?..... (*Retrocediendo.*)

FULV. ¡Lo sabrás luégo!

AUREL. No estoy sola. (*En ademan de irse.*)

FULV. (*Deteniéndola.*) Con sosiego
 Espera. ¿No se te alcanza
 Que fuera el darte la muerte

- Venganza indigna de mí?
Yo quiero que vivas, sí,
Porque se cumpla tu suerte.
- AUREL. La que los dioses me den
Recibiré resignada.
Aléjate; pues que nada
Con mi desdicha ó mi bien
Te liga.
- FULV. Estás en error.
Mi puesto miro á tu lado
En este instante anhelado.
—¿No ves con cuánto esplendor
Comienza su curso el día?
Yo quiero á su luz brillante
Contemplar esa triunfante
Belleza; que de la mía
Logra eclipsar los encantos.
Quiero gozarme en tu gloria,
Refiriéndote la historia
De mi deshonra y mis llantos.
- AUREL. No insultes la desventura
Con esa acerba ironía.
¡Véte, cortesana impía!
Tu acento me da pavora.
¿Cuándo tus odios me atraje,
Ni merecí tus rencores?
- FULV. No quiero yo que lo ignores
Y eso tu triunfo rebaje.
Escucha, ¡mujer honrada!
¡En mi pecho corrompido
Cupo de amor desmedido
La llama eterna y sagrada!
¡Cupo profunda pasión,
Que á toda pintura excede,
Y que comprender no puede
Tu mezquino corazón!
Pasión capaz de elevarse
Al más sublime heroísmo,
Y de bajar al abismo
Del crimen, sin espantarse.

¿Te estremeces?..... ¡Tu pavor
Es justo, tu instinto acierta;
Pues vas á ver entreabierta
Negra sima de dolor!
Yo amaba,—y óyeme atenta,
Remontando tu ufanía:—
¡Yo amaba, y la pasión mia,
Grande, fogosa, violenta,
Jamás comprendida fué,
Y jamás, jamás pagada!
¿Lo entiendes?—¡Nunca fui amada!

AUREL.

FULV.

(¡Ah! ¡me conservó su fe!.....)
No te engañé—lo estás viendo—
Al anunciarte alborozo;
En tus ojos brilla un gozo
Cuyas dulzuras comprendo.
¡Sí; no fui amada!—Al afán
De mi ciega adoración
Respondía la ambición,
Trazándose indigno plan.
En cambio de mi amor loco
Se me ofreció estéril nombre.....
¡Oh, tu pecho no se asombre,
Que aún era mucho ese poco!
¡Era mucho un nombre vano
— Que á este vil pecho ufanaba —
Y por el cual me hice esclava
Del más injusto tirano!
¡Era mucho!..... llegó un día
Que aquella sombra de bien
Vi deshacerse también,
Como ante el sol niebla fría.....
¡Y que tú, tú, vencedora
De mis ardientes anhelos,
Prendiste de horribles celos
La hoguera que me devora!
¡Basta!

AUREL.

FULV.

La venda sentí
Ya de mis ojos caer,
Y comprendí tu poder,

Y mi afrenta comprendí.
 Desesperada y perdida
 Al ver deshechos mis planes,
 Malogrados mis afanes,
 Mi esperanza escarnecida,
 Quise y me pude vengar;
 Pero.....—callarlo no debo,—
 ¡Fuí fácil, loca!..... ¡de nuevo
 Me dejé, Aurelia, engañar!
 Sonó de pronto el acento
 Que encanta, turba y fascina.....
 ¡Habló Sergio Catilina,
 Y desarmóme al momento!
 De nuevo fui seducida
 Y fuí de nuevo burlada.....
 ¡Por tí, por la esposa honrada,
 La cortesana vencida!
 — Mas ¿concibe tu alma inerte
 Lo que cabe en este pecho,
 Donde al amor el despecho
 En odio inmenso convierte?.....

AUREL. No lo concibo; que amar
 Sólo he podido saber,
 Y llorar, y padecer,
 Y sufrir, y perdonar.

FULV. ¡Perdonar!..... ¡ah! ¡no lo esperes!
 No esperes que yo consienta
 Que Roma aplauda mi afrenta,
 Cuando tú en su sólio imperes.
 Solemnizar yo te ofrezco
 Esa gloria que ambicionas;
 ¡Pues si tú amas y perdonas,
 Yo castigo, yo aborrezco!

AUREL. Jamas anhelé del mundo
 Pompa, poder ni placeres.
 Soy madre, y en mis deberes
 Mi gloria y mi dicha fundo.
 Los lleno, y nó me amedrentan
 Furores del odio impío;
 Porque en los dioses confío,

Que á los débiles alientan.
 FULV. Su proteccion verás hoy.
 AUREL. ¡Ah!..... ¡qué sonrisa crüel!
 De tu alma toda la hiel
 En ella mirando estoy.
 FULV. Me causa júbilo el verte
 Madre tan tierna y amante.
 — ¿Por qué tiemblas vacilante?
 AUREL. ¡Me anuncias más que mi muerte!
 ¿Qué significa — ¡responde! —
 Ese mirar, que me hiela,
 Y que el infierno revela
 Que en tu alma odiosa se esconde?
 FULV. ¡El infierno abrigo, sí!
 Pero tus ánsias sosiega,
 Que un fausto aviso te llega.

ESCENA XV.

LAS MISMAS.—CLINIAS.

AUREL. ¡Qué miro!..... ¡Clinias! ¿Tú aquí?.....
 CLIN. Señora, su confianza
 Tu esposo de mí retira.
 AUREL. ¡Qué estás diciendo!..... ¿Delira
 Tu mente?.....
 CLIN. No; la mudanza
 Harto te puede probar,
 El que á mitad del camino
 Disponga que mi Carino
 Otro me vaya á quitar.
 AUREL. ¡Cómo!.....
 CLIN. En vista del anillo,
 Fué forzosa la obediencia.
 AUREL. ¿Carino.....
 CLIN. Sin resistencia
 Me ha dejado el pobrecillo;
 Mas con el llanto en los ojos.

- AUREL. (*Como fuera de sí.*)
 ¡Te ha dejado!..... ¿cómo?..... ¿quién?
 ¿Quién me arrebató mi bien?
- CLIN. Mirando estás mis enojos.
 Nada te puedo decir,
 Sino que ordenó tu esposo
 Que el depósito precioso
 Me fuera otro hombre á pedir,
 Con su anillo por señal.
- AUREL. ¡No puede ser!
- CLIN. Hélo aquí. (*Presentando el anillo.*)
 ¿Lo reconoces?
- AUREL. (*Respirando.*) ¡Ah!..... — ¡Sí!
- CLIN. Cumplí cual siervo leal.
- FULV. (¡Salió bien!.....) (*Con gozo feroz.*)
- AUREL. Mas combatiendo
 Catilina en este instante.....
- FULV. Acaso vuelve triunfante.
 ¿No escuchas lejano estruendo?
- AUREL. ¡Mi hijo!..... ¡oh dioses! ¡yo os imploro!
 ¡Velad por él!
- FULV. Sí; no temas.
 Son estas horas supremas,
 Y sangre piden, no lloro.
- AUREL. Yo acepto todos los males
 De un infortunio prolijo,
 Mas conservadme mi hijo,
 ¡Oh potencias celestiales!
- CLIN. Seguro sin duda está;
 Disipa tus inquietudes.
- FULV. Muy seguro..... no lo dudes;
 Presto todo se sabrá.
 La fortuna allá en el llano
 Su fallo, Aurelia, pronuncia.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. — VÍCTOR, *y luego* CATILINA. — CURIO
Y PAULO.

VÍCTOR. ¡Y la victoria te anuncia (*Entrando presuroso.*)
Este viejo veterano!

AUREL. }
FULV. } ¡Cómo!

VÍCTOR. Aunque á mucha distancia,
No se engaña mi ojo experto;
Y triunfamos, ¡estoy cierto!
Humillará su arrogancia
La vil república.

AUREL. ¡Oh Roma!.....

VÍCTOR. ¡Antes que al cenit se encumbre,
Vertiendo á raudal su lumbre
El sol, que en Oriente asoma,
Verá gozoso la ruina
Del soberbio Capitolio,
Y alzado en sangriento sólio
Al rey Sergio Catilina!

AUREL. ¡Ah!.....

FULV. ¡Sí! que alcance victoria
El bravo electo. Una fiesta
Aquí su amante le apresta,
Digna de su régia gloria.

AUREL. ¡Oigo ruido!

VÍCTOR. Yo he dejado
Allá mis cien gladiadores
Observando.....

CLIN. Son clamores
Distantes.....

AUREL. Te has engañado;
Muy cerca pasos percibo.

VÍCTOR. Corro á indagar.....

FULV. ¡Tente! ¡mira!

VÍCTOR. ¡Dioses!.....

(*Entra Catilina herido, trayéndole Curio y Paulo.*)

- AUREL. (*Abrazándole.*) ¡Sergio!.....
- FULV. ¡No respira!.....
- CURIO. Es un síncope..... está vivo.
- AUREL. ¡Sergio!..... ¡mi Sergio!.....
- PAULO. ¡Esperanza!
- No es muy profunda su herida.
- CURIO. Le salvaremos la vida.
- VÍCTOR. ¡Vuelve en sí!
- CATIL. (*Incorporándose.*) ¡Dadme mi lanza!
- ¡Mi espada!... ¿Dónde está?... ¿Dónde mis bravos?...
- CURIO. ¡Cálmate, Catilina!
- AUREL. ¡Esposo mio!
- CATIL. (*De pie y mirando en torno suyo.*)
- ¡Ah!... ¿las tiendas?... ¿el campo? ¡Oh hado impío!...
- ¡Fuimos vencidos, pues!..... ¡somos esclavos!.....
- Y ¿yo aliento?..... ¿yo aliento?.....
- CURIO. ¡No! perdida
- No está tu causa; tus valientes luchan,
- Pues todos del honor la voz escuchan.
- PAULO. Y nadie el sacro juramento olvida.
- CATIL. ¿Ellos luchan, y aquí yo desarmado?.....
- CURIO. Te fué fatal tu arrojo desmedido,
- Y por golpe cruel tu pecho herido,
- Salvarte fué nuestro primer cuidado.
- AUREL. ¡Tu sangre corre!.....
- CATIL. No me postra el brazo;
- Y si ordenan los dioses que sucumba,
- En aquel campo debo hallar mi tumba!
- (*Le arranca á Victor la espada y va á lanzarse fuera, cuando lo detiene Aurelia.*)
- AUREL. ¡Concede á mi dolor un breve plazo!.....
- Dime ántes, Sergio, ¿dónde está mi hijo?
- CATIL. ¿Lo olvidas ya? Con Clinias en Pistoya.
- CLIN. ¡Conmigo has dicho.....?
- AUREL. ¿A quién diste esta joya?.....
- ¿A quién?.....
- CLIN. ¡De tí la tuvo, segun dijo!.....
- CATIL. ¡Mi anillo!..... ¡cómo!..... ¡míralo en mi diestra!
- AUREL. ¡Ah!.....
- CLIN. ¡Los dos son iguales!.....

- CATIL. (*A Clinias.*) ¡Habla! ¡dilo!
 ¿Dónde Carino está? ¿Cuál es su asilo?
 CLIN. ¡La horrorosa verdad claro se muestra!
 ¡Me engañaron, señor!
 CATIL. ¡Cielos! ¿Carino.....
 FULV. (*Adelantándose.*)
 ¡En el sepulcro está, donde te espera!
 CATIL. ¡Fulvia!.....
 AUREL. ¡Hijo mio!..... (*Cae en brazos de Clinias.*)
 FULV. (*A Catilina.*) ¡Mi venganza fiera
 Te deja ahora en manos del destino! (*Se va.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS, ménos FULVIA, y al final de la escena aparecen
 al fondo SOLDADOS y LICTORES con la insignia romana.

- CATIL. (*Arrojando la espada, y rasgando su herida con entrambas
 manos.*)
 ¡Ah!—¡Pise Roma mi maldita espada,
 Y con mi sangre su victoria escriba!
 (*Cae desfallecido. Se oyen clamores, que se van acercando.*)
- CURIO. ¡Dioses!
 VÍCTOR. ¡Qué horror!.....
 CATIL. (*Moribundo.*) Mi esposa..... ella reciba
 Mi suspiro postrer.....
 AUREL. (*Cayendo de rodillas junto á él.*)
 ¡Oh, desdichada!
 CURIO. ¿Esos clamores oyes?
 PAULO. ¡Llega alguno!.....
 VÍCTOR. ¡Hacia aquí corren en tropel soldados!
 CURIO. ¿Los nuestros?...
 CATIL. ¡No! ¡jamás!—¡Sangrientos hados!...
 ¡Morirán todos..... pero huir..... ninguno!
 (*Voces, fuera, de viva la república!*)
- VÍCTOR. } —¡Ah!.....
 CURIO. }

CATIL.

¡Triunfaron!...—¡Carino!... ¡hijo adorado!...
Que el acento postrero de mi vida
Llegue á tus manes.....—¡Roma corrompida!
César te queda..... ¡Yo seré vengado! (*Muere.*)

FIN DEL DRAMA.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Munio Alfonso.	11
El Príncipe de Viana.	65
Recaredo.	137
Saul.	209
Baltasar.	293
Catilina.	391

FÉ DE ERRATAS.

<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
12	32	Tras meses tanto.	Tras meses tantos
78	25	La voz de la justicia.	La voz de la prudencia
108	22	Pronto ¡oh Dios! á Isabel. .	Pronto á Isabel ¡oh Dios!
109	9	Cuando serena.	Pues que serena
122	21	Os rogára, señor, ¿lo consintie- rais?	¿Os rogára, señor, lo consin- tierais?
137	Portada del <i>Recaredo.</i>	Drama.	Drama original
141	6	renuevo,	renuevo
155	30	en su España,	en su España
Id.	36	testigo.....	testigo.
Id.	37	suplico,	suplico
158	1	culto,	culto
Id.	3	crédito á lo que digo,	crédito á lo que digo
Id.	7	Votos fervientes,	Votos fervientes
161	33	nombre,	nombre
212	27	cualquiera que sean.	cualesquiera que sean
227	última.	nos euperan!	nos esperan!
236	2	campo	campo,
252	7	del arpa,	del arpa;
254	21	príncipe merece	príncipe merece,
264	11	¡Oh padre! tiempo es aún. . .	¡Oh padre! es tiempo aún.
265	46	Tu hijo te invoca á defenderlo : vamos!	Tu hijo te invoca : á defen- derlo vamos.
293	Portada del <i>Baltasar.</i>	Drama oriental.	Drama original
296	Desde la lí- nea 15 hasta el fin de la 19.	} que entre las púrpuras, etc.	{ «que entre las púrpuras, etc. (<i>Todo entre comillas, indi- cando que son palabras to- madas de otro escritor.</i>)
297	25		
		sello de una civilizacion. . .	sello de la agonía de una ci- vilizacion.
299	3	Dios único universal.....	Dios único, universal.....
309	12	»Y aquí! — la hubiese dicho—	¡Y aquí,— la hubiese dicho—
353	33	¡Todo á mi mente se eleva! .	¡Todo en mi mente se eleva!

